

Michael Frank

LOS FABULOSOS FRANK



Michael Frank

LOS FABULOSOS FRANK

Una autobiografía

Traducido del inglés por Ismael Attrache

AdN Alianza de Novelas

Índice

Oído casualmente

PRIMERA PARTE

1. El Apartamento
2. Ogden, continuación
3. En Greenvalley Road
4. Una casa segura

SEGUNDA PARTE

5. El armario de mi tío (en casa de mi tía)
6. Lejos de la colina
7. Cinco lugares, seis escenas
8. La última estancia
9. Adiós al armario
10. Caída y declive

Agradecimientos

Créditos

*Para mis padres y (cómo no) para mi tía,
y en recuerdo de mi tío*

Omnia mutantur, nihil interit.
(Todo cambia, nada desaparece.)

OVIDIO, *Las metamorfosis*

Oído casualmente

«Lo que siento por Mike es algo fuera de lo normal —oigo casualmente que mi tía le dice cierto día a mi madre, cuando tengo ocho años—. Es algo más fuerte que yo. No lo puedo explicar. Es que es el niño más maravilloso que he conocido nunca, y lo quiero más que a la vida.»

Más que a la vida. Al principio me siento afortunado de ser tan querido, de haber sido elegido para recibir un amor tan enorme..., pero entonces me paro a pensar en ello. La verdad es que no sé muy bien qué significa eso de que te quieran *más que a la vida*.

¿Quiero yo así a mi madre? ¿Y ella a mí? ¿Es siquiera posible tal cosa?

Y ¿por qué yo, y no mis dos hermanos menores? ¿Qué tengo yo que ellos no tengan?

—Qué pena que no sea mío —suelta mi tía al cabo de unos instantes.

Desde donde estoy acucillado, en las escaleras del vestíbulo de entrada, noto que el clima de la sala cambia. Se hace un silencio largo y tenso entre las dos mujeres. Oigo cómo respiran, primero una y después la otra, en medio de ese silencio.

Están sentadas formando un ángulo recto, lo sé: mi tía en el sofá, mi madre en la butaca que queda al lado. Así es como se colocan siempre en nuestro salón, no cara a cara sino de forma perpendicular, para no tener que mirarse a los ojos si no quieren.

—Qué pena que no tengas hijos propios —dice mi madre con tacto. Siempre tan en su papel de segundona, de tercera de los hermanos. Tan diplomática.

—Desde luego —añade mi tía en tono intenso y emotivo.

A lo mejor serías otra persona si los tuvieras.

Esto mi madre no lo dice, pero lo piensa, al igual que todos los miembros de nuestra familia. Pero lo que ha sucedido no es eso.

Esto sí.

Primera parte

El Apartamento

He estado mucho tiempo esperando junto a la ventana del comedor. Esperaba por las tardes, al volver del colegio, y también los domingos por la mañana. De vez en cuando aguardaba al borde del camino de entrada, porque desde ahí alcanzaba a ver un tramo más largo de la cuesta, casi hasta la parte superior. Cuando aparecía el Buick Riviera, con el guardabarros lanzando destellos y mostrando una enorme y ancha sonrisa metálica, notaba cómo la felicidad se apoderaba de mí; una felicidad que se mezclaba con una sensación de impaciencia y también de excitación, porque aquello implicaba que al cabo de pocos minutos mi tía iba a detener el vehículo y me iba a recoger para que corriésemos una de nuestras aventuras.

De todo el mundo, mi tía era la persona a la que yo siempre tenía más ganas de ver. A veces traía regalos, libros especiales o tesoros relacionados con los intereses particulares que mi tío, ella y yo compartíamos: arte y arquitectura, literatura, y, dado que ellos eran guionistas, pelis (*nunca* utilizábamos la palabra «película»), que solo designaba el celuloide con que se hacían los largometrajes). Pero lo que me gustaba aún más que recibir cosas tangibles era salir por ahí con ella, solo, sin mis hermanos menores ni mis padres; estar a solas con mi tía, recibiendo toda la intensidad de su atención, todas las ideas que se le ocurrían. Y con su conversación, que era como un río infinito que desembocaba en mí. Los ratos que pasábamos juntos eran «la monda». «Mike, la verdad es que eres la mejor compañía que una persona podría desear —decía—, no hay quien te supere.» Lograba que me sintiera inteligente sólo por el hecho de estar con ella, al escucharla, al aprender lo que tenía que enseñar, al contagiarme de parte de su chispa, de su brillo.

Ella y yo salíamos juntos con frecuencia porque mis tíos no tenían hijos y vivían a pocos minutos de nuestra casa, y porque guardábamos un parentesco doble. Había una estrofa que los niños aprendimos a recitar para aquellos momentos en que la gente nos pedía que explicásemos cómo era nuestra

familia entremezclada:

*Un hermano y una hermana se casaron con un hermano y una hermana.
Como la pareja mayor no tiene hijos, la menor le presta los suyos.
Las dos familias viven a tres manzanas de distancia, en Laurel Canyon,
y las abuelas viven juntas en un apartamento al pie de la colina.*

Aquello no quedaba muy poético, pero lograba transmitir los datos y conseguía que la situación pareciese algo casi normal, como sucede a veces con las cosas resumidas.

La situación no era normal ni por asomo, pero, lógicamente, eso yo no lo sabía por aquel entonces.

Nuestra relación, según afirmaba mi tía, era «especial». Llamaba a nuestras dos familias «el alegre septeto», o, recurriendo a las palabras de mi abuela, «los Fabulosos Frank». «Pero incluso dentro de este grupo general —me decía—, tú y yo somos algo distinto, cariño. Lo que hay entre nosotros es casi tan insólito como la relación que tengo con mamá. Tú y yo hemos llevado nuestros carromatos a un campamento secreto. Sabemos la suerte que tenemos. Somos las personas más afortunadas del mundo por habernos encontrado, ¿a que sí?»

Aunque no nos habíamos encontrado. Nos conocíamos de nacimiento por formar parte de la misma familia, por estar dentro de ella. ¿Cambiables eso las cosas? ¿Era adecuado que un vínculo tan fuerte creciese en este terreno, y de esta manera? Mi tía me fascinaba demasiado para plantearme cualquiera de estas preguntas. Ella era el sol y yo su planeta, atrapado en una órbita devocional mediante una fuerza que me parecía mayor que yo, mayor que nosotros. Que podría denominarse gravedad. O alquimia. O embriaguez. O amor sin más. Pero qué amor tan poco sencillo era.

Oí el coche antes de verlo: el motor conocido que reducía la velocidad al llegar a Greenvalley Road..., el chirrido agudo que emitían las ruedas al describir ese giro amplio y preciso que llevaba al Buick justo al centro de nuestro camino de entrada... y después el claxon, cuya tonalidad cambiaba en función del estado de ánimo de la conductora. El jubiloso «pi-piii» que enseguida resonó por todo el cañón quería decir «Ven rapidito», que era el ritmo al que a mi tía siempre le gustaba hacer las cosas.

Salí a todo correr por la puerta de entrada; durante unos instantes me olvidé

de mi omnipresente cuaderno de dibujo de la marca Académie y del estuche de lápices. Cuando ya había recorrido la mitad del sendero del jardín, me acordé y desanduve lo andado para buscarlos en el vestíbulo. De nuevo en el exterior, algo, cierta sensación, me llevó a mirar hacia atrás, en dirección a la ventana del comedor. Mis dos hermanos menores estaban observándome desde el mismo sitio en el que yo había estado esperando a mi tía. Me detuve el tiempo justo para distinguir la confusión de sus rostros. Luego me dirigí al coche.

Después de acomodarme en el asiento delantero, pero antes de que mi tía hubiera sacado el vehículo dando marcha atrás y de que emprendiéramos el camino, volví a echarle un vistazo a la ventana, donde mi madre se había unido ahora a mis hermanos; había apoyado una mano consoladora en el hombro de cada niño. En su cara no se apreciaba la menor confusión. El gesto estaba muy claro; para mí quería decir: «¿Por qué solo Mike, y por qué otra vez?».

Estábamos en los inicios de la década de 1970, y mi madre se había cortado toda la melena, que hasta poco antes su peluquera le amontonaba en lo alto de la cabeza, como si fuera un complicado pastel. También se maquillaba muchísimo menos. Cambió los vestidos, las faldas y las blusas por vaqueros y camisetas adornadas con coloridas cuentas, y empezó a poner música rara y nueva en nuestro tocadiscos, álbumes de Carole King, Joni Mitchell y The Mamas & the Papas; todos ellos vivían cerca de nosotros, en Laurel Canyon. Mientras limpiaba, cocinaba y cuidaba a mis hermanos menores, iba cantando:

*Pero tienes que crear tu propia música,
cantar tu canción especial.
Crear tu propia música,
aunque no la cante nadie más.*

«Pero ¿dónde está la gracia? —decía mi tía al oír esas palabras—. Qué poco estilo.» Mi tío y ella creían que Brahms era el último compositor que formaba parte de lo que ellos denominaban «la flor y nata», aunque también consideraban flor (pero sin nata) a Irving Berlin y a los Gershwin, sobre todo cuando sus temas los cantaba Ella, cuyo apellido jamás mencionaban.

Ese reciente corte de pelo de mi madre fue la primera de las muchas evoluciones que se produjeron en su aspecto a lo largo de las décadas: su imagen fue cambiando con los tiempos, mientras que la de mi tía se quedaba anclada en 1945, el año en que había conocido a mi tío en la Metro-Goldwyn-

Mayer, cuando ambos eran jóvenes guionistas.

Mi madre era baja: «Pequeñita y preciosa, así es nuestra Merona», afirmaba mi tía. «*Adorable*», añadía, pronunciando la palabra *à la française*, como si hablara de una niña o de una muñeca. Esos rasgos de muñeca de mi madre (por llamarlos de algún modo) habían ido desapareciendo lentamente desde que había tenido hijos, pero, en muchos sentidos, mi tía consideraba que Merona seguía siendo la tímida chica de trece años a la que había conocido a los pocos meses de que mi tío y ella empezaran a salir.

En mi tía no había nada que recordase ni remotamente una muñeca. Era una mujer alta, corpulenta, de cara redonda, de mirada incandescente; muchas veces la gente decía que era una persona formidable, aunque nunca con el matiz burlón que estas personas sí transmitían cuando pronunciaban esta palabra con acento francés y, desde luego, jamás delante de ella. Yo la consideraba, ni más ni menos, el ser humano más mágico que conocía. Todo lo que tocaba, todo lo que hacía, se convertía en algo extraordinario, algo imbuido de una sabiduría especial y de una vitalidad apabullante que transformaba una conversación, una comida, una sala o un momento normales en algo lleno de embrujo. No solo me lo parecía a mí; para muchas otras personas, era toda una belleza, en parte Rosalind Russell, en parte Lucille Ball (en morena), aunque ella, al describirse en tono socarrón (en aparente tono socarrón), decía que era una sempiterna adolescente demasiado alta y demasiado fea, con una nariz imperfecta que su madre había mandado «revisar» como regalo por su decimoséptimo cumpleaños. Su peinado subía mucho, muchísimo más de lo que llegó a hacerlo el de mi madre, largo tiempo antes de que se hiciera un moño. Se prendía flores o, de forma memorable, hojas en esas torres redondeadas, o las envolvía con pañuelos (de colores, de estampado de leopardo o de cebra, de cuadros escoceses), o las tapaba con boinas, gorros también escoceses, sombreros de campana o gorras de béisbol que elegía por su tonalidad, no porque sintiera ninguna afinidad con un equipo en concreto. Se maquillaba los párpados de azul o violeta y, bien entrada la década de 1990, aún se pintaba un lunar, propio de una *flapper*, en lo alto de la mejilla derecha. Llevaba una cantidad considerable de joyas, en un número cada vez mayor a medida que fue envejeciendo, muchas veces unidas en colecciones temáticas tan extensas como las colecciones de objetos de su casa, de marfil un día, de ámbar al siguiente; de coral, de oro, de plata, de cristal, de malaquita, de lapislázuli, de perlas o de azabache, en función de su estado de ánimo o de su ropa. En esencia, se trataba a sí misma como si fuera

una superficie por decorar y, al igual que las otras superficies que decoraba, era imposible que el efecto final pasase desapercibido, jamás. Eso no sucedía, jamás.

Su capacidad lingüística era inimitable; a veces intimidaba. Soltaba torrentes de palabras que acababan fundiéndose en frases impecables, del mismo modo en que las gotas de lluvia acaban formando charcos. En las reuniones de guion era un as a la hora de resumir y presentar las historias. Se echaba hacia delante en la silla, con los codos en las rodillas, mientras un pitillo Merit se le iba consumiendo solo en una mano, y se dejaba llevar. En quince, veinte minutos, frente a un público callado, narraba una película entera, desde el fundido de entrada al de salida, sin mirar ni una sola nota escrita.

Se ponía una colonia de hombre, de la marca Caswell-Massey, que compraba en los grandes almacenes I. Magnin. Cuando subí al coche, esta fragancia acre le salía a vaharadas del cuello; mi tía bajó una mejilla con colorete para que quedase a mi altura.

Le di un beso, y ella sacó lentamente el Buick del camino de entrada.

—Mira lo que hay detrás, Tesoro —me dijo.

Trasladé al asiento delantero un paquete envuelto y atado con un lazo, tan crujiente que parecía que lo habían metido en almidón.

—¿A qué esperas? Vamos, ábrelo.

El regalo era un libro titulado *Cuadros famosos*. Eché un vistazo a sus páginas. Cada capítulo se centraba en un tema distinto: paisajes, retratos, gente trabajando, niños jugando.

—Gracias, tía Hankie —le dije—. Es precioso.

La mejilla volvió a bajar. La volví a besar.

—Una cosita de nada para celebrar este sábado que pasamos juntos. —Me dio un codazo—. Estoy segura de que en el futuro serás artista, Mike. Estoy convencida. Todo lo que haces tiene muchísimo estilo. De verdad de la buena. Como si te hubieras tirado toda la vida aprendiendo cuestiones de estética.

Yo tenía nueve años.

—«Crea belleza en todo momento.» Es uno de los lemas de nuestra familia.

—¿Qué es un lema?

—Un principio que sigues. Con el que construyes tu vida.

—Crear belleza. En todo momento.

—Sí. En lo que dibujes o pintes, en las casas en las que vivas. También en tu forma de hablar. Y de escribir. Y hazlo sin demora. Rapidito, rapidito. Eso

ya me lo has oído decir.

Asentí con la cabeza.

—En la tumba ya te sobraré tiempo para dormir.

Debí de quedarme con gesto perplejo, porque añadió:

—Quiere decir que no hay que pararse, que no se aceptan las barreras. Nada de echarse siestecitas.

Mi madre se echaba una todos los días.

—Tienes que lograr que todos los momentos sean importantes —prosiguió—. Y que nunca te dé miedo ser atrevido. Imagina qué habría pasado si Huffy no lo hubiera sido, imagina que después de pasar diez años horribles de la Gran Depresión en Portland no hubiera aprovechado la oportunidad que se le presentó cuando la Mayer le concedió una entrevista. Nos metió a tu padre, al abuelo Frank y a mí en el Nashville, todos apretujados, y nos llevó a Los Ángeles de un tirón, y dejó impresionado al bueno de LBM. Todo cambió después de eso, todito todo, lo que nos convierte en los Fabulosos Frank procede de ese momento, de Huffy, gracias a su atrevimiento y a su valentía. ¿Lo entiendes?

Dije que no con la cabeza.

—Bueno, ya lo entenderás. Algún día. Me cercioraré de ello.

Ya habíamos salido suavemente del cañón. Mientras ella doblaba a la derecha para entrar en Laurel Canyon Boulevard, añadió:

—Sigue a tu corazón, te lleve donde te lleve. Y regala siempre lo que más valores de todo lo que tienes.

Bajé la vista y me fijé en las páginas de mi nuevo libro.

—O sea, ¿que esto tendré que regalárselo a Danny o a Steve en algún momento?

Ella ladeó la cabeza.

—Creo que en este caso en particular no, cariño. A tus hermanos les interesan cosas completamente distintas que a ti, ¿no? Danny... es un científico en ciernes. Se le dan bien los problemas de lógica. Salta a la vista. Lo suyo serán los hechos. Está más claro que el agua. En cuanto al pequeño..., creo que su futuro pasa por el atletismo. Tiene unas cualidades físicas tremendas, igualito que mi hermano. A lo mejor, como él, aprenderá a triunfar en los negocios. Sí, estoy segura de que sí. Eso nos hace falta en la familia, ¿verdad? Para que nos haga de contrapeso, como si dijéramos. Más que nada por pragmatismo. Pero ¿la literatura? ¿El arte, la arquitectura? ¿Absolutamente cualquier forma de expresión creativa? Esa es tu área de competencia.

Lo de «área de competencia» me sonó parecido a lo de «lema», pero no tuve que preguntarle qué era.

—Eso quiere decir que es aquello en lo que destacas, tu punto fuerte. — Señaló el libro con un ademán—. No, esto está hecho para ti. Como tantas otras cosas.

Me pregunté qué otras tantas cosas serían esas. Como si me pudiera leer el pensamiento, mi tía añadió:

—Una coleccionista no se pasa la vida reuniendo cosas bonitas para que acaben tranquilamente desperdigadas después de su muerte.

Volvió la cara para mirarme. En sus ojos brillaba la chispa de siempre, que lanzó un breve destello mientras ella me dirigía una sonrisa; luego volvió a centrarse en el volante.

En Hollywood Boulevard giramos a la izquierda, a un tramo de calzada que era completamente residencial y en cuyo lado superior se extendía una serie de casas que mi tía ya me había enseñado a identificar. De estilo morisco. Tudor. Neocolonial español. *Craftsman* estadounidense. Siempre que divisaba estos edificios por la ventanilla del coche pensaba en cómo era posible que fueran tan distintos unos de otros y, sin embargo, estar alineados formando una obediente fila. En Los Ángeles había calles enteras, barrios enteros, que eran así: abigarrados y extravagantes, casas soñadas para una ciudad que formaba un paisaje onírico.

En Ogden Drive doblamos a la derecha, como siempre hacíamos, y mi tía detuvo el vehículo delante del número 1648. El Apartamento. Así lo llamábamos, sin más: el Apartamento. Vamos a pasarnos por el Apartamento. Nos necesitan en el Apartamento. Este año celebraremos tu cumpleaños en el Apartamento. Llega una noticia muy mala del Apartamento.

Mi tía nunca me enseñó a identificar el estilo del Apartamento, lo cual seguramente sucedió porque tampoco tenía ninguno en particular. Era un edificio de estuco, de la década de 1930, que rodeaba un patio interior en el que había una exuberante vegetación de camelias, gardenias y aves del paraíso, pero lo más importante del Apartamento era que, desde mucho antes de que yo naciera, mis dos abuelas vivían juntas en él.

—Rapidito, rapidito —dijo mi tía mientras apagaba el motor—. Llegamos casi diez minutos tarde al Momento de la Mañana. Huffy debe de estar muerta de preocupación.

Huffy (la mayor de mis dos abuelas, madre de mi tía y de mi padre) estaba incorporada en la cama, leyendo tranquilamente, cuando entramos en su cuarto a todo correr. Estaba en la cama que quedaba más cerca de la puerta, y que hacía juego con la otra: ambas tenían un cabecero y un estribo, que coronaban unos pináculos pintados de dorado y en forma de llama. Daba la impresión de que mi abuela viajaba en un barco, en un navío dorado que subía y bajaba en medio de un mar de estampados de color rosa, jarrones blancos y guirnaldas, que era lo que se veía en el papel pintado.

—Mamá, siento llegar tarde —dijo mi tía—. Mike y yo estábamos charlando de lo más entretenidos, y se me ha olvidado la hora que era.

A mi abuela se le había soltado el pelo durante la noche y no iba maquillada, pero con su postura erguida y sus ojos oscuros y concentrados lograba, de algún modo, seguir dando la impresión de que estaba en guardia y de que no se le escapaba ningún detalle.

—Hoy es sábado —dijo mientras se quitaba las gafas de vista cansada—. El único día en que debes tomarte las cosas con calma, cariño mío. Te lo he repetido muchas veces.

—Ya habrá tiempo para tomarte las cosas con calma cuando estés... —empezó a decir mi tía—. Bueno, pero ya hemos llegado.

—¿El niño va a acompañarnos a zascandilear por ahí esta mañana? —preguntó mi abuela.

Mi tía me dirigió una sonrisa y contestó:

—Nos hace falta su buen ojo, ¿no?

—Sí que lo tiene bueno, sí —confirmó mi abuela.

—Cómo no va a tenerlo. Se lo educo yo.

El Momento de la Mañana era el rato sagrado, de aproximadamente una hora, en el cual mi tía le cepillaba el pelo a su madre, se lo recogía formando un moño perfecto y se lo sujetaba en lo alto de la cabeza; después la ayudaba a maquillarse y a vestirse. A continuación le preparaba el desayuno y se sentaba cerca de ella mientras se lo tomaba, para que pudieran hablar antes de que mi tía volviera a subir la ladera y (en los días laborables) de que se sentara junto a mi tío a escribir.

Este ritual se había iniciado antes de que yo tuviera conciencia de ello. Había empezado cuando mi abuela se sometió a la Operación (de la que nunca se daban más detalles ni explicaciones), tras la cual, durante una temporada,

había necesitado ayuda para vestirse y peinarse. Desde hacía mucho, aquello había evolucionado hasta convertirse en la rutina con la que ambas mujeres comenzaban sus días, siete días a la semana, sin excepción.

En la primera parte del Momento de la Mañana, la del acicalamiento y el vestido, siempre me mandaban a esperar al salón. Muchas veces, como aquel día, aguardaba a que mi tía cerrase la puerta después de que yo hubiera salido y después me escabullía por el pasillo al cuarto de Sylvia, que era mi «otra» abuela, la madre de Merona y de Irving.

Como siempre, tenía la puerta cerrada. Apliqué el oído a la superficie y después llamé.

—¿Michaelah?

Abrí la puerta lo justo para caber por el hueco y luego la cerré otra vez.

—No estaba del todo seguro de que anduvieras por aquí —dije.

—No quiero estar en medio mientras Hankie prepara el desayuno.

—¿Y el tuyo? —pregunté.

—Después —contestó con un gesto de resignación.

Estaba sentada en una esquina de la cama, completamente vestida, con un periódico doblado en el regazo. Su cuarto era la mitad de grande que el de Huffy, y en él no había un espléndido cabecero con saltarinas llamas doradas. La cama era el único sitio de la habitación para sentarse, al margen de un arcón bajo de dura madera de cedro.

Además del arcón, había un tocador alto sobre el cual reposaban varias fotografías del marido de Sylvia, mi apuesto abuelo, que había sido rabino y que había muerto antes de que yo naciera; estas imágenes eran lo único de toda la estancia, de todo el apartamento, que podían considerarse objetos personales de Sylvia, sin contar la radio de al lado de la cama, que lo que sintonizaba era casi un murmullo, siempre la emisora local de música clásica.

—¿Esta mañana nos vas a acompañar? —le pregunté.

La cabeza de Sylvia se inclinó formando un ángulo. Parecía que mi abuela (mi segunda abuela, como yo la consideraba) siempre estaba calibrando las cosas, o llevando a cabo una minuciosa evaluación, antes de hablar o actuar.

—Creo que hoy... no.

Físicamente, Sylvia era más baja y menuda que Huffy, del mismo modo que mi madre era más baja y menuda que mi tía; hasta su nariz y sus ojos eran menores, más delicados y dubitativos. Menos intensos, también podría decirse, aunque no se les escapaba casi nada.

Esos pequeños y observadores ojos suyos se fijaron en el pasillo, o en

donde se habría distinguido el pasillo si la puerta hubiese estado abierta.

—A lo mejor la semana que viene —añadió.

Supe que mentía. Ella supo que yo sabía que mentía. Ya habíamos mantenido diversas versiones de esta conversación muchos sábados.

—El lunes voy a la colina —dijo, refiriéndose a nuestra casa de Greenvalley Road, donde podía cocinar, comer naranjas chinas directamente del árbol y leer en el jardín, bajo el olmo japonés de la parte posterior, y dejar que su mirada abandonara esa actitud vigilante —. Prepararé tapioca.

—Ay, sí, porfa —dije—. ¿Y bizcocho?

—Si quieres...

Asentí con la cabeza.

—Michaelah.

—Dime, abuela Sylvia.

—Se van a impacientar si tardas mucho en volver.

—Solo han pasado unos minutos.

Volvió a mirar a la puerta.

—Mejor ciérrala cuando salgas.

La puerta del cuarto de Huffy aún no estaba abierta. Cogí el cuaderno de dibujo y me tumbé en la alfombra trenzada del salón.

Mientras trataba de decidir qué dibujar, mi vista se posó en primer lugar, como solía suceder, en el cuadro que quedaba un poco por encima y a la derecha del sillón de orejas en el que le gustaba sentarse a Huffy en las reuniones familiares. Si hubiera habido chimenea, el cuadro habría estado por encima de la repisa, pero no la había, y la pintura no necesitaba más realce. Ya venía en cursiva, ya estaba subrayada. Era un cuadro de mi tía, el epicentro de la sala, al igual que ella lo era de nuestra familia.

Harriet, Harriet Frank hija, era su nombre de cara al público, su nombre profesional. En casa la llamábamos Hank o Hankie; de ahí, tía Hankie, a veces Harriatsky o, posteriormente, Tihankie.

Los nombres de estas mujeres estaban envueltos en un velo de confusión. Huffy había nacido como Edith Frances Bergman en Helena (Montana). No tardó en eliminar el Edith porque no le gustaba. De niña, en Spokane, y recién casada, en Portland, la llamaban Frances. Siguió siendo Frances Goldstein (su nombre de casada) hasta que, a mediados de la década de 1930, presentó un programa en la radio local, que denominó *Frances Frank, francamente*

hablando; poco después pasó a ser Frances Frank, se cambió el apellido y convenció a su marido para que también se cambiara el suyo y el de sus hijos. Varios años más tarde, en 1939, cuando rehízo su vida otra vez y se trasladó de Portland a Los Ángeles, se apropió del nombre de su hija, un nombre nuevo para una vida nueva. Se convirtió en Harriet madre, y mi tía, que por tanto también vivió un cambio de nomenclatura, pasó a ser Harriet hija.

Esto no le pareció raro a nadie, que una madre adoptara el nombre de su hija para que ambas formaran un conjunto a juego.

—Harriet es un nombre interesante —declaraba mi abuela—. De escritora.

Harriet hija se hizo escritora: guionista. Esto tampoco le pareció raro a nadie.

Ni tampoco lo siguiente:

—Huffy y yo conocemos los secretos más íntimos de la otra. La verdad es que no hay nada que no sepamos la una de la otra. Pero nada, nada.

Ni tampoco esto otro:

—No nos hemos dicho una palabra más alta que la otra en toda la vida. Ni una sola vez.

Ni lo siguiente:

—Hankie y yo no solo somos madre e hija. Somos las mejores amigas. Somos más que mejores amigas.

Les encantaban estas grandes declaraciones, a mi abuela y a mi tía, casi tanto como poner apodos. Mi tío era Dover (su segundo nombre, convertido en el primero), Gordete, Corchito. Otra tía mía era Frankie o Nena. Mi padre, Martoon, Martontito, Martonete.

Yo era Tesoro o Mike.

Harriet madre era Huffy (que se pronunciaba Hafi), siempre. Sylvia, mi otra abuela, no llegó a tener apodo. A veces utilizábamos el diminutivo de Syl, pero nada más. Mi madre, Merona, a veces era Meron. Pero nada que resultara más cariñoso.

Estábamos en California. En el ardiente y soleadísimo sur de California... Casi todos los otros niños de nueve años se habrían pasado el día en la calle, jugando en un lugar como ese, con tanto cielo y tanta luz. Yo lo pasaba tirado sobre la alfombra trenzada, contemplando el cuadro de mi tía: mi cielo y mi luz.

El retrato lo había pintado una prima rusa de mi abuela que se llamaba Mara y a quien durante la guerra habían desterrado a Siberia, donde la habían metido en un gulag y la habían obligado a pintar cuadros de Stalin para el

Gobierno. «Tu tía y yo viajamos juntas a Yurp en 1964», me contaba Huffy; Yurp era, como Gordete o Hankie o Martontito, un apodo, aunque empleado para un continente entero en vez de para una persona.

—Era un sueño que habíamos tenido toda la vida. La hermana de Mara, Senta, que había sobrevivido ocultándose en un desván, había estado casi veinte años tratando de sacarla de la Unión Soviética. Las encontramos viviendo juntas en un apartamento de Bruselas. Todas las mañanas, después de desayunar, tu tía y yo íbamos a su casa y posábamos para ella hasta la cena. Durante esa visita recuperamos mucho tiempo perdido. Y, mientras yo posaba, ¿a qué no sabes en qué pensaba?

Negué con la cabeza.

—En lo mucho que agradecía que mis padres hubieran decidido venir a Estados Unidos cuando lo hicieron. ¿Sabes qué quiero decir?

Volví a negar con la cabeza.

—Pues que de otro modo es posible que yo hubiera fallecido, como tantas otras personas de nuestra familia.

Mi abuela centró en mí sus ojos oscuros.

—Eso es lo que me habría pasado por el único motivo de haber nacido judía —me aseguró—. Y si me hubieran matado, tu padre no estaría aquí, y por tanto tú tampoco.

—¿Ni la tía Hankie?

La inexistencia de la tía Hankie me parecía algo casi más inconcebible que la mía.

—No, ni siquiera nuestra querida Hankie estaría aquí... —Sus ojos oscuros lanzaron un destello. Se quedó callada unos instantes—. Eso cuesta mucho imaginárselo, ¿eh?

—Es imposible —afirmé.

Mi abuela esbozó una sonrisa enigmática.

—Sí, imposible. Estoy muy de acuerdo.

Tanto mi tía como mi abuela habían colgado el retrato de la otra en sus respectivas casas. El de mi tía era el mayor de los dos y más oscuro, tanto en el cromatismo como en la forma en que en él se insinuaban sus estados de ánimo negros y latentes. Cómo había sido capaz esta prima lejana, pintora de Stalin, de captar este rasgo de mi tía, tras conocerla solo durante una semana, era un misterio.

También estaban los ojos. Al hablar de un retrato, la gente suele hacer bromas con esto, pero es cierto que daba la impresión de que los de mi tía te

seguían por toda la sala. Esto puede deberse al hecho de que sus ojos no solo aparecían en el cuadro, sino que se reflejaban a la vez en varios sitios más de la estancia: en las pinturas invertidas que se veían en los espejos de unas damas chinas que colgaban por encima de las estanterías y, de forma más destacada, en la pared de enfrente del retrato, donde había otro espejo, muy viejo, tanto que era del siglo XVII y flamenco, con un grueso marco propio de los maestros antiguos, hecho con franjas consecutivas de madera dorada y pintado de caoba. Su apagado y moteado cristal devolvía a mi tía su propia imagen, así que, cuando me interponía entre la obra y el espejo, me daba la sensación de que ella me miraba desde dos direcciones, o de que yo estaba interrumpiendo una conversación secreta en la que ella se decía una cosa, ella se respondía, y así hasta el infinito.

Gracias al espejo, mi abuela también podía, desde su sitio habitual en el sillón de orejas, contemplar en el otro lado de la estancia la imagen especular del cuadro de su hija, a quien por tanto nunca dejaba de ver.

Decidí que en el dibujo iba a tratar de captar cómo el espejo captaba la imagen de mi tía. ¡Qué ingenioso! Empecé por el marco y después pasé a la forma de la cabeza de tía Hankie. No era fácil que saliera bien, pero que nada fácil.

Al cabo de media hora se abrió la puerta y, con una explosión de sonido y un cambio en las corrientes de aire, irrumpió mi tía en dirección a la cocina, como un boxeador que entra en el cuadrilátero. Allí estuvo varios minutos atareada; entonces, cuando el olor del pan que se tostaba empezó a llegar al salón, metió la cabeza por la puerta para ver qué hacía. Tras echarle un vistazo a mi cuaderno, dijo:

—Pero, Tesoro, ¿estás seguro de que no tienes nada mejor que hacer que ponerte a garabatear cuando justo a tu lado una biblioteca entera está esperando que la explores?

Bajé la vista y me fijé en mi dibujo. ¿Garabatear? Noté que las mejillas me ardían de vergüenza por haber fracasado tanto. ¿Cómo iba a convertirme en artista si era incapaz de retratar a una de las personas que mejor conocía del mundo? Callado, doblé el esbozo por la mitad y cerré el cuaderno.

Mi tía se acercó a las estanterías y se agachó. Pasó los dedos por los lomos de novelas de Dickens..., después de Thackeray..., después de Trollope. Se detuvo en *Qué verde era mi valle*.

—Este me encantaba cuando yo era niña —declaró; después examinó otros dos libros, que cogió del estante y que me alargó—. Créeme, Tesoro, entre *Servidumbre humana* e *Hijos y amantes* aprenderás todo lo que te hace falta saber sobre qué se siente al ser un joven de determinado tipo. De tu tipo, vamos.

Dejé que los libros se abrieran al caerme en el regazo y contemplé poco convencido la cascada de letras minúsculas.

—Porque eres inteligente, Mike, ¿o no? Pues claro que sí. Ya va siendo hora de que empieces, rapidito, rapidito, a leer novelas de adultos...

Como no dije nada, añadió:

—No querrás ser una persona normal, ¿no? ¿Encajar? Encajar es morir. No lo olvides. Te conviene distinguirse de tus compañeros. Siempre.

Gracias a mi tía (y a mi tío) yo encajaba con mis compañeros tan poco como le es posible hacerlo a un niño de nueve años. Ni siquiera sabía qué se siente al encajar. Y eso me inspiraba orgullo. A veces, un orgullo absurdo.

Casi tan sagradas como el Momento de la Mañana eran las excursiones que emprendían mi tía y mi abuela para visitar anticuarios los sábados por la mañana; eran días dedicados a la «salud mental», pero también cumplían un objetivo claro, puesto que «una habitación que no cambia es una habitación muerta, y vivir en una habitación muerta destroza el alma», en palabras de Harriet hija.

Madre e hija abordaban las compras, este tipo de compras, con un rigor de experto. Salir con ellas un sábado debía de parecerse, o eso imaginaba yo, a lo que tenía que haberse sentido al viajar con ellas a Yurp, que, en cierto modo, era lo que esas excursiones suyas constituían, miniviajes a otro tiempo, otra historia y otra cultura, a mundos lejanos; mundos reconstruidos gracias al pasado contenido en las cosas.

Aunque no solo buscaban un par de candelabros, un plato grande o algún objeto lacado chino, sino que también estaban educando al «niño» para que distinguiese qué era «auténtico» y qué «una reproducción», qué era «b.» y qué «m.», «histórico» o (el peor de los horrores) «moderno», una expresión cuya segunda sílaba alargaban y pronunciaban con un exagerado desprecio.

Esos sábados me parecían alternativamente emocionantes e inquietantes. Se me venía una buena encima si cogía algo, aunque solo fuera para investigar, y

oía ese penetrante susurro que decía «m.», es decir, que era «malo». Aquello equivalía a que me aseguraran que mi calidad también era «m.», es decir, que era tonto. Y claro que lo era. ¿Qué podía saber un niño de Lewey Schmooy (así hablaban en tono jocosos de un tipo de muebles), cómo podía diferenciar el oro *vermeil* y el bronce dorado, a Palladio de Piranesi? Era tan difícil (casi tanto) como que te leyeran un párrafo de Dickens y otro de Austen y después te pidieran que dijeras de quién era cada uno. Un chico que quisiera seguir siendo aceptado en este colegio (en esta familia) se esforzaba mucho en aprender: los nombres y las fechas, los datos y las cifras, las épocas, los estilos (en prosa, los narradores; en el cine, la imagen). Las técnicas: el ensamblaje a cola de milano y en qué se diferencia de la unión a inglete, las distinciones entre el biselado y el fijado, entre pintar una pared con una esponja o con una brocha de plumas... Aquello no tardó en dar paso a la diferenciación entre mostrar y contar, entre las voces activa y pasiva, entre la sencilla y transparente prosa tolstoiana, las florituras faulknerianas y los excursos proustianos...

Mi tía tenía varios sitios por los que le gustaba «zascandilear»: por Pasadena y a lo largo de la Main Street de Venice, y, cuando se sentía especialmente ambiciosa (o ricachona), por Montecito o por la localidad cercana de San Juan Capistrano, donde desarrollaban su actividad algunos de los marchantes más de «primera fila». Pero aquel día nos íbamos a quedar en nuestra ciudad: íbamos a un grupo de tiendas situadas en la parte baja de Sunset Boulevard, cerca de Western Avenue.

En el primer establecimiento en el que entramos, cogí una bandeja lacada en la que se veían dos figuras chinas. Daba la impresión de que aquello podría quedar bien en el apartamento de mi abuela, por lo que me pareció una elección poco arriesgada. Mientras estaba agarrándola, mi tía extendió el brazo.

—No, eso no, Mike. Es una reproducción. Es «m.».

Lo más importante fue el tono, un frío rechazo que hizo que yo, que ya era pequeño, me sintiera aún más pequeño. Sin embargo, no dejé de intentarlo, de anhelar ser uno más, de saber lo que sabían, de ver lo que veían, y cómo lo hacían; de lograr, y conservar, su aprobación, su aceptación, su amor.

Una y otra vez, la mano de mi tía decía que no. Una y otra vez, yo seguía intentándolo.

—Eso está mejor. Por ahí vas bien.

Otra vez más.

—Aún mejor.

Pero ¿por qué? Esa pregunta siempre la planteaba mi abuela. ¿Por qué es bueno esto, por qué nos importa?

—El criterio es una cuestión de juicio. Una cuestión de conocimiento. Este escritorio es bueno porque sus líneas lo son. Porque nadie le ha añadido bazofia para que parezca nuevo, o falso. Porque te despierta la imaginación.

—¿Y qué imaginas?

Estábamos delante de un mueble alto. Un secreter. Eso sí que lo sabía. Tenía un tablero abatible, detrás del cual había muchos compartimentos secretos; algunos de ellos, con cerraduras minúsculas para que no se pudieran abrir.

—Imagino al hombre..., no, a la mujer que se sentaba aquí y que escribía cartas. Cartas secretas. O su diario. Imagino cómo lo escribía hace doscientos años. —Mi abuela abrió uno de los compartimentos—. Y lo guardaba aquí.

—Y esta mancha de tinta —intervino mi tía— se hizo cuando la interrumpieron mientras estaba dedicada a ello.

—¿Quién la interrumpió? —pregunté, perplejo.

—Su marido —añadió mi tía—. Acuérdate del cuadro ese de Vermeer, el de la mujer redactando una carta. Está en tu libro. Ella alza la vista sobresaltada, igual que en el cuadro. Tira el frasco. La tinta, apenas unas gotas, cala la madera mientras se decide el destino de un ser humano, y enseguida...

Mi tía y mi abuela se dirigieron una de esas miradas (que yo conocía tan bien) que indicaban que habían pasado a la comunicación privada que había entre ellas, el equivalente de un compartimento del escritorio al que yo no podía acceder.

—Ella no quiere que él sepa qué escribe —dijo mi abuela—. Tiene que elegir entre proteger el diario o la mesa. Evidentemente, escoge el diario. Por la vida secreta que lleva. ¿Lo entiendes?

Yo asentí con la cabeza, porque era lo que se esperaba de mí. Pero no tenía ni idea de qué hablaban. Ni la menor idea.

El objeto considerado «mejor» resultó ser un plumier; pese a ser victoriano (algo que, como lo moderno, solía merecer una «m.» tajante y categórica), en su tapa aparecían dos figuras pintadas (al estilo chino, lógicamente), y, además, era útil.

—En él puedes guardar tus herramientas de trabajo —declaró mi tía muy contenta—. Así podemos tirar ese estuchito tan vulgar que tienes. ¿Qué te parece, Tesoro? ¿Me dejas que te lo regale?

Esa pregunta, esperada con tanta incertidumbre, llegaba en determinado momento, a veces en determinados momentos, de cada excursión por los anticuarios.

—Ay, sí, tía Hankie.

—¿Y qué te parecen estos reposalibros? —añadió, bajando de un estante dos de bronce, con forma de pequeños templos griegos—. Te ayudarían a organizar tu biblioteca en casa.

—Son preciosos, tía Hankie.

—No importa que haya un pequeño arañazo en uno de ellos, ¿no?

Contesté que no con un ademán de cabeza y aseguré:

—Es un signo de antigüedad.

—¡Un signo de antigüedad! —exclamó mi abuela, encantada—. Hay que ver lo rápido que aprende este niño.

Después de uno de aquellos sábados, un premio muy especial era que me propusieran quedarme a dormir en Ogden Drive. Esa invitación salía del sillón de orejas, que no costaba considerar el trono de mi abuela. (La butaca de Sylvia, colocada enfrente, era más pequeña, y su asiento quedaba más cerca del suelo.) Si a mi madre no la habían avisado con antelación y no me había preparado el equipaje pertinente, se producía una animada discusión: ¿en qué va a dormir el niño? («¿En calzoncillos?», una palabra, pronunciada por mis abuelas, cuya simple mención me encendía las mejillas.) ¿Cómo se va a lavar los dientes? (Con dentífrico extendido en un paño, enrollado en el dedo índice.) ¿Y qué va a leer? (¿La gran edición de Doré de la Biblia inglesa? Desde luego, no el Balzac encuadernado en cuero que había sido de Rosa, la madre de Huffy...) A nadie le preocupaba quién me llevaría de nuevo al cañón, porque todo el mundo conocía la respuesta: al día siguiente, la tía trasladaría al sobrino en coche a lo alto de la colina después del Momento de la Mañana.

La invitación se produjo poco después de que hubiéramos vuelto esa tarde de nuestra expedición por los anticuarios, cuando Huffy se dio cuenta de que Sylvia iba a pasar la velada fuera, se había ido a uno de sus conciertos del centro. «Esta noche nos haremos compañía», me dijo. La tía Hankie se aseguró

de que hubiera suficiente comida en casa para la cena y entonces se fue a su casa.

Después de que se marchara, Huffy propuso:

—¿Y si nos tomamos solo dos cuencos enormes de helado y luego nos metemos en la cama a leer?

—¿Hay salsa de chocolate?

—Puede que sí —contestó ella con una carcajada.

Cuando terminamos nuestra «cena», Huffy anunció:

—Tengo una cosa para ti. Te la compré la semana pasada.

Entró en su cuarto y volvió con un paquetito metido en una bolsa de papel marrón. En el interior había un libro en blanco encuadernado en piel naranja, de papel pautado, y se cerraba con una pequeña cerradura de latón y una llave. En la tapa, en doradas letras en relieve, aparecía una sola palabra: «Diario».

—Yo llevo uno —me dijo— desde que era joven y vivía en Portland. Cuando seas mayor lo leeréis, tú y tus hermanos. Podréis conocerme de un modo que ahora os resulta imposible. —Me miró—. Esto no lo entiendes demasiado, ¿verdad?

Contesté que no con un gesto.

—Ya tienes edad suficiente para empezar a escribir sobre tu vida.

—¿Escribir? —pregunté desconcertado—. ¿De qué?

—Puedes hacerlo sobre el mundo en el que has nacido, algo que siempre es interesante, con independencia de cuándo hayas nacido en él. Y puedes dejar constancia de quién consideras que eres.

Quién. Consideras. Que. Eres. Esas palabras no me decían nada.

—Y cómo son las personas que te rodean.

Esto ya lo entendía mejor. O empezaba a hacerlo.

La abuela Huffy solía guiarme con este tipo de indicaciones, que no eran reglas exactamente, sino más bien principios que observar en la vida, sintetizados y adecuados a mi edad..., casi siempre.

Por ejemplo: durante la larga, aburrida y completa lectura de la Hagadá en el Séder, en la casa de nuestros primos situada en lo profundo del valle, cada pocas oraciones mi abuela susurraba:

—La espiritualidad no tiene nada que ver con este insoportable tedio, no lo olvides.

Si estábamos en una tienda, cogía un objeto y veía las palabras «*Made in Germany*» grabadas en la parte inferior, lo devolvía a su sitio con un golpe decidido y declaraba:

—Por encima de mi cadáver, y también del tuyo.

—Tienes que votar siempre al Partido Demócrata —me dijo otro día—. Es lo que hacemos en esta familia.

En este caso, no hubo explicación: solo ese decreto.

También me contaba historias, algunas de las cuales yo no podía dejar de reproducir mentalmente, como aquella sobre el cuadro o sobre la tía Nena.

Íbamos una tarde en su Oldsmobile azul cuando le pregunté de dónde salía el apodo de tía Nena.

—Muy sencillo. Es la nena de la familia.

—Pero tú la conociste cuando ya no era una nena.

Eso lo pillaba hasta yo.

—No, pero para mí eso no cambia nada. La considero una hija más. ¿Quieres saber cómo vino a vivir con nosotros?

Indiqué que sí.

«Su madre murió cuando ella era pequeña. Su padre era un amigo que tu abuelo había conocido en Portland», empezó a narrar, pronunciando el nombre de su esposo fallecido, mi abuelo, por primera vez y creo que última en todos los diez años en que la traté. (De él no había fotografías colocadas en la superficie del tocador de mi abuela, ni una sola señal de su existencia en el Apartamento.) «Era un buen hombre, pero alcohólico. Un alcohólico es una persona que no puede dejar de beber, y, cuando lo hace, no muestra su mejor cara, por decirlo así. Un padre que bebe de este modo no es un buen padre. No puede serlo. Es imposible. Yo lo vi, y me inquietó. Muchísimo. Así que un verano invité a Nena a venir a casa. Tenía trece años y se lo pasó fenomenal. Tu tía era como una hermana para ella; tu padre, como un hermano.»

Calló unos instantes. «Al final del verano la llevé a dar un paseo. Las dos solas. Y le dije: “Nena, me gustaría proponerte una cosa. Pero primero quiero que sepas que no me ofenderé si me contestas que no. ¿Vale?”. Ella me aseguró que lo entendía, lo cual era importante. Entonces añadí: “Me gustaría proponerte que vinieras a vivir con nosotros aquí, en Los Ángeles. Que nuestra casa sea la tuya de forma permanente. Quiero que te lo pienses, y que me avises cuando ya lo hayas hecho”.»

—¿Y ella qué dijo?

—Dijo que no tenía que pensárselo ni un minuto. Que quería quedarse con nosotros para siempre. Cosa que hizo hasta que se casó. —Mientras miraba por el parabrisas, añadió—: A veces es importante decidir las cosas por uno mismo. Incluso cuando todavía eres un niño.

Ella consideraba que esta era la moraleja de la historia. Pero yo me fijé en otra cosa: en que esa niña había quedado al cuidado de unos padres que no eran los suyos, igual que muchas veces yo quedaba al cuidado de mis tíos.

Justo una hora después de que nos metiéramos en la cama con nuestros libros, mi abuela anunció que ya era hora de que durmiéramos. Apagó su luz y, obedientemente, yo apagué la mía. Luego colocó sus almohadas y se situó en el centro, entre las columnas de las llamas saltarinas, y al cabo de unos minutos ya estaba frita y resoplaba. Yo, en cambio, tuve la sensación de que tardaba horas en encontrar la forma de quedarme dormido. Todo en el Apartamento me era desconocido, emitía zumbidos y estaba muy vivo: desde los rugidos del tráfico que pasaba por Hollywood Boulevard a los ruidos de Sylvia, que había vuelto del concierto y que no dejaba de ir de un lado a otro (cuando Huffy apagó la luz, Sylvia empezó a deambular de habitación en habitación), pasando por el estruendo que se originaba en las profundidades del pecho de mi abuela y que daba la impresión de no saber muy bien si debía salir por la nariz o por la boca. De vez en cuando se producía una explosión áspera, mitad ronquido y mitad grito, que me llevaba a meterme inmediatamente bajo las sábanas; después salía de ahí abajo todavía más despierto, sin nada que me hiciera compañía al margen del papel pintado, cuyos jarrones y guirnaldas en relieve repasaba con el dedo una y otra vez. Como eso no servía de nada, volví a las aterradoras versiones que Doré hacía de Adán, Moisés, Jonás, etcétera, que resultaban todavía más inquietantes cuando se examinaban, con los ojos entrecerrados, en la oscuridad de la noche, o también me puse a escudriñar el busto de *madame* de Sévigné que se alzaba sobre una columna de ónice y que había sido elegido, según mi tía, porque esta mujer adoraba a su hija y había escrito algunas de las cartas más memorables de toda la historia de la literatura. Delante del busto, una pequeña mecedora sin brazos se movía sola, muy levemente, como si la impulsara un fantasma.

Entonces, de pronto, no sé muy bien cómo, ya había amanecido, había llegado un día bañado en esa luz del sur de California que hace daño en los ojos, y Sylvia me estaba trayendo un vaso de zumo de naranja, exprimido a mano y con la pulpa quitada, que, para no tirar nada, se comía ella con una cucharita.

—Tómatelo, Michaelah —me dijo—. La buena salud se consigue a base de vitamina C. Cada día, una dosis.

Huffy ya se había levantado y vestido, algo infrecuente que solo sucedía en los días en que me quedaba a dormir, ya que normalmente esperaba en la cama, leyendo, hasta que llegaban mi tía y el Momento de la Mañana.

Después de acabar el zumo, Sylvia me preguntó si quería ayudar a hacer la cama.

—Puedo enseñarte a doblar las esquinas como lo hacen en los hospitales —añadió.

¿Una cama con esquinas de hospital? Aquello parecía ser un truco emocionante y muy chulo, algo que merecía la pena saber hacer bien. Me encantaban los trucos y me encantaba aprender. Me puse en pie entusiasmado.

En primer lugar apartamos un poco el somier de la pared. Luego extendimos la limpia sábana blanca y la manta. Ella levantó el colchón, hizo un dobladillo con la sábana y la manta por debajo, lo dejó bien sujeto y se dirigió al lado opuesto para hacer el otro.

—Es como envolver un paquete —dije.

—Sí, eso es —contestó con una sonrisa.

De pronto, nos llegó una voz penetrante desde la puerta:

—Pero ¿se puede saber qué hacéis?

Sylvia se puso rígida y le explicó:

—Le estoy enseñando a hacer una cama con esquinas de hospital.

—Vamos, por favor, al niño nunca le va a hacer falta saber hacer nada remotamente parecido a eso.

Sylvia, hundiendo los hombros, dejó la cama tal como estaba y se marchó a toda prisa a la cocina.

Yo seguía sosteniendo el borde de la manta. Contemplé cómo se iba, paralizado. Aunque Sylvia se estaba alejando de mí, notaba cómo su cuerpo entero rezumaba disgusto. Me di la vuelta para fijarme en el rostro de Huffy, para ver si en él había alguna pista, algún indicio de que sabía lo que había hecho. No había nada.

—Deja ese disparate y ve a vestirte —me ordenó Huffy—. Es hora de desayunar.

En el baño ya estaba preparado el paño con pasta de dientes, el jabón de cara olía a gardenia y había una gruesa toalla suave con la que secarme después. Me puse la ropa del día anterior, abrí la puerta y me quedé escuchando. Muchas veces me detenía a escuchar antes de salir de una habitación y entrar

en otra.

Me llegaba el ruido que hacían unos utensilios al chocar contra el metal, después contra el cristal. Me acerqué a la puerta de la cocina. Mis abuelas no se hablaban, pero estaban cocinando, de pie ante la misma superficie, trabajando en fogones separados. En silencio, cada una preparaba una versión propia del mismo plato para que me lo comiera, una tortita fina como una crep. Sylvia preparaba la suya, por lo visto, para que fuera la parte exterior de un blini de queso, su especialidad: unos rollos ligeros y esponjosos de dulce queso fresco envuelto en esas tapas casi traslúcidas. Sus tortitas apenas rozaban la sartén; me apartó una y me la sirvió con mermelada de fresa y una cucharada de nata agria. La de Huffy estaba tostada y brillaba por su inmersión en un charco de mantequilla, y venía acompañada por una jarrita de dorado sirope de arce.

Dos platos, dos tortitas, dos mujeres que aguardaban expectantes mi veredicto: ¿qué podía hacer un niño con todo aquello, elegir? ¿Asegurar que una estaba más buena que la otra, que una de las dos mujeres era más hábil, más adorable, más querida? A mí solo se me ocurrió comerme las dos, enteras, alternando las dos versiones bocado a bocado.

—¿Sigues con hambre? —me preguntó Huffy con malicia cuando terminé.

¿Cómo supe no caer en la trampa? Mirando el rostro de Sylvia, con su nariz proporcionada, pequeña, redondeada y con una telaraña de arrugas que se extendía a su alrededor; fijándome en sus incisivos demasiado perfectos, que por la noche dejaba en un vaso de una azul efervescencia, quedando así al descubierto una boca hundida y callada; y viendo en sus ojos observadores y apagados, que con tanta intensidad mostraron una señal de dolor.

—Ya no puedo más —dije—. Pero gracias. Las dos estaban buenísimas.

Antes de dejarme en casa tras el Momento de la Mañana, mi tía detuvo el coche en el arcén de Lookout Mountain Avenue.

—Mike, quiero decirte una cosa —anunció de forma ominosa, o de un modo que me lo pareció.

Pensé que había hecho algo malo durante mi estancia en el Apartamento, algo peor que dibujar chapucemente o mostrarme receptivo a la idea de que Sylvia me enseñara a hacer dobladillos de hospital.

Se quitó las gafas de sol. «Quiero darte las gracias por ser tan buen amigo

de mamá.» Me cogió la mano y me la apretó con fuerza.

—Tus visitas le levantan el ánimo de mil maneras —añadió—. ¿Sabes qué me encantaría? Me encantaría que pudiéramos estar los tres juntos para siempre, viviendo muy lejos, en alguna isla, o en Yurp...

¿Nosotros tres? ¿En una isla? ¿En Europa? Yo no entendía muy bien qué decía mi tía, pero igual de desconcertante, todavía más, era el modo en que lo decía, con un extraño sonsonete y la mirada perdida.

—O sea..., ¿sin mis padres ni Danny ni Steve? ¿Sin el tío Irving ni la abuela Sylvia?

—Bueno, quería decir los cuatro. Gordete y yo tenemos una relación simbiótica. Eso ya te lo he contado. —Hizo una pausa—. Sylvia...

Dijo su nombre, solo su nombre. Después esbozó un gesto de desdén. Un ser humano al que se rechazaba en su totalidad, así de fácil.

No comentó nada sobre mis padres ni mis hermanos. De repente, el aire del coche me pareció húmedo, el perfume Caswell-Massey dulce hasta la asfixia.

—No sé si eres consciente de la mujer tan extraordinaria que es la abuela Huffy, la más independiente que he conocido en mi vida. Una librepensadora. La verdad es que esta es su religión, la única en la que cree: el pensamiento libre y audaz, algo que está en la misma base de lo que constituye ser un Fabuloso Frank. Mamá es su encarnación perfecta. Ha pensado por sí misma, ha vivido de su inteligencia, siempre ha seguido los dictados de su corazón, incluso cuando la llevaba a sitios poco convencionales.

¿Sitios poco convencionales? Mi cara debió de plantear la pregunta que yo no habría osado expresar verbalmente.

—Nunca es demasiado pronto para aprender cómo funcionan los sentimientos. Tu abuela —dijo, volviendo la cabeza para mirarme— se casó joven y, tampoco pasa nada porque te lo cuente, por motivos erróneos. Con veinte años era una persona; con treinta, otra. ¿Portland, en Oregón? ¿Para Harriet Frank madre? Había estado en la Universidad de Reed, en la de Berkeley. Tenía cabeza y valor. Y, sobre todo, ambición. Pero con la ambición no llegabas muy lejos en la Gran Depresión, desde luego. ¿Adónde ibas a llegar? Esa espantosa ciudad se le quedó pequeña, la casita destartalada en la que vivíamos se le quedó pequeña, tu abuelo se le quedó pequeño. Era un hombre decente, trabajador, de principios, podría decirse, bla, bla, bla. No estaba al nivel de ella, ni intelectual ni emocionalmente. Así que ella decidió encontrar el amor en otro sitio...

Volvió a mirarme a la cara.

—No seas tan convencional, Mike. —Le empezó a brillar la mirada—. Yo no era mucho mayor que tú cuando lo adiviné. Él era el rabino de nuestra sinagoga. Ahí empezó la cosa, el desarrollo de su vida. Con Henry. Vamos, si hasta yo estaba medio..., más que medio enamorada de él, del modo en que se puede estar cuando tienes doce años y aparece un hombre carismático que es todo lo que tu padre no es...

Intenté imaginarme a mi abuela con un hombre que no fuese mi abuelo. Y rabino. El rabino de su sinagoga. En esta familia parecía que había rabinos por todas partes, pero casi nunca acudíamos a los servicios religiosos. Pero ¿un rabino con el que mi abuela había encontrado el amor «en otro sitio»? ¿Qué quería decir eso exactamente?

Por aquel entonces yo no conocía los detalles de lo que un hombre y una mujer hacían entre ellos, al margen de educar a niños. O sentir anhelo por los niños que no habían tenido.

Mi tía soltó un largo suspiro y puso el motor en marcha de nuevo.

—Me siento mucho mejor después de estas conversaciones nuestras. Me ayudas de mil maneras, Tesoro. No sé si serás consciente de ello.

Se recolocó el pañuelo de la cabeza y luego se inclinó hacia mí.

—Eso sí, lo que nos decimos queda entre nosotros, ¿entendido?

Como no contesté de inmediato, añadió:

—¿Mike?

Asentí con un ademán. Ella me devolvió un gesto cómplice. Luego sacó el Riviera del arcén.

En Greenvalley Road, bajó la mejilla para que le diera un beso de despedida. Recogí mi botín y esperé a que saliera marcha atrás de nuestro camino de entrada. Luego avancé por el sendero sinuoso que llevaba a nuestra puerta.

Esa primavera, mi madre había plantado margaritas blancas en el lado superior de este sendero, y al florecer habían formado tupidos arbustos que desprendían un fuerte olor acre cuando yo pasaba a su lado y los rozaba. Estas margaritas se hacían notar porque eran exuberantes y daban olor, pero también porque eran uno de los pocos detalles domésticos e independientes que mi madre había puesto en su casa y su jardín, porque del resto de la decoración y el paisajismo se habían apropiado mi abuela y mi tía.

El estilo de nuestra casa (una Cape Cod de tablonos blancos) lo habían

decidido mis padres entre los dos. Mi padre había buscado a los contratistas y había supervisado en persona la construcción de la casa mientras mi madre estaba embarazada del hermano que va después que yo, Danny; pero parecía que esa era la última decisión independiente que mis padres habían tomado respecto a su propio entorno.

—Muy estadounidense —dijo mi tía con esa evaluadora voz suya—. Por lo menos no es de estilo moderno. Con lo tradicional podemos hacer algo.

Ese «podemos» en plural se refería, naturalmente, a las dos Harriets, que sometieron a nuestro jardín a una rigurosa simetría gala: dos pares de árboles recortados en forma de bola flanqueaban las dos ventanas frontales y quedaban separados por un bajo seto de boj que se podaba con sumo esmero, siguiendo las instrucciones que mi tía le daba al jardinero que ambas familias compartían. Unas vasijas de piedra enmarcaban la puerta de entrada, y el arriate central lo coronaba un querubín de la misma piedra gris «porque todo jardín necesita una figura clásica que le dé precisamente un tono igual de clásico». La mayoría de las flores, también las margaritas, eran blancas.

En el interior de la casa, casi todos los muebles y los cuadros los habían elegido mi abuela y mi tía, que habían mandado contenedores de Yurp o amueblado también las habitaciones con cosas que habían descubierto en sus expediciones sabatinas, o con objetos de sus casas que ya no querían. El mobiliario se organizaba en grupos rígidos y formales, como le gustaba a mi tía. Era frecuente que mi abuela y ella apareciesen al final de sus sábados, e incluso, quizá especialmente, si mi madre no estaba en casa, traían una mesa, un grabado o un jarrón nuevos, recolocaban o reorganizaban otras piezas, y a veces volvían a colgar los cuadros, con el resultado de que nuestra casa parecía un cruce algo menos agobiante entre el apartamento de mi abuela y la casa de mi tía.

Mi madre, mientras criaba a tres niños pequeños y al mismo tiempo ayudaba a cuidar a su madre, no tenía mucho tiempo para el interiorismo. Daba la impresión de que en esos primeros años toleraba ese *ferpitzeo*¹ de su familia política. A veces entraba y comentaba vagamente: «Ah, veo que han estado otra vez por aquí»; otras veces estaba tan ocupada que tardaba un par de días en darse cuenta de que se había producido un cambio. Yo no era como ella. Yo advertía hasta el más minúsculo cambio de cualquier interior.

En el piso superior, solo en la tranquilidad de mi cuarto, me regodeé especialmente al abrir mis nuevos tesoros. Era como si me los hubieran vuelto a regalar. De forma metódica, coloqué en la mesa mi nuevo libro de arte, mi

plumier y mis sujetalibros, el ejemplar de *Qué verde era mi valle* que mi tía había decidido, al final, que era lo que más me convenía sacar de la biblioteca de mi abuela, y el juego de lápices de colores que se había detenido a comprarme en una tienda de material artístico mientras subíamos la pendiente esa mañana, dado que los míos, como había comentado en tono crítico, ya se habían desgastado prácticamente hasta el final.

Puse el diario que me había dado la abuela Huffy en el cajón de la mesilla de noche y no tardé en sumergirme hasta tal punto en la lectura de *Cuadros famosos*, que era mi preferido de todos los regalos que mi tía me había dado ese fin de semana, que no advertí que se entreabría la puerta de mi habitación, para que unos ojos, dos pares (los ojos de mis hermanos) pudieran observarme.

La puerta se entreabrió y luego crujió. Alcé la vista. Se abrió más y primero Danny y después Steve entraron.

Los tamaños de nosotros tres seguían una escala descendente. Yo era el más alto y, en esos años anteriores a que irrumpiera la adolescencia, tenía un pelo espeso y sedoso que poco antes había empezado a dejarme más largo por encima de las orejas. Tenía una versión de la nariz horrible de mi tía, aunque la mía era de nacimiento y estaba levemente torcida a la izquierda; los ojos, verdes, y muchas veces, ya entonces, enmarcados por unas ojeras oscuras que, según mi madre, había heredado de su padre, mi abuelo rabino, pero mi tía aseguraba que eran el síntoma de una mente tan activa y curiosa a la que le costaba bajar el ritmo incluso en sueños. Después venía Danny. Su pelo, ahora también más largo, presentaba un matiz rojizo, y daba la impresión de que alguien había cogido un pimentero enorme y le había espolvoreado pecas por toda la cara. Pero él no tenía ojeras; sus ojos, en cambio, se enfocaban y desenfocaban, como si estuviera de forma intermitente escuchando una música privada o siguiendo una conversación que no tenía la menor intención de contarle a nadie, jamás. Steve era el «pequeño»: de carne prieta, enjuto, atlético (como solía decir mi tía), tenía un malicioso sentido del humor y unos ojos entre verdes y grises, como la ágata, que incluso desde la puerta hicieron un rápido inventario de los objetos nuevos de mi mesa.

—Mike, ¿qué haces? —preguntó Danny.

—Leer —contesté.

—¿Ese libro es nuevo?

Dije que sí con la cabeza y añadí:

—Es un libro de arte.

Se acercó a la mesa. Steve lo siguió.

—¿Has ido a una librería sin mí?

A Danny le encantaban las librerías. Pero los libros que a él le gustaban no eran los mismos que a mí, los que nos encantaban a mi tía y a mí.

—No, me lo ha regalado la tía Hankie.

Él hizo un gesto de indiferencia, demasiado despreocupado.

—¿Y ese otro?

—Lo he cogido de casa de la abuela. Es una novela. La tía Hankie la leyó cuando tenía más o menos mi edad. Es para chicos mayores.

—¿Tú eres un chico mayor?

Como no contesté, Danny se acercó más.

—Es que yo también leo novelas.

—Tú lees ciencia ficción. No es lo mismo.

—También es algo inventado. También es una historia —protestó Danny.

Cogió el plumier y me preguntó para qué servía. Se lo expliqué. Empleé las palabras «artista», «herramienta de artista». «Pátina.» «Fragil.» Le aseguré que no era nada que le pudiera interesar a él, que, según le recordé, era el científico de la familia.

Esa frase la imité tan bien que no me di cuenta de que se me había ocurrido a mí.

Steve alargó el brazo y cogió el plumier que Danny había dejado.

—Ten cuidado —le dije mientras él abría y cerraba la tapa—. Es un objeto antiguo, no un juguete.

Las bisagras eran frágiles y la tapa se soltó.

—Lo siento —dijo Steve—, no era mi intención.

—Sí, seguro —repliqué con impaciencia.

—Solo quería ver qué hay dentro.

—Ya lo arreglaré —dije mientras se la quitaba.

Ahora había otros ojos en la puerta. Los de mi madre. Observó la escena tanto por los poros como por los ojos.

Entró y llevó a cabo su propio inventario. Miró por la ventana el repliegue del cañón, que rodeaba nuestra casa al formar un barranco verde y marrón. Por encima, el cielo estaba brillante y casi completamente descolorido.

—Chicos —dijo, dirigiéndose más a ellos que a mí—, ya os he dicho, sé que lo he hecho, que entre hermanos no siempre hay igualdad. No puede haberla.

Puede que no siempre escudriñara tanto el resto de la casa, pero en ese

momento no perdió detalle de lo que había en mi cuarto.

—En algunos momentos quizá os dé la sensación de que hay más desigualdad que en otros, pero...

Los libros, los sujetalibros. El plumier ahora roto. Los lápices. Los envoltorios de papel y las bolsas que habían contenido el botín de aquel día y que formaban una montañita en el suelo.

—Pero todo se equilibra al final —añadió sin gran convencimiento. Y, por lo que yo sabía, también con bastante inexactitud.

Me la encontré después en la cocina, antes de la cena. Estaba pinchando unas patatas antes de meterlas en el horno para asarlas, aunque sería más preciso decir que las estaba acuchillando.

Al atardecer, cuando las luces de la cocina estaban encendidas, la ventana de encima del fregadero se convertía en un espejo. En él se cruzaron nuestras miradas.

—No es mi culpa que a la tía Hankie le guste comprarme cosas —dije.

Mi madre no se dio la vuelta para mirarme, sino que le habló a la ventana.

—Lo sé —dijo.

Metió las patatas en el horno.

—Ni que me cuente cosas...

Cerró la puerta del horno y se dio la vuelta para mirarme.

—¿Qué tipo de cosas?

Noté cómo la piel se me ponía roja. Pero ya había empezado, así que tenía que terminar. O intentarlo. De modo que le repetí, todo lo bien que pude, todo lo bien que lo había entendido, lo que mi tía me había contado sobre mis abuelos y su matrimonio.

Me había sentido tan... abrumado después de aquel episodio en el coche. Contárselo a mi madre fue como quitarme una piedra enorme del bolsillo.

Ella frunció el ceño.

—Tu tía es guionista. Dramatiza. Siempre se está inventando cosas, dándoles un aspecto más...

—Pero ¿lo que me ha dicho es verdad?

Con cierta dificultad, mi madre recuperó el control de su expresión.

—No todo el mundo..., no todos los matrimonios... son iguales a los demás —dijo con tiento.

—Entonces es verdad.

Al aspirar produjo un sonido sibilante.

—Sí —contestó—. Tus abuelos no eran... felices juntos. Pero un niño no tiene por qué saber nada de esas cosas. No sé en qué estaba pensando tu tía. Mike, la verdad, lo mejor es que lo olvides. Es una historia para cuando seas más mayor.

Mi padre era un hombre corpulento, tan distinto de mi tío como mi madre lo era de mi tía. En él se veía otra versión de los rasgos contundentes y marcados de su madre, aunque era más moreno y físicamente más potente. Exjugador de fútbol americano en el instituto, esquiaba y jugaba al tenis. Todo lo hacía intensamente. Trabajaba intensamente en su propia empresa de material médico. Practicaba deporte intensamente. Masticaba la comida intensamente. Pisaba las escaleras con pasos intensamente sonoros. Cuando se ponía enfermo, lo cual era infrecuente, se ponía intensamente enfermo, le entraban unos tremendos fiebrones o lo aquejaban unos virus intestinales que habrían llevado a otros hombres al hospital. Podaba árboles y pintaba la casa intensamente; hasta lavaba el coche intensamente.

Mi tío era más suave en todos los sentidos. Era sesudo, culto y bondadoso. Nosotros, los niños, le inspirábamos curiosidad, una curiosidad infinita. Hablaba en voz baja y con ironía. Nunca alzaba la voz, al menos con nosotros, lo que lo diferenciaba tremendamente de mi padre, que tenía un mal genio tremebundo y aterrador. El Mal Genio de los Bergman, lo llamaba mi madre. En nuestra familia, ese temperamento de mi padre se consideraba algo tan propio del ambiente y tan poco predecible como una tormenta de invierno. E igual de natural: lo había heredado de su madre, lo compartía con su hermana y su hermano mayor. Sus accesos de rabia se producían de forma repentina y eran estruendosos y enconados; cuando le daba por ahí era imposible hablar con él, ni en sueños. «Lo lleva en los genes», decía mi madre, para tratar de darle una explicación a aquello que ella no podía cambiar.

Era posible que muchas cosas distintas encendieran a mi padre. Un huevo que se caía en la cocina mientras él preparaba algo. Un niño desobediente y (después) un adolescente respondón. El tráfico. Una multa. Los miembros del Partido Republicano. Los delincuentes. Un arañazo en el coche. Una derrota sin importancia en el *gin rummy*.

Su mujer, naturalmente. Mi madre. Que, de vez en cuando, incluso en esa

primera etapa, cuando todavía se comportaba como se esperaba de ella, expresaba un punto de vista divergente, una petición. Esa mañana, una inquietud.

—Marty, me parte el corazón ver que reciben un trato tan distinto...

Esas no fueron las palabras que dieron pie a su discusión, sino que aparecieron en algún punto intermedio, después de que mis hermanos y yo ya hubiéramos empezado a escuchar.

Aquello comenzó cuando mi padre volvió de su partido de tenis de los domingos. Estaba en la cocina, preparando el desayuno. La situación no tenía nada de raro. Mi madre lo acompañó. Eso tampoco era tan raro. Se pasaba el día bajando a la planta inferior a servirse más café. Más y más café.

Pero sí había algo raro en las voces, alzadas tan de repente y a tantos decibelios que traspasaron la tarima. Yo estaba de lo más entregado a *Cuadros famosos* en mi cuarto, ese cuarto propio que tanto me había costado lograr y que en torno a un año antes había convencido a mis padres para que me pusieran, con el razonamiento de que con todo lo que leía y dibujaba, y debido a mi «interés por lo visual», y al ser, al fin y al cabo, el mayor, aquello tenía muchísimo sentido.

Mis hermanos estaban en su habitación compartida de al lado. Salimos a nuestras respectivas puertas a la vez. Nos miramos y entonces, juntos y de tácito acuerdo, bajamos sigilosamente las escaleras, que daban al vestíbulo de entrada, que daba al comedor, que llevaba a la cocina...

—Es hermana tuya. Tienes que hablar con ella.

—Y él, tu hermano. ¿Por qué no hablas tú con él? No te cortes, coño.

—Ella es quien lleva la iniciativa, eso lo sabes. Es ella quien ha empezado a llevárselo de paseo casi todas las semanas, a comprarle cosas, sin pensar nunca en los otros niños, que parece que no existan. Tendrías que haberles visto las caras. Da igual lo que le compra; lo que importa es que lo hace, semana tras semana. Me da mucha pena, Marty.

—Con Hank no se puede hablar, ya lo sabes.

Se produjo un silencio.

—Le ha contado lo de tu madre y sus... andanzas. Que tiene nueve años, por Dios. ¡Nueve!

Mi padre se quedó callado.

—¿No tienes nada que comentar al respecto?

—Con Hank no se puede hablar —repitió.

—¡No lo intentas lo suficiente!

—¡Sí que lo intento! ¡Lo he hecho!

—No con las suficientes ganas.

—Yo no puedo obligarla a hacer nada. La conoces tan bien como yo. A esa mujer no se la puede obligar...

—Creo que te da miedo plantarle cara. Creo que tienes miedo, y punto, de tu propia her...

Él, atronador. Ella, en tono agudo. No me hacía falta ver a mi padre para saber que se le había hinchado la nariz, que sacudía la cabeza como si tuviera temblores.

Nuestros padres ya se habían peleado, pero no así. Normalmente discutían en su dormitorio, con música puesta y el volumen muy alto: ese solía ser el truco de nuestra madre. Que The Mamas & the Papas suenen a toda pastilla, así los niños no lo oyen. O no entenderán las palabras si lo hacen.

Los niños oyeron. Entendieron las palabras. Las voces, el contenido. Lo siguiente: objetos. ¿Una espátula..., una cuchara? ¿Mi padre había tirado algo? ¿A mi madre? Nos llegó el ruido que hizo el objeto al chocar contra el suelo.

—Yo no puedo vivir con esta frustración...

Luego notamos cómo un puño, el de nuestro padre, se estampaba contra algo. Con fuerza. ¿Contra qué? No lo veíamos. Nuestra madre, no. Algo sólido. Por el sonido, parecía madera.

Después vino otro sonido: algo que se rompía y que caía al suelo.

Hubo una pausa. Un silencio. Como si a él también le hubiera sorprendido lo que había hecho.

Le había dado un puñetazo a la mesa de la cocina; dado que era una antigüedad (con pátina, una historia, un tesoro traído de Yurp, todo eso), se había partido en dos (después vimos las mitades separadas, tiradas en el suelo) y había dejado un arañazo en la pared al caer.

—Marty, por Dios...

—Ni se te ocurra...

—No me digas «Ni se te ocurra»...

Mis hermanos me miraron, al ser el mayor, para que hiciera algo.

—Tengo miedo —musitó Steve.

—Y yo —susurró Danny.

—Calzaos —dije en voz baja—. Vamos.

Yo era capaz de salir de una casa con el mismo sigilo con que podía entrar en ella, incluso si me seguían mis hermanos pequeños (de puntillas) por las escaleras; luego cruzamos la puerta de cristal del cuarto de invitados,

rodeamos el jardín de atrás, bajamos por la cuesta con hiedra y llegamos a la calle.

Allí me di cuenta de que Steve no se había atado bien un zapato. Me agaché y le hice el nudo. Uno doble.

—¿Papá le va a hacer daño a mamá? —me preguntó.

Nunca lo había hecho. Dañaba objetos, sentimientos, almas, pero no personas.

—No creo —contesté—. No estoy seguro.

—¿Adónde vamos? —preguntó Steve.

Geográficamente, Wonderland Park Avenue era una continuación de Greenvalley Road, el lado opuesto de una circunferencia que rodeaba la colina igual que un hilo en un carrete; sin embargo, mientras que Greenvalley era abierta y soleadísima, Wonderland Park era umbría, oculta, misteriosa y, en determinada dirección, directamente mágica. Hacia la mitad de una manzana de la derecha, bordeado por una larga fila de cipreses, estaba el número 8930, una casa de un estuco gris claro, formal y de diseño simétrico, que se alzaba muy por encima de su jardín (también muy cuidado, como es lógico, en él solo había árboles recortados y flores blancas) y que era tan visiblemente distinta de todos los edificios vecinos que parecía que la habían cogido en París y la habían soltado en Laurel Canyon.

Todo en aquel edificio evocaba otro lugar, otra época, una sensibilidad especial: la sensibilidad especial de mi tía. Las cortinas de las ventanas, en cuyos bordes se veían unas grecas griegas y que estaban recogidas con sumo cuidado..., las arañas de cristal que incluso de día lanzaban destellos a través de la ventana y que se reflejaban en altos espejos dorados..., los recipientes de metal por los que se derramaba la hiedra inglesa, con elegancia y en trayectoria descendente..., los ocho escalones semicirculares que uno tras otro te llevaban a las puertas de entrada. Las puertas en sí: altas y hechas para que tuvieran el aspecto de una *boiserie* francesa, en las que destacaban dos pomos de latón del tamaño de un pomelo, tan brillantes y lustrosos que parecían estar iluminados por dentro.

Llevé a mis hermanos escalones arriba y hasta esas puertas. Incluso las puertas desprendían una fragancia peculiar, como si hubieran estado muchos años absorbiendo y mezclando el olor de las flores secas, de las velas de arrayán y la cera multiusos, para después emitir esta combinación, que venía a servir de prólogo de las estancias del interior.

Toqué el timbre. Esperamos y esperamos. Cuando oí que el sonido cada

vez más intenso de unas pisadas atravesaba el largo vestíbulo (de cuadros de mármol blanco y negro, siempre colocados en diagonal) empecé a sentir cierta intranquilidad por haber llevado allí a mis hermanos, precisamente en un momento como aquel. Pero ¿dónde íbamos a ir si no?

Se hizo un silencio mientras la persona, quien fuese, se detenía para observar, imaginé, por la mirilla. Entonces se abrió la puerta de la izquierda. A mi tía, al vernos en ese lugar, en un primer momento se le iluminó la cara.

—Cariños míos, qué sorpresa.

Tardó un instante en percatarse de que Steve aún iba en pijama. A continuación se fijó, se fijó de veras, en nuestros semblantes.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Papá y mamá se están peleando mucho, pero que muchísimo —dijo Danny, mientras el labio inferior se le convertía en gelatina.

Ella volvió la cabeza hacia atrás y exclamó:

—Irving, ¡ven, ven enseguida!

Luego se arrodilló y abrazó a mis hermanos menores.

—No os preocupéis, cielos. Todo se arreglará.

Esos ojos suyos. Dos faroles, ubicados sobre esos pómulos marcados. De mechales sin cortar y ardientes.

La tía Hankie nos llevó a la cocina y se empeñó en hacernos un chocolate caliente, pese a que la temperatura ya rayaba los veinticinco grados. También encontró unas galletas en una caja, y trajo del salón nuestro querido bote de huevos de Pascua cubiertos de papel de plata, que guardaba en esa estancia para tentarnos todo el año.

Nos trajo asimismo una baraja y un tarro lleno de monedas de sus viajes recientes por Europa. Mi tío improvisó, sacó unos lápices y el cartón de unos paquetes de camisas para que dibujáramos. A continuación, mi tía se sentó con nosotros.

—Ahora contádmelo. Contádnoslo a los dos.

Mis hermanos se miraron, luego clavaron la vista en mí.

—Papá y mamá se estaban peleando —dije.

—Sí, eso ya me lo has contado. Pero ¿por qué?

Mis hermanos se miraron, luego clavaron la vista en el regazo.

Noté que me ardía la cara.

—No sé. Estábamos en el piso de arriba. Gritaban mucho.

—Muchísimo —intervino Danny.

—¿Tanto —preguntó ella— que no entendíais de qué hablaban?

Mis hermanos contestaron que no con la cabeza. Mi tía me miró, pero no añadí nada.

—Sé que a lo mejor esto os cuesta entenderlo —dijo—, pero todo el mundo se pelea a veces, incluso los padres.

—Vuestra tía y yo discutimos a veces —aseguró mi tío.

—Gordete, eso no es así. No nos hemos dicho una palabra más alta que otra en la vida.

—Bueno, esta semana no —replicó él con sorna.

—Ni en ninguna otra semana, que yo sepa —dijo ella con brusquedad.

Mi tío soltó uno de sus característicos suspiros en seis fases, una cascada de jadeos decrecientes que por lo general nos avisaba de una disconformidad no precisamente silenciosa por su parte.

—Niños, ya se les pasará —afirmó—. Estas cosas siempre van así.

—Papá tiene el Mal Genio de los Bergman —dijo Steve.

Mi tía se puso rígida y preguntó:

—¿El Mal Genio de los Bergman? ¿Y se puede saber qué es eso, exactamente?

Lo cortante de su tono hizo que Steve volviera a bajar la vista al regazo.

—A ver, ¿sabéis quiénes son..., quiénes eran los Bergman?

—La abuela es una Bergman —contestó él—. Y papá. Y tú, y yo también. —Alzó la mirada—. Es mi segundo nombre —añadió.

—Sí, eso es verdad, en parte —reconoció ella—. Los Bergman eran la familia de Huffy —explicó; luego se quedó esperando.

Como ninguno de nosotros abrió la boca, prosiguió:

—Bueno, vuestro padre se apasiona con las cosas, como me pasa a mí. Y a mamá. Si de lo que habláis es de la pasión, lo acepto, sí, es algo frecuente en nuestra rama de la familia. Siempre lo ha sido. —Se quedó callada unos instantes—. Pero tengo una curiosidad. Esa expresión, lo de «el Mal Genio de los Bergman»..., ¿a quién se le ha ocurrido?

Mis dos hermanos me miraron. Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿A vuestra madre, por algún casual?

—No —mentí.

Mi piel, delatando mi mentira, empezó a sonrojarse.

Mi tía hizo un ademán de asentimiento, no dirigido a nosotros, ni a sí misma, sino más bien a un observador o una cámara que quedaban fuera de la

pantalla. Solía hacerlo: fingía, o quizá daba por sentado, que había un público que la seguía, que la observaba en todo momento. No decía: «Sé perfectamente que ha sido vuestra madre. Creo de veras que esa mujer a veces nos odia, tanto a mí como a mamá». No hacía falta que lo hiciera, al menos conmigo. Yo supe qué pensaba y, como lo supe, o creí saberlo, empecé a sentirme incómodo de nuevo por haber llevado a mis hermanos allí. Pero tenía miedo. Era la primera vez que mi padre rompía un mueble en un arrebato de rabia.

—Seguramente deberíamos llamar —propuso mi tío—. Estarán preocupados.

—Ah, ya me ocupo yo —dijo ella.

Lo animado de su tono me reveló que la idea de hacer esa llamada no le disgustaba.

Mi tío soltó otro de sus suspiros y dijo:

—Quizá sería mejor que yo...

Pero ella ya se había puesto en pie.

—Solo tardo un minuto —dijo mientras se dirigía al estudio para que no pudiéramos oír nada.

Diez minutos después sonó el timbre, cuyo sonido quedó amplificado por tanto mármol.

Mi tía corrió a abrir la puerta. Nos llegaron unos murmullos desde del vestíbulo, los de él y los de ella, hermana y hermano, que se decían algo y se contestaban. Luego, un silencio. Luego, pasos. Pasos sonoros, pasos conocidos. Los pasos sonoros y conocidos de mi padre.

Seguía con la ropa de tenis. Llevaba la camiseta húmeda de sudor. De rabia. Se le había desatado uno de los cordones, como le había pasado antes a Steve.

—Vamos, chicos —dijo.

Nuestro padre ya no estaba enfadado, sino que se mostraba firme y callado. Aquello era algo nuevo. Al menos, para mí. Y casi peor.

Pidió a Danny y a Steve que entraran en casa antes que yo. Nos quedamos dentro del coche, en el garaje: su espacio, con sus vehículos, sus herramientas y su mesa de trabajo, su desorden. Su olor: allí no se percibía la fragancia de

las flores secas ni del arrayán, sino que se notaban la grasa, el aceite de motor, el compuesto pulidor, el sudor. Aquello apestaba.

Se quedó quieto un minuto, varios minutos, en silencio, con el coche apagado y las llaves colgadas del arranque. El motor emitía crujidos, que sonaban como suspiros, mientras iba enfriándose.

Pensé que el corazón me iba a agujerear el pecho.

—Mike, no vuelvas a hacer eso —dijo al fin—. Jamás.

Su voz era firme, profunda, enérgica. Equilibrada.

—Tenía..., tenía miedo —aduje, volviendo a sentir ese miedo—. Y ellos también. Danny y Steve.

—Yo tengo el Mal Genio de los Bergman. Ya lo sabes. Lo he heredado de mi madre. Pero se me pasa, y, cuando se me pasa, ya está.

—Has roto algo.

—La mesa de la cocina. Ya la arreglaré con pegamento.

No me ofreció ninguna disculpa. Solo hechos.

No dije: «Pensábamos que igual hacías daño a mamá». No dije: «Todos te tenemos miedo. Odiamos tu mal genio. Hace que a veces te detestemos. Hace que nos sintamos inseguros y que queramos, que yo quiera, estar con la tía Hankie y con el tío Irving».

—Ya tienes edad suficiente para ser un poco más sensato, Mike. Ya tienes edad suficiente para saber lo que no debe salir de esta familia, de nuestra familia. De nuestra parte, que no es el resto de la familia.

Me miró. Puede que no hubiera estridencia en su voz, pero su mirada expresaba algo inquietante: su mal genio controlado.

—¿Verdad que entiendes que ha estado mal, muy mal, contarles todo esto a tus tíos?

Asentí con la cabeza.

—Muy, muy mal —repitió—. Tienes que prometerme que jamás volverás a hacer algo así.

Como no dije nada, insistió:

—Tienes que prometerlo. En voz alta. Venga, dilo.

—Lo prometo.

—Aunque tu madre y yo nos peleemos.

—Aunque mamá y tú os peleéis.

—Aunque yo rompa algo.

—Aunque rompas algo —dije.

—O varias cosas.

—O varias cosas.

Hizo una pausa y añadió:

—Ya puedes entrar.

Mientras bajaba del coche, le pregunté:

—¿Tú no vienes?

—Dentro de un rato —contestó.

Tenía la vista fija en el parabrisas, de donde no la había movido cuando salí del garaje.

Mientras iba a la puerta de entrada, pasé por delante de la ventana del comedor, donde estaban mis hermanos, esperándome. Mi madre se encontraba detrás de ellos, con los ojos rojos. Contemplé a Danny, después a Steve, y luego subí a mi cuarto del piso superior. Cerré la puerta, me metí en la cama y me eché a llorar.

¹ En yidis *ferpitz* significa «engalanar». (*N. del T.*)

Ogden, continuación

Los ritmos de Ogden Drive empezaron a cambiar. Yo seguía acompañando a mi tía durante el Momento de la Mañana, pero con frecuencia (con la misma frecuencia) íbamos juntos y en familia al Apartamento, los cinco: mis padres, mis hermanos y yo. Llegábamos los domingos por la mañana, después del partido de tenis de mi padre, y también los viernes por la noche después de cenar. «Vamos a pasarnos un ratito por el Apartamento», decía mi progenitor, que no era un gran promotor de planes; ese papel solía corresponderles a mi madre, mi tía o mi tío. Daba la sensación de que significaba algo, algo importante, que él empezara a llevarnos al Apartamento de esta manera.

Siempre, casi siempre, nos encontrábamos a Huffy en la cama, con esas llamas doradas que se alzaban sobre las columnas, con libros que formaban pilas desiguales en la mesilla cercana. Nos apretujábamos todos en la segunda cama, o nos tirábamos por el suelo, nos sentábamos en la mecedora que se mecía sola y le hablábamos de nuestro día o de nuestra semana.

Empecé a esperar que me invitaran a quedarme a dormir y, cuando esto no sucedió, finalmente una noche me llevé a mi madre aparte y le pregunté si podía hacerlo. Ella se quedó pensando unos instantes y contestó:

—Tendrás que preguntárselo a tu abuela.

Esta respuesta me dejó descolocado. Aquello era el mundo al revés. Normalmente mi abuela me pedía que me quedara, y entonces tenía que pedirle permiso a mi madre.

Cuando me acerqué a la cama de Huffy, por ningún motivo que yo pudiera explicar en aquel momento, la cara me empezó a arder de vergüenza, y, tras lograr pronunciar las palabras (con un tartamudeo que acompañaba mi rubor), Huffy contestó:

—Cariño, esta noche mejor no. Creo que estoy demasiado cansada. Pero otro día, desde luego.

Ví que mis padres se miraban, y también vi cómo mi madre clavaba la vista

en Sylvia, que se había unido a nosotros aunque manteniéndose algo apartada, que se había quedado de pie junto a la puerta como era su costumbre, con un paño de cocina en la mano. Pasaba algo, aunque yo no tenía la menor idea de qué.

En el coche, mientras volvíamos y subíamos la pendiente del cañón, nadie dijo nada. Lo que yo estaba era triste; me causaba tristeza y perplejidad que, por lo visto, me hubieran expulsado de ese jardín especial y protegido que era Ogden Drive.

Esa noche, cuando mi madre me arropó en la cama, parecía que había un brillo en sus ojos, el inicio de unas lágrimas, mientras me decía:

—A Huffy le da muchísima pena que no te hayas podido quedar. Lo entiendes, ¿no?

Hice un gesto de asentimiento, pero no entendía nada de nada.

No lo entendía, pero seguí fijándome en las cosas que no sabía cómo interpretar, que parecían escenas de una película que aún no estaba montada o de uno de esos largometrajes extranjeros o para adultos que les gustaban a mis tíos, aunque sin subtítulos que me ayudaran a desentrañar el significado.

Me fijé en que ahora, los sábados, Sylvia empezaba a pasar más tiempo con nosotros en el cañón. Esta Sylvia no era la misma del Apartamento. Iba por la cocina sin que la vigilaran, sin que la juzgaran, sin que la observaran, sin competencia y, por tanto, cómoda.

Me fijé en que se producía un cambio, también, en las costumbres de entre semana de mi abuela, de mis dos abuelas.

Una de las pocas cosas que estas dos mujeres tan dispares tenían en común era que ambas se habían puesto a trabajar muy jóvenes y habían seguido haciéndolo hasta una edad avanzada. Dos veces por semana, Sylvia hacía dos largos trayectos de autobús, primero por Fairfax Avenue, luego en dirección al oeste por Pico Boulevard, para llegar a una sinagoga del lado occidental de la localidad, donde daba clases de hebreo a estudiantes de las *bar* y *bat mitzvá*, acabando así en la vida tal como había empezado, de profesora de su lengua materna.

Casi todas las tardes de los días laborables, Huffy se acercaba en coche a la empresa de material médico que mi padre tenía en South La Cienega Boulevard, donde disponía de una mesa y un trabajo que mi padre había creado, había inventado para ella a principios de la década de 1950, después

de que despidieran a Louis B. Mayer del puesto de jefe de producción de la MGM y de que lo sustituyeran por Dore Schary, que tenía otros métodos, entre los que no se encontraba dar a los editores de guion, como Harriet madre, demasiada capacidad para decidir qué material se llevaba a la gran pantalla. Mi abuela pasó de ayudar a Katharine Hepburn para que esta convenciera a Mayer de que la dejara protagonizar *A Electra le sienta bien el luto* junto a Garbo a llevar la contabilidad de mi padre, pagar sus facturas y cogerle el teléfono. Aquello supuso todo un cambio de estatus y entorno profesionales, pero la idea era que Huffy no perdiera su independencia económica y, quizá de forma más importante, mantenerla ocupada.

Sin embargo, cuando ahora íbamos a ver a mi padre al trabajo, mi abuela estaba cada vez más ausente de su mesa, hasta que al fin dicha mesa dejó de ser la suya y se convirtió en el cajón de sastre del torrente de documentos que entraban y salían del número 1920 de South La Cienega Boulevard. El único vestigio de su presencia en ese puesto de trabajo era el portalápices que yo le había hecho en una clase de manualidades del colegio, cuyos bolígrafos y lapiceros iban desapareciendo semana tras semana a medida que otros empleados, de presencia más habitual, se iban apropiando de ellos.

En Ogden Drive, me percaté de que por primera vez Huffy empezaba a delegar en Sylvia en la cocina, de que le pasaba la responsabilidad de comidas enteras que, antes, ella habría supervisado hasta la última y espesada gota de salsa. Al mismo tiempo, cada vez salía menos de la cama. Estaba gran parte del día leyendo, aunque pasó de leer las grandes novelas clásicas que llenaban las estanterías de su salón a obras de misterio en edición de bolsillo que mi tío Peter, hermano mayor de mi padre y de mi tía, que también las leía, debía de llevarle por docenas.

Un libro apareció junto a la cama de Huffy y ya nunca se marchó de ahí: *Let's Eat Right to Keep Fit*, de Adelle Davis, de cuyas páginas sobresalían trozos de papel que señalaban fragmentos importantes que promovieron un cambio en la dieta de mi abuela. Ahora, para desayunar, en vez de sus tortitas alemanas (o la versión menos lograda de Sylvia) o de unos huevos revueltos con beicon y tostadas, tomaba germen de trigo y yogur. O unos cereales apestosos compuestos por salvado, mucha fruta y té poco cargado. Las comidas se simplificaron hasta quedar reducidas a unos caldos muy líquidos. Las cenas empezaron a ser más ligeras, a estar atiborradas de verduras, a medida que ella iba comiendo cada vez menos carne, cada vez menos en general.

Huffy también dejó de salir de anticuarios con mi tía y comenzó a ir de compras por su propia casa, según lo expresaba: rebuscaba en los armarios y aparadores para reinstaurar algún objeto que llevaba mucho tiempo oculto. Un día, de forma aún más insólita, al llegar al Apartamento vi enseguida que faltaban cosas de toda índole: un par de lámparas, dos pájaros de jade, incluso las damas chinas que estaban pintadas sobre un cristal de espejo. Mi abuela se percató de que me percataba.

—Le he dado algunas cosas a tu tía para que se las lleve ahí arriba —me explicó—. Aquí ya no las necesito.

—Pero cuando te sientes en la butaca ya no podrás ver el retrato de la tía Hankie reflejado en el espejo de detrás de las damas chinas —dije, desconcertado y también, por algún motivo que no acertaba a comprender, perturbado por estos cambios.

—Ya, pero conozco tan bien el aspecto de tu tía que me basta con cerrar los ojos para verla.

Me hizo una demostración. Luego esbozó una sonrisa..., media sonrisa.

Incluso el Momento de la Mañana sufrió un cambio. Ya no me echaban mientras mi tía cepillaba y sujetaba con horquillas el pelo de mi abuela. ¿Se debía esto a que yo ya era un año mayor? ¿O a que ahora mi tía se esforzaba menos, ya que mi abuela no salía tanto como antes?

En esas mañanas, muchas veces me sentaba en el suelo, encorvado sobre mi omnipresente cuaderno de dibujo Académie, el de la tapa marrón en la que aparecía una mano que sostenía un lápiz (una derecha; yo era zurdo), colocada y preparada, como yo lo estaba, para dibujar. Una mañana en concreto, decidí representar la escena que se desarrollaba delante de mí: mi abuela incorporada en la cama detrás de la bandeja del desayuno, mi tía sentada delante de ella, en la mecedora que se mecía sola y dándome la espalda. Mientras iba dibujando, el ambiente de la habitación cambió: las dos mujeres, ambas aquejadas del Mal Genio de los Bergman, pese a que nunca habían tenido una pelea, ahora mantenían una muy gorda.

El tema era uno de los guiones de mis tíos, que mi abuela había leído y que, tras desplegar de forma evidente algunas de sus desarrolladísimas capacidades de editora, había juzgado insuficiente. No dudó en expresar su opinión, y a mi tía, con una voz cada vez más fuerte, tampoco le daba el menor miedo expresar la suya, profundamente contradictoria.

—Pero no me entiendes. Si se elimina toda esa historia previa, su comportamiento en el tercer acto no resulta creíble —dijo Hankie en una voz

cuya firmeza yo nunca le había oído emplear en una conversación con su madre.

Este tono venía acompañado por un puño en alto que subía y bajaba.

—En la historia ya hay demasiado material de relleno —afirmó mi abuela—. Demasiada confusión. Resulta confusa y lenta. Tu público es inteligente. Tienes que adelantarte a ellos.

—No has leído el material original. Tu propuesta es demasiado radical.

—Es mi opinión. Y yo diría que se trata de una opinión razonable.

La conversación pasó a otros temas, pero en el cuarto aún se notaban la tensión, la angustia.

En mi dibujo, tracé el brazo derecho y la mano apretada de mi tía a cuatro alturas distintas, para señalar que estaba gesticulando. Una nube de trazos que recordaban chispas, cerca de la boca, indicaban que hablaba muy fuerte. El efecto me pareció muy ingenioso y, al terminar, arranqué con cuidado la hoja del cuaderno, me levanté y se la enseñé.

La contempló unos instantes.

—Está claro que tu técnica artística sigue desarrollándose, Mike —dijo en tono inexpresivo—. Eso te lo reconozco.

Mi abuela pidió ver el dibujo. Se lo cogí a mi tía y se lo enseñé. Lo sostuvo con las dos manos y lo miró, luego a mí, después a mi tía.

—Esta obra es de lo más certera —declaró—. El chico es sumamente perspicaz, ¿no crees?

—Pues claro —respondió mi tía.

Después, cuando fue a retirar la bandeja, vi que mi tía había hecho una bola con la hoja y la había dejado entre los restos del desayuno de mi abuela. Me dije que había sido sin querer.

En torno a la misma época también se produjo un cambio en la vida cotidiana en el cañón. Se inició tan poco a poco que no supe exactamente cuándo empezó mi tío Irving a venir a nuestra casa a hablar con mi madre, todos los días de entre semana, justo a las cuatro en punto de la tarde.

Yo estaba ante la mesa de mi cuarto, muy enfrascado en los deberes, cuando el olor del café recién hecho subía por las escaleras. Al cabo de cinco o diez minutos llegaba el ruido de un coche que aparcaba delante del edificio, e inmediatamente después la puerta principal se abría y mi tío entraba en casa.

Al principio, mis hermanos y yo bajábamos a todo correr o llegábamos del jardín para verlo. Irving era una de nuestras personas preferidas, y siempre que nos visitaba aquello parecía todo un acontecimiento. No porque trajera regalos, chucherías ni porque viniera con grandes planes, como mi tía, sino por su atención y su actitud, por la ligereza de su espíritu. A nuestro tío le interesaba vivamente todo lo que los niños teníamos que contar. Desde el momento en que se quitaba los zapatos (una costumbre suya de toda la vida siempre que cruzaba la puerta de entrada, «¡estoy convencida de que vuestro tío fue japonés en otra vida!»), nos planteaba un sinfín de preguntas sobre nuestro día, nuestros juegos, nuestros amigos y después sobre nuestras lecturas y nuestros deberes; no preguntaba para juzgar, criticar ni aconsejar, como muchas veces sí hacía mi tía, sino porque le inspirábamos curiosidad y lo entreteníamos. Y nos quería. El poder de su atención era como un rayo de sol portátil, una fuente particular de luz que recibíamos de él.

Pero en estas nuevas visitas de las tardes Irving no venía a vernos a nosotros; al menos, no solo a nosotros. Cuando se acababa el rato que pasaba con mi madre, nos invitaban a acompañarlos, pero al principio mi madre y él nos daban órdenes estrictas de no molestar. Según ellos, tenían que comentar cosas de adultos. Cosas aburridas, añadían siempre, que a los niños no nos interesaban nada.

Danny y Steve obedecían plácidamente (e inocentemente, podría decirse) y volvían a dedicarse a sus deberes o a sus juegos. Yo no me mostraba tan dócil. Empezaba a tener experiencia suficiente para saber que, cuando se aseguraba que las cosas de adultos no revestían el menor interés para los niños, seguramente sucedía todo lo contrario. En mi caso, además, la observación empezaba a convertirse en algo más activo, más parecido a escuchar sin ser visto, cuando no en un espionaje consciente (todavía), aunque eso acabaría llegando con el paso del tiempo.

El diseño de nuestra casa, desde cuya escalera se podían ver a medias el recibidor y el salón de detrás, me ayudaba muchísimo. Ya me había enterado de cosas interesantes desde esas escaleras. Siempre esperaba a percibir los murmullos que subían a través de la tarima, los de él y ella, los de ella y él, respondiéndose en tonos apagados y muy serios, antes de salir a hurtadillas al enmoquetado pasillo del piso superior; primero llegaba hasta el descansillo y después, lenta, muy lentamente, bajaba el primer escalón..., luego el segundo..., a continuación el tercero. Muy pronto advertí que si avanzabas muy poco a poco había menos posibilidades de que las escaleras produjeran un

crujido revelador.

Los murmullos cobraron nitidez y se fueron convirtiendo primero en palabras reconocibles, después en frases.

«No sé si ella podrá aguantar mucho más, pero tampoco sé si podré hacerlo yo...»

«El doctor Irvine dice que hay una relación entre la tensión y la presión ocular de Marty, que ahora tiene que mirarse el glaucoma con una atención especial. Me preocupa que se quede ciego...»

«Me preocupa que a ella le dé un ataque al corazón. O que sufra un accidente de tráfico. Lleva más de seis meses sin dormir toda la noche del tirón. Suelta un grito en cuanto una espátula cae al suelo. A veces gime en sueños...»

«Él no gime. Ruge, igual que cuando está enfadado, pero...»

Si un escalón crujía o había algún sonido en el jardín, se oía un cortante «*Red nisht, di kinder darfn nisht hern*». Pero recurrir al yidis no servía de nada, no a ese yidis, porque yo sabía que su uso significaba que sospechaban que había alguien (un *kind*) y que se estaban avisando para dejar de hablar.

Era entonces cuando nos proponían que nos uniéramos a ellos. Yo siempre esperaba unos minutos antes de bajar a todo correr, fingiendo, esto es, que bajaba a todo correr. Cuando frenaba deslizándome junto a la butaca de mi tío, él me contemplaba enarcando las cejas en un gesto que decía: «Mike, sé lo que has estado haciendo». Pero ¿de verdad lo sabía?

Una tarde de mediados de julio de 1969, los nueve nos reunimos en el Apartamento. El salón se había transformado en un pequeño cine: al sillón de orejas de Huffy se le había dado la vuelta para que quedase mirando al televisor Zenith, y también a la baja butaca victoriana de Sylvia. Habían llevado las sillas del comedor, que estaban dispuestas en filas para mis padres y mis tíos. Para los niños quedaba espacio libre en la alfombra trenzada.

Esto, todo esto, creó una sensación de intriga. Un Destacado Acontecimiento Mundial, lo llamó mi tío; pero también podría haberse conformado con decir que era un Destacado Acontecimiento Familiar, puesto que era la primera vez desde hacía mucho tiempo que nos congregábamos todos en el Apartamento.

Lo vimos junto al resto de Estados Unidos, al resto del mundo. Nos

quedamos mirando y esperando. La pantalla estaba gris y granulosa, a ratos llena de líneas y puntos en movimiento, a ratos lanzando destellos. «Esto es igual que cuando tienes moscas volantes en el ojo», dijo mi madre. Daba la impresión de que el tiempo transcurría muy lentamente mientras escuchábamos a Walter Cronkite y esperábamos con paciencia, después con menos paciencia, a que la escotilla del módulo *Eagle* se abriera. Parecía que aquello duraba una eternidad, pero nadie se levantó a beber agua ni a estirar las piernas. Nos quedamos donde estábamos, cautivados.

Y entonces al fin, sin previo aviso, sucedió. La escotilla se abrió, Neil Armstrong bajó de espaldas la escalerilla y puso el pie derecho allá, en la superficie blanca de la luna. Todos nos quedamos contemplándolo en silencio durante varios minutos. Se adueñó de todos, y de todo, una parálisis aún mayor. Daba la sensación de que todos los ojos de la estancia observaban con nosotros: los de los retratos y los del espejo flamenco, los de las figuras chinas en la laca y en la porcelana...

Después Huffy giró el cuerpo para mirarnos a los niños y, con un brillo intenso pero también extrañamente vidrioso en los ojos, dijo:

—Chicos, cuando yo nací seguíamos desplazándonos en caballo y en calesa. El hielo lo traía un hombre en una carreta. Las radios y los teléfonos seguían siendo inventos muy recientes. Los televisores..., eso la gente ni se lo imaginaba. Las mujeres no podían ni votar, no podíamos... —Hizo un pequeño ademán en el aire con la mano derecha—. No sé si alcanzáis a entender lo que significa para mí haber vivido lo suficiente para ver cómo un astronauta camina por la luna.

Volvió a girar la cabeza plateada, de cabello perfecto y bien sujeto, para mirar el televisor, y añadió:

—La luna...

A las tres de la tarde del primer viernes de octubre, el autobús escolar nos dejó, como siempre, en la parte inferior de nuestra cuesta, y, mientras mis hermanos y yo subíamos en dirección a casa, vi que había coches aparcados en nuestro camino de entrada y en toda la calle cercana. Era el fin de semana en que teóricamente nuestro nuevo perro iba a venir a vivir con nosotros en el cañón. Recuerdo que pensé que al animal le debía de haber pasado algo, algo malo.

Es asombroso el modo en que la mente humana (la mente de un niño) es capaz de inventar una historia plausible a partir de datos nada plausibles, cómo una cabeza despierta puede pensar de forma tan mágica como otra que sueña; o, por decirlo de otro modo, lo tonto que era yo con diez años.

Mientras avanzábamos por el sendero que llevaba a la puerta de entrada, vi que Sylvia estaba en la ventana del cuarto de invitados y que miraba desde detrás de la cortina.

También vi que mi madre salía por la puerta y bajaba los escalones.

Detrás de ella distinguí una sala llena de personas, algunas de las cuales reconocí, pues eran parientes lejanos.

Mi madre nos llevó al jardín de atrás, donde estaba mi padre al lado de las sillas amarillas de la cocina, que en mi imaginación se habían desplazado solas de la cocina al jardín, donde se habían colocado formando un semicírculo sobre el césped. La imagen era onírica, o como algo sacado de un plató de cine. Pero ahora nadie soñaba ni filmaba ni escribía. Mi padre se agarraba al respaldo de una de las sillas; se aferraba a él, como si lo estuviera manteniendo en pie.

—Chicos —anunció mientras se le quebraba la voz—, tengo que deciros una cosa.

Hizo una pausa para no perder el equilibrio, porque las piernas le temblaban por debajo del fuerte torso. Mis hermanos ya se habían desplomado en las sillas amarillas, que se habían puesto ahí precisamente para eso.

—Vuestra abuela..., mi madre..., Huffy...

Antes de que pudiera añadir nada más, su rostro quedó sumido en un mar de lágrimas.

Durante un rato me costó respirar. Mi tía me abrazaba tan fuerte y me mecía tan enérgicamente en el sofá del cuarto de invitados que me veía obligado a tomar bocanadas de aire con dificultad y cuando podía. Se estaba meciendo a sí misma, y a mí con ella, y soltaba aullidos salvajes, aullidos de animal, que le salían de algo tan profundo de su interior, tan insondable y destrozado, que me dio miedo que se ahogara. No dejaba de gritar, de sollozar y de decir:

—Huffy no querría que llorásemos, querría que seamos valientes. Eso es lo que querría...

Yo no sabía qué sentir, qué sentía. Me resultaba imposible distinguir mis propias sensaciones ante ese dolor tan furioso de mi tía, así que pasé a ser

nada más que un ojo, un enorme ojo ciclópeo; un ojo seco, porque ¿cómo iban las lágrimas que yo soltase a acercarse siquiera a las de Hankie, cómo podían siquiera aproximarse a la imagen que ofrecía mi padre, el hombre que jamás lloraba y que se deshacía en el jardín, se convertía en un antipadre, en un no padre, en una criatura que yo nunca había visto hasta entonces?

Atrapado en el abrazo de mi tía, noté que mi madre estaba en la puerta. En su rostro se veía un gesto de alarma teñido de consternación. Estaba y luego desapareció.

Poco después vino mi tío y me sacó de los brazos de mi tía.

Mi ojo seco, que ni pestañeaba, pudo ahora recorrer todas las superficies de Greenvalley Road, captar los detalles que manifestaban que aquel día todo estaba del revés; había empezado a verlo al fijarme en los coches, en la presencia de Sylvia en la ventana y en las sillas amarillas del jardín; ahora me fijé también en el pollo que se guisaba en un estofado de zanahorias, cebolla y caldo de carne, un olor familiar que, a las tres de la tarde, quedaba tan fuera de lugar como la mesa del comedor cubierta por un mantel de lino bueno y llena de montones de cajas de color rosa de la pastelería Benês. Tan fuera de lugar como la cercana fuente de fiambres, momificados bajo capas de plástico; tanto como los jarrones de flores metidas de cualquier manera en agua, aún envueltas en los conos de celofán; tanto como la imagen de la tía Nena y de la tía Trudy, la mujer del tío Peter, que estaban sentadas en el sofá y se daban la mano, con las piernas cruzadas en direcciones distintas y los zapatos tirados en la alfombra de debajo; tanto como nuestra escalera oscura, que subí solo, dejando atrás el salón lleno de gente que susurraba, musitaba y lloraba; tanto como el cuarto de mis padres, cuya puerta, aunque todavía era de día, estaba cerrada (tan fuera de lugar estaba todo), y donde, cuando la entreabrí muy levemente (otro gesto fuera de lugar), vi un cuerpo tendido (también fuera de lugar) en la cama de mis progenitores, no en el lado izquierdo, que era el de mi padre, ni en el derecho, que era el de mi madre, sino justo en el centro, un cuerpo que tapaba una manta y visto, según lo veía yo, muy en escorzo, como el Cristo de Andrea Mantegna que aparecía en *Cuadros famosos*, de modo que era todo mentón, nariz y orificios nasales, para mí un mentón, una nariz y unos orificios nasales familiares, el mentón, la nariz y los orificios nasales de mi abuela, los habría reconocido en cualquier sitio, en cualquier momento y desde cualquier ángulo; pero por qué, por qué habían traído su cuerpo precisamente aquí, a esta casa, a este cuarto, a esta cama...

La nariz resopló, el mentón tembló de forma sumamente ligera. ¡Otra cosa

que quedaba fuera de lugar!

Me pareció que el pecho se me iba a abrir, que el corazón se me iba a salir e iba a caer al suelo. Bajé los escalones de tres en tres para buscar a mi madre y, con palabras entrecortadas, le pregunté qué, quién, ocupaba su cama.

Tardó unos instantes en asimilar lo que le había dicho. Luego me explicó que era mi tío Peter.

Mi tío Peter, que compartía algunos rasgos fisonómicos con mi abuela. Su nariz, su mentón.

—Se ha levantado tempranísimo —añadió—. Ha salido a ocuparse de... cosas.

—¿Qué cosas?

Si a mi madre le resultaba difícil tener un hijo que planteaba este tipo de preguntas, nunca dio la menor muestra de ello. No lo solía hacer; no lo hizo entonces.

—Relacionadas con el cuerpo de Huffy —respondió, con toda sencillez.

—¿Qué ha hecho con él? ¿Qué le ha hecho?

—Las gestiones necesarias para que se lo llevaran y...

—¿Y?

—Mi padre creía que los judíos no debían hacerlo. Creía que los cuerpos hay que enterrarlos.

—No te entiendo.

Puso la mano sobre la mía.

—Ha llevado a cabo las gestiones para que incineren a tu abuela.

Me quedé mirándola, estupefacto.

—Es decir, que la han llevado al crematorio. Que la han quemado en vez de enterrarla.

—¿Toda entera? —pregunté con un estremecimiento.

—Toda entera.

—Y ¿ya... lo han hecho?

—Eso no lo sé. Se ha ocupado él. De la logística. No puedo decirte nada más.

Eran muchas cosas que asimilar, mucho que comprender.

—¿Cuándo es el funeral? —añadí.

—Tu abuela no quería uno. Tu tía tampoco lo quiere. Y lo que tu tía quiere... —Guardó silencio—. Huffy prefería que la incineraran, y después..., después no sé. Me da la sensación de que sigue entre nosotros. Tengo la impresión de que me lo seguirá pareciendo durante mucho tiempo.

Si yo era tan sumamente perspicaz, ¿cómo era posible que se me escaparan tantas cosas, que no entendiera el meollo del asunto?

¿Se debía esto a que todavía era un niño? ¿Era esto? ¿O era porque ese meollo del asunto también se le había ocultado, de forma consciente y con gran cuidado, a la propia Huffy?

Precisamente aquel meollo había afectado a mis dos abuelas.

Yo había visto cómo el pecho de Sylvia se iba desinflando: su sujetador, quiero decir, debajo del vestido. Y también había visto cómo ella metía la mano para volver a inflárselo, esto es, para colocarse el relleno de pañuelos de papel arrugados que ocupaban el lugar de la carne. Y había visto ese sujetador en el arcón, doblado en dos, con su añadido de acolchado y papeles que sobresalían tras la tela de color carne.

Nadie me había explicado quién le había quitado una parte (dos partes) del cuerpo, ni por qué.

Como todas esas acciones de vestirse y desvestirse sucedían a puerta cerrada, yo no había visto en Huffy el equivalente de ese pecho deshinchado de Sylvia, ni tampoco había relacionado todas las señales del cambio en sus costumbres y de su energía cada vez menor. Lo que supe lo supe después. La Operación (la misteriosa operación que había instaurado el ritual del Momento de la Mañana) resultó ser una doble mastectomía que le habían practicado a Huffy en octubre de 1965. En 1968 se le había reproducido el cáncer y la habían operado de nuevo, tras lo cual el médico salió del quirófano y les dijo a mi padre, mi tía y mi tío Peter que no había podido quitarlo todo; la enfermedad se le había propagado demasiado por todo el cuerpo.

—El doctor meneó la cabeza —me contó mi madre, meneando también la cabeza mientras me relataba esta escena mucho después de que hubiera sucedido—. Con esa única frase, todo cambió..., cambió para siempre...

Por insólito que parezca ahora, la verdad, teniendo en cuenta quién era esta mujer y cómo eran su mente y su carácter, sus hijos, conchabados con el cirujano y con nuestro médico de cabecera, esa misma tarde decidieron, tramaron, no contarle a mi abuela la verdad de lo que les pasaba a ella y a su cuerpo, cuál era el destino de ese cuerpo. Se inventaron un diagnóstico, artritis reumatoide, que servía para explicar el dolor intermitente, el debilitamiento y la necesidad de pasar largas temporadas en cama, como le sucedía a una de sus escritoras preferidas, Colette.

Durante un breve período las novelas de Colette aparecieron junto a la

cama de mi abuela, con preciosas sobrecubiertas de papeles de dibujos, y mi tía hablaba de «la queridísima Sido» (la madre de Colette), y comentaba que la escritora y ella, al igual que *madame* de Sévigné y Françoise, estaban conectadas del mismo modo en que lo estaban las dos Harriets, «más que madre e hija, que mejores amigas; mejores amigas por toda la eternidad».

Sin embargo, había algo aún más extraño que este invento, que este falso diagnóstico que mi tía, mi tío, mi padre y los médicos habían urdido, y era el hecho de que mi abuela se prestara a seguir el juego, a fingir que no estaba muriéndose para que sus hijos pudieran hacer que no estaba muriéndose, aunque le había dicho a una amiga suya, que después se lo había contado a mi madre (que era como una gran red de pesca que iba recogiendo todos los datos desperdigados, muchos de ellos esenciales, que ayudaban a transmitir la verdad de aquellas vidas o una verdad mucho más verdadera que la que ponían en práctica el resto de esas personas), que Huffy sabía perfectamente que el cáncer le había derivado en una metástasis y que estaba enferma de muerte.

Todos actuaban, todos fingían: habían leído demasiados libros, visto demasiadas películas (que también habían concebido, o rodado). Una familia que, de modo muy literal, se había sometido a sí misma a un proceso de escritura, o de análisis de guion, para acceder a una vida mejor y más alegre, una vida en la que todos tenían nombres (y apodos) nuevos, en la que vivían en una casa nueva, o recientemente decorada, o redecorada, en un barrio nuevo de una ciudad nueva, se mostraba incapaz de eliminar la muerte en ese proceso de reescritura. No, eso no lo podían lograr ni los Fabulosos Frank.

La casa se llenó de más gente.

Subí al piso superior y me puse un jersey negro de cuello alto, una prenda que solo usaba cuando íbamos a esquiar. Como no podía llorar, me parecía que tenía que encontrar una manera de participar, de mostrarle a la gente, sobre todo a mi tía, que yo también estaba afectado. Cuando volví a bajar, mi madre me miró y dijo:

—No nos ponemos de negro solo porque alguien haya muerto. En esta familia ni somos así ni hacemos esas cosas.

Me dio vergüenza que hubiera adivinado mis intenciones con tanta claridad. Volví a mi cuarto y me puse de nuevo a la ropa del colegio.

Estaba bajando por las escaleras cuando sonó el timbre. Eran Barrie y

Wendy, las chicas que vivían enfrente y que eran nuestras mejores amigas, y las más antiguas. Habían venido a ver si mis hermanos y yo estábamos bien. Tenían los ojos rojos e hinchados. Ellas también llamaban «abuela Huffy» a la abuela Huffy. Pero la cosa era que éramos «casi familia»; así les explicábamos a los demás la relación que teníamos, dado que resultaba evidente que algo éramos.

Cronológicamente, Barrie y Wendy ocupaban los huecos que quedaban entre mis hermanos y yo: chico, chica, chico, chica, chico, del mayor al menor, del más alto al más bajo. A veces nos dividíamos en diferentes parejas y configuraciones; a veces nos peleábamos, pero en general nos adorábamos. Después del colegio y durante el verano solíamos ser inseparables, jugábamos, hacíamos proyectos de arte, montábamos funciones, practicábamos balonmano o construíamos fortines en lo alto de la colina; los momentos que pasaba con ellas constituían, en líneas generales, los ratos más «normales», y prácticamente los únicos de esta índole, que tuve en mi infancia.

Lo que prácticamente nos convertía en familia era una boda. Trudy, su tía, se había casado con Peter, hermano de mi padre y de mi tía, nuestro tío «lejano» (Herbert era tío lejano por parte de mi madre y de mi tío, pero no aportaba ningún entrelazado paralelo a nuestro mundo); esto implicaba que teníamos primos hermanos en común. Aquella era una situación muy propia de los Fabulosos Frank y lo cierto es que no se había producido por accidente. Trudy había trabajado de secretaria de Huffy durante cierto tiempo en la MGM, y le había causado a mi abuela una impresión lo bastante buena para que cuando Huffy acabó hartándose del tipo de mujeres en que se fijaba Peter, que siempre quedaban por debajo, muy por debajo, del Nivel, invitara a Trudy a cenar un domingo y la sentara al lado de su primogénito. A los postres ya le había puesto el apodo de Piquito, debido a su aspecto diminuto, como de pájaro y aparentemente poco amenazador, y declaró que era una mujer de inteligentes reflexiones y dotada de una sagaz conversación. Y *voilà*: aquella, una de las primeras incursiones de mi abuela en las lides del emparejamiento, también fue una de las que más fácilmente se concretó.

Resultó que Piquito tenía un hermano menor, Norm, con quien Huffy se vio en una ocasión en que fue a Nueva York, en uno de sus viajes dedicados a descubrir nuevos talentos para el estudio; como Norm le pareció brillante y simpático, lo convenció para que se instalara en Los Ángeles al terminar el instituto, y lo metió, también, en la familia: lo alojó en un cuarto que estaba libre durante una temporada, hasta que logró que entrara en la UCLA y hasta

que tuvo la vida encarrilada. Norm y mi padre se hicieron muy amigos; después de que mi progenitor se mudase a Greenvalley Road, convenció a Norm y Linda, con quien este se acababa de casar, para que se fueran a vivir enfrente; como ya había pasado antes con la tía Nena, los tejemanejes de mi abuela habían vuelto a ampliar y reforzar el tapiz familiar. Y las chicas y sus padres habrían pasado a formar parte de nuestra amplia familia si no hubiera sido por un detalle: por motivos que nunca llegamos a entender, mi tía les cogió una feroz antipatía a Norm, Linda y, sobre todo, a las niñas. Incluso en aquel día, precisamente; tanto que mostró un feo gesto de disgusto solo con ver cómo Barrie y Wendy entraban con actitud vacilante en el salón para presentar sus condolencias.

Al ser el mayor de los cinco niños, me sentía muy protector con las chicas, pero me resultó imposible escudarlas de la oscura mirada de mi tía; únicamente pude intentar, sin lograrlo, colocarme en un sitio en que ella no las viera, ni las niñas a mi tía.

Estas no parecían saber muy bien si debían abordar a Hank o no. Decidieron que no y quien les dio un abrazo fue Trudy, que era su tía.

Hank se había sentado en una butaca. Había dejado de mecerse, pero también es verdad que no tenía a nadie con quien hacerlo. Seguía siendo el centro de atención de todos; a ella no le hacía falta un jersey negro de cuello alto ni ninguna otra cosa de ese color. El sufrimiento manaba de ella como si fuera lluvia. ¿Era el dolor siempre así? Mi tía estaba viviendo una experiencia de lo más privada en un entorno de lo más público. Todos la vigilaban y se preguntaban cuándo volvería a estallar. La sensación de expectación se cortaba en el ambiente.

En la butaca estaba muy erguida y hablaba con el médico de familia. Sus ojos habían desaparecido detrás de las gafas de sol más grandes que tenía. Mi tío estaba detrás de ella, con una mano estabilizadora posada en su hombro. El doctor Derwin dijo:

—Nunca he tenido una paciente, ni he conocido a una mujer como su madre. Cuesta imaginarse a su familia sin ella...

Desde detrás de las gafas de sol, a mi tía empezaron a correrle las lágrimas por las mejillas mientras un sonido se iba formando en las profundidades de su pecho. Un quejido surgió de ella, luego otro, y enseguida estaba otra vez aullando y temblando con tanta virulencia que se cayó de la butaca. Mi tío y el médico se inclinaron para agarrarla antes de que se desplomara al suelo.

Barrie se me acercó y me dijo entre susurros:

—Creo que nos deberíamos ir ya.

—A lo mejor sí —le contesté en el mismo tono.

Las acompañé a la puerta. Cuando volví, mi tía estaba de nuevo en la butaca, pero seguía temblando.

En la cocina, mi madre hablaba por teléfono con el doctor Coleman, nuestro pediatra.

—No creo que sea muy sano que los niños vean un dolor tan extremo —le decía al auricular, que tenía tapado con una mano.

Esa misma noche, siguiendo el consejo del doctor Coleman, mi madre me mandaría durante varios días a las profundidades del valle, a casa de mis primos; a mis hermanos los enviaría a otro sitio, con parientes igual de lejanos.

—Si no quieres que esté aquí, ¿por qué no puedo ir a casa de Barrie y Wendy? —le pregunté cuando me anunció que me tenía que marchar.

—No está lo bastante lejos —me contestó con firmeza.

Eso nunca se lo perdoné a mis padres, haberme privado de mi fuente particular de oxígeno, que era saber. Saber y captar.

Vi a mi padre a través de los ventanales, de pie en el borde del jardín, contemplando el cañón, donde la luz se iba borrando lentamente del cielo.

Encontré a Sylvia en el cuarto de invitados. Estaba sentada pacientemente en el sofá, como si me hubiera estado esperando todo ese rato. Me coloqué a su lado y me abrazó. Entre sus brazos sí podía respirar.

—¿Y tú te vas a morir pronto, abuela? —le pregunté.

Ella me dirigió una de sus sonrisas de complicidad.

—Pronto no, cariño mío —contestó—. No.

—¿Me lo prometes?

—Sí. Te lo prometo.

En Greenvalley Road

—Oye, ¿quieres ver lo que Suzie lleva hoy en la mochila?

La mochila sale volando y no tarda en escupir, y después aplastar, el preciado cuaderno de dibujo Académie. Los lápices rebotan y se desperdigán. Jane (sí, la que se apellida Austen) derrapa por el asfalto.

—Suzie está leyendo un libro de chicas —anuncia Alfred, el cabecilla—. Menudo maricón.

—Es que Suzie es una chica —dice Jared, su compinche—. ¿A que eres una niña, Suzie?

—¿Podéis dejarme en paz, chicos? —digo en tono firme, en mi versión de lo firme; pero mi voz, no puedo evitarlo, suena aguda al final de la frase.

—¿Que si te podemos dejar en paz? —repite Alfred—. Claro, cariñito. Pero antes tenemos que comprobar una cosa.

Hora de la comida en la escuela primaria Wonderland Avenue, semestre de otoño, cuarto curso. Jared me rodea con sus grandes brazos y me lleva a rastras detrás de la caseta de los balones: una esquina temida y aún menos vigilada del patio del recreo. Antes de que sea consciente de qué pasa, estoy tendido en el suelo y diviso los eucaliptos gigantes que se alzan en ciertas partes del cañón y que lo impregnan de su aroma acre y fuerte. Odiaré ese olor durante años..., siempre.

Jared es un espécimen corpulento y recio de piel grasienta. Me aplasta la cara con el trasero; me pisa las manos. Alfred se me sienta en las piernas.

—Si Suzie es niña, ¿por qué lleva ropa de chico? —pregunta Alfred con gesto pensativo—. Oye, Suze, ¿por qué llevas esta ropa de niño?

Antes de que pueda responder, pensar cómo responder, añade:

—¿Por qué no le echamos un vistazo a lo que tiene ahí abajo esta niña?

Intento zafarme de ellos a patadas, pero están ahí plantados como dos grandes rocas.

—No pienso tocarla ahí abajo. Ni en broma.

—Podrías hacerlo con el pie —propone Alfred—. Con el zapato.

—Con el zapato no notas muy bien lo que tocas —objeta Jared.

—Podríamos utilizar un palo —sugiere Alfred.

—Tendríamos el mismo problema —afirma Jared.

Se quedan cavilando unos instantes mientras yo trato de respirar.

—Ya lo hago yo. Contendré el aliento, o algo —dice Alfred—. Venga, coge a la nena por los pies.

Los dos intercambian posiciones. Si hubiera podido comer, habría vomitado la comida. En cambio, un sabor asqueroso me llena la boca, que se me seca.

Alfred me agarra la hebilla del cinturón y la abre. Le brillan los ojos (¿por qué le brillan?) mientras mete la mano... y la baja. Y la cierra. Con fuerza. El dolor es repentino e intenso, como si tuviera un cable de alta tensión entre la ingle y el vientre.

Solo después se me ocurre la siguiente idea: «Si el maricón soy yo, ¿por qué Alfred no se ha limitado a agarrarme, sino que me ha toqueteado?».

—Sí, la nena tiene uno —le cuenta Alfred a Jared—. Pequeño.

Se limpia la mano en los vaqueros con grandes aspavientos.

—A lo mejor es hermafrodita —dice Jared.

—¿Y eso qué es?

—Un niño con tetas. O una chica con polla. Lo he visto en un libro. Hay una escultura, una antigüedad romana de no sé qué, de una persona de dos sexos. —Mira a Alfred—. ¿Echo un vistazo?

Alfred asiente con la cabeza. Jared me sube la camiseta.

—No tiene tetas. —Me da una patada en el pecho—. Pero a lo mejor con esto le sale un bulto muy mono.

—Con pito y apenas sin tetas. ¿Se puede saber qué es esta nena? —se pregunta Alfred.

—Y yo qué sé —dice Jared.

Suzie. Nenaza. Maricón. Homosexual latente (esto lo tuve que buscar). ¿Era yo lo que decían, lo que me llamaban? ¿Qué era? Solo sabía que no era un chico tal como lo eran ellos. Una niña tampoco, desde luego. Y, a esa edad, no me atraía nadie. Únicamente tenía una cosa en la cabeza, un objetivo: acabar la jornada escolar sin que aquellos matones ni sus secuaces (que los tenían, y muchos) me acosaran.

A lo largo de los años fui perfeccionando la técnica. Tras el incidente de detrás de la caseta de los balones, empecé a llevar el cuerpo completamente cubierto. Me apretaba tanto el cinturón que la hebilla (de latón, de dos dientes) se me clavaba en la carne y me dejaba marcas que bajo cierta luz todavía se veían días después. Me ponía varias capas de camisetas, de manga corta por encima de otras de manga larga, aunque a veces al revés, para tener el cuerpo aislado, incluso en días de veintitantos grados. Evidentemente, me mantenía apartado, sentado en una esquina del patio y encorvado sobre lo que leía o dibujaba, todo lo introvertido y encogido que podía estar un chico alto, desgarrado y vigilante.

Esta técnica no siempre funcionaba. A mediados de la escuela secundaria, apenas había una estación, sin contar el verano, en la que no tuviera en el cuerpo moratones en diversos tonos cambiantes: negro azulado, morado azulado, amarillo verdoso, beis amarillento.

Lo que le pasaba a mi yo, a mi yo interior, era otra historia. A partir de Alfred, de lo que viví con Alfred, me entrené para no sentir nada. Todas las mañanas llevaba a cabo una especie de ritual en cuanto salía por la puerta, que duraba el tiempo que tardaba en ir a pie desde nuestra casa hasta la parada de autobús. Empezaba por los pies e iba subiendo por todo el cuerpo, endureciéndolo y poniéndolo rígido desde dentro. Al dejar de sentir cualquier cosa de este modo, en lo más profundo, me convertía en alguien fuerte, impermeable. Un guerrero. Así era como me lo imaginaba: yo era un guerrero que todos los días iba al campo de batalla de la escuela primaria Wonderland Avenue, y después a la secundaria Bancroft. Aunque habría sido más acertado decir que me convertía en un blanco mientras eran otros los que se lanzaban al campo de batalla.

«No querrás ser una persona normal, ¿no, Tesoro? ¿Encajar? Encajar es morir en vida. Te conviene distinguirte de tus compañeros. Siempre.»

Yo siempre lo hacía.

Alfred era calcadito a Alfred E. Neuman, el personaje emblemático de la revista *Mad*, que era lo que más le gustaba leer a Danny por aquellos años. Hasta tenía las mismas pecas, una versión de aquellos dientes que no habían pasado por ninguna ortodoncia y un ojo izquierdo igual de mal formado, aunque no tan exageradamente cerrado.

Su *modus operandi* consistía en quedarse esperando, agazapado y como

una cobra, en todos los resquicios del día que los acosadores tienden a aprovechar. En la parada de autobús, por la mañana y otra vez por la tarde. En el patio del recreo. O a la hora de la comida, cuando en sus maquinaciones solía ayudarlo Jared, su grasiento y orondo secuaz.

Sin embargo, el poder más profundo y extraño que tenía Alfred era su capacidad de cambiar, como si fuera Jano. En el colegio era una mezcla de demonio y director de circo. En el trayecto de autobús, acostumbraba a rematar la labor del día clavándome las uñas en el dorso de la mano, abriéndome minúsculas medias lunas en la carne, en las que después aparecían algunas gotas de sangre. Pero en cuanto el autobús se alejaba y los otros niños del barrio se iban dispersando, a veces, unas cuantas, me miraba y me decía: «Bueno, ¿quieres venir a jugar a casa?». ¿O a cambiar cromos de béisbol? (Un temprano interés en común.) ¿O sellos? (Otro posterior.)

De un modo que ahora me resulta absurdo, yo contestaba: «Vale». Me iba a casa, me quitaba la ropa del colegio, cogía mi balón de balonmano, los cromos o la colección de sellos y cruzaba la calle para ir adonde Alfred vivía, o, si no, era él quien la cruzaba con sus cosas y venía. Jugábamos juntos durante horas en una paz relativa. Imagino que yo pensaba, o que esperaba, que esas tardes que pasábamos en compañía el uno del otro funcionasen como la plusvalía de una cuenta de ahorro a la que podría recurrir cuando estuviéramos otra vez en el colegio, pero al pensar así actuaba como un iluso especialmente ingenuo. Al día siguiente, Alfred me saludaba en la parada y me clavaba esa mirada implacable suya: «Buenos días, Suzie». Entonces..., ¡zas! La punta del zapato (mocasines de cuero duro y barato) me daba un golpe en la espinilla o en la rodilla. Yo esperaba que fuera en la espinilla, ya que costaba mantenerse insensible y rígido con una rodilla hinchada.

Cuando evoco estas escenas, me pregunto de modo inevitable: ¿dónde estaban los profesores, el director? ¿El conductor del autobús nunca se fijó en el espejo retrovisor? ¿No se enteró de nada la supervisora de patio, bajo cuya vigilancia (o ausencia de ella) se desarrollaron tantos momentos de lo más dolorosos?

¿Dónde estaban mis padres y mis tíos?

Lo de mi tío y mi tía es más fácil de explicar. Para ellos, el colegio era el sitio en el que desaparecíamos los tres niños mientras ellos escribían. Cuando

nos bajábamos del escenario teatral que era su vida, estábamos fuera en el sentido más absoluto, éramos no actores, no personajes, no todo.

Lo de mis padres es más complicado. Yo hice todo lo posible para cerciorarme de que no se enterasen de lo que me pasaba en el colegio. Si no lo sabían, en casa no me era necesario reconocer lo espantosos y tristes que eran mis días. La escuela era un sueño o (más exactamente) una pesadilla y, por tanto, algo no real, que no pasaba, no era un sitio de sufrimiento, vergüenza y oprobio; o, también, si aquello estaba sucediendo, le pasaba a una persona muerta y, por tanto, su efecto no era duradero. Estar en casa era distinto. Lo que marcaba el final del ejercicio de insensibilización del principio del día era, al fin y al cabo, recuperar una vida al término de dicho día. Cuando subía la cuesta entre la parada de autobús y nuestra casa, notaba cómo la rigidez se iba deshaciendo y desapareciendo de mi interior mientras recobraba mi yo más natural, mi forma habitual. Mi casa, Greenvalley Road, era mi refugio, mi retiro, y hacía todo lo posible por que siguiera siéndolo.

Pero a veces hasta los refugios mejor preservados pueden verse invadidos.

En aquellos años, era frecuente que mis progenitores tuvieran la cabeza en otro sitio. Mi padre estaba expandiendo su negocio y era responsable de su hermano, para quien había creado un puesto en ese negocio en desarrollo; de su madre, hasta la muerte de esta; y, después, de su suegra. Había días, muchos, en que volvía tarde del trabajo y se quedaba dormido poco después de cenar; en los fines de semana se marchaba a hacer deporte y a jugar a las cartas. Su idea de la crianza de los niños consistía, básicamente, en procurarnos el sustento, castigarnos (normalmente mediante un exabrupto), y en tratar de que se nos contagiara su pasión por los coches, el tenis y el esquí; si esas cosas no nos fascinaban tanto como a él, entonces no le veíamos el pelo.

Mi madre estaba muchísimo más presente, pero, a medida que fuimos cumpliendo años y ya no tuvo que estar tan pendiente de coordinar los aspectos logísticos de nuestras vidas, su atención comenzó a centrarse en su interior, y no tardó en experimentar un cambio personal, que se aceleró a finales de 1972 y principios de 1973, en torno a la época en que la revista *Ms.* publicó un reportaje sobre grupos de crecimiento consciente. Esta pieza creó gran agitación entre una serie de madres de Laurel Canyon, que empezaron a reunirse en sus salones en la tarde de los martes, a las seis, para hablar de sus vidas, de lo que querían cambiar de ellas y de la mejor forma de lograrlo. A los maridos les pedían (a veces les ordenaban) que se llevaran a los niños a

cenar fuera mientras ellas descorchaban botellas de Chablis y abrían derretidas cuñas de *brie* que acompañaban con racimos de uvas verdes (a no ser que estuviera en marcha una protesta instigada por César Chávez) y fuentes de galletas Triscuit desplegadas de forma impecable.

Siempre que veía cómo mi madre organizaba todo este surtido de comida y colocaba un círculo de sillas en el salón, me invadía enseguida una agitación que me dejaba completamente perplejo. En esas tardes, y en casi todas las de los martes, la acribillaba a preguntas: ¿hablaba de nosotros, de los niños? ¿De papá? ¿De la abuela? ¿De la tía Hankie y el tío Irving? Los que más me preocupaban eran ellos, la tía Hankie.

—Una de las normas del grupo de CC —contestaba ella— es que no contamos nada. Es la única manera de apoyarnos entre nosotras y de no flaquear. Tenemos que mostrarnos comprensivas, discretas y no juzgarnos. Me temo que no puedo responder a esas preguntas, cariño. A ninguna, la verdad.

Mi madre pronunciaba estas palabras con despreocupación, pero quedaban raras en ella; ¿sucedió esto porque las había sacado de la revista? Un ejemplar manoseado del número de marzo de 1973 apareció junto al *brie* y el Chablis en los primeros meses en que se reunió el grupo; después, por lo visto, las mujeres ya sabían lo que se hacían sin recurrir a una orientación editorial tan tangible.

Y ¿qué era lo que hacían? Transcurrió cierto tiempo, pasaron meses, antes de que llegara un martes en el que mi madre hizo de anfitriona y en que mi padre se tuviera que quedar a trabajar hasta tarde. Cuando se enteró de esto último por teléfono, mi madre nos reunió muy solemnemente a los niños y, mientras preparaba una bandeja de sándwiches para que nos la lleváramos al piso superior, nos explicó que «de ninguna de las maneras» se nos ocurriese salir de nuestros cuartos hasta que nos llamara para decirnos que el grupo ya se había marchado y que ya no andaba nadie por allí.

Mientras nos detallaba cuáles eran las normas de esa tarde, yo ya estaba planeando cómo romperlas. Desde la época de las visitas diarias de mi tío, durante la enfermedad de Huffy, yo había perfeccionado mi técnica de escucha subrepticia. Había aprendido que jamás convenía empezar a espiar al principio de una conversación, porque era entonces cuando la gente (esto es, mi madre) se mostraba más desconfiada. También aprendí que un buen momento para bajar algunos escalones era cuando alguien se había levantado, por ejemplo para servir vino o para ir al baño, dado que algún ruido inusual tapaba otro. Y también a tener paciencia, una paciencia infinita, puesto que

gran parte de lo que escuchaba era de lo más soso y otras partes ni siquiera las entendía; a veces toda esa paciencia no servía para nada, pero otras...

—Bueno, Merona, la semana pasada comentabas que no siempre te sientes a gusto en tu propia casa. He estado pensando mucho en lo que dijiste.

—Ah, ¿sí? ¿Qué has estado pensando?

—Pues se me ha ocurrido —añadió esta interlocutora— que nuestras casas vienen a ser una metáfora de la posición que muchas de nosotras ocupamos en tanto que mujeres. Las hemos montado para todos menos para nosotras. Para nuestros maridos, padres, para nuestro círculo social. En tu caso, para tu familia política.

—Con la excepción de que en mi caso ni siquiera la he montado yo.

—Lo cual es aún más metafórico, y aún más problemático. Todo forma parte de la misma cuestión: que la gente nos impone aquello que deberíamos decidir nosotras. La funda de un sofá puede llegar a ser tan importante, en este sentido, como la ropa que llevamos, los libros que leemos, nuestras ideas. ¿Cuándo vamos a decir lo que pensamos de verdad, a ponernos lo que queremos? ¿A deshacernos de las viejas..., las viejas...?

—Figurillas de bronce. Estatuillas grecorromanas que no tienen nada que ver conmigo. Vistas de *châteaux* franceses, cuando yo nunca he estado en Francia.

No me hizo falta mirar el interior del salón para saber qué aspecto tenía la escena. Había ocho mujeres sentadas formando un círculo en torno a la mesita. Yo conocía en torno a la mitad de ellas. Lo más probable era que mi madre ocupase un taburete bajo, porque era una regla de la casa, o lo había sido hasta hacía poco, que los asientos más cómodos se cediesen a los invitados. Enfrente de ella estaba Linda Berg, que era quien más hablaba, la más atrevida de esas mujeres y, casualmente, madre de Barrie y Wendy, nuestras casi primas. Linda se acababa de cortar la melena, había dejado de ponerse faldas y jerséis, llevaba vaqueros y camisetas: era la primera madre del cañón que había cambiado su apariencia casi de la noche a la mañana. La transformación de mi madre había sido más gradual. Aunque hacía tiempo que no lucía nada tan laborioso como las torres de cabello, llenas de laca, que llevaba cuando yo era pequeño, poco antes había empezado a ir al Hair Palace de Beverly Boulevard, donde Bobby (cuyos vaqueros ajustados de cintura baja y cuyo llamativo pañuelo lo convertían en antecedente del Warren Beatty de *Shampoo*) le hacía una permanente que creaba una cascada de rizos sumamente apretados. Esto, junto al uso menor del maquillaje, a los vaqueros

y las camisas de cambray que había empezado a ponerse, la alejaba aún más de mi tía, que, con su moño, intenso carmín, marcado lunar y proliferación de joyas, seguía encastillada en su estilo.

Pero ahora daba la impresión de que los cambios de mi madre no solo afectaban a su aspecto.

—¿Qué te impide desembarazarte de todo eso, de quitar todo lo que hay de una tacada?

Reconocí la voz que planteaba esta pregunta: era la de Bea Zeiger. Ella y su marido, Irv, vivían al otro lado de la colina y tenían hijos media generación mayores que nosotros; los menores de esa familia habían contribuido a radicalizar a los padres, al menos todo lo que podían radicalizarse dentro de las comodidades de su enorme casa de campo de mediados de siglo, alzada en una parcela algo apartada que era infrecuentemente grande y soleada para lo que había en el cañón. Los Zeiger organizaron actos para recaudar fondos para Daniel Ellsberg y Angela Davis; para George McGovern, cómo no; y para Tom Hayden, a cuya mujer de aquella época, Jane Fonda, acudí a oír hablar a casa de los Zeiger posteriormente, cuando ya tuve edad suficiente para que me invitaran a estas veladas. Bea e Irv tenían algo de la tremenda energía de mis tíos, aunque la suya era de índole más política.

A continuación se oyó un ruido de sorbos mientras las mujeres esperaban a que mi madre contestase.

—La verdad, no lo sé —dijo al fin—. La costumbre. El miedo a que todo salte por los aires. Y los aires ya están suficientemente agitados por aquí...

—Hay mujeres que están quemando sus sostenes —dijo una voz que no reconocí—. Tú podrías quemar los objetos de decoración. Imagina lo liberador que sería.

Se produjo un silencio.

—¿Merona?

—Es que estaba tratando de vislumbrar las consecuencias. Vosotras no podéis entender cómo funcionan las cosas en esta familia.

—¿Por qué no intentas contárnoslo? —preguntó Bea.

Hundí los dedos de los pies en la moqueta. Mi madre, la hija del rabino, siempre había sido de lo más discreta y reservada, quien mejor guardaba los secretos, sobre todo cuando estos (aunque solo fueran información) afectaban a las personas a las que mi tía denominaba el «sanctasanctórum» o «el alegre septeto».

—¿De verdad queréis saberlo?

Por favor, que alguien diga que no.

Ese fue mi primer impulso. Pero entonces me empezó a picar la curiosidad. Porque, al fin y al cabo, si mi madre iba a contar esas cosas, yo, desde luego, las quería escuchar (a escondidas).

—Claro que sí —afirmó Bea—. En todas nuestras historias individuales hay algo de lo que pueden aprender las demás.

—No sé ni por dónde empezar.

—Por el principio, ¿por dónde va a ser?

—El principio... —El choque de una botella contra una copa, el gorgoteo del Chablis que iba pasando de la primera a la segunda—. Supongo que todo empezó cuando tenía trece años. Sí. —Hizo una pausa—. Fui la primera chica del sur de California que celebró una *bat mitzvá*; por lo menos, eso era lo que siempre decía mi padre. Como es natural, del servicio religioso se encargó Shalom. Fuimos al santuario de su sinagoga, el Temple Sinai de Long Beach, el primer sábado de noviembre de 1945. Aquello estaba de bote en bote. Detesté convertirme en el centro de toda esa atención. Me puse tan nerviosa que se me empaparon las manos. Mi padre no dejaba de fijarse en la puerta de atrás. La espera fue todo un espanto. Esperábamos a mi hermano Irving, que llegaba tarde. Cuando al fin entró, iba del brazo de una mujer con un aspecto completamente distinto del resto de los presentes, no se parecía a nadie que yo hubiera visto en mi vida, sin contar, quizá, en el cine. Iba vestida de pies a cabeza en un tono verde esmeralda, llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, y se había prendido hojas en él. Hojas...

Esa mujer era mi tía; esa historia ya me la habían contado. Varias veces. Pero nunca la había oído narrada así, convertida en una de las primeras pruebas que demostraban qué era todo lo que fallaba en la vida de mi madre.

Hank, al irrumpir envuelta en hojarasca en aquella sala, en ese mes de noviembre, se mostró como una manifestación de la naturaleza, como todo un vendaval. Guapa, exótica, con un porte y un aspecto tan extraño para todos los que estaban en el santuario que la pregunta «*Shiksa?*» corrió entre los asistentes.

¿Era extranjera? ¿Europea? Quizá eso lo explicase. Puede que fuera una refugiada de otro país, aunque evidentemente no era de los emigrantes que pasaban apuros y que aparecían de repente en los servicios religiosos del viernes por la noche, los que destacaban por sus caras demacradas y sus ojos hundidos e idos. Ella era distinta, en eso estuvieron todos muy de acuerdo.

—Amigos —dijo Shalom—, tranquilidad. ¿Es que nunca hemos visto a mi

hijo llevar del brazo a una mujer bellísima?

—Pues la verdad, rabino, es que no —contestó alguien, y hubo risas.

—Padre, lo siento —musitó Irving mientras su acompañante y él se sentaban.

Shalom le hizo un gesto a su hijo: no pasaba nada. Comenzó el servicio.

Después, aquel bellezón alto se puso en la fila de personas que felicitaban a la chica del *bat mitzvá*, mi madre, a quien le temblaron las piernas al verse ante una mujer de un *glamour* tan tremendo.

—Soy Harriet, aunque mis amigos me llaman Hank. Que es como lo vas a hacer tú, lógicamente, porque vamos a ser pero que muy buenas amigas, tú y yo.

«Vamos a ser pero que muy buenas amigas, tú y yo.»

—Me quedé cautivada —le contó mi madre al grupo de mujeres de nuestro salón—. Aquello comenzó ese día y se acrecentó la siguiente vez que la vi, que fue después de que Irving y ella se comprometieran, cuando mis padres y yo fuimos a Brentwood a cenar con su familia. Toda aquella velada fue como un cuento..., bueno, como una película. Mis padres hicieron una parada en los grandes almacenes Bullocks Wilshire para comprarle a Hank un regalo de pedida, un salto de cama y un camisón de color marfil que estaban expuestos en una vitrina del departamento de ropa íntima femenina, un sitio que yo ni sabía que existía, y a un precio, ¡cien dólares!, que nunca le había visto a mi padre pagar por nada de nada.

Hizo una pausa..., ¿para animar todas aquellas declaraciones todavía con más vino? ¿Para encontrar el valor necesario para seguir profundizando? El hecho de que, por lo visto, a mi madre no le hiciera falta profundizar demasiado para sacar aquello era casi tan desconcertante como escuchar el modo en que les contaba esas anécdotas a unas desconocidas; daba la sensación de que llevaba años, décadas, esperando a hablar ante el público adecuado.

—De ahí fuimos a Tigertail Road. Mi madre no dejaba de mirar un mapa y de leer, y releer, el papel que llevaba en la mano. No dábamos crédito a la forma en que vivían esas personas, en lo alto de las colinas de Brentwood, en una casa que tenía tres chimeneas, seis ventanas abuhardilladas y espacio en el garaje para cinco coches. ¡Cinco! La casa nos impresionó más en persona que en las descripciones que nos había hecho mi hermano Herbert, que en esa época estudiaba en la UCLA y a quien habían invitado varios domingos a cenar; luego venía a nuestra casa de Long Beach y les contaba a mis padres

que, cuando se sentaban a la mesa, Huffy tocaba un timbre para que la criada o uno de los sirvientes, en plural, llevara los platos o los retirara. Allí, Herb había conocido a una condesa de Budapest, que también trabajaba en la MGM, y a un pintor ruso, y a actores, directores de cine, y aseguraba que todos se vestían para cenar como si estuvieran en una novela eduardiana. Y, como era de esperar, cuando llamamos a la puerta, esta se abrió y apareció Peter, el hermano mayor, con chaqueta, corbata y una pipa en la mano, que con su voz profunda y ampulosa nos dijo: «Bienvenidos a Tigertail». ¡Bienvenidos a Tigertail! Eso jamás se me olvidará. Luego miré por detrás de él, y creí que me moría: Hank bajaba por una escalera de caracol como deslizándose, seguida por Trudy, que se acabaría casando con Pete, y también estaba Nena, a quien nos presentaron diciéndonos que era la hermana adoptiva, y todas llevaban vestidos de noche informales, igual que Huffy...

El resto me lo sabía de memoria; lo podría haber contado yo en lugar de mi madre: que un joven Marty (mi futuro padre) acababa de cumplir veinte años y de volver de la guerra, de una operación de retirada de minas en el Pacífico por culpa de la cual toda la familia había pasado meses y meses muerta de miedo. Marty medía un metro ochenta, estaba moreno y tenía unos hombros enormes y anchos y unos dientes resplandecientes. Bajó las escaleras a grandes zancadas, con movimientos nada suaves, y, tras aterrizar bruscamente, le dirigió una sonrisa al grupo y dijo: «Qué, hermanita, esta es la nueva familia política, ¿no?». Entonces se fijó en Merona y añadió: «¿Qué tal vas, peque?». Ella se puso coloradísima y contestó entre tartamudeos: «Eh..., encantada de conocerte». «¡Yo sí que estoy encantado de conocerte! Toda una dama.» Él la pellizcó (¡la pellizcó!) y le preguntó: «Bueno, ¿y cuántos años tienes, guapa?». «Trece y medio.» «Ah, ¿tantos?»

Durante varios años, Merona únicamente vio a Marty de pasada en eventos familiares, en cada uno de los cuales solía acompañarlo una chica distinta. Pero sí que vio mucho a Hank, a Hank y a Irving. Empezó a ir sola a Los Ángeles: cogía un tranvía de la línea Red Car en Long Beach y después un autobús que la llevaba al apartamento de la pareja, para pasar el fin de semana con su nueva «hermana», como Hank se empeñaba en que la llamara. «Yo la acompañaba a todas partes. Hasta salir a comprar leche era una aventura. Irving y ella me llevaban al cine y me daban libros para que los leyera, me transmitían ideas para que reflexionara. Hank cambió la forma en que me vestía, cómo me peinaba y maquillaba. Hasta cómo hablaba. Tenía tantísima energía, tanta seguridad, tanto estilo y... brío. Sí, seguramente esa es la

palabra. Mostraba brío y era cautivadora, o a mí me tenía cautivada. Imagino que una mezcla de las dos cosas...»

Una de las mujeres a las que yo no conocía dijo:

—Eras joven. Da la impresión de que te obsesionaste con ella.

—Se me aceleraba el pulso cuando la veía —prosiguió Merona en voz baja. Añadió—: Una obsesión de este tipo... te ciega. Respecto a muchas cosas y durante mucho tiempo.

Otra de las mujeres planteó la pregunta inevitable: ¿cómo había pasado de ser la «peque» a estar casada con el cuñado de su hermano?

Esta historia también me la sabía, porque prácticamente desde el día en que había entendido que estos dos pares de hermanos estaban casados entre sí, había empezado a preguntar cómo se había dado aquella situación; todos los que conocían a nuestra familia se preguntaban lo mismo. Al contarlo, a veces mi madre le daba un tono de comedia («No había nadie más disponible, y yo era una solterona de veintitrés años»). Pero otras narraba la historia como si la estuviera escuchando ella misma..., no por primera vez exactamente, sino con una especie de curiosidad o asombro propios de esa primera vez, como si ni siquiera ella, después de tantos años, hubiera llegado a entender del todo cómo se había producido todo aquello.

En las versiones serias empezaba por la enfermedad de su madre. Después de que a Sylvia le diagnosticaran un cáncer de mama, Shalom había pedido a Merona que dejase los estudios para ayudar en casa. La joven pidió permiso para faltar temporalmente a la UCLA y volvió a Long Beach. Esa época no fue fácil para ella. Había abandonado las clases, su vida independiente. Ahora había vuelto al mundo de sus padres, la congregación, la sinagoga. A Huffy, tras observar todo aquello a cierta distancia, y asumiendo de nuevo el papel de hechicera, se le ocurrió la idea de que Marty y el mejor amigo de este, Murray, invitaran a Merona a salir, solo para distraerla durante un par de veladas, para que se airease un poco. Así pues, en dos fines de semana consecutivos, Merona acudió al apartamento de Hank e Irv, y salió primero con Murray, después con Marty. Tenía dieciocho años; Marty, veinticinco.

—Era carismático, inteligente y más adulto que cualquiera de los otros chicos con los que ya había salido y, en cuanto reuní el valor suficiente para pedirle que dejara de llamarme «peque», empezamos a comunicarnos de veras y, con tantas personas como ya teníamos en común, nos dimos cuenta de que también teníamos cosas que decirnos y, bueno, es que aquello pasó hace muchísimo tiempo...

Así era como me lo había explicado a mí. A las mujeres de nuestro salón les dijo:

—Marty me atraía. Mucho. También estaba dormida. ¿No lo estábamos todas? Imagino que cierta parte de mí pensó que aquella situación les había funcionado bien a mi hermano y a su hermana. La enfermedad de mi madre me daba miedo... Además, a mi padre le caía bien Marty y confiaba en él, lo que era importante para mí..., y tampoco es que nos casáramos de forma precipitada. Nos fuimos conociendo con el paso del tiempo, de varios años en realidad, y seguimos saliendo después incluso de que nuestros hermanos nos transmitieran su disconformidad. Se preocuparon muchísimo. «¿Y si algo sale mal? ¿Cómo nos afectará eso a nosotros?», me preguntó Irving. «¿Eso te lo has planteado?» Pero no creo que solo lo hicieran por egoísmo. Creo que de un modo u otro Hank me consideraba poca cosa para Marty, ni lo bastante inteligente ni guapa ni poderosa para convertirme en una de los Fabulosos Frank, o a lo mejor lo único que pasaba era que yo no me parecía lo suficiente ni a Hank ni a Huff. Sí, seguramente eso fue lo que más pesó...

Hizo una pausa.

—Las conversaciones secretas... Os parecería increíble la cantidad de ellas que hubo. Cuando iba a casa de Marty, en Lookout, al lado de la butaca del salón veía un cenicero lleno de colillas en las que había carmín. Yo reconocía el color. El tono Salmon Ice. El de Hank. Había estado antes, hablando, fumando e intentando convencerlo de que aquello era un error tremendo, de que yo era un error. Una cosa era que yo fuera la hermana menor de su marido y otra muy distinta que me convirtiera en la mujer de su hermano.

El público musitaba, digería esas palabras.

—No es de extrañar que solo pudiéramos comprometernos cuando ellos se marcharon a Europa —prosiguió mi madre—. Jamás se me olvidará la carta que me escribió Hank desde Francia, que empezaba con estas palabras: «Cuñada por partida doble, ¡viva! Creo que este debe ser uno de los momentos más felices de mi vida».

En la sala se hizo un silencio durante un momento..., después otro...

—¿Eso lo escribió la mujer del cenicero lleno de colillas?

—La mismita —contestó mi madre—. Bienvenidas a mi mundo.

Greenvalley Road: desde que tuve uso de razón, consideré aquel lugar tan vivo como ciertas personas. Conocía la casa, nuestra casa, mejor que a la

mayoría de los seres humanos. Conocía sus olores, sus sonidos. Sabía cuándo la luz o un cambio en las corrientes de aire indicaban que se estaba fraguando un drama, que los estados de ánimo estaban a punto de variar. El mal genio de mi padre... Yo notaba cómo le iba entrando a cinco habitaciones de distancia. También notaba cómo después se le iba pasando. Sabía por dónde andaban todos gracias a la manera en que se transmitían los sonidos. Sabía quién estaba despierto y quién dormía. Sabía, al fijarme en las depresiones de los cojines, qué butacas o sofás acababan de quedar vacíos, y sabía quién había comido qué, y muchas veces cuándo, al percibir los restos de olor que quedaban en la cocina y en el resto de la casa. Sabía qué aspecto tenían todas las estancias desde fuera, al menos las del piso inferior, porque desde niño me había encantado escabullirme al exterior, sobre todo de noche, cuando las luces estaban encendidas, y contemplarlas desde detrás de las ventanas. Aquello era un juego viejísimo: fingía que yo no vivía en Greenvalley, que había pasado por allí casualmente, como se pasa por delante de una casa desconocida, y trataba de deducir cómo eran aquellas personas y cómo eran también sus vidas.

Incluso desde dentro trataba de encontrar formas de alterar mi perspectiva. Cuando era muy pequeño, jugaba a otra cosa. Me tumbaba en el suelo de Greenvalley, en el salón, en el comedor o en mi cuarto, incluso en lo alto de las escaleras, e imaginaba la casa del revés, y me imaginaba caminando por el techo convertido en suelo, con sus plafones, sus vigas y las puertas que quedaban bajo mis pies y que alteraban así la configuración familiar de los espacios que conocía desde siempre.

Eso era lo mismo que sentía al escuchar cómo mi madre contaba sus historias a las mujeres del grupo de crecimiento consciente. Me daba la impresión de que la casa que tan bien conocía y que tanto me gustaba había cambiado de forma justo delante de mis narices, que más que dada la vuelta se había quedado transformada en lo contrario de lo que era.

¿Adónde iba a llevar esta narración? A ningún lugar sencillo: ese detalle parecía estar muy claro.

Después de que las mujeres hicieran una pausa para ir al baño y para reponer las bandejas de Triscuit, volvieron a sentarse y, en vez de pasar a otra cosa, como yo anhelaba que hicieran, una de ellas le planteó a mi madre la pregunta

inevitable que surgía cuando la gente conocía un poco a nuestra familia. No fue Linda, que ya debía de saberlo, sino una de las otras quien quiso saber por qué esas madres tan distintas, esas abuelas, habían acabado viviendo juntas.

Esta historia tampoco la había oído contar jamás del modo en que mi madre la narró esa noche. Habló de lo repentino de la muerte de su padre: con cincuenta y siete años, de un ataque al corazón, solo un año después de que lo «invitaran» a jubilarse del puesto que ocupaba en la congregación que su madre y él habían dedicado veinte años de sus vidas a formar. Sylvia y Shalom se habían trasladado hacía tan poco a Tujunga, para estar cerca de una de las hermanas de Sylvia, que ni siquiera habían tenido tiempo de abrir las cajas donde estaban los libros de él. En aquellas profundidades del valle no tenían vida propia ni más amigos que la única hermana de Sylvia; mi abuela ni sabía dónde comprar una barra de pan en condiciones. Shalom, según mi madre les contó a las mujeres, había muerto «en el peor de los momentos para mi hermano y mi cuñada», apenas dos semanas antes de la fecha prevista en que Hank e Irving tenían que salir a rodar una película. Sin consultárselo a Merona, que adoraba a su padre, que estaba de todo menos preparada para su muerte, y tan rota de dolor, tal como dijo, que casi no había salido de la cama en diez días, su hermano y su cuñada se ocuparon de alquilarle a Sylvia una residencia más pequeña para que viviese en Tujunga, un apartamento que parecía una «casita de muñecas», sobre el que se abalanzaron Hank y Huff y el cual decoraron, en un santiamén, sin olvidarse ni del último volante de las cortinas. Le llenaron la despensa a Sylvia, colocaron dos macetas de violetas africanas en el alféizar y se marcharon.

Esa misma noche, Sylvia llamó a mi madre. «Creo que no puedo ir —le dijo—. Lo siento.» «Pero cómo vas a poder, es demasiado pronto —contestó Merona—. No sé en qué estábamos pensando; no estábamos pensando. Ven a casa.» «Tu padre y yo nos prometimos que nunca viviríamos con los hijos, que nunca seríamos una carga.» «Bueno, pues plantéatelo como si fuera una visita —dijo Merona—. Indefinida, hasta que se nos ocurra qué hacer.»

Antes de que Merona pudiese reaccionar, la convocaron a una reunión familiar en Wonderland Park Avenue: con Hank e Irving, Marty y ella y las dos madres. Mis tíos ocuparon un par de rígidas butacas francesas, colocadas enfrente de todos los demás y detrás de una jarra de limonada rosa (intacta), y les hicieron una propuesta. En privado, y solo a los presentes en aquella sala, Irving confesó que le había prestado una cantidad de dinero nada desdeñable a Pete, el hermano de Marty y Hank, que pasaba una situación apurada mientras

buscaba trabajo. Huffy se había ofrecido a saldar esta deuda, añadió Irving, invitando a Sylvia a que viviera con ella. Las dos mujeres se instalarían juntas en un apartamento situado al pie de la colina, donde estarían cerca de sus vástagos. Compartirían los gastos y se harían compañía. Huffy podía seguir escribiendo, cosa que había vuelto a hacer en su época posterior a la MGM, y Sylvia dando clases. «Toda la familia podría cenar junta los domingos, y, cuando lleguen los nietos, no tendremos que dividir su tiempo entre una abuela y la otra. Todo sería cómodo y estaría conectado y vinculado, aún más vinculado...»

—Merona, ¿qué pasa?

¿Lloraba mi madre? No me atreví a mirar. Se le había quebrado la voz. Eso sí lo había notado. Cuando volvió a hablar, dijo con gran emoción:

—Creo que ni uno solo de los presentes le preguntó a mi madre qué opinaba ella, ni siquiera yo. Parecía que éramos títeres y que nos manejaba alguien, que no se sabía quién era.

—Tu hermano y tu cuñada. Tu suegra.

—Claro que a ellos todo les parecía perfecto. Y yo no me enteraba de nada. Era joven, estaba recién casada, se acababa de morir mi padre, la persona a la que más quería del mundo, y trabajaba a jornada completa. Me dejé llevar: siempre en el papel de buena chica, siempre.

—¿Y ahora?

—Ahora todo es muy... complicado. Mire donde mire. Mi marido, mi hermano, mi madre, mis hijos. En este grupo es imposible que una conversación o una pelea se desarrollen solo entre dos personas. Está mi hermano, que también es el marido de la hermana de mi marido. Está mi marido, que es un hombre hecho y derecho de cuarenta y tantos pero sin dejar de ser el hermano pequeño de su hermana. Está mi hijo mayor...

Noté los pies fríos. Me abracé las rodillas.

—Mi hijo mayor, que a veces..., y esto me cuesta decirlo..., me da la impresión de no ser ya mi hijo, como si ya no fuera mío. Hank le ha llenado la cabeza de ideas e intereses que hacen de él alguien... diferente. Ella no se para a pensar en todo esto ni un segundo. Es de lo más... arrolladora. Dominante. Está desesperadísima por tener un hijo propio. —Una pausa—. Bueno, Linda, tú la conoces.

—Sí. Y no me importa decir que no me cae muy bien.

Hundí los dedos de los pies en la moqueta.

—Eso ha quedado muy criticón, Linda —dijo una de las voces, que no

reconocí.

—Tienes razón. Lo ha sido. Y eso no ayuda mucho. Lo que quiero decir es que entiendo por qué la situación es tan difícil.

—Y yo —añadieron varias de las otras. Un coro comprensivo tras el cual llegó otro largo silencio.

—A lo mejor te sirve de algo visualizar que estás dentro de esta casa, esa que te ha dado tanto miedo, e imaginar que sales de ella.

Incluso desde el piso de arriba oí cómo mi madre tragaba aire.

—O sea, ¿que me marche? ¿Que abandone a esta familia, a mi familia? ¿Que rompa mi matrimonio?

Ahora yo tenía el corazón acelerado, desbocado.

—Hablo de salir metafóricamente, de dejar atrás ciertas cosas. Dejar de ser tan buena chica. Dejar de obedecer las reglas. Tirarlas a la basura. O cambiarlas.

Un líquido que se vertía. Una botella que chocaba contra una copa.

—Eso es como pedirle a alguien que se imagine un terremoto. Uno de siete u ocho y pico en la escala de Richter.

—Bueno, así podrías redecorar tu casa —dijo Bea.

Se produjo una breve pausa... y después un estallido de carcajadas.

A lo largo de los meses siguientes, al llegar de clase empecé a descubrir que ciertas partes del mobiliario de la casa se habían cambiado de sitio o habían desaparecido, como en un sueño. Mueble a mueble, cuadro a cuadro, mi madre empezó a reinventar Greenvalley Road. Repitiendo aquellos sacrosantos sábados que mi tía y mi abuela pasaban juntas, mi madre comenzó a salir con la tía Nena, quien, entre los miembros de la familia, siempre había sido especialmente amiga suya, pero de forma ostensible salían en otro día de la semana: el jueves. Volvían a casa con mesas lijadas o pintadas, colchas de retales y cojines de flores, candelabros mexicanos de hojalata y litografías de la hermana Corita, con sus explosiones de vivos colores y citas literarias. De pronto, en vez de los grabados de Piranesi, en nuestras paredes destacaban desconcertantes frases como: «Por la calle del ya voy se va a la casa del nunca» (Cervantes), y, del por aquella época omnipresente E. E. Cummings, «Maldito sea todo menos el circo», aunque a saber qué querría decir eso. Merona y Nena subían al desván los muebles aprobados por mi tía y mi abuela

(ahí a la vista de todos, lanzándole un malditas seáis a muchas de las cosas de nuestro mundo), y después se servían enormes copas de Chablis, de la misma marca de Wente Brothers que ayudaba a que el grupo de crecimiento consciente se relajara. Ponían a Crosby, Stills & Nash a todo volumen:

*Nuestra casa es una casa muy, muy bonita con dos gatos
en el jardín,
qué dura era antes la vida.*

Entonces, blandiendo un martillo, clavos, alicates y alambre, recorrían de un lado a otro las habitaciones puestas patas arriba, como si se hubieran liberado de un hechizo de cuento, cosa que, en cierto sentido, habían hecho.

Con su blusa diáfana y su pelo rizado, embriagada, mi madre señaló con un ademán nuestro salón, casi alterado de arriba abajo después de uno de esos accesos de redecoración, y me dijo: «Cariño, ¿qué te parece?». Había tanta luz en su mirada y color en su rostro, tanto color como había ahora en nuestra casa, que solo pude contestar que me parecía que aquello quedaba bonito, aunque en realidad no sabía qué pensar, la verdad, al margen de que había muchos tonos claros, de que todo estaba distinto y de que, la siguiente vez que viniera mi tía, era inevitable que se produjese un momento incómodo o algo peor.

Ese día no tardó en llegar. Bueno, fue una noche: una cena de domingo en Greenvalley Road. Yo estaba en el piso superior cuando el Riviera llegó al camino de entrada y se anunció con la atronadora serie de bocinazos propios de un Buick. En vez de bajar a la carrera para saludar a mis tíos como era mi costumbre, me escondí en mi sitio de escucha sigilosa, situado en torno a la mitad de las escaleras, desde el que vi que mi tía irrumpía por la puerta con esa tremenda energía suya. Llevaba flores y una caja de pasteles de Benês y avanzaba a grandes zancadas, siempre grandes, con prisa, siempre con prisa, al menos hasta que le echó un vistazo al salón, momento en el cual frenó en seco. Incluyó la cara, lo que hizo que las gafas de sol le resbalaran por la nariz, y contempló toda la escena sumida en un silencio atónito mientras mi tío la observaba con arrugas en la frente.

Al cabo de unos instantes, mi tía dijo con frialdad:

—Nena ya me había comentado que las dos habíais salido sin mí.

—Sí. Varias veces.

—También que os habíais divertido.

—Nos lo hemos pasado bien —confirmó mi madre con una sonrisa.

Hubo un silencio largo y tenso mientras mi tía seguía haciendo inventario.

—Bueno, Merona —dijo al fin—, ha quedado todo muy alegre e, imagino, *au courant*. Debo decir que te has esforzado mucho.

La reacción de mi madre ante aquel halago que no era tal fue un gesto neutro.

—Solo voy a añadir —prosiguió mi tía— que, si de verdad ya no quieres los valiosos muebles que mi madre y yo te hemos ido entregando a lo largo de los años, me complacería recuperarlos.

—Puedes coger todos los que quieras, Hankie —dijo Merona.

—¿Cuándo?

—Te los puedes llevar ahora —contestó mi madre mientras señalaba el desván.

¿Le estaba dando a entender mi madre que aquello era un farol? ¿Era un farol? Se me hizo un nudo en el estómago. Esperé. Las mujeres esperaron...

—¿Por qué no cenamos antes? —intervino mi tío—. Hay algo que huele fenomenal.

Mi tía, de nuevo con la nariz en alto, soltó un histriónico resoplido. Dijo: «Pollo asado otra vez, me temo». Y ahí se quedó la cosa..., por el momento.

La siguiente vez que salí con mi tía, el Riviera apenas había salido de Greenvalley cuando me soltó:

—Mike, tengo que decirte que me ofende que tu madre haya rechazado todo mi trabajo, mío y de mamá. Debo añadir que por culpa de eso me da la impresión de que mamá está horriblemente ausente, cuando veo cómo su creatividad, su generosidad se han eliminado con esta frialdad.

Se secó los ojos y añadió:

—Pero, bueno, solo son objetos. Eso no hay que olvidarlo, ¿no? Cosas materiales, nada más. Preciosas, entregadas con todo amor, pero aun así...

Salió del cañón sumida en un infrecuente silencio. Cuando nos metimos en el trajín de la circulación urbana, añadió:

—Solo por curiosidad: si tuvieras que elegir entre estilo formal, campestre y moderno —preguntó, con el habitual tono de desdén en la última palabra—, ¿cuál escogerías?

Como no contesté enseguida, aclaró:

—Quiero decir si vivieras en tu propia casa. No ahora. Después.

De pronto me dio la impresión de que en el coche faltaba oxígeno.

—¿Mike?

Esa sensación, esa ausencia de sensaciones, empezó a apoderarse de mí antes de que acabara de identificarla. Se produjo sola, sin que me diera cuenta, pero la reconocí y supe que era la misma técnica que empleaba conscientemente en el patio del colegio, o en el autobús con Alfred y Jared.

—Seguramente elegiría el formal —dije con voz monocorde.

Aquello fue como si alguien hubiera pulsado el interruptor de la luz en una habitación en penumbra. Todo su gesto cambió y, con una amplia sonrisa, exclamó: «¡Ya sabía yo que ibas a contestar eso, Tesoro, ya lo sabía yo! Es verdad que estamos hechos de la misma pasta, usted y yo». Luego alargó el brazo y lo posó en mi muslo. Pero no le noté la mano. Había perdido la sensibilidad.

Una casa segura

La semana después de que mi tía viera el salón de Greenvalley que mi madre acababa de redecorar, alquiló un camión y contrató a dos transportistas para que la acompañaran a Ogden Drive. Hasta ese momento, el Apartamento se le había dejado intacto a Sylvia, que, después de la muerte de Huffy, había decidido seguir viviendo en él sola. Ahora, en una vorágine de actividad, mi tía fue cogiendo algunos muebles y objetos de decoración que habían sido de su madre. Revolvió; descolocó; vació armarios; quitó cuadros de las paredes, que dejaron unas sombras fantasmales. Luego pidió que se llevaran las mejores piezas colina arriba, mientras le decía a todo aquel que le preguntase, y a todo aquel que no lo hacía: «Ya sabemos todos que a Sylvia no le interesan tanto las casas. Mamá habría querido que me quedase lo que me gusta. Me consuela muchísimo vivir con ciertos objetos que le encantaban a Huffy. Una parte de una persona pervive en sus cosas».

Esto suponía un curioso cambio de parecer para mi tía, que hasta entonces había adoptado una actitud muy distinta respecto al Apartamento.

En el primer domingo posterior a la muerte de Huffy, me había pedido que la acompañara cuando bajó la cuesta en coche para recoger a Sylvia antes de la cena. Aparcó el Riviera enfrente del Apartamento y se quedó mirando por el parabrisas muchísimo tiempo, casi como si estuviera esperando a que le preguntase por qué estaba tan callada y quieta. Como no dije nada, lanzó un largo y profundo suspiro.

—Hazme un favor, cariño —me pidió—, y ve a decirle a Sylvia que la estoy esperando fuera.

Mientras lo decía, siguió con la vista clavada en el parabrisas y, detrás de él, en un árbol. En la rama alta de un árbol.

—¿Quieres que vaya a decirle que la estás esperando aquí, en el coche? —pregunté, perplejo.

—Eso es.

—¿Y que vaya solo?

—Sí.

—¿No me vas a acompañar?

—No, Tesoro, no.

Observé atentamente a mi tía. Se había arreglado como lo hacía siempre: con el pelo largo recogido en lo alto de la cabeza y anudado con un pañuelo; los párpados maquillados de azul; el mismo lunar pintado, como hacían las actrices de cine, en el cuadrante superior de la mejilla derecha; sin embargo, su mirada no era la de siempre ni su voz tampoco era la de siempre, y esa quietud, en una mujer que estaba constantemente en movimiento, no era desde luego la de siempre.

—Tú y yo no tenemos secretos entre nosotros, ¿verdad? —añadió al cabo de unos instantes.

Dije que no con la cabeza.

—Pues entonces te lo puedo contar —prosiguió, volviendo la cara para mirarme al fin y haciendo una de sus pausas dramáticas—. He decidido que no voy volver a pisar jamás el Apartamento.

—¿No vas a volver a ver a la abuela Sylvia? —pregunté atónito, dado que habíamos ido para llevarla a la parte superior de la colina.

—Yo no he dicho eso, sino que no voy a volver a ver el Apartamento.

—Pero ¿cuando haya una cena familiar, o una fiesta de cumpleaños? ¿U... otro alunizaje?

—¿Otro alunizaje? ¿Y qué tal si resolvemos antes algunos de los problemas que tenemos aquí en el planeta Tierra? —replicó bruscamente—. De todas formas, ya no va a haber más cenas familiares —añadió—. Ni fiestas. Aquí no. —Movié la cabeza con seriedad—. Es demasiado duro. El Apartamento era mi madre. Ella ya no existe y, en lo que a mí respecta, lo mismo le pasa a este sitio.

Un sitio que seguía en el mismo lugar en que siempre había estado.

—Y ¿qué pasa con la abuela Sylvia?

—Ella sigue existiendo —contestó de forma enigmática.

¿Qué entendía yo del modo en que funcionaba mi tía Hankie, de qué le hacía funcionar? Mucho y muy poco a la vez. Comprendía que estaba muy triste por la muerte de su madre. «Alterada» sería una palabra más precisa, pero es un vocablo que debe aplicarse desde una perspectiva posterior. No podía escribir. No había estado leyendo. Ni siquiera había salido de anticuarios. En cierto estante de su biblioteca había quitado todos los libros y

había colocado casi una docena de fotografías enmarcadas de Huffy, junto a un pequeño jarrón de plata. Todos los días salía al jardín a cortar una flor nueva, una ofrenda, para ponerla en ese jarrón.

Mi madre, al observar este ritual, comentó que aquello parecía algo propio de católicos o de paganos. No de judíos. Cuando mis tíos se fueron a pasar el fin de semana en Palm Springs, mi tía me dio las llaves de su casa y me pidió que le cambiara la flor. Mi madre mostró un profundo desacuerdo, pero la cambié de todos modos.

Cuando mi tía dejó de acudir a Odgen Drive, una vida distinta, un mundo distinto florecieron en aquel lugar.

Mi madre me dejaba allí muchos viernes, después de las clases; Sylvia y yo cenábamos juntos en la mesa decapada en blanco del comedor; después paseábamos por el vecindario o veíamos la televisión del salón; si no, sobre todo el invierno, nos metíamos en la cama con nuestros libros; los dos agradecíamos, por motivos distintos, todo ese silencio y ese espacio tan espléndidos.

Leer en la cama implicaba hacerlo en las que tenían las columnas con las llamas, porque Sylvia se había instalado en el mayor de los dos dormitorios. En el plano simbólico, y en el real, ahora el Apartamento era todo suyo, aunque en las habitaciones se respirara un ambiente improvisado, inestable, sobre todo después de que mi tía hiciera esa visita en que se llevó tantas cosas. Pero había cambiado algo que iba más allá de lo físico. El ambiente era más liviano, en él se respiraba mejor, era menos tenso. Y menos intenso.

Una cosa que mi tía había dejado, curiosamente, era su retrato, que colgaba donde siempre lo había hecho, aunque como las imágenes chinas con espejos ya no estaban, y el espejo flamenco tampoco, ya no se veía por toda la habitación. A veces Sylvia me encontraba delante de él, observándolo y tratando de averiguar la respuesta de una pregunta que yo aún no había formulado del todo.

—Me hace compañía cuando me quedo despierta por la noche —me dijo—. Sabe escuchar muy bien. Cuánta paciencia tiene.

Como no me reí, y ni siquiera sonreí, añadió:

—Michaelah, que era un chiste.

Los sábados por la mañana, Sylvia y yo dábamos un paseo hasta la parada de autobús; siempre por el camino seguro, de Odgen a Sunset, donde había un semáforo, y de ahí a Fairfax. Esperábamos el autobús que nos llevaba al Farmers Market de la esquina de Fairfax y Third Street, donde mi abuela cogía unos de los carritos de listones de madera, de un verde o un amarillo chillón, e iba de puesto en puesto para hacer la compra. Recuerdo lo mucho que me sorprendió cuántos de ellos la saludaban llamándola por su nombre; fue como si hubiera descubierto que tenía una vida secreta. Además, al comprar seguía unas costumbres peculiares que hasta entonces nunca habían logrado manifestarse tan claramente. Llenaba la cesta con caquis, higos, tomates, queso feta, nueces y verduras. De repente, los orígenes mediterráneos de Sylvia quedaban claramente expresados en la comida que compraba y que nos preparaba.

Mi abuela también tenía amigos. Mientras Huffy vivía, la única vecina de Ogden con la que se hablaba era una mujer llamada Lillian («Lil») Lesser, que vivía en la vivienda de una esquina que quedaba delante del Apartamento. Era una «dama inteligente» y, por tanto, digna de relacionarse con mi abuela. Sylvia, por su cuenta, saludaba muy alegre a muchos de sus vecinos del edificio, e incluso aceptaba las invitaciones a tomar el té que le hacían unas hermanas que ocupaban unos apartamentos idénticos del otro lado del patio, dos viudas canosas muy elegantes. Estas señoras preparaban unas galletas que soltaban una capa de azúcar glas cuando les hincabas el diente; Huffy y mi tía habían declarado anteriormente que la decoración de su apartamento era «m.», y eso implicaba de algún modo que las mujeres también eran «m.»; pero todo eso ya se había acabado.

Daba la impresión de que, de la noche a la mañana, Sylvia había cambiado; había dejado de ser una persona encerrada en su cuartito del fondo en el que susurraba una radio, y ahora era alguien que había desplegado las alas, que volaba libre y que se expresaba; sobre todo, que se expresaba.

Por primera vez me contó anécdotas de su infancia en la ciudad de Safed, situada en lo que por aquel entonces era Palestina, adonde, a mediados del siglo XIX, sus devotos abuelos habían emigrado procedentes de Galitzia, donde ella había nacido. En casi todas sus historias aparecía la tremenda pobreza de su familia: «No te la puedes imaginar». Pero sí podía, porque ella me ayudaba a hacerlo. Me habló de su hermana Leah (la quinta), que contrajo la polio de pequeña, cosa que yo sabía porque, en las pocas imágenes suyas que había visto, llevaba un molesto arnés de metal en la pierna izquierda, que

la propia Leah se quitaba para la fotografía. Un día, cuando eran pequeñas, según me contó Sylvia, mi bisabuela Malka llevó a Leah al médico, que le recomendó que engordase a la niña enferma dándole mantequilla. ¿Mantequilla? No tenían dinero para comprarla. ¿Para siete niñas? La idea en sí ya era impensable, y nadie volvió a mencionarla. Pero a Malka, que no pudo olvidarse de esta sugerencia, se le ocurrió una solución ingeniosa: comprar mantequilla suficiente para Leah (esa cantidad sí podía permitírsela) y extenderla en un lado de una rebanada de pan: el de abajo. Le pidió a Leah que se la comiera con discreción, de modo que las demás no vieran el lado con mantequilla. Y eso hizo la pequeña... hasta que casualmente una de sus hermanas le dio un empujón; la rebanada cayó sobre el plato con el lado inferior hacia arriba, y todas las chicas, menos Sylvia, armaron un jaleo estrepitoso, llenas de celos y muy enfadadas.

—Yo fui la única que me di cuenta de lo que hacía mi madre —me contó—. Solo yo lo entendí.

En torno a un año después del episodio de la mantequilla, al volver un día del colegio Sylvia vio que su padre, Moses Shapiro, que era rabino, la esperaba en su casa de piedra de dos habitaciones. Le dijo que, por culpa de la guerra, la ayuda que su comunidad de judíos jasídicos recibía de Europa no iba a tardar en acabarse. Rifka, su hermana mayor, acababa de casarse, pero aún quedaba un hogar lleno, demasiado lleno, de chicas que alimentar. La única solución posible que había encontrado era enviar a las dos que iban después de Rifka, a Sylvia y a Edith, a Canadá, al otro lado del océano, donde un hombre al que conocía les había conseguido trabajo de profesoras de hebreo para niños acomodados en Montreal; qué suerte, añadió, que ambas hubieran aprendido francés y hebreo en el colegio. «Entiéndelo, Schifra —le dijo, mientras abría un sobre para enseñarle los billetes de la travesía que ya había reservado—, podéis salvarnos. Edith y tú sois el futuro, nuestro futuro.»

En septiembre de 1914, Sylvia y Edith, de dieciséis y catorce años respectivamente, abandonaron su casa, a su madre, a sus hermanas, su escuela y a sus amigos, y viajaron con su padre, quien, tras un trayecto de diez días, las dejó en una lóbrega pensión de Montreal. Ellas empezaron a trabajar al día siguiente; él se marchó al cabo de una semana.

En lo que a mí respectaba, todo aquello podía haber sucedido perfectamente en la Edad Media.

—¿Tenías dieciséis años? Es imposible.

—Igual era incluso más joven. Ya te he contado que el nacimiento de una

niña nunca se registraba. Las chicas no podían estudiar la Torá, así que nadie se preocupaba por ellas.

—¡Y Edith tenía catorce!

—Año arriba, año abajo. En todo caso, aproximadamente uno más de los que tú tienes ahora.

Un año más que yo, y vivía sola en una pensión junto a su hermana mayor en una ciudad desconocida, sin padres, ¡desempeñando un empleo! Hasta aquel momento de mi vida, el único trabajo remunerado que yo había llevado a cabo era regar las plantas de mis tíos cuando estos se iban de viaje.

—Haces lo que no te queda más remedio que hacer, Michaelah —añadió.

Junto a las historias también se produjo una revelación de secretos, de información secreta.

—Has visto... esa parte mía, la parte plana, ¿verdad? —me preguntó un día —. Sé que lo has hecho.

La había visto, sí. Un pecho tan plano como el de un hombre; aún más. Más liso también, porque no había pezones. Pero sí cicatrices, marcas. Como no sabía qué hacer con esa imagen, me la había quitado de la cabeza hasta ese mismo momento, cuando contesté que sí.

—Estoy bien —me aseguró—. Es importante que sepas que estoy bien..., ahora.

—Pero ¿qué te hicieron, qué hicieron con esas partes de ti?

—Me las quitaron.

—¿Por qué?

Se quedó reflexionando unos instantes.

—En ellas había una enfermedad. Y esta enfermedad habría seguido creciendo si me hubieran dejado los pechos donde estaban.

—¿Te dolió?

Dijo que no con un ademán de cabeza.

—Cuando te operan te quedas dormido, y no notas nada de nada.

—¿Y después?

—Después... te acostumbras. En cualquier caso, gracias a eso vivo.

Me habló de Herbert, el hermano nacido entre Merona e Irving. Nos habíamos encontrado una caja de fotografías enmarcadas que Sylvia había tenido cuando mi abuelo y ella vivían en Long Beach; me ofrecí a colgárselas en una de las paredes que mi tía había dejado vacías. Entre ellas había una imagen en la que salía Herbert debajo de una *jupá* y al lado de una mujer delgada, de ojos brillantes, que no se parecía en absoluto a su mujer.

—No, esa no —dijo Sylvia, sonrojándose.

—¿Por qué esta no? —pregunté.

Me dirigió una mirada evaluadora y contestó:

—Imagino que ya eres lo bastante mayor para saberlo. —Se apoyó la palma de la mano en la mejilla, un gesto característico—. Herbert estuvo casado antes. Con una amiga de tu madre. Era una mujer... poco adecuada para él.

—¿Poco adecuada?

—No fue fácil para él, para ninguno de nosotros —dijo, saliéndose por la tangente—. A tus primos no se lo hemos contado. Esto solo te lo digo a ti, Michaelah. *Farshteyst?*

—*Farshtey.*

Después de lo que mi tía me había contado del matrimonio de sus padres, entendía, o empezaba a hacerlo, más cosas de las que Sylvia imaginaba.

No sé exactamente cómo o hasta qué punto, pero mi abuela se percató de que yo lo pasaba mal en el colegio. Una tarde, cuando me preguntó por los cardenales que tenía en la pierna, le dije que me habían dado un golpe con una pelota de balonmano en el recreo.

—¿En dos sitios? —preguntó con incredulidad.

Asentí con la cabeza.

—Ah —dijo, aunque por la forma en que lo hizo, mientras me miraba las piernas y después la cara, me di cuenta de que sabía que mentía.

Pero no me preguntó nada más, sino que envolvió unos cubitos de hielo con un paño de cocina y con ellos me dio unos golpecitos en las piernas.

El hielo me alivió, pero lo que más me consolaba de Sylvia era la forma en que me aceptaba de forma tan completa e incondicional. También ayudaba que su casa, al estar alejada de nuestro barrio, quedase tan lejos del alcance de Alfred y de su banda, tanto que podría haber estado directamente en otra ciudad. Allí no conocía a nadie de mi edad; no estaba marcado. Era libre para ser yo, del mismo modo en que, tras la muerte de Huffy, Sylvia era libre para ser ella.

En esa casa segura pude ser yo junto a una mujer que a cambio únicamente pedía mi compañía. No albergaba otros fines, no quería imponer ninguna idea, promover ninguna filosofía en concreto, ganar ninguna competición, controlar ninguna historia, no tenía nada que ofrecer que no fuese amor.

La muerte de Huffy alteró la vida en el Apartamento; también alteró algo en mi tía que únicamente se hizo patente con el paso del tiempo.

Este cambio comenzó a darse de forma lenta y orgánica, como un desarrollo en el jardín debido a las estaciones, como el modo en que de un tubérculo o un rizoma brotan en primer lugar unos pocos tallos, suaves y de color intenso, que después, en un abrir y cerrar de ojos, se convierten en una planta enorme, compleja y llena de zarcillos, que empieza a dominar a todo lo que la rodea, que tapa la luz, absorbe el agua, los nutrientes y los minerales, hasta que acabas pensando que, tal como actúa esa planta, lo único que tiene de planta es el nombre.

Había algo brillante en cómo le funcionaba la cabeza a mi tía. Muchas veces estábamos de paseo en el coche cuando empezaba con sus circunloquios. (¿Qué pasa con los coches cuando en ellos hay niños? Estos vehículos son un espacio herméticamente cerrado; no te ves obligado a mirar al otro a los ojos; estás en movimiento, pero atrapado en tu cine particular; y, como pasajero, sumido en una impotencia total y absoluta.)

—Cariño —empezaba a decir—, hay una cosa de la que quería hablarte. Ya eres lo bastante mayor para entender lo importante que es que haya en tu vida alguien con quien puedas hablar con la mano en el corazón, sin tapujos. Alguien a quien se lo cuentas todo, hasta el último recoveco de tu yo más profundo. Yo tenía a Huffy; para mí, ella era eso. No es que esté diciendo que en tu caso esa persona tenga que ser yo, pero quiero que sepas que, pase lo que pase, puedes contarme lo que quieras, cuando te venga en gana, y que no se lo diré a nadie.

Entonces se inclinaba:

—Y si te digo la verdad, entre nosotros, es muy posible que para mí esa persona seas tú.

»Bueno, es muy posible, no. Lo eres. Sin contar a Gordete, siento que contigo puedo alcanzar mi versión más auténtica, ser más de verdad que con cualquier otra persona del mundo.

Y en otra ocasión:

—Tu abuelo Shalom..., ¡él sí que era un ser humano! Siempre electrizaba a la gente cuando llegaba a un sitio. Era un gran lector, un pensador; tenía compasión, humor y un alma enorme y profunda. Te aseguro que no hacía falta creer en Dios para admirar la forma en que pensaba y hablaba. Aunque la cosa es que muchas veces me daba la sensación de que si hubiera esperado a casarse más tarde en la vida, habría elegido de forma distinta. Sylvia y él se

conocieron cuando eran muy jóvenes. Y él atraía a las mujeres, vaya que si las atraía. Es imposible no pensar en qué otro camino habría podido emprender ese hombre tan magnífico. Pero sentó la cabeza. Eso debería ser un ejemplo para ti. Sentar la cabeza es limitarte, vivir tu vida entre las sombras. No sientes la cabeza jamás, ¿me oyes? ¡Jamás!

En otro paseo en coche:

—Cariño, ¿sabes que no pasa nada malo si no te caen bien tus progenitores o tus abuelos..., tu padre o —una pausa de lo más elocuente— tu madre o... —otra pausa aún más larga— incluso tu abuela? No me importa confesarte que yo, por ejemplo, odiaba a mi padre, lo odiaba con toda mi alma. Puedo contar los recuerdos que tengo de él con los dedos de una mano. Esa es la pura verdad. Y mi abuela por parte de los Goldstein, la madre de Sam..., ya te lo he dicho, era un espanto total y absoluto. Debes saber que no pasaría nada de nada si me contaras lo que en el fondo te inspiran tu padre o... —otra pausa— cualquier otra persona. Syl, sin ir más lejos..., o tu madre. Sabes que siempre te entenderé.

Escuchar estas declaraciones era una cosa, y muy difícil, y otra tener que aguantar la espera que se produjo a continuación, el gran intervalo de silencio que ella dejó que se desarrollase entre nosotros, para que yo lo llenase con alguna respuesta. Pero ¿qué podía decir? ¿Quiero a mi abuela, siento que ese no sea tu caso? ¿Que tienes razón, que la verdad es que mi padre, tu hermano, con su mal genio, sus accesos de rabia y su distanciamiento, supone un problema para mí? Mi madre, en el fondo... ¿qué? Todas las respuestas que se me ocurrían me llenaban de pavor.

Dejé que el silencio durase; se extendió entre nosotros como un abismo enorme en el que me daba muchísimo miedo caer. Esperar con aquel silencio tremendo y oscuro entre nosotros fue una tortura, pero me enfrenté a él, en este caso conscientemente, quedándome insensible, con una insensibilidad mayor que la que adoptaba cuando Alfred y sus secuaces iniciaban una de sus burlas. Más incluso que cuando esos imbéciles me daban patadas o me manoseaban. Insensible, pero de una forma especial. Insensible y esperando. Insensible y observando. Insensible pero con la sensibilidad a flor de piel.

Y en otro paseo, una noche, mientras bajábamos la cuesta para recoger a Sylvia e ir a cenar:

—Un buen escritor no se limita a contar, Mike. Esto seguro que ya lo hemos

comentado. Un buen escritor muestra: a través de relatos, de una novela. Lo que debes recordar del cine es que la imagen siempre se impone a la palabra. A veces, una acción sencilla resulta mucho más potente que cualquier frase de un diálogo que tu tío y yo podamos imaginar juntos, y las que imaginamos no están pero que nada mal.

Mi tía detuvo el vehículo y me mandó, como de costumbre, a buscar a mi abuela. Tardamos varios minutos en volver a la calle porque Sylvia tuvo que meter en una caja un bizcocho que había preparado. También tuvo que buscar el bolso, luego las gafas y las llaves. Y, después, cerrar la puerta y comprobar que estaba cerrada...

Al regresar a la calle, vimos que mi tía estaba dando unos golpecitos de impaciencia en el volante.

Después de que Sylvia subiera al coche, Hank se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz y le escudriñó el rostro a mi abuela.

—Cariño, es que no me lo puedo creer. ¿No te parece que, aunque sea por los niños, deberías esforzarte, solo un poquito?

Me pareció distinguir un destello de perplejidad, o quizá algo más intenso, más rayano en la consternación, en el rostro de mi abuela; pero ella siempre tenía también sus estrategias, de modo que, cuando mi tía le dijo: «Apoya la espalda en el asiento», obedeció.

—Ahora inclina la cabeza.

También lo hizo.

Mi tía sacó de su bolso compacto un gran estuche de plástico transparente. De él emergieron el carmín, el maquillaje corrector, un lápiz de ojos, el colorete. Hank puso una mano bajo la barbilla de mi abuela y le echó la elegante cabeza hacia atrás, para que le resultara más fácil aplicar toda una capa de cosméticos. Lo hizo concentrada durante varios minutos largos que me resultaron muy desagradables. En determinado momento, mordiéndose el labio, se apartó un poco, y vi que tenía la misma mirada evaluadora que mostraba mientras redecoraba una habitación.

Cuando terminó, parecía que Sylvia estaba glaseada como una tarta. Llevaba una máscara. De payaso, con mejillas redondas y rojísimas; sus cejas de un claro tono plateado estaban repasadas y exageradas. Las podría haber pintado un niño, un niño travieso.

—Mucho mejor —declaró mi tía, volviendo a apoyar la espalda en el asiento.

Bajó la visera del lado del copiloto, en la que había un espejo. Sylvia se

observó la nueva cara. No dijo nada.

—Irving y Merona deben saber que estás bien. Ya tienen bastante con lo que tienen, ¿no crees?

Sylvia asintió con la cabeza, en silencio.

Intenté que la mirada de mi abuela y la mía se encontraran en el espejo, pero ella no me miró a los ojos. Se limitó a levantar la visera y a esperar a que mi tía arrancase el motor; sin embargo, cuando emprendimos la marcha, Sylvia miró hacia atrás y esa boca roja, exageradamente roja, me dirigió una sonrisa débil y cómplice que me hizo sentir que me acababan de dar una patada en el estómago.

No tengo ni idea de cómo, pero mi tía notaba o adivinaba de forma inquietante cuándo yo había planeado pasar cierto rato en Ogden Drive. Me llamaba un viernes y me preguntaba si tenía libre el sábado para estar con ella. Si yo titubeaba, ella cambiaba el tono y, con una voz a medias razonable y a medias ofendida, decía:

—Un sí es un sí, un no es un no, y un no bien claro tampoco es un insulto para nadie. Lo que pasa es que ando tristonera y sería fenomenal que pudiéramos salir mañana y dar unas vueltas por ahí. ¿Te recojo a las nueve, Tesoro?

Otras veces, de forma más abierta y cuando estaba de peor humor, me soltaba:

—Tu madre dice que el sábado lo vas a pasar en casa de tu abuela. Otra vez.

«Otra vez.» ¿Cómo podía una sencilla expresión resultar tan hiriente y afilada?

—¿No lo puedes cambiar? Se me ha ocurrido que vayamos a pasar el día a Pasadena. Seguro que a Syl no le molesta; seguro que tampoco es del todo bueno que un chico pase tanto tiempo con una anciana.

Si lograba hacer acopio del valor suficiente para decirle que de verdad no podía, entonces me espetaba un gélido «Muy bien, pues tú mismo».

Me colgaba el teléfono antes de que me diera tiempo a despedirme. Y luego podía estar varios días sin llamar. A veces, aún más tiempo.

La vez siguiente que me pasaba por su casa, me enseñaba los tesoros que había encontrado el día en que había salido sin mí.

—¿No ves toda la diversión que te has perdido? Quizá la próxima vez te lo pienses mejor. Suponiendo que haya una próxima vez.

Hice todo lo posible por ser buen chico, buen sobrino. Ser buen chico y buen sobrino implicaba estar disponible siempre que mi tía me quería o me necesitaba; implicaba aguantar las críticas sutiles o no tan sutiles que les dirigía a mi abuela, a mi madre y a mi padre, quedándome en silencio y mostrándome aparentemente de acuerdo; implicaba que ella me hiciese preguntas cuya formulación me incomodaba, y que me incomodaba todavía más responder; e implicaba mejorarle el estado de ánimo, cada vez más impredecible, sin dejar de esquivar sus accesos de rabia y enfado.

Implicaba tener un nudo en el estómago no solo durante ciertos ratos, sino durante semanas, después meses. Durante casi un año, la mayoría de los días, al volver del colegio, me iba a la cama con una manta eléctrica o con una bolsa de agua hirviendo que mi madre me preparaba; después se sentaba al lado de mi cama y me leía o me daba la mano hasta que se me pasaban los dolores; la angustia le tensaba el gesto. Estos episodios no obedecían a ninguna pauta identificable. Solo de vez en cuando aparecían vinculados a algún acontecimiento concreto. Se daban antes de que comiera, después de que comiera. Por la mañana, por la noche. En mitad de la noche. Ni uno solo de los cambios que logré llevar a cabo en mis costumbres, ni siquiera con la ayuda de mis padres, me ayudó a mejorar.

Empezaron a llevarme a diversos médicos. Nuestro pediatra, luego el de cabecera, varios especialistas que me pidieron varios análisis: de sangre, rayos X. Uno de ellos me hizo beberme un litro de un líquido blanco y asqueroso que en teoría lograba que se me vieran las entrañas con cierto tipo de rayos X. Di un sorbo y luego tiré el vaso al otro lado del suelo con tal vehemencia que mi madre tuvo que dedicarse a recogerlo (con toallas de papel) y a pedir perdón; después se echó a llorar.

Mi estómago no quería que lo vieran por dentro. Yo no quería que el estómago me lo vieran por dentro. Ni el estómago ni ninguna otra parte de mí.

Oí a mi padre mientras hablaba por teléfono con el doctor Derwin, nuestro médico de cabecera, con tono que denotaba una preocupación que hasta entonces nunca le había notado:

—El chico no es un quejica. No se inventa las enfermedades. Él no es así. ¡Algo tiene que estar fallando! Tiene que haber algo que usted pueda hacer...

Al final mi tía se salió con la suya. No porque me obligara a renunciar al amor

que sentía por mi abuela ni a traicionarlo, sino porque contó con un aliado, que ella no eligió y que planteó una amenaza aún mayor que la que ella habría podido llegar a suponerle al mundo seguro y especial que Sylvia y yo habíamos acabado compartiendo en Ogden Drive: el tiempo. El paso del tiempo, desagradable y despiadado (incluso cruel), dejó maltrecha a mi abuela, tal como acaba dejando a todo el mundo. Por culpa del paso del tiempo, la espalda se le curvó y le empezó a doler, le disminuyó la energía, le empeoró el oído, el corazón empezó a flaquearle. Lo de «flaquear» era lo que había dicho el doctor Derwin, lo cual no auguraba nada bueno; al igual que sucedía con mis misteriosas afecciones estomacales, el médico no podía hacer mucho respecto a algo que flaqueaba, más bien poco.

La mirada también se le puso vidriosa por culpa del paso del tiempo. De los ojos me acuerdo especialmente. Lo redondos y húmedos que los tenía, lo rojos que estaban los bordes, como si se los hubiera delineado con un rotulador un diablo, un artista del maquillaje mucho más cruel que mi tía. Vi esos ojos de bordes rojos reflejados con una claridad especial en el espejo del comedor en una noche de viernes, a finales de marzo de 1973, cuando me percaté por primera vez (pero ¿cómo era posible que fuese la primera?) de que, con mi cuerpo largo y huesudo, con mi mata de pelo rizado, ya era más alto que mi abuela, que cada vez estaba más menguada. La había abrazado brevemente para despedirme, solo por esa noche, o eso creía yo.

Se había producido un largo debate: ¿me quedaba a dormir, como habíamos previsto, o iba al cine con mis tíos, como querían ellos? No me decidía.

—Vete al cine —me dijo Sylvia—. Puedes venir mañana a desayunar.

Como siempre titubeé, vacilé. Luego dudé un poco más.

—Lo que tú quieras, Michael —me dijo mi madre con impaciencia—. Pero aclárate. Tengo que recoger a los chicos en lo alto de la colina y empezar a hacer la cena...

—Ya tendremos otra noche —añadió mi abuela, dirigiéndome una de sus amplísimas sonrisas.

Flotaba en el ambiente una sensación extrañísima. Me daba la impresión de que me habían salido raíces de los pies y que se metían por los huecos de la tarima. En el estómago me bullía una actividad aún mayor de lo normal; las tripas me sonaban y se me contraían mientras yo seguía tratando de decidirme. Sin entusiasmo, accedí a ir.

—Michaelah.

—Dime, abuela.

—Pásatelo muy bien.

En nuestra familia todas las cosas malas de verdad pasaban en mitad de la noche y los niños no se enteraban de ellas hasta después del amanecer.

Esa mañana de sábado, al despertarme, vi que la puerta del cuarto de mis padres estaba abierta de par en par a las siete. Esto ya era insólito en sí, porque, desde que los niños habíamos podido cuidarnos solos por la mañana, mi madre había vuelto a levantarse tarde, como siempre había hecho.

Estaba incorporada en la cama, con gafas de sol y dándole sorbos a un café, o más bien sosteniendo una taza de la que salían pequeñas volutas de vapor que se deshacían cerca de donde estaban sus ojos, o de donde habrían estado si no se los hubieran tapado las gafas de sol, que ni siquiera podían ocultar las lágrimas que brotaban de ellos, que después le corrían por las mejillas y caían a las sábanas y a la manta de debajo.

Supe lo que iba a decir antes incluso de que lo hiciera. Lo había notado en el espejo la noche anterior, lo había notado en las raíces de mis pies, en mi indecisión, en los ojos de bordes rojos de mi abuela, en mi estómago; había sabido, o había percibido, más bien, que algo fallaba, que algo había cambiado y que iba a dejar de ser lo que había sido, y que lo que había sido era algo bueno, en realidad valiosísimo, esos últimos años vividos con Sylvia en Ogden Drive, que se habían terminado a las tres de aquella madrugada, cuando había sonado el teléfono y Zora Bishop, la mujer a la que acababan de contratar para que pasara la noche con mi abuela por lo de que su corazón que flaqueaba, había llamado para decir que había un sonido líquido y de asfixia que salía de las profundidades del pecho de mi abuela, que por favor mis padres se acercaran lo más rápido posible, tan rápido como la ambulancia a la que había avisado, rápido, rápido, rápido. Cosa que hicieron, aunque no lo bastante para que sirviera de algo.

Esa misma mañana, mi madre recorrió el pasillo lentamente para decirme que mi tía estaba al teléfono.

—Siento muchísimo lo de Sylvia —me dijo cuando lo cogí—. Sé lo mucho que la querías, igual que todos nosotros.

Se me hizo un nudo en la garganta, tan fuerte que casi me ahoga. ¿De veras mi tía quería a Sylvia, tal como afirmaba, y yo la había malinterpretado a lo

largo de los últimos meses y años? ¿Tan mal percibía yo las cosas? ¿Era posible?

—Me gustaría saber si estás libre para pasar un rato conmigo esta mañana, Tesoro.

Le dije que no estaba seguro. Le dije que tenía que ver qué opinaba mi madre y que cuando lo supiera le devolvería la llamada.

Mi progenitora se iba a volver a dormir: me dijo que podía salir con mi tía si quería, siempre que volviera después de comer; era entonces cuando la gente empezaría a llegar, según añadió. Para verla a ella, me dijo. Para vernos a todos. Tal como habían hecho tras la muerte de Huffy.

—Para pasar la *shivá* —me explicó—, aunque la verdad es que lo que hacemos ya no es eso, no es como antes. Tu abuelo Shalom, cuando falleció su padre, esto seguro que te lo he contado, tapó todos los espejos de la casa y se rasgó la ropa; después le dio la vuelta a un cubo y se quedó siete días enteros sentado en él. Y el hombre ni siquiera le caía bien..

Cuando terminé de vestirme, el Riviera ya estaba en el camino de entrada con el motor al ralentí. Aquel día no sonaba el claxon; el motor estaba encendido y nada más.

—Es un día triste para todos nosotros —dijo la tía Hankie cuando subí al vehículo.

Yo asentí con la cabeza, mientras me obligaba a que me dejaran de picar los ojos.

Ella bajó la mejilla y, como siempre, me llegó el olor del Caswell-Massey. Le di un beso, también como siempre, y ella salió del camino de entrada dando marcha atrás.

—Llevo años sin ver tan triste a tu tío. Aunque solo está agotado, claro. Él también ha vuelto a meterse en la cama. Yo lo he intentado, pero ya me conoces; lo de dormir nunca me ha ido mucho.

Nos dirigimos por Lookout Mountain Avenue a Laurel Canyon, por donde fuimos siguiendo las curvas familiares de la carretera; bajamos la pendiente y pusimos rumbo a la ciudad. ¿A qué parte de la ciudad? ¿A qué sitio tan importante quería ir mi tía en el día en que mi abuela había muerto?

Empecé a notar cierto desasosiego antes incluso de que ella doblara a la izquierda en Hollywood Boulevard. La sensación aumentó mientras íbamos avanzando hacia el este por aquel trecho tan conocido.

En Ogden, giró a la derecha y aparcó delante del Apartamento. Observó durante unos instantes el edificio en el que no había entrado durante todos los

años transcurridos desde la muerte de Huffy, sin contar aquella ocasión en que se había llevado todos los muebles y los objetos que quería quedarse; entonces me miró y me pidió que la ayudara. Me recordó que mi tío y ella se iban a marchar a rodar su última película. Habían previsto irse a Georgia la semana anterior, pero como Sylvia no andaba del todo bien habían decidido retrasar la salida. Ahora iban a marcharse el fin de semana siguiente. Eso le daba cinco días escasos para «arreglar las cosas». Había «muchísimo que hacer», según añadió, y necesitaba las «mejores» manos que conocía: las mías.

Escuché aquello sin entender del todo qué pretendía, como si la conversación se desarrollara al otro lado de una pared de cristal, o quizá en una pantalla. Solo cuando abrió la puerta, salió y esperó a que yo hiciera lo mismo, me di cuenta de que me estaba pidiendo que entrase con ella en el Apartamento esa misma mañana, la de la muerte de mi abuela, y que la ayudase a «arreglar las cosas». ¿Qué cosas? ¿Qué había que arreglar? Yo no tenía la menor idea. Pero, como de costumbre, por mucho que tuviera un nudo en el estómago, la seguí.

La seguí al sitio en el que Hank llevaba casi cuatro años sin entrar; pasamos entre las columnas de ladrillo rojo, subimos las escaleras de hormigón rosa y llegamos a la puerta de entrada. Rebuscó en el bolso, sacó un sobre y lo abrió. De él extrajo una llave que metió en la cerradura. Al principio la puerta no se abrió y me pidió que le echase una mano. Yo conocía la llave, la cerradura, la puerta...

Yo nunca había percibido un silencio tan grande en el Apartamento, que también estaba frío y oscuro, como si aquel lugar hubiera exhalado asimismo su último suspiro.

Zora había hecho la cama de mi abuela y había corrido las cortinas, pero no había tocado nada más.

Cuando vi las gafas de Sylvia, de montura dorada, colocadas boca abajo en su mesilla de noche, tal como las había dejado antes de irse a dormir, suponiendo que hubiera dormido (¿lo había hecho?, ¿había gritado, se había enterado de lo que pasaba?), noté que el corazón me daba un vuelco en el pecho y pensé que nunca iba a olvidar la imagen de esas gafas, puestas en esa mesita, en ese cuarto en penumbra, en ese apartamento, en esa calle, en esa mañana.

Me quedé allí muchísimo rato mirando las gafas, los libros de al lado de la cama, la cama con la leve depresión en el centro, donde ella había estado

acurrucada. Me fijé en la bata de mi abuela, colocada sobre el respaldo de la mecedora que se mecía sola, el plato lleno de calderilla en lo alto del aparador, las fotografías de mi abuelo, la tarjeta que yo le había hecho un mes antes por su septuagésimo cuarto cumpleaños, o más bien para el día en que ella había decidido que caía su septuagésimo cuarto cumpleaños, que era el día del aniversario de Lincoln, porque ella opinaba que era el mejor de los presidentes y el más espléndido de los hombres, y, si podía elegir cuándo había nacido, ¿por qué no decidir compartir ese día con un ser humano de tal índole?

Mientras contemplaba todo aquello, mi tía se acercó a la ventana. Abrió las cortinas de un tirón y la luz entró a raudales en la habitación.

—Vamos a empezar —dijo.

Pasó a la cocina y volvió con una caja de enormes bolsas de basura negras. Sacó una y la sacudió para que entrara el aire, con movimientos que produjeron sonoros crujidos. Parecía que un gigantesco cuervo negro acababa de materializarse entre nosotros.

El cuervo emitió un silbido y mi tía se dirigió al aparador de mi abuela, en primer lugar al cajón inferior. A grandes y desordenados puñados, fue sacando sus jerséis, sus sombreros, sus pañuelos, y con ellos fue alimentando al hambriento pájaro negro mientras yo contemplaba la escena, paralizado.

—Por lo menos podrías sujetarme la bolsa para que no se cierre.

Como no me moví, añadió:

—¿Qué pasa, Mike? ¿No quieres hacer esto? Si no te apetece, no pasa nada.

No respondí.

—¿Quieres que te vuelva a llevar a casa? Si quieres, vamos...

¿Y dejarla ahí, para que tirara a la basura todo el mundo de mi abuela? Contesté que no con la cabeza.

Después de que mi tía vaciara el aparador de Sylvia, pasó a la cocina. Tiró también la comida de la nevera, las especias del armario. Luego empezó a sacar platos y a dividirlos en montones: para llevarse, para regalar, para donar. Fue avanzando con eficiencia, con rapidez, recorriendo una habitación tras otra sin seguir ninguna pauta ni ningún plan que yo pudiera reconocer, pero con una energía tremenda, casi diría que exaltada.

Estaba acostumbrado a ver cómo mi tía montaba interiores. El proceso de

desmontarlos fue mucho más rápido.

La fui siguiendo y rescatando de la basura, sin que se diera cuenta, ciertos objetos de mi abuela, de su vida, que me parecían dotados de cierto significado. La caja de paja para pañuelos que yo le había regalado por su cumpleaños, y que le había comprado con lo que ganaba regando plantas. Las notas y los dibujos que mis hermanos y yo le habíamos dado a lo largo de los años. Su imperdible brillante preferido. Los peines. Los libros de poesía en hebreo de Jaim Najman Biálik, que le había dedicado el rabino de la sinagoga en la que ella había enseñado este idioma durante tantísimos años. Su cartera, su tarjeta de autobús, su espejito de bolsillo...

Metí estas cosas en una bolsa de la compra marrón, del supermercado Sunfax, que escondí detrás del sofá del salón. Vi cómo el cuervo se tragaba todo lo demás con su enorme pico negro.

En torno a una hora después, por culpa de los nudos del estómago ya me costaba estar de pie. Saqué el teléfono de la hornacina que ocupaba en el pasillo, alargué el cable hasta el dormitorio de atrás, el que había sido de Sylvia, y llamé a mis padres.

—Está tirando todas las cosas de la abuela —le dije entre susurros al auricular.

—¿Quién?

—La tía Hankie.

—¿Estás en el Apartamento? —me preguntó mi padre—. ¿Es ahí donde estás?

—Sí —contesté, aunque me costaba hablar.

—Enseguida llegamos.

Y lo hicieron; vinieron juntos. Mi padre, demacrado y sin afeitarse; mi madre, cansada, con los ojos hinchados detrás de unas gafas de sol de carey; se había puesto un jersey por encima del camisón y aún iba con las zapatillas de estar por casa.

Mi tía pareció sorprenderse al verlos aparecer en la puerta mosquitera. Los miró a ellos y después a mí. Entonces dio la impresión de que comprendía lo que pasaba.

—Ya sabéis que Corchito y yo nos marchamos el sábado que viene —explicó.

No lo dijo reconociendo en cierta forma lo extraño que resultaba que estuviera desmontando ese hogar en aquella mañana en concreto.

—Y casi todo lo que hay es de mi madre —añadió, señalando el

Apartamento con un ademán.

—Querrás decir nuestra madre, Hankie —replicó mi padre—. Pero ¿hoy? ¿Es imprescindible que te pongas a hacer esto hoy? ¿Y con el niño...?

—Le he preguntado si quería que lo volviera a llevar a casa.

—Nos lo llevamos nosotros ahora —dijo mi padre.

Cuando me percaté de que mis progenitores no iban a impedir que mi tía tirase lo de mi abuela, que incluso mi madre, con su nueva imagen, su nueva casa, su nueva y desarrollada consciencia, sumida en la pena, el dolor o la estupefacción, o quizá en la impotencia (un sentimiento que siempre surgía al estar frente a la personalidad de mi tía), iba a permitir sin más que Hank siguiera deshaciéndose de los vestigios modestos y tangibles de la vida en la Tierra de aquella buena mujer, hasta sus papeles y sus cartas, incluso también sus fotografías, noté que en mi interior se formaba un sentimiento de rebeldía que no había conocido hasta entonces.

—No me pienso ir a ningún sitio —anuncié con firmeza.

—Cariño, por favor —dijo mi madre—. Este sitio no te conviene. Esto no... —Le dirigió la mirada a mi tía—. Esto no está bien.

Los tres me observaron con expectación... y yo me quedé observándolos a ellos.

—De aquí no me muevo —dije.

Un sentimiento de victoria iluminó, erróneamente, el rostro de mi tía. Pero yo sabía en el fondo que esa victoria, en realidad, era mía.

Segunda parte

El armario de mi tío (en casa de mi tía)

A principios de la primavera de 1969, antes de la muerte de Sylvia, antes incluso de la muerte de Huffy, mis tíos me invitaron a una de aquellas cenas especiales que hacíamos fuera de casa, y después, al volver, mi tío se desvió del camino habitual. En la escuela primaria, en vez de coger directamente las calles estrechas que iban extendiéndose por la parte vieja del cañón, giró a la derecha y siguió Laurel Pass Avenue hasta Mulholland Drive, donde dobló a la izquierda; al cabo de unos minutos volvió a hacer lo mismo y entró en una calle recién creada que se llamaba Skyline Drive. Fue avanzando por el asfalto denso e intacto hasta que, cerca del final de la cuesta, detuvo el coche bruscamente y lo aparcó.

—Vamos a contemplar la vista —dijo.

Bajamos del coche y nos dirigimos a un solar vacío. El valle de San Fernando se desplegaba ante nosotros, con su infinitad de luces que titilaban acompañadas por el lejano e inquietante ronroneo del tráfico. Aquello parecía irreal, como si fuera una proyección, un decorado.

—Un mar de luz —añadió—. Aquí se está en la cima del mundo. ¿No te parece, Mike? Mike, ¿no es fantástico?

Asentí con la cabeza y di un paso adelante para fijarme mejor.

De pronto, mi tío alargó la mano para cogerme el brazo.

—Cuidado. ¡Estás a punto de tropezarte con el sofá!

Bajé la mirada y vi la tierra desnuda.

—Ojo, que te estás chocando contra mi escritorio.

«Las estanterías.»

«Mi butaca de lectura.»

«La cama de tu tía.» (Todo el mundo sabía que Irving no dejaba de moverse por la noche; habían dormido separados desde poco después de casarse.)

«El cuarto de baño.» «No querrás dormir en el baño, ¿no?»

Se le veía eufórico, feliz. Tardé un rato en estar a su altura, pero después...,

¡madre mía!

Mi tía estaba detrás de nosotros, yendo de un lado a otro y girando los brazos como si fueran ruedas de bicicleta.

—Yo veo techos de cuatro metros de altura —dijo—. Y columnas. Y un tejado en mansarda, claro. Palladio. Luis XIV. Voy a llamarla *La Maison Ravetch. Notre maison!*

El terreno en el que estuvimos esa noche tenía mucha historia, era un sitio de los que se dicen que son de tiempos inmemoriales. Apenas tres meses antes no había calles en esa parte de la colina, solo vegetación agreste propia de California: robles perennes, álamos de Norteamérica, arbustos de salvia, laurel: un océano de verde, plata y marrón, mucho marrón, que acababa salpicado, después de las lluvias primaverales, de toques de rosa, morado y amarillo. A finales de verano aquello se volvía árido y triste. Combustible. A veces, de hecho, entraba en combustión.

Este terreno estaba en una colina de un cañón. Prácticamente un oxímoron si uno se detiene a pensar en estas palabras, porque ¿no deberían las colinas y los cañones ser algo opuesto? Pero en Laurel Canyon hacían buena pareja. Técnicamente, dichas colinas formaban parte de una cordillera transversal, un gigantesco pliegue de tierra que se iniciaba en la isla de Santa Catalina y que atravesaba todo el centro de Los Ángeles. Esa tierra estaba formada por sedimento oceánico, roca volcánica, granito descompuesto, y todo tenía millones y millones de años.

El cañón lo dividía un arroyo, que en la temporada de lluvias seguía discurriendo hasta el lado más antiguo del desfiladero, donde vivíamos nosotros. Ese riachuelo se alimentaba de un manantial cuyo origen nadie había encontrado, y también lo llenaban la lluvia y lo que escapaba de los aspersores y las mangueras de los jardines. A varias casas solo podía llegarse por unos puentes que las conectaban con la calle. Por debajo, el agua se movía somnolienta cuesta abajo, hasta que desaparecía en una alcantarilla y acababa desembocando en el Pacífico.

En nuestro lado del cañón, ciertas casas databan del cambio de siglo. Algunas se habían construido con piedras cogidas en las orillas del arroyo. Otras se habían erigido con troncos o revestimiento de tablones. Eran intencionadamente rústicas, sencillos retiros campestres. En los viejos

tiempos (es decir, a principios del siglo XX), cuando había pumas y los ciervos abundaban, los angelinos huían de las presiones de la vida urbana y acudían a estas colinas para respirar aire puro, hacer caminatas y cazar. En torno a 1913, un promotor empezó a atraer a visitantes de fin de semana, con un trolebús que los subía desde Sunset Boulevard. Convirtió las laderas en solares y calles asfaltadas, instaló farolas y puso un bar de carretera. Se levantó un hotel, que no tardó en quemarse. Con el paso del tiempo, la ciudad fue acercándose al cañón; las segundas residencias se ampliaron o se demolieron y aparecieron casas mayores y más nuevas. A los aficionados a la vida campestre los sustituyeron las estrellas de cine mudo, después las del sonoro, después los músicos. Se fundó una escuela primaria para que atendiera al creciente número de familias, y la zona se convirtió en una especie de barrio residencial, aunque en el fondo siguió estando geográfica y sentimentalmente aislada del resto de la ciudad, sosegada y bohemia en cuanto a la actitud, pero no siempre en la práctica.

Mi padre fue el primero de la familia en instalarse allí. En 1954 se construyó una «casa de soltero»: una denominación que refleja bien la época. Dos dormitorios, chimenea, suelos de madera dura y una pequeña franja de jardín por la parte de atrás, que daba a una empinada pendiente desde la que se veía Lookout Mountain Avenue, donde, al cabo de unos años, su esposa (a la que, cuando estaba de buen humor, llamaba su «mujercita») fue a vivir con él, y donde nací yo.

Cuando llegó el siguiente hijo, mis padres construyeron una casa más grande en un sitio que quedaba más en el interior del cañón, en un solar más amplio y soleado de Greenvalley Road. Entretanto, mis tíos los siguieron y erigieron su primera casa en Wonderland Park Avenue, al otro lado de nuestra colina; después de ellos se instalaron Norm, Linda y las niñas. Tras ellos vino Murray, el amigo más antiguo de mi padre, con su familia. Todo el mundo se conocía, los niños íbamos juntos al colegio del cañón; vivíamos en un pueblo de campo en medio de una ciudad enorme y complicada.

Hasta 1968, las casas se acababan abruptamente en lo alto de la colina, en una calle llamada Crest View. Había un pavimento y después un chaparral, que, como siempre, se iba extendiendo solo. En algunos sitios unos senderos lo cruzaban, caminos de ciervos que seguían utilizando estos animales, al igual que los coyotes y algún que otro puma. Por allí salíamos a explorar, mis

hermanos, Barrie, Wendy y yo. Allí volábamos cometas, atrapábamos orugas y cazábamos mariposas. Allí conocimos la naturaleza y nos sentimos libres.

Entonces, un día, urbanizaron ese terreno. Casi dio la impresión de que la montaña se había movido, cosa que en cierto sentido hizo. La vegetación agreste desapareció tan completamente que parecía haber sufrido un ataque militar. La tierra desnuda se compactó, se niveló y se dividió en parcelas que quedaron separadas por pequeñas cuestas. Se pusieron bordillos, aceras, después nuevos carteles indicadores; cables de alta tensión, alcantarillas y cloacas que quedaron enterradas. Cuando soplaban los vientos de Santa Ana, la gravilla formaba tornados diminutos y el aire olía a salvia, eucalipto e inquietud. El futuro de alguien aguardaba para desarrollarse.

En un momento posterior, otro paseo en coche. Mientras subíamos por la misma calle poco después de Año Nuevo, mi tío señaló el parabrisas con un gesto. En la colina, por delante de nosotros, un muro, un único muro, se alzaba en medio de un bastidor.

—Mira eso, Mike —dijo, de nuevo con aquella voz eufórica—. Nuestra nueva casa. Se está haciendo realidad.

Y se hizo realidad. Paso a paso, parte por parte. Me encantaba ver cómo iba alzándose casi tanto como a mis tíos. Me encantaba cómo los materiales en bruto que descargaban los camiones se convertían en paredes, después en habitaciones. Me encantaban los olores de la madera sin acabar, de la tela asfáltica, del aislamiento de fibra de vidrio, parecido al algodón de azúcar (aunque de lo más tóxico). Había columnas, desde luego. Y suelos de parqué y molduras con complicados relieves. Aprendí todo un nuevo vocabulario: pilastras, entablamentos, volutas; dórico, jónico, corintio. Plintos. Arquitraves. Triglifos, metopas. Roseta, ojo de buey. Flor de lis. Trampantojo.

Cualquiera diría que estábamos en Atenas o en Roma. O en el Londres de Christopher Wren. O en el París anterior a Haussmann, el amado París (*sans* los antipáticos franceses), el epicentro de todo lo que era *chic*. Pero estábamos en Los Ángeles a finales de la década de 1960, donde gozabas de la libertad de crear tu propia imagen, tu propia realidad; podías elegir lo que quisieras de toda la arquitectura, la historia, la literatura, de los mismos dioses: Palladio, Mansard, Le Nôtre, Jefferson. Una línea directa los comunicaba con mi tía, o esa impresión daba.

Después, mucho después, me enteré de que en realidad Hank se inspiraba

en un precedente local que incluso tenía nombre, o al menos acabaron poniéndoselo: el estilo Hollywood Regency, un pastiche inventado en esa zona, que estaba de moda y que, de forma muy pertinente, se basaba tanto en el diseño de decorados como en la arquitectura. Prestado, exagerado, adaptado al clima (techos altos, ventanas grandes, piscinas o estanques reflectantes repletos de querubines de pelo rizado y piedra forjada, que sostenían delfines que escupían agua), en él había ciertas dosis de falsedad y grandes dosis de fantasía, como en un plató de cine, solo que sus edificios se acababan por los cuatro costados y en ellos todo funcionaba. Y era un estilo de lo más pertinente para unos guionistas cuyo talento escribiendo diálogos les había dado el dinero necesario para poder materializar la *maison*, y cuyos complejos dramas personales se desarrollarían entre estas paredes de estuco aplicado a mano.

Mis tíos contrataron a un arquitecto, pero el trabajo de este, en esencia, consistió en traducir lo que ellos, y sobre todo ella, imaginaban: no demasiadas habitaciones pero sí grandes en escala y tamaño; una distribución pensada para satisfacer las necesidades particulares de una pareja sin hijos cuyos miembros trabajaban juntos en casa y querían paz e intimidad; una terraza para recibir a los invitados; una piscina, desde luego; y nada que tapara las inacabables vistas.

Joséphine tenía Malmaison; mi tía tenía *la maison*. Solo ella era la incontestable señora de aquellos interiores; controlaba casi cada centímetro de las superficies de todas las estancias, prácticamente como si el espacio físico fuera una extensión de su cuerpo, de su rostro. De hecho, la *maison* era la cara que ella mostraba al mundo, con capas y más capas de objetos acumulados, grandes extensiones de muebles, grabados, dibujos y cuadros, todos ellos «históricos» o, si no eran históricos, al menos «con personalidad» o dotados de una «clase» o un «estilo» muy marcados. Allí donde era posible, cada elemento era el *ne plus ultra* de determinado tipo de mesa, candelabro o silla. Francia, Inglaterra, Italia, en ese orden, eran los países de fabricación preferidos. También se prefería que la fecha límite fuera la década de 1820; los años (los siglos) posteriores representaban un «deterioro en la calidad», así como «una tendencia a lo vulgar»; la mayor de las asperezas se reservaba para todo aquello que presentara el menor rasgo «moderno». Esta amalgama decorativa se había ido reuniendo por la zona durante las expediciones por los anticuarios de Hank (la tía Trudy había sustituido a mi abuela y se había convertido en su acompañante), o se habían enviado desde Yurp después del viaje anual a Londres y a esas exóticas tierras del interior denominadas «el

continente»; y, muy de vez en cuando, los objetos se habían comprado en alguna subasta. A lo largo de los años, ese estilo se fue refinando, se le eliminaron impurezas y se le añadieron elementos, siguiendo los siguientes principios rectores:

«Menos no es más; más es más.»

«Lánzate a lo barroco.»

«Los objetos individuales son un aburrimiento; lo que impacta son las colecciones.»

«Todo lo bueno viene en pareja.»

«No te reprimas.»

Esto último quería decir que no había que reprimirse a la hora de acumular más objetos; a medida que mi tía fue cumpliendo años, la idea se transformó en:

«Sigue el principio del placer, ¡a cualquier precio!»

En estas palabras también se establecía una equivalencia entre las compras y la experiencia; su función era ejercer de antídoto frente a los estados de ánimo cada vez más sombríos de mi tía.

En toda esta casa mi tío solo había dado su opinión en dos sitios. Uno de ellos era la biblioteca, cuyas estanterías había diseñado y donde campaba a sus anchas cuando estaba frente a su escritorio, frente a la mesa de la máquina de escribir con la que dicho escritorio formaba un ángulo recto, o frente a una mesita baja, situada al lado de su butaca de lectura, en la que estaban los libros, los periódicos y las revistas que en ese momento estaba leyendo. El otro era su cuarto de los armarios, casi del mismo tamaño del dormitorio que yo tenía en casa, en el que había cajones, diversos tipos de estantes y compartimentos de varias anchuras y alturas para distintas clases de prendas, manuscritos y recuerdos.

Daba la impresión de que la escala y la complejidad de ese cuarto de mi tío, como la *maison* en sí, guardaba una relación del todo coherente con el mundo que mi tía y él compartían, porque todo lo relacionado con ellos era sofisticado y de grandes proporciones, desmedido. Eran personas carismáticas, de talento, verbalmente hábiles, de mundo: padres alternativos que vivían en una realidad alternativa. La verdad es que ellos se llamaban a sí mismos «padres suplentes», y mis hermanos y yo a veces también lo hacíamos,

sin que se nos pasara por la cabeza que, como ya teníamos unos padres viables, esta idea presentaba cierto matiz peligroso; de hecho, las palabras «padres suplentes», de forma muy parecida a lo que sucedía con la pareja que formaban las colinas y el cañón, eran algo que daba que pensar, aunque durante muchos años nadie lo hizo.

Mis tíos eran hechiceros. Gracias a las palabras que escribían, los actores hablaban y las imágenes del cine cobraban movimiento. Soñaron una casa que parecía un *palais* a escala reducida, y este surgió del suelo, así, sin más. Tenían dinero más que de sobra para comprar todo lo que querían, gracias a las tremendas cantidades que les pagaban por sus guiones. Al volver de sus viajes, transmitían determinada sensibilidad, un halo de sabia otredad, de algo extranjero. Pasar un rato con ellos era sentir que se abrían mundos, mundos dentro de otros mundos dentro de otros mundos.

Ellos fueron quienes me dieron a conocer la pintura (pero nada abstracto), la música (nadie después de Brahms), la literatura, el teatro, la primera etapa del cine, todos los dioses de la arquitectura y el diseño y, con el paso del tiempo, Yurp. En todas esas categorías imperaban jerarquías y distintos niveles (Matisse era superior a Picasso, Truffaut a Welles, la pintura a la fotografía). También les imponían una jerarquía a los seres humanos, una en la cual, siguiendo el orden de nacimiento, pero por ningún motivo evidente que yo captase en aquel momento, yo ocupaba el primer lugar.

Mi tío nunca mostró los sentimientos que yo le inspiraba de una forma tan patente o tan categórica como mi tía, pero yo también notaba que recibía de él unas atenciones de esas que te cambian la vida. En su afecto había algo implícito; cuando había algo de carácter indirecto, algo que no se decía, él mostraba una paciencia y una firmeza que me atraían felizmente a él como si hubiera visto una fogata en medio de un bosque oscuro. Era un hombre de costumbres profundamente excéntricas y de mente aguda, de una ironía chispeante, y tenía una gran capacidad para divertirse. En conjunto, encarnaba un tipo de masculinidad completamente distinta de la de mi padre, en el sentido de que había un contexto en el que mi tío no dejaba de perder fuerza e intensidad hasta tal punto que casi desaparecía: ese contexto era el del complejo baile, parecido al principio del yin y el yang, de su matrimonio con mi tía; ambos describían su unión, sin la menor ironía (aún es más, con orgullo), diciendo que era una relación simbiótica.

«Todo lo bueno viene en pareja»: ese era el lema en función del cual vivían, siempre.

Las habitaciones de la *maison* se dividían entre las públicas y las privadas. Se entraba a un recibidor enorme que tenía el suelo de mármol (blanco con un borde marrón), un techo de cinco metros de alto, debajo del tejado en mansarda, y un par de hornacinas que flanqueaban las puertas del salón; dicho salón, de casi nueve por doce metros, parecía un cruce entre el vestíbulo de un hotel y una galería de arte privada, y daba directamente al comedor por la izquierda y a la biblioteca por la derecha. En estas tres estancias se veía el mismo parquet, con un dibujo de enormes cuadrados de roble en tonos ambarinos colocados en diagonal, enmarcados en unas franjas de caoba. Las ventanas, las molduras de techo y los zócalos eran numerosos y estaban muy elaborados; las ventanas de guillotina eran largas y estrechas, y desde ellas se distinguía la piscina y la vista resplandeciente de detrás.

Desde el comedor se accedía a la parte posterior, por la que se atravesaba, describiendo un círculo, la habitación del desayuno, la cocina y varias despensas y alacenas, entre ellas una que tenía el tamaño de un dormitorio y que se dedicaba únicamente a los platos; por un pasillo pequeño se llegaba al cuarto y al baño de la criada. Por el otro lado del salón, la biblioteca llevaba al enorme dormitorio de mis tíos, un saloncito, un cuarto de invitados y un baño. Al lado del dormitorio principal estaba el baño y el vestidor de mi tía, y, entre dicho dormitorio y la biblioteca se encontraban el baño de mi tío, más pequeño, y su zona de armarios, misteriosamente mucho más grande: eran, con diferencia, los armarios de mayor tamaño de toda la casa.

—Si aquí hubiera ventanas —declaraba a veces mi tío cuando estaba en esa parte—, me instalaría en este cuarto.

Esto lo decía de modo que lo pudiera oír mi tía, normalmente en algún día en que ella había llevado más *objets* a la *maison*. A veces ella se lo tomaba como un cariñoso comentario de broma; otras, le espetaba:

—¿Y por qué no lo haces?

Otras veces decía:

—El cuarto de los armarios de tu tío... es una de las habitaciones más peculiares que he visto en mi vida.

Y también:

—El cuarto de los armarios de tu tío... No sé cómo logró salirse con la suya. Es muchísimo más grande que el mío.

Y también:

—El cuarto de los armarios de tu tío... Cuánto me gustaría darle un buen repaso y convertirlo en algo *charmant* de verdad.

Sin embargo, era la única estancia de la casa que seguía siendo inmune a su fervor decorativo. Los otros espacios de Irving habían sufrido una suerte más desigual.

Cada vez que Hank pasaba junto a su escritorio, soltaba:

—Esa mesa es el objeto más feo de todo el estado de California. Tengo que apartar la mirada cuando lo tengo cerca.

—A mí me resulta cómoda —replicaba él.

—Te podría encontrar una antigua y del mismo tamaño. Algo del siglo XVIII y bueno de veras.

—Hank, en esa época la gente era más baja y los muebles más pequeños. Necesito espacio para cruzar las piernas cuando estoy sentado.

—Pero... ¡es un mueble moderno!

—Eso es cierto. Creo que el estilo se llama danés moderno.

—A mí me parece una vulgaridad. Por lo menos déjame que le ponga estas lámparas chinas.

—Ya me he acostumbrado a las que hay.

—Eso es porque eres una persona de costumbres. Venga, Corchete, deja que vea cómo quedan.

Mi tío soltó uno de sus teatrales suspiros en seis fases.

—Y colgar un espejo *trumeau* por encima de él.

—Preferiría no verme mientras trabajo.

—Pero ¡si eres un hombre de lo más atractivo! A mí me atraíste, ¿o no? De todas formas, al cabo de un tiempo dejas de verlo.

El espejo se puso. Las lámparas siguieron siendo las mismas. Y también la mesa.

En otra ocasión:

—Si es imprescindible que te quedes la mesa, los accesorios hay que mejorarlos. ¿De verdad hace falta que tus lápices se guarden en esa horripilante cosa de madera?

—Se llama portalápices, y me gusta. Lo tengo desde siempre.

El portalápices también acabó desapareciendo.

—¿Ese calendario te hace falta?

—Si aspiras a que tengamos una vida profesional o social mínimamente sensata, sí.

El calendario no se movió de su sitio.

- Por lo menos esa butaca tan espantosa...
- Esa butaca tan espantosa es buena para mi espalda.
- Corchete, ¡me estropeas las diversiones!
- Tus diversiones no se deberían estropear tan fácilmente, mi amor.

El cuarto de los armarios era un rectángulo de unos tres y medio por cuatro metros, al que se le había instalado todo lo que mi tío había pedido. En el lado izquierdo había dos filas de cajones, que iban cambiando de tamaño y profundidad a medida que se acercaban al suelo. Algunos estaban dedicados a la ropa, otros a papeles. Por encima de estos cajones había un estante descubierto y profundo lleno de manuscritos, que se habían encuadernado en cuero y ordenado cronológicamente en función de cuándo se hubieran escrito. En la izquierda había copias de las cinco o seis obras de teatro que mi tío había creado de joven («Todas ellas fracasos espectaculares», decía con la jactanciosa despreocupación de quien después había escrito tantísimos guiones cinematográficos de éxito). Al lado estaban los guiones que, desde mediados de la década de 1950, mi tía y él habían hecho juntos.

Había otro material relacionado con las carreras profesionales de ambos: dos cajas de cartón con el texto mecanografiado de los relatos de tono ligero, parecidos a los de O. Henry, que mi tía había redactado entre los veinte y los cuarenta años para revistas como *McCall's*, *Collier's* y *The Saturday Evening Post*. También había varios álbumes de recortes con las críticas de sus primeras películas; en determinado momento, mi tío había dejado de seguir esos detalles. Los premios estaban guardados en un cajón o muy modestamente colgados en una franja de pared, al lado del cuarto de los armarios, donde casi nunca se veían, que era la intención.

Siempre había una copia en papel carbón del guion que se traían entre manos, metida en una desgastada y rígida carpeta forrada en tela, en el cajón de arriba. Guardaban una segunda copia en el maletero del coche de mi tío; en el caso de que se vieran obligados a huir de la *maison* si se producía uno de los famosos incendios del cañón, sus palabras sobrevivirían.

Delante de los textos encuadernados estaba la parafernalia de fumador de mi tío: los puros (en su humidificador) y las pipas (colgadas en un estante especial de madera), el cortapuros, los cepillos para limpiar las pipas y la caja de tabaco, también de cuero, que le daban un olor intenso tanto a la estancia como a mi tío; un aroma desconcertante, porque de niño Irving había

sufrido graves ataques de asma y también episodios anuales de una neumonía que le había dañado los pulmones; seguramente era la última persona a la que le convenía fumar cigarrillos, una costumbre que abandonó, con gran dificultad y la ayuda de un hipnotizador, con cuarenta y pocos años. La costumbre de fumar puros y en pipa que desarrolló a continuación le inspiró una curiosa justificación:

—Bueno, es que ya no me trago el humo. Me limito a saborear el tabaco. Y cómo me gusta ese sabor.

Eso era muy típico de Irving: tanto la paradoja (un asmático que fumaba) como el hecho de que él la comentase y de que también fomentase comentarios al respecto. Lograba contemplar el total de su vida (al menos, el total que no compartía con Hank) con una especie de doble visión perpetua; Irving vivía en función de unas costumbres particulares; había ido adquiriendo toda una serie de hábitos raros pero en su mayor parte enternecedores, y así se aseguraba tanto el cariño como las burlas de los demás; contaba anécdotas de su juventud con tanto brillo y tanta energía, eliminando de ellas un cierto sentimiento oscuro, que a veces se me olvidaba que le habían ocurrido a una persona de verdad y no a un personaje que se había inventado.

Todas esas imágenes y comentarios, en gran medida imbuidos de una deliciosa ironía, eran una de las formas en que mi tío conseguía que no se fijaran en él. Ese era otro de los motivos por los que su cuarto de los armarios me parecía tan fascinante: en él estaba el hombre que era Irving, sin la mediación del narrador que también era, ni la de mi tía.

Delante de los cajones empotrados había otro armario independiente, con puertas y compartimentos más pequeños, victoriano y, por tanto, nada histórico. No sé muy bien cómo logró ese mueble franquear el umbral de la *maison*; es posible que mi tío lo metiera a escondidas, un día en que Hank no estaba, para contar con un espacio suplementario en el que guardar algunos objetos queridos.

En este armario conservaba las filacterias que habían sido de mi abuelo el rabino, que se habían unido con botones a unas pequeñas bolsas de terciopelo, de color burdeos, y que traslucían una espiritualidad misteriosa, casi clandestina; esto último se debía a lo ilógico de su presencia en el armario de mi tío, teniendo en cuenta lo poco religioso que era Irving, de un modo decidido y quizá desafiante. En cierta ocasión, cuando fui más mayor, le

pregunté cómo habían negociado su padre y él la cuestión de Dios, si es que lo habían hecho.

—Mi padre sabía que yo opinaba que un hombre racional no puede creer en Dios —me contestó—. ¿Después del siglo XX? Parece una broma. Él sabía lo que yo pensaba, y yo, que él no estaba de acuerdo; pero él también era consciente de que yo lo adoraba, por mucho que no coincidiéramos, y así zanjamos el tema.

Como pasaba muchas veces con mi tío, tuve la impresión de que aquel momento podía haber sido más complejo, pero la cuestión, como algunas otras, también quedó así zanjada.

En otro cajón del armario victoriano, Irving guardaba a buen recaudo dos apreciadas, frágiles y raras fotografías de su madre, mi abuela Sylvia, que aparecía junto a sus seis hermanas; esas imágenes las había hecho un fotógrafo itinerante en Safed, donde habían vivido hasta que, por culpa de la Primera Guerra Mundial, el destino la había llevado a Montreal. Cerca de la imagen estaba la baja con honores que le habían dado a mi tío en la siguiente guerra, en la que había participado, brevemente, como ayudante de montador de tuberías en el Ejército, hasta que le había sobrevenido el primero de varios ataques de asma graves, momento en que lo habían eximido de sus obligaciones militares. También había una cajita de fotografías en que se documentaba el primer viaje que mi tía y él habían hecho a Europa, en 1946, y varias imágenes de mis hermanos y mías que le había dado mi madre, puesto que después de ese primer viaje a Europa, aunque regresaban a ese continente todos los otoños sin falta, mis tíos no habían vuelto a coger una cámara.

—Las fotografías ocultan la verdad, ¡no la revelan! —solía decir mi tía, muchas veces delante de mi madre, que era muy aficionada a hacerlas, y que siempre había sido la documentalista de la familia.

La respuesta de mi madre, siempre en privado:

—A tus tíos las fotografías les dan igual porque no tienen hijos. Y creo que no guardan las tarjetas ni las cartas por el mismo motivo, ni siquiera aquellas que son importantes o que tienen valor sentimental. Para ellos no existe ningún motivo por el que preocuparse de la huella personal que van dejando, no les interesa crear un registro de sus vidas para que posteriormente otras personas lo consulten y les dé que pensar. A veces incluso me pregunto si les importa recordar sus vidas, porque en muchas cosas del pasado se equivocan.

Cuando estaba más harta, añadía:

—También les dan igual las negociaciones y los pactos. Cuando tienes

hijos, aprendes a rebajar tus expectativas. Esta es una de las muchas cosas que tus tíos nunca han aprendido a hacer. Si tuvieran hijos propios...

¿Cuántas veces acabamos oyendo esa expresión referida a mis tíos, lanzada contra ellos? «Si tuvieran hijos propios...» A veces, a esta frase la acompañaban las palabras: «Si la vida real les hubiera impuesto algún límite...», una aportación de mi padre que hacía referencia al desequilibrio entre crédito y débito gracias al cual vivían, que era lo que posibilitaba el desbocado coleccionismo de mi tía; ellos no se veían sometidos a exigencias tan poco agradables como gestionar los altibajos que surgen al llevar un negocio, o al criar y educar a tres niños. «Si tuvieran hijos, si tuvieran límites...», habrían aprendido a ser más razonables, más flexibles, más realistas; a albergar expectativas también realistas de lo que es un ser humano de verdad, en vez de esas fantasías que salían a raudales de las cabezas de ambos, tan embarulladas.

Mis padres tenían razón en lo referente a la huella personal, los pactos y todo lo demás, pero seguramente no en lo relativo a recordar, cosa que mis tíos sí hacían, de manera selectiva y con una experta labor de síntesis, propia de curtidos creadores de historias. Y, aunque era cierto que a mi tío le encantaba tirar cosas (tarjetas y cartas, facturas que nada más llegar se pagaban, periódicos y revistas en cuanto los habían revisado para ver qué merecía la pena leer de ellos), creo que este rasgo podría haber estado más relacionado con la voluntad de alejarse de las costumbres adquisitivas de mi tía. En su caso, menos era menos, de modo intencionado, y esto brindaba cierta ligereza a su entorno físico, lo que coincidía con cierta ligereza de Irving.

No obstante, de vez en cuando mi tío se interesaba por determinados objetos que se relacionaban con el pasado de forma evocadora, y no solo con el suyo. Un tesoro especial del armario victoriano era el diario que había llevado mi tía con once años, cuyas anotaciones a Irving le deleitaba buscar y leer en voz alta:

«“13 de junio de 1934. He ensayado el baile del Festival de la Rosa. Estoy muy cansada. 14 de junio. Anoche lo bailé. Quedó estupendo. La gente se quedó entusiasmada.” ¡Entusiasmada!»

O: «“22 de agosto. Han asesinado al rey Alejandro de Yugoslavia cuando estaba en Francia.” Cariño, veo que tu ortografía se ha mantenido de lo más constante a lo largo de los años».

Mi tía no captaba el impulso de sumisión a ella que subyacía claramente a las amables burlas de mi tío; en este caso, como en tantos otros, era

directamente incapaz de detectar la nota de humor. Torcía el gesto, levantaba la nariz y decía:

—La verdad es que no entiendo por qué encontráis tan gracioso lo de «entusiastada» o «asesinao», ni cualquier otra cosa, de esas páginas de juventud. No hace falta que os diga que el niño no da la medida del hombre, o de la mujer, en este caso.

Impertérrito, mi tío encontraba otra anotación jugosa para leerla y convertirla en objeto de diversión, al menos hasta que el mal gesto de mi tía se internaba en un territorio menos lúdico; entonces, Irving llevaba a cabo una de sus famosas retiradas estratégicas.

Mi tío era un maestro de la retirada estratégica, igual que lo era del suspiro teatral, del aparte mordaz, de la ceja enarcada, del desacuerdo telegrafiado con la mera reorientación de una mirada o de un gesto que hacía con un dedo doblado, con el dorso de una mano. No era casual que, mientras estudiaba en la UCLA, hubiese sido actor, ni que hubiera creído, durante cierto tiempo, que la interpretación sería su destino. Sin embargo, en su mayor parte, todos esos comentarios visuales y gestuales eran de índole fundamentalmente benigna, más Fred Astaire (uno de sus héroes) que Ingmar Bergman (otro de sus héroes, que solo era considerado a veces un dios del hogar en la *maison*, donde lo cierto es que pegaba mucho).

Ya fueran benignos o profundos, esos desencuentros de mi tío con mi tía generalmente se manifestaban sin que él dejara de apoyarla plenamente. Hablamos de un hombre, al fin y al cabo, que, cuando celebraron sus bodas de plata, le entregó a su mujer un trofeo en el que se habían grabado las siguientes palabras: «Para mi querida Harriet, en conmemoración de veinticinco años de felicidad ininterrumpida», y no solo eso, sino que además creía, por lo menos mientras estaba en el taller del grabador, en la viabilidad de esas escurridizas palabras.

La devoción que mi tía le inspiraba a mi tío se reflejaba en el cuarto de los armarios, en el que el objeto que ocupaba el sitio más destacado era un retrato de Hank hecho por un hombre llamado Mischa Ashkenazy, un pintor ruso e inmigrante que en determinada época había gozado de un cierto número de seguidores en Los Ángeles, y que había sido amante de la amante de mi abuelo Sam, aunque supuestamente no a la vez. (Cuando mi abuela empezó a buscar el

amor fuera del matrimonio, animó a mi abuelo a que hiciera lo mismo. Con lo aficionadas que eran estas personas a la endogamia, Sam vivió su relación más larga con la exnovia del pintor, que casualmente también era hermana de una de las mejores amigas de Huffy, otra interrelación muy propia de los Fabulosos Frank.)

Pero la cosa no quedaba ahí: Ashkenazy, el pintor, tenía una hija llamada Dorothy Irene, cuyo apodo era Mock: una mujer con la que mi tía desarrolló una amistad larga y apasionada que, como muchas de sus amistades, acabó cuando Hank se ofendió e interrumpió bruscamente todo contacto de la noche a la mañana. Estas excomuniones tuyas eran episodios tremendos, que se materializaban bien mediante explosiones en persona o por teléfono, bien mediante un aluvión de cartas llenas de detalles brutales y de elegantes cadencias, que no dejaban el menor resquicio para la negociación ni para la reconciliación, ni siquiera después de un vínculo de veinte o treinta años. Estas misivas no solo les resultaban inquietantes a las personas, normalmente mujeres pero no siempre, que quedaban repudiadas, sino también a los que veíamos cómo estas amigas desaparecían, y nos preguntábamos cuándo nos llegaría el turno a nosotros.

Yo siempre notaba, como me pasaba con las filacterias, una intensidad especial en torno a este otro retrato de mi tía. No entendía por qué la *maison* estaba atestada de cuadros de aristócratas ingleses y franceses del siglo XVIII, mientras que a nuestra aristócrata particular (por utilizar la palabra tal como lo hacían mis tíos, para designar a alguien culto, que mostraba refinamiento en el intelecto y en el gusto, y cuya ética era irreprochable) se la había confinado al cuarto de los armarios. ¿Se debía esto a quién era el pintor, o quizá a su hija? ¿O era porque a mi tía no le gustaba vivir abiertamente con una imagen donde se la veía con un aspecto que ya no era el suyo: inevitablemente joven y con la melena suelta (el día en que cumplió los treinta, se la recogió en lo alto de la cabeza y ya nunca se la soltó), y con una especie de seducción en la mirada que te llevaba a entender por qué a mi tío le había parecido tan abrumadoramente bella cuando se habían conocido en la MGM, en 1945?

El retrato no era tan grande ni tan sobrio, ni tan evocador de su lado oscuro, como ese otro suyo, el que había pintado la prima de mi abuela en Bélgica. En este se veía más ternura; se había llevado a cabo en un estilo que, generosamente, podría decirse que recordaba a Manet (en un día atontado). Seguramente se parecía más a una obra de Raphael Soyer (en un día bueno). La pintura estaba aplicada sin gran precisión, en pequeñas pinceladas curvas,

y la paleta mostraba un tono más bien verdoso, pero la mujer (la chica de veintitantos) del marco tallado de color claro traslucía una vivacidad y una dulzura que hacían que pareciera una doble más bondadosa de Hankie.

Retratada en una imagen de tres cuartos, esta versión pintada de mi tía no tenía esos inquietantes ojos que parecían seguirte y que reflejaban, como en el cuadro posterior, unos desasosegantes abismos interiores; los ojos se fijaban, de forma tranquila pero clara, en el armario de mi tío. Quién sabe si ese era el motivo por el que este había colgado el retrato en ese lugar: para obligar a mi tía, mediante esa representante suya, a contemplar el único sitio de la *maison* que reflejaba algo que Irving era de verdad.

Justo delante de esos ojos del retrato, mi tío había puesto una fotografía de estudio ampliada que le habían hecho en 1921, en Newark (Nueva Jersey), donde había nacido. En esta imagen, Irving es un bebé de un año y está tumbado boca abajo, desnudo sobre una alfombra de piel de oso: un *putto* de mirada brillante y en tonos sepia que sonrío mientras observa a lo lejos, o mientras contempla su futuro.

Quiero que me veas desnudo, que me veas entero. O tan entero como las superficies de una habitación, como el contenido de los cajones y los estantes, seleccionado de forma intencionada y libre. ¿Era esto lo que decía el cuadro?

A mí, sí.

En lo que respecta al resto de lo que contemplaba esta Hankie de pelo largo, al lado del armario victoriano estaba el archivador de Irving, intencionadamente sin cerrar y en cuyo cajón superior, en la parte de delante, había un sobre de papel manila en el que se leía: «¿TESTAMENTO?». Esos signos de interrogación eran tan típicos de él... Para encontrar la respuesta, bastaba con meter el dedo índice entre los cartones, donde, en un papel amarillo (este color era el que mi tío prefería para todos los primeros borradores mecanografiados), había unas sencillas instrucciones, escritas con su característica caligrafía con florituras: «Ponerse en contacto con el abogado».

Después aparecían un nombre y un número de teléfono.

Un toque tan socarrón, incluso podría denominarse malicioso, era muy propio de Irving y nada propio de mi tía, quien, a medida que fue cumpliendo años, empezó a mencionar ese documento concreto con la frecuencia amenazadora («a ella la ha incluido..., a él lo ha quitado») de una viuda

adinerada de una obra de Balzac o de Dickens, dado que ella nunca había tenido muy clara la línea divisoria entre literatura y vida.

A la izquierda del archivador había una estantería, de una altura cómoda para un niño, que para mí era especialmente importante. Cuando era más pequeño, era en ella donde mi tío me dejaba los cartones de las camisas para que yo dibujara en ellos, o para mis proyectos de manualidades; cuando me hice algo mayor, también me dejaba ahí sus lecturas rechazadas, esto es, los libros que había leído y que no le habían gustado, o los que sí le habían gustado pero que no consideraba que merecieran un sitio en su biblioteca permanente, o los que le habían encantado y que había pensado que a mí también me encantarían: es decir, un montón de libros maravillosos.

A la derecha del archivador había una serie de estantes, colocados formando un ángulo y provistos de un taco para sujetar los tacones de sus zapatos. En medio de la estancia había una silla de asiento de mimbre en la que se sentaba para ponerse esos zapatos. En el resto de la sala, como sucede en los cuartos de los armarios más convencionales, estaba la ropa.

En lo relativo a las prendas, mi tío tenía un gusto exquisito, a veces extravagante. En cierta ocasión, al volver de uno de sus viajes anuales a Londres, me dijo: «Algo tenía que hacer mientras ella estaba de anticuarios». Era así como explicaba (o quizá, al ser hijo de la Gran Depresión, como justificaba) que tuviera chaquetas de Jermyn Street, jerséis de cachemira (de cuello en uve, redondo, rebecas, de cuello vuelto) que formaban exquisitos montones que recordaban a Gatsby; que tuviera también pantalones de DAKS, gabardinas Aquascutum que se compraba o que mandaba que le hicieran a medida en cada uno de esos viajes a Londres, y que se ponía tan poco que, cuando le llegó la fase de la vida de ponerse pantalones de chándal, es decir, después de los ochenta años, y se mostró dispuesto a dárselas a la única persona con una constitución idéntica a la suya (es decir, yo), apenas las había usado. La ropa de mi tío me quedaba como si me la hubieran hecho a mí y no a él, aunque no lograba conferirle su compostura.

La ropa fue una cosa que acabamos compartiendo, aunque casi demasiado tarde. En mi adolescencia, con veintitantos años, incluso con más de treinta, yo era demasiado tímido para aceptar, y menos aún para entender, sus exuberantes camisas de flores de Liberty (algunas con corbatas hechas de una tela a juego) o sus molonas cazadoras cortas de Austin Reed; pero, como siempre, para mí era más importante ver esas prendas que poseerlas, porque me lo pasaba muy bien categorizando las peculiaridades en el vestir de mi tío, tanto como al

catalogar sus otras costumbres. Me fijaba mucho en todo: cómo pedía los pantalones de algodón para uso diario por el catálogo de L. L. Bean, junto a las zapatillas que se ponía en cuanto entraba en casa. Cómo lavaba los calcetines con lejía para que no perdieran la blancura. Cuánto le gustaba, aunque casi nunca se lo ponía, el cinturón de cuero en el que un auténtico vaquero le había grabado las palabras «Buck Ravetch», mientras filmaban *Un hombre*, una película del Oeste que hizo en la década de 1960 con Paul Newman. Lo poco que se abrillantaba los zapatos porque los zapatos lustrosos, según afirmaba, denotaban que te esforzabas demasiado, y eso no tenía que notarse nunca. Cómo los botones de las mangas de sus chaquetas, hechas a medida, podrían abrirse y transmitir una señal secreta. Que nunca se ponía vaqueros porque él pertenecía a una época y a una generación que no se sentía cómoda con ellos. Cómo las corbatas de punto que llevaba, en las infrecuentes ocasiones en que se veía obligado a llevar una y las de Liberty quedaban demasiado chillonas, le colgaban lacias del cuello de la camisa. Cómo guardaba su Rolex de oro entre la calderilla que dejaba en un plato, hasta que se lo robaron (no le concedió la menor importancia a esta pérdida y después pidió otro, barato y de explorador, por L. L. Bean). Cómo insistía en que la cartera de un caballero siempre tenía que ser fina. Cómo llevaba un pañuelo, como los hombres de los antiguos anuncios de camisas, y acumulaba antifaces en el cajón superior izquierdo porque afirmaba que el párpado izquierdo no se le cerraba del todo al dormir. Que tenía gran cantidad de zapatillas blancas de tenis, en los años en que aún jugaba, pero solo un bañador, unos espantosos *shorts* de color mostaza, porque, aunque le encantaba nadar, en su piscina lo hacía desnudo, delante de cualquiera que pasara por allí.

—Sí —confirmaba cuando lo mirábamos—, es rojo.

Con estas palabras, se refería al vello de «ahí abajo».

Cuánto me gustaba seguirlo al cuarto de los armarios cuando guardaba la ropa llegada de la tintorería, o cuando me enseñaba una camisa nueva, o cuando me hablaba de un nuevo libro. Cuánto me gustaba esa estancia, ese lugar de un sosiego que olía a tabaco, que era un refugio tranquilo y en el que la información quedaba a la vista para que pudiera examinarse.

Mi tía nunca llegó a entender el cariño que yo sentía por la única habitación de la *maison* en la que ella no había intervenido. Declaraba que era una monstruosidad estética y le inspiraba un profundo recelo.

—¿Se puede saber qué hay ahí que os interesa tanto a los dos? —nos

preguntaba casi siempre que Irving y yo desaparecíamos durante unos minutos.

También decía:

—¿Por qué no salís del armario y estáis conmigo?

Y también:

—Pero ¿qué hacéis ahí los dos tanto rato?

Cuando hablaba de ellas, mi tía lograba que esas visitas al armario pareciesen algo ilícito, prohibido, amenazador, vagamente sexual. En ellas no había nada sexual. Amenazador quizá, pero solo porque ella quedaba excluida.

El resto de los rincones de la *maison*, al margen del cuarto de los armarios, era la obra de arte más cuidada de mi tía, aunque quizá se podría hablar de arte performático, dado que sus superficies siempre se estaban cambiando, repensando, recolocando, rehaciendo; era su escenario, en el que ella hacía las veces de dramaturga, decoradora, anfitriona, amiga y excomulgadora de amigos, esposa, aspirante a matriarca (aunque en la vida real no fuera madre de nadie) y una auténtica hechicera de lo doméstico.

Su toque excepcional podía transformar algo tan sencillo como un sándwich: al cortarlo por la mitad en una línea diagonal, se distinguía al instante de mi madre, que lo cortaba a lo largo. Esa diagonal era especial, pero... ¿por qué? Su aliño para la ensalada estaba más bueno que el de mi padre, aunque aparentemente ambos lo preparaban siguiendo la misma receta familiar de siempre. ¿Su truco? Le echaba azúcar, del mismo modo que improvisaba al preparar los *brownies*, que estaban más ricos y eran mejores que los de los demás, pues les ponía el triple de mantequilla.

Hank conocía las técnicas, los juegos de manos. «Crea belleza en todo momento»: ese era uno de los principios. Íbamos a bañarnos en su piscina en las calurosas tardes de verano, cuando la cuenca del valle contenía un océano de aire marrón y bilioso, cuando el asfalto del cañón se reblandecía y volvía a ser alquitrán. Al cabo de una hora, las puertas cristaleras del comedor se abrían y oíamos cómo unos cubitos de hielo chocaban contra una jarra de vidrio. Nos levantábamos las gafas de bucear y veíamos que mi tía llevaba una gran bandeja a la mesa del jardín: sándwiches sin corteza, de tomate y pepino o de ensalada de huevo, también cortados en diagonal, a esta hora del día ya en cuartos; una cesta de fruta; un plato de galletas de Weby's; un cuenco de huevos de chocolate en papel de aluminio.

—Qué sentido tiene comerse solo una galleta. A eso no le veo la gracia. Comeos dos, seis. Si os apetece, comeos dieciséis.

Todo quedaba patas arriba, se rompían las reglas, la permisividad aumentaba. Esas son las prerrogativas de las tías, y de mi tía en concreto.

Hank y la comida: también en este aspecto era lo opuesto a mi madre, que lograba poner en la mesa alimentos nutritivos pero nada extraordinarios seis, siete días a la semana: asados de tapa de cuadril y pollo preparados con cebolla y zanahoria, de vez en cuando una *pizza* a domicilio de Berone's, un establecimiento del valle. Nuestra tía, por el contrario, era capaz de recogernos a los tres hermanos y llevarnos al Farmers Market, donde nos daba un fajo de billetes y nos decía que eligiéramos lo que nos apeteciese de entre todos los puestos de comida, «quedaos el cambio, ¡y es obligatorio tomar dos postres!».

En su casa, las cenas de los domingos eran propias de un virtuoso, un espectáculo. Muchas veces yo llegaba antes a echar una mano. «Tesoro, todo esto jamás podría hacerlo sin ti.» Claro que habría podido. No necesitaba un ayudante, sino un público. ¿Qué sentido tiene crear belleza si no hay nadie para apreciarla? Yo me quedaba a su lado, cautivado, quitando los restos de las verduras del fregadero, a veces quizá pelando las zanahorias mientras ella cortaba, picaba, batía, asaba, mezclaba, cocía y guisaba con tremenda energía, como un chef de dibujos animados a cámara rápida, haciendo alguna pausa de vez en cuando, pero solo una breve, para consultar a Julia o a la señora Knopf. Al crear esas comidas utilizaba su amplia colección de utensilios, muchos de ellos adquiridos en Skillets, una tienda de menaje de cocina de alta gama, que le gustaba mucho y que estaba en Sunset Boulevard. En esta enorme tienda, de ambiente inigualable, mi tía compraba ollas, cacerolas, cuchillos y, todavía con mayor placer, platos, copas, vajilla, manteles, gran parte de los cuales eran, *bien sûr*, franceses. Al enorme armario de los platos se incorporaban regularmente piezas nuevas, con las cuales Hank creaba paisajes de mesa que eran todo un decorado teatral en miniatura. Jamás repetía la misma distribución ni ponía el mismo centro, muchas veces tan alto que no podías ver lo que había detrás para hablar con los otros comensales. No te dedicabas a mirar a los demás, sino las elaboradas torres de fruta, flores y *objets* de mi tía. Al igual que ella, al igual que sus peinados, te obligaban a fijarte en ellos y eran el primer tema de conversación en las comidas.

—Esta vez te has superado, Hankie.

—Esto podría salir en una revista.

—En una película.

—Un cuadro. Esto es un cuadro.

En cierta ocasión, copió un bodegón holandés del siglo XVII que había comprado años antes en Londres, y lo apoyó en la cercana encimera del comedor para ver si alguien se daba cuenta. Todo el mundo lo advirtió, lógicamente. Aquello era una especie de efecto cinematográfico hecho realidad: un jarrón azul y blanco de cerámica de Delft (aún mejor, un auténtico jarrón de Duveen, con un sello de cera en la parte inferior que garantizaba su origen) que se parecía tantísimo al que salía en el cuadro que podía haber sido su gemelo. En él puso las mismas peonías gigantescas y rosas de colores apagados; imitando al pintor, hasta había encontrado una mariquita (aunque de plástico) y la había pegado con arcilla de florista a una hoja, que había caído en la mesa de forma impecable.

Las comidas de mi tía eran espléndidas, siempre abundantes y estaban deliciosas. Ningún adolescente voraz se levantó jamás de su mesa sin estar saciado. «Vamos, a repetir. Una tercera ración. Menos no es más, niños, ¡más es más!»

Las conversaciones brotaban y se desarrollaban a una velocidad vertiginosa. El contenido variaba en función de los invitados, de su edad y de si estos formaban parte del núcleo familiar (durante mucho tiempo solo lo conformábamos quienes vivíamos en el cañón), o si eran del círculo íntimo de amigos cultos y de opiniones similares.

Si mis tíos estaban trabajando en una película, hablaban de cómo había ido el rodaje durante esa semana, porque muchas veces acudían a la filmación, bien como productores, bien por la relación especial que mantenían con Marty Ritt, el director con quien habían colaborado con mayor frecuencia.

La política era otro tema recurrente; sin embargo, como en realidad nunca había una voz disidente, casi siempre solo hablaba mi tía, muchas veces animada por mi tío, que soltaba una de sus apasionadas diatribas.

—No iréis a pronunciar el nombre de ese tipo en esta casa, en una tranquila noche de domingo, ¿verdad? —Medio ofendida y medio encantada de la vida, con los ojos lanzando chispas y dándole puñetazos a un saco de boxeo invisible, mi tía montaba un buen jaleo—: ¡Richard Milhous Nixon! ¡Si es que me hierve la sangre cuando veo cómo este país, la tierra de Adams, Jefferson, Lincoln y el gran F. D. R., se hunde en la época más oscura desde los años de la guerra!

Y eso ya lo soltaba antes de Watergate. Después, hablaba del «fascista y

granuja» que era Nixon, de la «mancha para Estados Unidos» que suponía Vietnam, de Ford «el payaso». La dura condena que recibía Reagan («un palurdo actor de serie B», «lo peor de lo peor») muchas veces se la aplicaba de forma más general a todos los actores, a quienes mis tíos, con pocas excepciones, no apreciaban especialmente.

—Sin diálogos ¡los actores no tienen prácticamente nada en la cabeza! ¿Gracias a quién parecen tan listos al hablar? A tu tío y a mí, ¡a quién va a ser!

Había algo tonificante, desde luego, en tanta convicción. Sabías de qué pie cojeaban estas personas. Sabías lo que era comprometerte con el país en que vivías y pedir a las personas con autoridad que observasen unas normas de comportamiento razonables. Y también te resultaba estimulante no estar sometido a las formas más obvias de adoración de las celebridades: «Que no se te olvide que los actores son personas como tú y como yo, de carne y hueso; he trabajado con montones de ellos, así que sé de lo que hablo». Sin embargo, para un niño podía haber algo arrollador en esta avalancha imparable de opiniones. ¿Interveníamos los niños en alguna ocasión? Claro que sí. Para repetir lo mismo que los demás, para coincidir, para estar de acuerdo y confirmarlo. Era lo único que se podía hacer.

Pero en la *maison* sí que imperaba cierta forma de adoración de las celebridades, aunque seguramente se acercaba más a la idolatría: la que inspiraban los Grandes. Desde que éramos pequeños y, con una frecuencia cada vez mayor, cuando llegamos a la adolescencia, las conversaciones en las cenas y, sobre todo, después en la biblioteca, se centraban cada vez más en darnos a conocer mejor el mundo de Nuestros Héroes Personales.

Pertrechados de cierta firmeza interior, o quizá solo fuese sentido común, mis hermanos y yo decidimos muy pronto zafarnos de este adoctrinamiento en concreto. Yo, sin embargo, creía que estaba obligado a participar; más bien me preocupaban las consecuencias de no hacerlo. Porque, si no lo hacía, no sería una persona educada, culta, «uno de los nuestros»; y ser «uno de los nuestros» era algo primordial para mí por aquel entonces, esencial. Desde luego, no quería ser un amigo ni un pariente, uno de los otros sobrinos lejanos que «no nos entusiasman», que «no están a la altura», o que, aún peor, «habían defraudado las primeras expectativas». Así pues, aprendí a que me encantaran, y también por qué debían encantarme, Colette, Trollope, Matisse, Mozart. Leí *Grandes esperanzas* sin notar cómo las telarañas de la señorita Havisham

empezaban a extenderse, y leí los relatos de fantasmas del querido Henry (James, claro) notando, pero sin entender mucho, la conocida sensación ominosa que en ellas se encuentra. Ciertos dioses eran irrefutables, indiscutibles. Shakespeare. Proust. Virginia Woolf, y Leonard por haber sido «el más leal de los maridos»; la «lealtad», en los maridos o en los amigos, al igual que la «disponibilidad», en amigos y parientes, merecía el mayor de los elogios. Jean Renoir, pero no Pierre-Auguste («¡Demasiados traseros de color rosa!»). El Renacimiento, jamás la Edad Media; del mismo modo, sí a la Atenas de Pericles, pero no a los egipcios de la Antigüedad, «obsesionados con la muerte» y «propensos a la estilización», ni los romanos, «esos copistas e ingenieros». Faulkner (dos de cuyas novelas mis tíos habían adaptado al cine y cuya amante, Meta Carpenter Wilde, había trabajado en una de sus películas como *script* y fue amiga suya durante una breve temporada), pero no Hemingway (sin contar los relatos breves), y, desde luego, no Fitzgerald, que era «un borracho que había vuelto loca a su mujer» y que «solo había creado un buen libro; además, a saber, igual lo escribió Zelda, eso no me sorprendería en absoluto. Porque imagino que serás consciente de que detrás de todo gran hombre hay una mujer que a veces hace algo más que ayudarlo, en todos los sentidos. Claro que nuestro caso es distinto, eso está más claro que el agua: frase a frase, dólar a dólar, tu tío y yo somos socios cien por cien iguales».

La lista seguía. Fred sí, Ginger no («Es boba y republicana»). Hepburn, que le tenía cariño a mi abuela, también, aunque, *à la* Tracy Lord (al menos, la Tracy Lord del inicio de *Historias de Filadelfia*), se veía «limitada por su frialdad». Garbo, aunque fundamentalmente por *Ninotchka* y *Ana Karenina*, desde luego no por los aspavientos de falsa ermitaña de la etapa posterior de su vida («Pero ¿a quién se cree que engaña al pasearse por Madison Avenue con ese sombrero tan horroroso?»), aunque mi tío solía recordarnos que en 1930, cuando él tenía diez años, había pasado por debajo de las palabras «GARBO HABLA», que se veían en la marquesina de un cine donde se proyectaba *Anna Christie* (por lo demás, «un fiasco») en Nueva York: era la primera película de adultos que Irving había visto en su vida.

Lubitsch. *Scarface*. Buster Keaton. De Sica. Fellini (solo la primera época). Bergman, pero el Bergman más dulce y otoñal de *Fresas salvajes*, de *Fanny y Alexander* (*Secretos de un matrimonio*, cinta seguramente más relevante, se consideraba «demasiado lenta y claustrofóbica»). *Arriba y abajo*, cuando se estrenó, se disfrutaba religiosamente todas las semanas por lo bien que entretenía y por su «gran estilo», del mismo modo que, en un

sentido parecido (y siempre que supieras perfectamente que ocupaban un lugar inferior en el escalafón del panteón), pasaba con *La saga de los Forsyte* (tanto la novelas como la serie de televisión), las novelas de Lucia escritas por E. F. Benson, Nancy Mitford (las novelas también, así como las biografías de *madame* de Pompadour, el rey Sol y otros), y Evelyn Waugh, por mucho que fuera «un cerdo y un antisemita, como tantísimos otros de esos condenados ingleses de su época y de su clase social».

Los padres fundadores. Ella Fitzgerald y Cole Porter. Tennessee Williams (antes de que se «echara a perder; ¡demasiado alcohol, demasiadas licencias carnales!»). Frederick Lewis Allen (cuyos libros estaban muy manoseados, porque escribía sobre las décadas de 1920 y 1930, aquellas en las que habían nacido mis tíos, las que los habían formado). Los Durant. Delmore Schwartz. Emerson. Dylan Thomas. Todo Bellow, pero solo ciertas obras de Roth. («¿*El pecho*? ¿En qué estaba pensando?»)

Katherine Mansfield era un caso aparte. Tenía un «talento brillante»; su vida «había acabado trágicamente por culpa de la tuberculosis». Podría haber sobrevivido más «si no hubiera creído a ese farsante de Gurdjieff», y «si su marido, Middleton Murry, no hubiera sido tan cabrón y tan explotador. ¡Podría matar a ese tipo!».

Mis tíos hablaban de estos personajes como si fueran miembros de nuestra familia auténtica, o de su círculo de amigos de opiniones parecidas; elegían de forma muy minuciosa qué cualidades apreciar o ignorar (había tanto antisemitismo en James como en Waugh, podría haber sostenido alguien..., si se hubiera atrevido), pero en el caso de la «pobre Katherine», la interrelación entre lo personal y lo crítico-literario ofrecía, como acabé entendiendo, una resonancia especial para mi tía.

Del mismo modo en que no me limitaba a escuchar, sino también a hacerlo a escondidas, a medida que fui cumpliendo años, no me limité a observar, sino también a indagar. Al tiempo que me iban dejando cada vez más perplejo, y después inquieto, mis tíos y el poder que tenían sobre mí, empecé a «explorar» la *maison* cuando ellos estaban de viaje, para encontrar pruebas documentales que pudieran explicarme cómo se habían convertido en aquello que habían llegado a ser.

Dedicarte a descifrar lo que has investigado, con ayuda de la ciencia forense: qué aprendizaje tan esencial para un escritor, aunque, evidentemente, yo no lo veía así por aquel entonces. La verdad es que no me planteaba nada tan profundamente; me venía sin más el impulso de fijarme en las fechas y,

cuando mis tíos iban a pasar el fin de semana a Palm Springs o (lo cual era aún mejor, porque duraba más) emprendían sus viajes de otoño a Yurp, cogía mis llaves, que me habían dado anteriormente, cuando se fiaban de mí (de forma inequívoca, sin sospechas) para que cuidase la casa y las plantas mientras no estaban, y entraba en la *maison* en penumbra.

Si los ojos del retrato de mi tía me seguían en Odgen Drive, en Skyline había todo un pequeño ejército de ojos que se fijaban en mis solapadas investigaciones. Estaban los de Voltaire y *madame* de Sévigné, que se habían trasladado cuesta arriba desde el Apartamento, junto a la columna de ónice; el doctor Johnson y Napoleón, por quien mi tía sentía una pasión desde siempre, «no porque fuera un dictador, desde luego, sino porque escribió unas cartas de amor preciosísimas y liberó a Jesús del gueto». (Todos sabíamos que seguramente era porque a él le obsesionaban la arquitectura neoclásica y la decoración, como a ella.) Estaban los ojos de los caballeros ingleses de peluca y chaquetas rojas, en sus marcos tallados y de oro... Los ojos de los grabados en acero de personajes ilustres del siglo XVIII... Los de las damas chinas con túnicas que salían en los cuencos de porcelana... Ese sinfín de ojos me observaba mientras, con un corazón desbocado que me daba un vuelco cada vez que la casa crujía, que un coche hacía temblar una ventana al pasar o que, menudo susto, el teléfono sonaba, iba revisando cajas, cajones y armarios; me observaban, pero no podían impedir que encontrase frases como las siguientes, que mi abuela le había escrito a mi tía:

Cariño mío, ya lo he dicho y lo repito, creo que tienes el talento de una Katherine Mansfield, lo sé perfectamente, lo intuyo; ojalá te esforzaras y no buscaras siempre el tema jugoso, el efecto fácil.

Y:

Cariño mío, precisamente yo sé lo que es estar sin dinero, desearlo y anhelarlo. Pero tú, Gordete y tú estáis tan asentados en el mundo del guion... ¿Por qué no haces otro intento, aunque sea el último, de escribir algo en que se muestre todo el alcance de tu talento, todo el alcance de lo que tú eres? ¿Recuerdas cómo comparaba yo tu obra con la de nuestra querida K. M.? ¿No te habrás olvidado de la pobre y escuálida muchacha, de esa poeta del alma que tanto quisimos y que tanto nos unió? En otra época ella fue nuestra brújula. Nunca te conformes con lo que tienes, ángel

mío. Seguro que eso también lo recuerdas.

Las palabras empleadas en estas cartas contradecían la versión de su madre que mi tía había empezado a contar en el período posterior a la muerte de mi abuela, cuando Harriet madre se convirtió en la progenitora amantísima y llena de elogios «que, sin contar a Corchete, evidentemente, me aceptó de una forma más plena de lo que cualquier ser humano de este planeta podrá llegar a hacer» y, poco a poco, fue convirtiéndose en alguien mítico, más personaje que ser humano, otro ídolo del hogar, este con su propio altar, en el que todos los días, o cada dos días, se colocaba una flor de forma impecable.

Aquello era a la vez (lo puedo añadir ahora, con el efecto equilibrador de la distancia) algo injusto con la calidad y la cantidad del trabajo que mi tía, en colaboración con mi tío, sí hizo, por mucho que mi abuela ya notara muy al principio lo que acabó siendo el enigma esencial de la vida creativa de mis tíos: por qué siempre aspiraban a contar historias tan ajenas a ellos, es decir, situadas en el Oeste o en el Sur, inspiradas en Faulkner (*El largo y cálido verano*, *Los bribones*), Elmore Leonard (*Un hombre*) o Larry McMurtry (*Hud*); también se fijaron en las desdichas de los maestros de escuela (*Conrack*) o de los obreros de las fábricas (*Norma Rae*), en vez de elegir temas que salieran de su sangre, de sus entrañas.

Eran magos de la narración que no podían mirar hacia dentro: un misterio interesante en el que no reparé de joven, cuando mis tíos conformaban sin más mi centro educativo alternativo, mi segundo colegio. No, la verdad es que no fue así. Ellos fueron la escuela central de mi juventud: la de la cultura, la estética, la literatura, la música, las películas, la arquitectura y el diseño. Se aprende leyendo, se aprende haciendo, estando junto a los parientes cultos, mejor aún, claro está, si son estos dos en concreto. «Los que son inteligentes de veras no necesitan profesores; se limitan a rodearse de las personas indicadas, y de ellas obtienen la educación. Los escritores escriben, los críticos hacen críticas. Si quieres pintar, cómprate un pincel. Si quieres escribir, coge una pluma.»

La cosa era que... esta escuela alternativa y central que formaban mis tíos se regía en función de una serie de normas tan intrincadas como las de una institución pedagógica formal. Al principio, yo las obedecía sin saber siquiera que lo eran, sin siquiera distinguir las claramente a pesar de mis observaciones. La *maison* me brindaba un contraste tan atractivo respecto a la vida en Greenvalley Road que durante cierto tiempo, mucho tiempo, estuve sin

saber dónde acababan mis tíos y dónde empezaba yo. Podría haber buscado orientación en la literatura, si hubiera sido lo bastante espabilado para aprovechar lo que leía. El querido Henry (James, claro) podría haberme ayudado, pero no fui lo suficientemente listo para ver el paralelismo entre mi situación y la de las Maisies, las Pansys, los Miles, las Floras y los personajes como ellos. Me limité a dar lo que se esperaba de mí, de forma incesante. Igual que los espejos de la casa le devolvían a mi tía la imagen de sus interiores, yo le devolvía el mismo amor. Coincidió, celebraba, halagaba. Entablaba conversación repitiendo, o cortando y pegando, lo que escuchaba, leía y me enseñaban o decían, del mismo modo en que un vago alumno de instituto leía una entrada de la *Enciclopedia británica* y después reformulaba las ideas «con sus propias palabras». Pero no eran mis propias palabras, ni de lejos. No sabía cuáles eran las mías. O, si lo sabía, era incapaz de dilucidar cómo hilvanarlas mentalmente y pronunciarlas. Había aprendido a que se me diera muy bien apoyar el punto de vista imperante porque resultaba evidente que la disidencia, el pensamiento independiente, los gustos divergentes (la última etapa de Fellini, el Bergman oscuro, *Fiesta*, de Hemingway, Jackson Pollock, ¡las momias!) no desarrollaban la mente; todo eso amenazaba con finiquitar la conversación y, finalmente, la relación.

Esa fusión especular lo abarcaba todo, de lo más elevado a lo más bajo, de ideas a asuntos prácticos, pasando por las evaluaciones más superficiales de las cosas más básicas. Cuando me pedían mi opinión (cosa que pasaba mucho), bien me mostraba conforme, bien expresaba un desacuerdo que no aguantaba el fuego cruzado de una serie de réplicas. Cuando me pedían un favor, lo hacía. Y, cuando me llamaban para que acudiera a la *maison*, yo iba; idealmente, al cabo de unos minutos.

«Tesoro, tengo que colgar unos cuadritos...» (Siempre con el diminutivo puesto.)

«Hay que mover unos muebles...»

«Un día triste que hay que alegrar...»

«Vamos a jugar a que es otoño.» (Para esto, había que decorar la *maison* con ramas y hojas de seda convenientemente teñidas y llenar los jarrones de crisantemos.) «Primavera.» «Navidades.»

«Vamos a encender la chimenea y a charlar.»

Otras veces, se me convocaba con palabras distintas...

«*La gaviota...*»

«*Servidumbre humana...*» («Mike, la verdad es que creo que hay algo de

Philip en ti...)

«Los sonetos..., eres consciente de que una persona culta se sabe kilómetros de Shakespeare de memoria, ¿verdad?»

Como ella, que se sabía un sinfín de estrofas.

Y como yo, que me sabía un sinfín de estrofas.

«¿A un día de verano compararte?», aprendí a recitar... para decírselo a mi tía. «Más hermosura y suavidad posees.»

«Los fuertes vientos azotan los brotes de mayo», me contestaba ella, con un brillo en la mirada. «Y el tiempo del verano no tarda en acabar...»

Me cogía la mano, que se me quedaba húmeda entre las suyas.

—Tesoro, tú y yo sí que sabemos lo que es vivir una unión espiritual, ¿a que sí?

Si yo no respondía, si no sabía qué o cómo contestar:

—¿Tesoro? ¿No estás de acuerdo?

Esos ojos ardientes se me clavaban, grandes, eléctricos; el corazón me daba un vuelco inquietante.

—¿A que tenemos suerte?

Suerte..., mano húmeda..., corazón desbocado..., dócil... En esos momentos, yo musitaba un ambiguo «Mmm» que a ella parecía bastarle. Entretanto, por la noche en casa o a primera hora de la mañana, antes de ir a clase y a veces en clase, el nudo en el estómago me doblaba de dolor, pero nunca en la *maison*. Nunca allí donde seguramente se originaban esos dolores.

Otras veces me llamaba de este modo:

«Vamos a pasarnos por el cine Vagabond, a ver qué ponen...»

«*Sombrero de copa...*»

«*Primera plana...*»

«*Esta tía es un demonio...*» (Película que me proponía sin el menor atisbo de ironía, y con razón: a su lado, la tía de celuloide era una blanda.)

«*La gran ilusión...*»

«*Los cuatrocientos golpes...*»

Y yo iba, y hacía, y leía, y veía y comentaba (es decir, me mostraba de acuerdo).

Me encantaba formar parte de aquel mundo, que tenía un lema propio, *Ad astra per aspera* (a través de las dificultades se llega a las estrellas), que mi tío repetía con frecuencia, aunque nunca aclaraba en qué consistían exactamente

esas dificultades. Aquel mundo también contaba con canciones propias. Una era solo de mi tío, que la cantaba cuando estaba especialmente contento:

*Dama española, te adoro
desde la noche en que te vi.
Mi corazón te desea,
como le pasaría a cualquier corazón.*

La otra se cantaba religiosamente siempre que mis tíos emprendían un viaje, aunque fuera un breve trayecto por carretera a Palm Springs:

*Pi-piii, pi-piii,
somos los chicos del instituto.*

Y después otras tres o cuatro veces, cada vez en voz más baja:

*Pi-piii, pi-piii,
somos los chicos del instituto.*

Quiénes eran esos chicos y de qué instituto eran, como sucedía con las dificultades que había que superar para llegar a las estrellas, no quedaba claro, pero daba igual. Esta tonadilla disparatada era la canción principal de un mundo serio que me abrió la mente, que me aportó cosas que de otro modo no habría conocido: libros, objetos sacados de las colecciones de la *maison*, conocimiento. Me encantaba aprender, del mismo modo que durante años me encantó que mi tía me eligiera y me quisiera. Yo la quería con idolatría, profundidad, obediencia. También me encantaban la magia de su amor, la magia de su magia, la magia de su mundo, nuestro mundo. En lo relativo al resto, los sentimientos y las preocupaciones no se mezclaban con esa magia, me limitaba a levantar un muro en torno a ellos; le echaba un cerrojo a la puerta y escondía la llave.

En una tarde de sábado, a principios de la década de 1970, mi tía me estaba llevando a casa en coche después de una de nuestras salidas especiales, cuando nos cruzamos con mi padre, que iba en su Vespa al club de tenis de lo alto de la colina. Ella detuvo el vehículo. Él hizo lo mismo y se quitó el casco.

Igual que el aspecto de mi madre había cambiado durante aquellos años, también lo había hecho el de mi padre. Se había dejado el pelo largo y las patillas anchas y crecidas, que parecían dos comas oscuras que le enmarcaban la cara. Había cambiado las gafas de montura negra por otras más elegantes de aviador, con un tinte oscuro en la parte superior que se volvía más claro y transparente en la inferior. En la parte clara de la lente le distinguí los ojos; vi que primero se fijaban en mi tía, luego en mí y después en el asiento posterior del coche.

Ladeó la cabeza de forma igual a como yo había visto que lo hacía mi abuela muchas veces a lo largo de los años. Esa cabeza inclinada era todo el lenguaje que estos hermanos necesitaban para comunicarse.

—Es una mesa vieja que ya no quiero, Martin.

Lo de «Martin» nunca era un buen augurio.

Él movió la cabeza, pero no para asentir:

—Ya, pero es que el chico...

—¿No debería vivir entre cosas bonitas y civilizadas?

—Su cuarto...

—Hace años me costó cinco dólares.

—La cuestión no es el precio, ni su valor, sino...

—¿El qué? ¿Quieres que sea un chico como los demás? ¿Quieres que viva en un búnker?

—Nuestra casa no es un búnker.

—Esto tiene que ir al lado de su cama —dijo ella tras resoplar—. Es para sus libros, y para poner en ella una buena lámpara de lectura. No me digas que también les ves algo malo a la lectura y a los libros...

—Claro que no, pero...

—Pero nada. Le estás chafando el placer, Martin, y también el mío.

Con esas palabras, subió la ventanilla y encendió el motor. Yo miré hacia atrás y vi que mi padre estaba sentado e inmóvil en la Vespa, pensando.

Seguimos bajando la cuesta en silencio. Cuando mi tía detuvo el coche en nuestra casa, preguntó:

—¿Hace falta que te eche una mano, Tesoro?

—No hace falta —dije, incómodo.

—Martin no entiende lo que es el principio del placer. Nunca lo ha hecho. Pero no te preocupes. Ya me encargo yo del tema.

Esa noche, cuando sonó el teléfono mientras estábamos acabando de cenar, enseguida me invadió un temor, que no hizo más que aumentar cuando mi padre lo cogió en privado.

En cuanto mi madre empezó a ocuparse de los platos, logré escabullirme al piso superior para escuchar detrás de la puerta. Mi padre hablaba con la voz intencionadamente monocorde que empleaba cuando trataba de no perder los estribos. «Solo con una frecuencia algo menor, para que encaje mejor con sus compañeros, para que sea más... normal. Que desarrolle intereses más normales, quiero decir. Los chicos con los que va a clase no están leyendo a Trollope ni viendo películas france... —Hubo una pausa—. Largometrajes, como tú quieras. Pero no solo es eso. Nos preocupa lo que deben sentir Danny y Steve al quedar siempre marginados. Tienes que darte cuenta...»

Puede que mi padre estuviera hablando en voz baja, pero su interlocutora ya gritaba a tal volumen que su voz, al viajar por toda la línea telefónica, por la colina, al bajar a nuestra parte del cañón, al entrar en nuestra casa, subir al cuarto de mis padres y salir por el auricular (que mi padre seguramente sostenía a cierta distancia del oído), parecía estar estremeciendo hasta los cristales de las ventanas.

«Una cosa no tiene nada que ver con la otra...»

«¿Normal? ¿Desde cuándo eso es algo a lo que aspirar?»

«Después de todo lo que he dado...»

«Martin, él también es sangre de mi sangre.»

«Mi familia.»

«Mi niño.»

«¡Mío!»

—No es tuyo. No es de nadie, es una persona independiente. Además, Hankie, hay una cosa que te pido de verdad..., no, en realidad te la exijo..., y es que empieces a incluir a los otros niños. Si no...

Si no, ¿qué? Mi tía no siguió al teléfono el tiempo suficiente para descubrirlo.

La noche siguiente, mi padre vino a mi cuarto a hablar; nunca entraba en mi habitación a no ser que quisiera hablar conmigo a solas, normalmente sobre algo que yo había hecho mal. El sonido mismo de sus fuertes pasos en los escalones era desasosegante. Los golpes en la puerta (siempre llamaba antes, con gran respeto) me formaban un nudo en el estómago. Pero también había

algo incómodo en la forma en que mi padre accedía a una habitación que no parecía formar parte de la casa que él mismo había erigido, el dormitorio de su primogénito, decorado *à la Maison Ravetch*.

En él, encontró a su hijo sentado ante un escritorio (histórico), debajo de un retrato (un grabado) de Shakespeare, muy concentrado en una novela (victoriana). Al menos no lo hacía a la luz de una vela, aunque no habría sido la primera vez que lo intentaba.

—Mike, ¿tienes un ratito?

Yo no podía contestar que no a una pregunta así. Dije que sí. Se sentó en una esquina de mi cama.

—Tu madre y yo —comenzó a decir: esta ya era una expresión preocupante, apuntaba a decisiones ya tomadas y sin margen de negociación— hemos estado hablando. Y queremos pedirte un favor. Bueno, no es exactamente un favor. Es una nueva... norma. De esta casa, la nuestra. La de nuestra familia, tu familia, la de Greenvalley Road.

Hizo una pausa. Yo aguardé con retortijones en el estómago.

—Hemos decidido que, a partir de ahora, cuando tu tía o tu tío, juntos o por separado, te inviten a salir con ellos, de día o de noche, adonde sea, tienes que invitar también a tus hermanos. ¿Entendido?

Contesté que sí con la cabeza.

—Esta nueva norma no tiene excepciones. Aunque solo vayáis a comprar una botella de leche o a recoger la ropa de la tintorería. Vas tú con tus hermanos, con uno o con los dos. ¿Vale?

Volví a decir que sí.

—Seguro que comprendes el motivo.

Negué con la cabeza y hablé por primera vez:

—Pues no.

—Bueno —me explicó—, tu madre y yo tenemos la impresión de que a veces tu tía, tus tíos, no siempre tienen en cuenta los sentimientos de tus hermanos tanto como debieran. Siempre te eligen a ti..., te llevan por ahí... y te regalan cosas. Como muy bien sabes.

—Pero ¿qué culpa tengo yo? —pregunté, frustrado.

Guardó silencio y prosiguió:

—No es que tengas la culpa. Pero es una situación en la que estás tú y estamos todos. Y puede ser complicado lograr que tus tíos vean las cosas desde otra perspectiva. Pero no está bien; hay cosas que no están bien.

De pronto, los ojos azules de mi padre me parecieron muy oscuros.

—¿Te ha quedado claro?

Dije que sí. Y me pregunté por qué no había dicho nada sobre lo de tratar de tener intereses más normales, lo de intentar volverme más normal. ¿Era porque no quería decirme, abiertamente y a la cara, que me consideraba anormal? ¿Ni mostrar que conocía (¿acaso lo hacía?) los problemas que yo estaba teniendo en el colegio?

Le costaba mantener esa conversación; de eso me di cuenta. Después de otra breve pausa, recorrió la habitación con la mirada. Me dio la sensación de que la veía por primera vez desde hacía mucho tiempo. Años, quizá. La contempló; soltó un suspiro; se marchó.

El día siguiente era sábado. Mi tía llamó por la mañana y lo cogí yo.

—Tesoro —me propuso—, ¿te apetece que vayamos a Pasadena esta mañana?

Pasadena era uno de los sitios a los que más le gustaba salir de excursión.

—Podemos zascandilear por ahí y comer. ¿Cuánto tardas en estar listo?

—Ya lo estoy.

—Voy a buscarte.

Vacilé.

—Puedo ir andando —propuse, con el corazón a mil—. El paseo me gusta.

Era pronto. Eché un vistazo al cuarto de al lado. Mis hermanos estaban sentados en el suelo y jugaban con los coches Hot Wheels sin mí, como siempre. Pasé sigilosamente por delante y bajé el recibidor. Cada paso que daba estaba cargado de angustia. Me cercioré de pisar las escaleras de forma especialmente suave para que no crujieran. Crucé la puerta y la cerré tras salir.

—Me has desobedecido. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

En la voz de mi padre había un deje de furia, tal como sonaba antes de uno de sus estallidos. Pero se estaba esforzando por aplacar el enfado, por controlarlo. Creo que, por una vez, quería conocer de veras mi respuesta.

¿Cómo podía explicárselo? No podía alegar que estaba hechizado, casi poseído. No tenía el lenguaje necesario para hacerlo, ni tampoco la capacidad de introspección, la libertad que ese lenguaje habría denotado.

Tampoco podía decirle: «Ella tiene un poder sobre mí que no alcanzo a comprender». Ni: «La amenaza de perder su amor me aterra y me tiene encadenado, vigilado». Ni: «Mis compañeros me acosan y me pegan por lo

diferente que soy de ellos, y no sé cómo ser amigo de personas que son tan distintas de mí y en cierto sentido, en el fondo, siento que seguramente merezco que me acosen y me peguen precisamente por ser diferente». Ni: «No sé por qué me prefiere a mí antes que a mis hermanos, pero al mismo tiempo eso me encanta; me encantan tanta atención, los regalos y que me hagan sentir especial, y no sé cuál sería mi identidad si no fuera a la vez un elegido y un marginado, una víctima que también resulta ser un príncipe».

—Es que no sé en qué estaba pensando —contesté, con toda sinceridad.

Ahora estábamos en su dormitorio. La habitación que compartían mi madre y él. La puerta estaba cerrada. Del todo. Él estaba sentado y echado hacia delante en su butaca de vinilo marrón, un armatoste enorme, cuadrado y feo que antes había estado en su casa de soltero en Lookout, y que, no sé muy bien cómo, había sobrevivido a los impulsos de redecoración de mi tía.

Yo estaba medio sentado y medio apoyado en la cama, conteniendo las lágrimas, y ahora callado.

Se pasó las manos por esas gruesas patillas suyas.

—Algo debías de estar pensando. ¿No te acuerdas de lo que te había pedido?

Dije que sí con un gesto.

—¿Te acordabas pero se te olvidó? ¿Me oíste pero no me hiciste caso?

—Estaban... ocupados.

—¿Tus hermanos?

Asentí con la cabeza.

—Ocupados... ¿haciendo qué? —preguntó mientras cruzaba los brazos.

—Jugando.

—¿Les has preguntado si querían acompañarte?

Noté que me ponía como un tomate.

—Me ha parecido que..., que no les iba a apetecer.

Apoyó la espalda en la butaca. Igual que la vez anterior, cuando había notado que contemplaba mi cuarto como si fuera la primera vez, percibí que ahora me veía, nos veía a mi tía y a mí..., no por primera vez, eso desde luego, pero más profundamente, con mayor actitud de diagnóstico, de como lo había hecho nunca. Como si estuviera contemplando un problema que era mayor que él; que quedaba fuera de su alcance, quizá. Un problema enredado en toda la esencia de nuestra familia, lo de hermano y hermana y hermana y hermano y todo ese rollo, y las abuelas, y el peculiar estatus de segundones de mis padres (pero ¿quién se lo había asignado, quién lo había decidido?) dentro de este

grupo de personas, algo que probablemente tenía que ver con el hecho de que mis tíos eran mucho más ricos, llamativos, histriónicos y buscadores de atención (y al mismo tiempo, evidentemente, necesitadísimos de esa atención) que mis padres, que nunca habían dejado de ser los hermanos menores, completamente carentes de esa energía exótica y artística propia de Hollywood que sí tenían los mayores. O quizá todo aquello se remontaba más en el tiempo, mucho más, hasta la época en que mi madre conoció a mi tía, cuando solo era una niña y se quedó tan embelesada por ella como lo estaba yo, quizá nunca había sido capaz de dejar atrás ese papel dependiente, de alguien más joven, más pequeño, menor, obediente, que había asumido o que le habían impuesto. Una cosa me parecía clarísima: mi padre había empezado a percatarse de que cabía la posibilidad de que el hechizo que mi tía me había lanzado no pudiera romperse tan fácilmente, ya fuera mediante razonamientos, enfados, presión o nuevas normas familiares.

Se quedó mirando por la enorme ventana que daba al gran cañón verde, el querido cañón en el que él había desempeñado un papel tan crucial, tan imprescindible, para que aquellas personas vivieran tan cerca unas de otras, tantos años antes, y dijo:

—Mike, esta mañana, al darnos cuenta de que has ignorado abiertamente mi petición y de que te has ido sin tus hermanos, tu madre y yo hemos tenido una conversación. Y hemos tomado la decisión, los dos juntos, de que durante un mes no podrás ver a tu tía. He hablado con ella y lo entiende. Bueno, digamos que lo acepta, en todo caso. Esta noche, como sabes, tus primos van a ir a su casa a cenar y nos han invitado, pero tú y yo no vamos a ir. Nos quedaremos en casa los dos solos. Espero que así tengas tiempo para pensar.

Me quedé anonadado.

—Un mes —dije—. Eso no es justo. No me lo merezco.

—Lamento que lo veas así, pero esto no es negociable. Y seguiremos haciendo lo mismo siempre que nos llegue una invitación durante este mes siguiente. Es decir, treinta días a partir de hoy. Sin excepciones, no hay más que hablar. Y punto.

Estábamos en verano. Un castigo semejante tenía consecuencias mucho mayores en verano, cuando los días eran largos y no estaban estructurados. Una neblina turbia le restaba intensidad al cielo de julio y, al no llover, el verde fue desapareciendo de las pendientes del cañón, hasta que estas se

quedaron más secas, cada vez más marrones y desnudas. Peligrosamente desnudas. En los postes de teléfono de todas las colinas clavaron carteles de peligro de incendio y, siempre que me llegaba el sonido de una sirena, corría a la ventana a ver si había humo o llamas.

Yo ya había visto fuego por la ventana de mi dormitorio, una noche varios veranos antes en la que hacía un tiempo parecido, unas aterradoras llamas de color naranja que consumían una franja de chaparral a la que se podía llegar a pie desde nuestro jardín de atrás. Mi padre y otros padres del vecindario se subieron a los tejados arrastrando mangueras y pidieron a gritos a sus mujeres o a sus hijos mayores que abrieran completamente el grifo. De pie en tejados a dos aguas, con gabletes o incluso planos, daba la impresión de que esos hombres estaban alejando sus casas, como si navegaran, de aquel mar de llamas diabólicas. Rociaron los tablones, la tela asfáltica y las tejas, y vigilaron esas lenguas de color naranja hasta altas horas de la noche, mucho después de que hubieran quedado reducidas a ascuas y de que las sirenas y los bomberos hubieran llegado y se hubieran ido.

Aquel mes no se declaró ningún incendio. Solo una amenaza, y de otro tipo de incendio, el provocado por el mal humor, el de los Bergman, esto es, que crepitaba entre las dos casas, Greenvalley y la *maison*. Aquello era como la electricidad estática que a veces acompaña a los vientos de Santa Ana. Yo lo notaba en el aire, el peligro y la inquietud de que todo entrara en combustión espontáneamente en cualquier momento, de que estallara.

Pero sucedió algo aún más extraño y alarmante: reinaba un completo silencio. No hubo cenas familiares, ni *brownies* con triple ración de mantequilla, ni conversaciones sobre Faulkner o Fellini en la biblioteca, sino casi un mes de completo silencio entre las dos familias, que normalmente se visitaban y se hablaban (o discutían) todos los días, prácticamente sin excepción, y que cenaban juntas dos veces por semana, en casa o en un restaurante, durante todo el año.

Como un deportista que entrena entre partidos, me dediqué a leer tantísimos libros que tuve que empezar con el primero de los treinta volúmenes de Balzac, encuadernados en cuero, que habían sido de mi bisabuela y que, tras la muerte de Huffy, habían emigrado a las estanterías de nuestro salón. Dediqué tantas horas a esta actividad en mi cuarto que acabé convencido de que notaba cómo le iban saliendo hojas nuevas a la tupida copa del olmo japonés que se veía por mi ventana.

E iba contando los días.

Día 4.

Día 13.

Día 21.

En el vigésimo quinto, mi madre vino a mi puerta a decirme que tenía una llamada.

—Tesoro, ¡nos han concedido el indulto! Le han quitado cinco días a nuestra condena. ¿Qué estás haciendo?

Le dije que leía.

—Bueno, pues marca la página y ven ahora mismo.

Colgué y corrí a mi cuarto a ponerme los zapatos. Me calcé a toda prisa, me los anudé y bajé las escaleras en un santiamén.

Mi madre me esperaba junto a la puerta. Tenía la cabeza inclinada a un lado, casi en el mismo ángulo en que la ladeaba Sylvia cuando le daba vueltas a algo.

—¿Esta vez tengo que invitar a Danny y a Steve? —le pregunté.

Se quedó callada unos instantes.

—No, esta vez no —contestó con un suspiro.

Salí de Greenvalley, subí la cuesta y crucé el cañón. En la puerta de entrada de la *maison*, mi tía y yo nos echamos en brazos del otro como si fuéramos... ¿como si fuéramos amantes? ¿Éramos eso? ¿Esa era la relación entre una tía y un sobrino, una mujer de cincuenta años y un chico de trece? ¿Cómo iba a ser posible? No podía ser; no lo era... del todo. Sí que estaba feliz de verla, con una felicidad vertiginosa y aliviada, aunque también era consciente, muy levemente, de que esta conexión, esta reconexión, no era del todo razonable, o nada en absoluto. Ni sana. Cuando me abrazó en la puerta, noté que manaban de ella una intensidad y una desesperación que me recordaban esa desesperación suya el día de la muerte de Huffy, tres años antes, cuando me había estrechado contra sí con tanta fuerza que casi no podía respirar, que casi no podía recordar que yo tenía una vida propia e individual, sentimientos propios, un dolor propio (o su ausencia), una personalidad propia, fuera la que fuera, estuviera donde estuviera dicha personalidad.

Pero también me dio la sensación de que a esos dos días los unía algo más que lo físico. No pude decir qué era, pero supe que existía un vínculo. Lo notaba, de forma más bien intuitiva. Al morir, mi abuela dejó un agujero negro. Mi tía, al acercarme a ella, también me arrastraba a él, casi hasta su interior, porque, si de veras yo hubiera caído en el abismo, no me habría dado cuenta de que eso me estaba pasando. De esta forma, no. En este momento, tampoco.

Ni con los ojos abiertos, con la mente registrando lo que pasaba.

En todo caso, eso fue lo que pensé. Allí. En ese preciso instante. Deducir cosas, comparar sentimientos y situaciones..., así debía de ser como lograbas salir de ellas. O eso creía. O esperaba.

Entramos en la casa. Me enseñó todos los cambios que le había hecho en esos veinticinco días. Había estado ocupada pintando y reordenando. Cuando mis tíos no andaban con un guion entre manos, en el edificio se producían cambios más frecuentes; sin embargo, en esta ocasión ciertas habitaciones se habían redecorado y cambiado de arriba abajo. Y, por primera vez, a las paredes antes blanquísimas se les habían aplicado colores intensos, saturados. El salón era de un amarillo mostaza rayano en el dorado; el salón, color terracota; la biblioteca, roja. Mi tía también había retapizado gran parte de los muebles para que hicieran juego. En toda la casa había más telas, colores más oscuros, muchísimos más objetos, que ella me fue señalando mientras me lo enseñaba todo, habitación tras habitación; aunque, evidentemente, no hacía falta que me señalara esos cambios, porque yo me dedicaba a observar la *maison* con tanta atención como a sus habitantes y siempre que un objeto se desplazaba, se añadía o se quitaba, lo advertía enseguida. Aun así, los nuevos e intensos colores de las estancias me sorprendieron.

—Bueno, Tesoro, ¿qué te parece? Eres mi mejor crítico. ¿Aprobado o suspendido?

—Está todo tan... distinto...

—¿Distinto en el buen o en el mal sentido?

—En el bueno.

—¿Aprobado, entonces?

—Aprobado.

Le cambió el gesto y lució una enorme y alegre sonrisa.

—Sabía que le iba a gustar —declaró.

Intenté ver dónde estaba mi tío, pensando que le hablaba a él. Pero no. Por lo visto, hablaba con las paredes, con la propia *maison*.

—No te olvides de saludar a tu tío —añadió; pero esto también quedó raro, ya que yo siempre iba a buscarlo. No hacía falta que me lo recordara.

Irving estaba a dos habitaciones de distancia, en su butaca de lectura de siempre, en la biblioteca. Como me costaba mirar a mi tía, fijarme en sus ojos, fui adonde estaba él.

Me senté delante de Irving en mi silla de siempre y al cabo de unos minutos apareció Hank con una bandeja de galletas y limonada; luego se tumbó en su

diván, que se decía que había sido del capitán general Montgomery y que ella se había traído de Londres unos años antes.

Nadie mencionó el Castigo, como si nada hubiera pasado. Estuvimos poniéndonos al día, como hacíamos siempre que volvían de uno de sus viajes por Europa, o cuando yo regresaba de esquiar con mi familia. Hablamos de los libros que habíamos estado leyendo, de las películas que habían visto, de cuándo pensaban marcharse a Londres ese otoño...

En determinado momento, mi tía me miró con esos brillantes ojos suyos y después se volvió hacia mi tío.

—¿No te da pena que no sea nuestro? —dijo mientras se le quebraba la voz, con un gesto repentinamente lleno de deseo, saturado de ese anhelo, como las paredes de color.

Mi tío (solo durante un instante) respiró profundamente, mientras esos ojos suyos tan comunicativos comunicaban... nada.

Ni tampoco dijo nada.

—¡Vamos a secuestrarlo! —exclamó ella.

Si aquello fuera una novela, mi tía lo habría hecho. En la vida real, ya lo había puesto en práctica.

Lejos de la colina

Poco después de que se levantara el Castigo, mis tíos nos llevaron (a los tres hermanos) a cenar una noche en el Hamburger Hamlet de Sunset Boulevard. Este lugar (que anunciaba «comida y bebidas absolutamente maravillosas») era uno de los preferidos de mis tíos para una comida informal, era cómodo para las familias y en él ya había incorporada una referencia a Shakespeare, ni más ni menos.

Por encima del espléndido reservado de cuero rojo que ocupábamos esa noche, había colgado un grabado enmarcado en oro de dos actores enzarzados en un duelo (Edmund y Edgar) y, al lado, otro del propio Hamlet, vestido de negro y a cierta distancia de Claudio, con unas palabras de la segunda escena de la obra:

REY: ¿Todavía ensombrecido por las nubes?

HAMLET: No, señor. Paso demasiado tiempo bajo el sol.

El personaje de Hamlet mantiene una relación peculiar con sus tíos: hasta el mundo material me iba brindando accidentalmente pistas y revelaciones, aunque en aquella época yo no las reconocía como tales.

Después de que mis hermanos y yo pidiéramos las hamburguesas con gran educación, la camarera miró a mis tíos y les dijo:

—Pero qué bien se portan sus hijos. Debo decir que esto es infrecuente hoy en día.

—Vaya, muchas gracias —contestó Hank con una sonrisa de orgullo—. Nosotros estamos encantados con ellos. ¿A que sí, Corchete?

—No sabe usted cuánto —confirmó mi tío.

Después de que se marchara la camarera, Hank se inclinó y nos dijo:

—Chicos, podríamos fingir. Por diversión, nada más. Solo cuando vengamos aquí.

Me dio la impresión de que solo yo me fijaba en la chispa preocupante de

su mirada, que yo solo le notaba un temblor también preocupante en la voz.

Danny acababa de cumplir once años y le siguió el juego enseguida; se volvió a colocar bien en la nariz las gafas de montura metálica y dorada, siempre sucias, y dijo:

—Mamá, ¿me pasas la sal? Me gustaría tenerla aquí al lado cuando lleguen las patatas fritas.

—Claro, hijo.

Intervino Steve, el pequeño, que estaba a punto de cumplir nueve:

—Bueno, papá, dínos qué tal te ha ido hoy en la oficina.

¿Mi tío en una oficina? Aquello costaba imaginárselo.

—Agotador —contestó—. Clientes. Reuniones. Calculadoras. ¡Zapatos!

Los dos menores se echaron a reír. Yo me quedé callado y angustiado.

La camarera nos trajo las ensaladas.

—Se me ha olvidado, la mil islas es para...

—Papá —dijo Steve.

—¿Y la vinagreta?

—Para mamá —dijo Danny—. Ahora le va a pedir azúcar. Mi madre siempre le echa azúcar al aliño.

La camarera se llamaba Sheila. La vimos a la semana siguiente, y la de después, y a la otra. ¿Significaba algo que, de todos los restaurantes a los que mis tíos solían llevarnos, no dejáramos de volver al Hamlet, sobre todo cuando era probable que estuviera trabajando Sheila?

—Ah, mi familia preferida.

—Ah, estos niños tan educados.

—Ah, si es la señora Ravetch, la madre a la que le gusta echarse azúcar en el aliño.

—Por favor, querida Sheila, llámame Hank, todos mis amigos lo hacen.

Esas veladas, esas pequeñas actuaciones, me producían una gran incomodidad. El juego se acercaba demasiado a la realidad para ser divertido, para ser considerado como tal en mi caso, porque en ciertas ocasiones de mi primera infancia se me habían ocurrido unas ideas extrañas e inquietantes, que ocupaban un lugar intermedio entre los sueños y las preocupaciones, y que habían reaparecido después, más o menos sobre la época del Castigo, ocasiones en las que me preguntaba sin darme cuenta por qué me parecía, en realidad, mucho más a mis tíos que a mis padres; por qué tenía tantos intereses

en común con ellos; por qué compartía el Ojo con mi tía, cuando este rasgo no estaba presente en nadie más de la familia; por qué leía lo que leía, y tanto como lo hacía; por qué pasaba tantos ratos con mis tíos y por qué esos momentos suscitaban unos sentimientos tan intensos tanto en mi madre como (algo más sorprendente, al ser un hombre por lo demás tan distante) en mi padre; por qué mis tíos me habían elegido entre mis hermanos y me querían con tanta vehemencia.

¿Por qué mi tía lamentaba no poder raptarme? ¡Raptarme! A un ser humano, un niño, ahora un chico que se estaba convirtiendo en adolescente, ¿apartarlo de sus padres y sus hermanos? ¿De su casa, de su mundo? ¿En qué se diferenciaba eso de lo que habían hecho sus despreciados tío Mark y tía Zeena, el hermano sin hijos de Sam y su mujer, quienes, cuando nació mi padre, se habían ofrecido a comprárselo a mis abuelos por cien mil dólares? «El Flem Snopes de nuestra familia», decía mi tía al referirse a Mark. «¡Despreciable!», añadía, poniendo el acento en la primera sílaba, que, según ella, era su sitio.

En esta secreta preocupación mía también había otra idea: ¿este juego solo me creaba incomodidad... o quizá no era tanto una preocupación como una fantasía? La de que en realidad yo era hijo de mis tíos, entregado (¿prestado?) a sus hermanos menores para que lo criaran, como les pasaba a los niños de los cuentos de hadas y las leyendas y las novelas del siglo XVIII... Pero ¿entregado (o prestado) por qué motivo? ¿Para que pudieran dedicarse a sus atareadas carreras de guionistas? ¿Cenar con actores? ¿Viajar a Yurp todos los otoños, durante semanas o meses seguidos? ¿Vivir con el ansia perpetua e insatisfecha de la única experiencia que faltaba en sus vidas?

O podía ser porque mis tíos no resultaban aptos, porque se sabía que no lo eran, que no podían educar a un hijo. ¿Mis tíos? Ella. Quizá era incapaz de estar a la altura. O no estaba bien. De la cabeza. Peor aún. Estaba destrozada. Enferma. En una de mis últimas sesiones de escucha subrepticia, había oído a mi padre hablar de la tía Hankie de forma más explícita que nunca.

—Merona, mi hermana no es una persona razonable —le decía a mi madre—. Su forma de pensar, de comportarse, las escenas que monta, la gente a la que aparta..., cada vez la veo menos cuerda. Me preocupan Irving y ella. Y Michael y los niños, todos nosotros...

A lo mejor esa era la pista que faltaba, la clave que iba a desvelar todo el misterio: mi tía padecía algún tipo de enfermedad mental que la iba degenerando gradualmente, lo que le provocaba esas fantasías (anhelar

raptarme, fingir que Irving y ella eran nuestros padres). A lo mejor aquella era la causa de que hubiera empezado a hablar con las paredes («Sabía que le iba a gustar») y del cambio que se había producido en la manera en que me hablaba ahora cuando estábamos solos...

«A veces, Tesoro, la afinidad es más importante que la sangre... ¿Entiendes lo que quiero decir?»

«Yo creo que tienes que vivir la vida como quieres vivirla, tal como mi madre hizo antes que yo. Tu vida y tus amores. ¿Me entiendes? Seguro que eso tú lo sabes mejor que nadie. Tú y yo lo sabemos mejor que nadie...»

A mí también me daba la impresión de haber estado demasiado bajo el sol, aturdido. Pero ni siquiera en un juego podía llamarlos papá y mamá.

Las llamadas de teléfono empezaron a producirse con una frecuencia cada vez mayor.

«Tengo que colgar unos cuadritos...»

«Hay que mover unos muebles...»

«Un día triste que hay que alegrar...»

Empecé de forma tentativa, muy tentativa, a averiguar dónde estaban los límites. Empezaba a despertar, muy levemente.

De vez en cuando, terminaba lo que tenía que hacer en casa (deberes, o leer un capítulo de un libro) antes de dirigirme a la *maison*.

Al llegar, me encontraba con un gesto sombrío al otro lado de la puerta. Mi tía empleaba el lenguaje de siempre, pero el tono estaba lleno de reproches.

«¿Se puede saber por qué has tardado tanto?»

«Me daba miedo que te hubiera pasado algo en el camino.»

«No me digas que te has vuelto a quedar dormido. ¿Se te ha olvidado que ya tendrás mucho tiempo para dormir cuando estés muerto?»

Incluso cuando obedecía y me apresuraba, e iba, veía, hacía, jugaba a las casitas y hablaba de libros hasta que no quedaban volúmenes recién leídos de los que hablar, colgaba cuadritos hasta que no quedaban cuadritos que colgar, a la mañana siguiente, o, si ese día había clase, a la tarde siguiente la llamada se producía de nuevo, y yo regresaba de nuevo, y parecía que todo empezaba de cero, que me tocaba tratar de mejorar el estado de ánimo de mi tía, que cada vez era menos negro y más negrísimo. Aquello era como echar arena en una playa. El tiempo, el esfuerzo, la energía: nada quedaba acumulado. Daba igual que llevaras un grano o un millón; cuando te marchabas, el paisaje volvía

a adquirir su antigua identidad inalterada (e inalterable).

Si le decía que no podía ir hasta después de una hora o (aún peor) en todo el día, la despedida era rápida y el teléfono se colgaba con un fuerte golpe. Y cuando al fin yo volvía a aparecer, en sus ojos había una mirada distante, la cabeza estaba echada hacia atrás, la nariz alzada en un gesto de desaprobación, ofensa o enfado. Y no tardaba mucho en empezar a hablar, con palabras cada vez más hirientes:

«Eres un chico muy sensible, pero he de decir que a veces no muestras la menor sensibilidad con los demás.»

«La verdad es que a veces eres un chico de lo más despiadado.»

«Eres igual que tu padre.»

Peor aún: «Eres igual que mi padre».

Durante cierto tiempo, con gran cautela y sin ser muy consciente de lo que hacía, intenté hacer algunas incursiones, muerto de miedo, en una vida independiente; solo un poco independiente. Después, obediente, presentaba el informe pertinente, como siempre se lo presentaba a mis tíos después de hacer cualquier cosa.

En alguna ocasión en que comenté algo (solo una vez, igual dos) sobre una chica que me podía haber parecido que me gustaba (en esas infrecuentes veces en que conocía a alguna en clase que se dignaba hablarme), mi tía me rodeaba fuertemente el pecho con los brazos y alzaba la nariz mientras me soltaba una pregunta muy seria:

—Pero ¿está a la altura de los Fabulosos Frank?

Esos ojos brillantes e intensos se clavaban en mí y ella insistía:

—¿Lo está, Mike?

—Creo que sí.

—¿Lo crees? Tienes que estar seguro. Saber de qué pie cojea. Por ejemplo, ¿qué lee, qué le fascina? ¿Es una persona imaginativa, creativa y original, como tú? ¿Alguien gregario, iconoclasta, rebelde, conformista? ¿Cómo es su casa? Una casa dice muchísimo, como bien sabes. Descríbemela. Venga...

En otra ocasión hablé de un chico nuevo del colegio, del que pensé que quizá me podía hacer amigo (fue una ocasión insólita, en la que encontré a alguien con quien tenía algo en común, en este caso el coleccionismo de fósiles, y que no me acosaba ni me insultaba):

—Pero ¿qué hacéis cuando estáis juntos? ¿Deporte? ¿Revisar esos pedruscos viejos que tienes? ¿Ver la televisión? Por favor, no me digas que estás viendo la televisión. Eso no, por favor.

La frase que más desconcertado me dejaba era la siguiente:

—¡Tráelo (o tráela) a casa! ¡Siempre me interesa conocer a jóvenes nuevos!

Incluso hablar de alguna referencia sacada de la actualidad podía resultar peligroso. «¿Cat qué? ¿Simon y Fulanito Funkel?» El gesto se enturbiaba; la garganta carraspeaba. A continuación: «No pensaba que precisamente tú, Mike, fueras a pasarte al otro lado». Después, tapándose la boca, haciéndole un aparte a mi tío, que cada vez estaba más recluido en el refugio de su butaca en la biblioteca: «¿A ti se te ha ocurrido alguna vez que pudiera pasarse al otro lado?».

«¡Convertirse en uno de ellos!»

«Mike, ¿uno de ellos? No es posible. Es inconcebible.»

Mi tía te sobrevolaba en círculos, como un halcón inteligente. Comenzaba con una trayectoria amplia; quizá con algún tema no del todo relacionado y de apariencia normal; sus interrogatorios y sus exámenes siempre parecían inocentes al principio, superficiales y supuestamente poco importantes, pero solo si no te fijabas en el tono, o si no entendías el lenguaje de Hank, uno que yo dominaba con fluidez.

«A tu madre... ¿le ha gustado el macetero que le he mandado? El otro día, cuando estuve allí, no vi que tuviera flores, que sería lo suyo. Lo elegí para esa mesa del salón. Sí, esa, la del cajoncito curioso que era de mi madre y que, menos mal, sigue estando a la vista, aunque por los pelos.»

«Tu madre... ¿No crees que, con este nuevo interés que le ha dado por la decoración, su gusto se está escorando hacia lo campestre?»

(La palabra «campestre» se pronunciaba en el mismo tono crítico que «moderno».)

«¿No le aburren los materiales norteamericanos? Porque tanto primitivismo... queda muy repetitivo. Es un estilo feo con ganas, parece egipcio.»

Todo esto lo decía en clave, pero no costaba descifrarlo. El significado era el siguiente: a tu madre no le gustan mis regalos, así que yo no le gusto. No comparte mi criterio estético, así que el suyo es inferior; no solo eso, sino que

además ella también es una persona inferior. Alguien a quien le gustan las cosas primitivas también es, en cierto sentido, primitiva. Yo soy griega; ella, egipcia. Yo, una mujer de mundo; ella, no. Yo, una guionista culta; ella qué es, ¿qué ha logrado en la vida? Aparte de teneros a vosotros...

«La verdad es que me pica la curiosidad. ¿A qué se dedica tu madre todo el día?»

«¿Con quién habla?»

«¿Qué lee?»

«En el fondo, ¿Merona quién es?»

Yo únicamente podía responder con murmullos y confirmaciones de carácter evasivo y neutro; respuestas a medias y medias verdades. Sí, el macetero: el otro día puso en él un ranúnculo amarillo. Claro que le siguen gustando las cosas formales. Ahora está leyendo una novela, es de una mujer, Doris algo. No me acuerdo del título.

Pero jamás se conformaba con esas respuestas.

«Tesoro, hay una cosa en la que creo mucho. Creo que es fundamental conocer a los padres, a una madre, como yo conocí a la mía. Hasta las partes más recónditas de su ser, su corazón y su alma. ¿Recuerdas que adiviné que mi madre se había enamorado de Henry cuando yo tenía once años? De mamá hay miles de cosas más que averigüé o entendí de forma intuitiva.»

«¿Puedes decir tú que conoces a tu madre del mismo modo?»

Esta pregunta yo nunca la contestaba; me limitaba a escuchar, mudo y con una sensación de opresión en el pecho.

«¿Y puedes decir que ella te conoce también de este modo?»

«¿Puedes, Mike?»

«¿Mike?»

El caso de mi padre era más complicado. Durante su infancia había sido su querido hermano menor, su Martontito, que había sido el gran apoyo de la madre de ambos en los tristes e infelices años de Portland, «cuando el mundo se desmoronaba a nuestro alrededor» y «aquel matrimonio tan absurdo revelaba su verdadera naturaleza carente de amor». Martin se había convertido en un guapo adolescente que se había ido a la guerra y que había vuelto siendo un joven responsable y serio, un deportista de primera y un ambicioso estudiante de Económicas en la UCLA. Tenía «gran inteligencia» y «mucho mano para los negocios, cosa que me maravilla, porque yo no sé ni rellenar un cheque ni poner la dirección en un sobre». (Estas dos tareas le correspondía hacerlas a mi tío.)

Más o menos sobre la época en que Hank tiró las cosas de Sylvia, aquel día en el Apartamento, Marty empezó a retirarse, tanto como le era posible en esta familia tan sumamente interrelacionada, del mundo especialmente intenso de su hermana. Y entonces empezó lo siguiente:

«Tu padre... Ya no sé nada de él.»

La primera vez que lo oí, yo tendría unos catorce años. Lo seguí oyendo durante décadas.

«Ya no es el hermano con el que crecí.»

«Tenía muchas esperanzas puestas en él.»

«Lo respetaba muchísimo..., antes.»

«Hay que ver lo que se parece a los Goldstein: solo piensa en sí mismo.»

«A ti no te conviene parecerte a los Goldstein; los hombres de esa familia eran despiadados, cerrados y egoístas. Vulgares y perversos. De la peor clase de hombre. Esperaba que Martin fuera una excepción, pero mira lo que ha pasado con mi ojito derecho...»

Un día, al volver de clase, vi que mis padres me esperaban en el salón, y que habían colocado a mis hermanos en casas de amigos. Esos dos detalles juntos formaban una señal llamativa. Mi padre aún no se había quitado la ropa de trabajo. Mi madre llevaba los zapatos dentro de casa, cosa que, al igual que mi tío, su hermano, jamás hacía.

—Mike, esta tarde tenemos una cita —anunció mi padre— y nos gustaría que nos acompañaras.

—¿Una cita de qué tipo? —pregunté con tono de preocupación.

—Con un hombre con el que hemos estado hablando —añadió—. Nos está ayudando a entender ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

Hubo un momento de silencio; entonces mi madre tomó la palabra:

—Cosas relacionadas con nuestra familia... y con tus tíos. Y contigo y... el colegio.

Entonces, lo sabían. ¿Lo sabían? ¿Cómo y qué sabían, si yo me había esforzado tanto en ocultar todos los indicios del acoso, todas las marcas del cuerpo, todas las cicatrices de mi persona?

—¿Es un psiquiatra?

—Psicólogo —dijo mi padre.

—¿Cómo lo habéis encontrado? —pregunté.

—A través de un amigo.

—Entonces, ¿creéis que necesito un médico, un loquero?

—Tú no —intervino mi madre—. Nosotros. Todos. Como grupo, da la impresión de que somos incapaces de...

—Podéis ir sin mí —solté.

—Ya lo hemos hecho —dijo mi padre—, pero quiere conocerte. Hablar contigo.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Mike, intentamos ayudar.

—Ayudar ¿con qué? No necesito ayuda, y no pienso ir con vosotros. Lo siento.

Subí al piso de arriba y, por si acaso, me quité la ropa y me puse el bañador. Mis padres jamás me obligarían a ir a ver a ese hombre en bañador. Me tiré en la cama y abrí *David Copperfield*, novela que estaba leyendo en ese momento.

Al cabo de unos instantes oí el estruendo de las pisadas de mi padre en las escaleras; el sonido me llegó cuando él aún estaba en la parte inferior, en el segundo o tercer escalón. Enseguida se me hizo un nudo en el estómago. Las pisadas cobraron mayor intensidad y rabia. En esta ocasión no llamó a la puerta. La abrió sin más, con la nariz ya hinchada.

—Tengo entendido que no estabas muy dispuesto a venir a verme esta tarde.

Era de la misma edad que mi padre, quizá unos años más. Se estaba quedando calvo y llevaba unas gruesas gafas de montura negra. Tenía unas manos extrañamente grandes, que no quedaban proporcionadas con el resto del cuerpo. En otro contexto, habrían sido manos de músico.

—¿Eso quién se lo ha dicho?

—Tus padres..., tu padre, ahora mismo. Siento curiosidad; ¿cómo te han convencido?

Yo llevaba el bañador por debajo de los vaqueros. Así mostraba mi rebeldía. Mi desacuerdo. Al removerme en la silla, notaba el bulto del exceso de tela, la malla del interior: mi cilicio particular.

—Pues haciéndolo.

—¿Me podrías dar un poco más de... información?

Mi padre ha tenido una de sus rabietas, ¿es eso lo que quiere oír? Ha

levantado la voz y ha dado puñetazos en mi mesa. Ha gritado tanto que los cuadros de la pared han empezado a temblar. Mi madre se ha quedado en la puerta, con lágrimas en los ojos, suplicándole que se calmase. Pero él ha seguido chillando, así que me he puesto los pantalones y los zapatos y me he subido al asiento posterior del coche, y así es como he llegado. Si tantas ganas tiene de saberlo.

—Noto que no quieres comentar este tema.

Asentí fríamente con la cabeza.

—Quizá podemos hablar del colegio. Cuéntame, ¿tienes muchos amigos en clase?

¿Acaso él, o mis padres, pensaban que yo era imbécil?

—Claro que tengo amigos.

—Háblame de uno.

—¿Por qué?

Soltó un suspiro.

—Mira, estoy aquí para ayudarte.

—Para ayudarme ¿con qué?

—¿En el colegio no hay nada, ninguna situación de la que te gustaría hablar? ¿Alguna situación incómoda?

Seguí callado.

Tras una pausa, añadió:

—Tus padres me han contado que tienes una relación muy cercana con tus tíos.

Como ahora tampoco dije nada, prosiguió:

—Tu tía es la hermana de tu padre, ¿verdad? Y además está casada con el hermano de tu madre. Este no es el tipo de estructura familiar que suele verse habitualmente, y eso que yo veo todo tipo de familias debido a mi trabajo.

Hizo otra pausa.

—Ellos no tienen hijos propios y viven cerca de vosotros, ¿verdad?

—Si ya sabe todo esto, ¿para qué me lo pregunta?

En esta ocasión, la pausa fue más larga, más reflexiva. Noté cómo sus ojos, detrás de esas gruesas gafas, indagaban, se movían.

—Veo que eres un joven inteligente —continuó—. Así que voy a ser franco contigo. Evidentemente, ya he estado con tus padres. Les preocupan ciertos aspectos de la relación que tienes con tu tía. Pero la cuestión no solo te afecta a ti, sino a todo el sistema familiar.

¿Todo el sistema familiar? Debió de verme un gesto de consternación o,

aún peor, de asco, porque dio marcha atrás.

—Ahora mismo lo único que intento es que me digas algo.

—Pero es que yo no quiero hablar.

—Sí, eso está claro. Aunque...

—Aunque ¿qué?

—Que es posible que te fuera de ayuda.

—¿Qué es lo que me sería de ayuda? ¿Hablar?

—Sí, eso es. Conmigo.

—¿Y por qué con usted? —pregunté de forma insolente.

—Porque me dedico profesionalmente a hablar con jóvenes. Es lo que estudié en la universidad, lo que me han enseñado a hacer y lo que llevo ya muchos años haciendo. Quiero pensar que los ayudo.

—¿Que los ayuda cómo?

Se quedó cavilando unos instantes.

—Para que estén más cómodos consigo mismos. Con sus vidas. Por ejemplo, tengo entendido que has estado teniendo ciertos dolores de tripa.

Me entró uno justo en ese momento.

—Y también que los doctores, los médicos, te han examinado de arriba abajo y no han podido dar con un diagnóstico.

—Me negué a beberme aquel líquido.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no quieres que un médico te mire el interior del estómago?

—Me dio asco.

—¿La idea de que un doctor te mirase?

—El sabor del líquido blanco.

Esbozó una sonrisa.

—Creo que puedo entender las dos cosas.

—Bueno, pues si lo entiende, si lo entiende todo, no le hará falta preguntarme al respecto, ¿no?

—Cuando digo que lo entiendo —me explicó, haciendo caso omiso de mi tono—, no quiero decir que lo comprenda a la perfección, sino que me hago una idea, que me gustaría saber más. Eso no me importa reconocértelo.

Se produjo un silencio entre nosotros. Él se quedó mirándome con unos ojos perspicaces de los que después, mucho después, yo podría haber dicho que expresaban una mezcla de estupefacción y preocupación. En aquel momento, el carácter penetrante de esa mirada me pareció ofensivo, y no solo eso, sino también indigerible, tan repulsivo como el líquido blanco que el

médico del estómago había querido que bebiese.

Nada más entrar en su consulta, me había fijado en una gran caja de arena colocada a la altura de una mesa; en las estanterías de detrás se veía una serie de figuritas de madera, plástico y metal, de todas las formas imaginables. Había bomberos y policías, soldados y barrenderos, reyes, reinas y campesinos; había animales y monstruos, madres y padres, chicos y chicas, blancos y negros, personajes vestidos y desnudos; muchas de ellas se repetían y formaban filas ordenadas, un desubicado botín del tesoro salido de una juguetería.

Ahora el psicólogo miró hacia esas estanterías; cogió dos hombres, dos mujeres y tres chicos. Los puso en la caja de arena y me dijo:

—A lo mejor te apetece colocar estas figuras de tal modo que puedan contar una historia. A veces, a los niños les ayuda tener algo... tangible. Suelen ser menores que tú, pero he descubierto que esto resulta efectivo en personas de hasta veintitantos años.

Y antes había dicho que yo era inteligente. Me quedé mirándolo de hito en hito.

Al cabo de un rato empezó a trazar con el dedo índice circulitos en la arena. Esboqué un gesto de indiferencia y me puse a hacer lo mismo. Él hacía círculos y yo hacía círculos, él se quedó callado y yo me quedé callado. Cuando acabaron los cincuenta minutos, se levantó y yo me levanté. Abrió la puerta; mis padres y yo intercambiamos nuestras posiciones. Me senté en la sala de espera, con los brazos firmemente cruzados por encima del pecho, mientras ellos desaparecían en el interior de la consulta.

Mientras volvíamos en coche, les pregunté qué había dicho aquel hombre.

—Que has opuesto mucha resistencia —me contestó mi madre, y soltó un largo suspiro.

—¿Tengo que volver?

—No —contestó con otro largo suspiro—, no tienes que volver.

Alfred, a medida que fuimos cumpliendo años, se puso más creativo en el tema del acoso, un fenómeno que me siguió desde la escuela primaria Wonderland Avenue al instituto Bancroft, como una especie de malévola sombra o maldición. A veces, Alfred continuaba agredéndome físicamente, pero cada vez actuaba más entre bambalinas, como un marionetista diabólico.

No tendría que haber sido tan ingenuo de pensar que el cambio al instituto

iba a producir algún cambio en él, que dicho cambio haría posible que yo (que los dos) empezáramos de cero en un nuevo centro. Esta idea tan ilusoria sufrió una abrupta revisión cuando, en la primera semana de instituto, me abordó un grupo de alumnos de noveno curso, que formaron un círculo en torno a mí para preguntarme, con aire amenazador, si era verdad que en realidad me llamaba Suzie, tal como les habían «informado».

Me quedé destrozado al oír ese nombre tan pronto en ese entorno nuevo, porque había esperado, o soñado, poder al fin bajar la guardia; y porque estaba cansado y cada vez más solo, por mucho que tapara mi soledad cumpliendo a la perfección con mis obligaciones académicas y estando siempre ocupado, ya fuera leyendo, escribiendo o dibujando; y porque no sentir nada se había convertido en una forma de lo más horrible, limitadora y embrutecedora de sobrevivir a la jornada escolar. Y ahora me veía obligado otra vez a prepararme, a ponerme la coraza, para una batalla agotadora.

¿Qué me pasaba? ¿Acaso no había aprendido a esconder el cuaderno de dibujo en una funda marrón y discreta, perfectamente doblada y ajustada, como la que nuestro tutor nos había enseñado a hacer para forrar los libros de texto? ¿No me cercioraba de caminar sin dirigir la mirada a nadie, sin establecer contacto visual, sin dejar que nadie notase lo humillante que era, temporada tras temporada, ser el último al que elegían para el equipo de deporte que en ese momento se estuviera formando?

Y ¿no había hecho todo lo posible por guardar las distancias con Alfred durante la jornada escolar y, cada vez más, también después?

Es posible que ese fuera el problema, o parte del problema. Yo ya no estaba disponible para cambiar sellos o cromos de béisbol, o para jugar al balonmano contra la puerta de nuestro garaje; me había hartado de esa amistad entre varones jóvenes que se me ofrecía, basada en la antipatía y el odio, la atracción y el rechazo, la compañía y las palizas. Pero lo curioso era que cuanto más evitaba a Alfred, más me buscaba él. Yo era su deporte, en todas las temporadas, y punto.

En los primeros años de instituto, Alfred tendía a reservarse las agresiones físicas para los trayectos de vuelta en autobús, cuando éramos de los últimos chicos en bajar, o para justo después, durante el paseo a casa desde la parada. Yo temía la parte de Greenvalley Road que iba desde dicha parada hasta la casa de Alfred más que ningún otro trecho de calle en el mundo, porque a veces, muchas veces, en él no había nadie al margen de él, uno de sus secuaces, y yo; o solo estábamos Alfred y yo.

Alfred, esas uñas tuyas y yo: se las cuidaba como un gran chef cuida sus cuchillos. Y ahora que era mayor y más fornido, cuando sus uñas se clavaban se hundían más, arrancaban más carne y sacaban más sangre, tanta que llegó un momento en que ya no pude ocultarle a mi madre las marcas de las manos cuando entraba en casa y me iba directo al lavabo.

Un día, mi madre se fijó en los hilillos rojos que me corrían por el dorso de las manos, y supo lo que pasaba. Seguramente lo había sospechado, o más que sospechado, desde el principio. ¿No era ese uno de los motivos por los que mi padre y ella me habían llevado a ver al hombre de la caja de arena? ¿No me había preguntado este por el colegio, por alguien del colegio? Si ella lo sabía, daba la impresión de que había estado tan desorientada respecto a qué hacer con Alfred como lo estaba yo. Un día, sin embargo, sí que vio algo. Esperó a que mi padre volviera del trabajo y entonces le enseñó mis manos; juntos, sin apenas mediar palabra, cruzaron la calle y llegaron a una casa situada dos números más abajo, donde estaba Alfred jugando solo a la pelota.

La voz de mi padre resonó por todo el cañón. El Mal Genio de los Bergman, desplegado de forma pertinente por una vez, se manifestó en una amenaza atronadora: «Alfred Druckerman, ¡si vuelves a tocar a mi hijo, me aseguraré personalmente de que esas manos tuyas no vuelvan a tocar un balón!». Hasta mi madre, normalmente de voz tan suave, intervino y exclamó en tono alto y agudo: «Alfred, ¡eres malo, horrible y no vales nada! ¡Todo el mundo lo sabe desde hace años! Deberías estar en un correccional, no en Laurel Canyon. ¡No te acerques a nosotros! ¿Entendido? No te acerques a nuestro hijo ni a nuestra casa. ¡Ni se te ocurra!».

Yo me quedé donde no se me veía, escondido detrás de una esquina del garaje. La situación me inspiró vergüenza, gratitud y miedo; sobre todo esto último, porque, por mucho que a una parte de mí le aliviara que mis padres entendieran, al fin, lo que había estado pasando y trataran de ayudar, otra parte de mí sabía perfectamente cómo son los chicos y se percataba de que habría consecuencias.

Nos pusimos a cenar como cualquier otra noche. Nadie mencionó el nombre de Alfred. Después me acosté y no pude dormir; temía lo que podía suceder al día siguiente en clase.

Por la mañana, Alfred y sus secuaces me esperaban en el patio, con una burla ya preparada:

—A Suzie le hace falta que su papá y su mamá peleen por ella. Suzie no sabe defenderse sola; menuda niña está hecha, ahora ya lo sabemos bien...

Siguieron en el mismo plan hasta que sonó el timbre, en torno a veinte minutos después. Pero no me tocaron. Ese día no.

En el trayecto de autobús, Alfred se quedó a cierta distancia, pero en cuanto bajamos empezó de nuevo, se me acercó y, medio en susurros y medio escupiéndome al oído, retomó el sonsonete habitual y se puso a llamarme marica, nenaza, Suzie.

Finalmente me di la vuelta y lo miré:

—Oye, Alfred —dije en tono tranquilo—, ¿te apetece venir a cambiar sellos, por ejemplo? Tengo material nuevo.

El Jano de siempre cambió de cara inmediatamente. «Claro —contestó con un gesto de indiferencia—. Yo también tengo unos nuevos —añadió—. Importantes. De mi tío.» Este tío suyo era un coleccionista de sellos «de verdad», según el cual, me dijo Alfred en cierta ocasión, su sobrino ya había llegado al sexto curso del coleccionismo, mientras que yo no había salido de la guardería.

—Te espero —le dije.

Y eso hice, con gran paciencia, junto a uno de los costados de nuestra casa.

En el cañón estábamos en la temporada de incendios; mi padre acababa de comprar una nueva manguera de presión superlarga y una boca con un chorro superfuerte y superintenso. Me fijé brevemente en la manguera y, de un fognazo, supe lo que iba a hacer. Me agaché y abrí el grifo al máximo, lo que hizo que la presión fuera aumentando detrás de la boca. Me dio la sensación de estar sosteniendo algo vivo; endurecida por el agua bajo presión, la manguera parecía una serpiente a punto de atacar.

Alfred subió la cuesta y cruzó la calle. Yo salí de detrás de la esquina. Me vio y se quedó inmóvil.

Abrí la palanca y solté una explosión de agua tan potente que lo derribó y tiró por los aires su valiosa colección de sellos, «avanzada» y de sexto curso.

—Eh, pero ¿qué...?

Interrumpí su discurso con más agua todavía, dirigida a su boca, que tantas cosas horribles me había dicho a lo largo de los años..., a la boca, la nariz, los ojos. Él extendió los brazos a ciegas; no sé muy bien cómo, logró coger el álbum de sellos empapado y cruzó la calle medio a gatas y medio tambaleándose. Incluso después de que se levantara y de que se marchara pitando a su casa, el agua lo encontró. Le roció los pies, los muslos, el trasero, la espalda que se alejaba. Lo perseguí por la calle, cuesta abajo. La nueva manguera de mi padre era muy extensa: veinte metros, quizá treinta, y aquel

chorro tan potente llegaba fácilmente diez metros más lejos. El agua persiguió a Alfred hasta el camino de entrada de su casa, al que su madre, al oír que gritaba y que pedía auxilio, había salido corriendo. A ella también la empapé, por si acaso: por haber interrumpido mi venganza, por haber parido a ese hijo tan bestia, por saber o por no saber, ya daba igual, ¡pero qué malo era aquel chico!, por no haberle puesto límites nunca. «¡Tú, loco, para ya!», chilló la madre en tono estridente, con una voz anegada en agua a un volumen que no me decía nada, no significaba nada ni tenía el menor efecto en mí. Continué lanzando el chorro, empapándolo todo, echando el agua hacia arriba; incluso después de que ambos entraran en la casa, cerraran la puerta y bajaran las persianas, yo seguí inmerso en mi tormenta personal. Inundé el camino de entrada, las plantas, el coche, el buzón con el correo recién entregado...

Por fin me fui a casa, cerré la manguera y la enrollé en un círculo bien formado. Subí al piso superior y me puse ropa seca. Luego guardé mi colección de sellos para siempre.

El lunes siguiente, Alfred volvió a llamarme Suzie, pero, o había perdido parte de su arrojo o, cosa que ahora me parece más probable, haber reaccionado frente a él me había hecho menos vulnerable, y sus palabras me entraron por un oído y me salieron por el otro. No, ni eso. Ni me entraron.

Poco a poco, empecé a pasar más tiempo con mi tío. No supe por qué ocurría esto, tampoco si mis padres tenían algo que ver. Pero después de la visita a la consulta del terapeuta, después también de que cruzaran la calle para regañar a Alfred, algo cambió en los ritmos del conjunto de la familia.

Ese acercamiento a mí por parte de mi tío coincidió con ciertos cambios en mi tía. Con una frecuencia cada vez mayor, ya no se limitaba a insinuar cosas, sino que había empezado a buscar peleas explícitas. Sus objetivos eran indiscriminados e impredecibles: parientes que la decepcionaban, amigos que se habían mostrado menos leales de lo que ella exigía, colegas de los que se consideraba que andaban escasos de deferencia, agallas, creatividad o valor. Y cuando Hank se sentía ofendida o dolida, por poco razonable que fuera su queja, mi tío (si estaba con ella) la apoyaba sin más: lo que Hank sentía era justo; el modo en que Hank veía el mundo (cada vez más en contra de ella, o de ellos) era como ese mundo era realmente. Cuando ella se distanciaba de alguien, ya no había más que hablar. En función de la forma que adoptase la

excomuni3n, era Irving quien marcaba el n3mero de tel3fono o quien enviaba el sobre o (m3s de una vez, lo cual fue memorable) quien encargaba el telegrama. Igual que hab3an fusionado sus estilos narrativos en una 3nica voz, parec3a que tambi3n hab3an fusionado lo que pensaban de la gente que conoc3an. Gradualmente fueron dejando de ser Hank e Irv para convertirse en Hankeirv.

—Irving —dec3a mi padre en un fuerte tono de cr3tica— es un perrito faldero.

—Mi hermano ha desaparecido —se quejaba mi madre—. Ya no lo reconozco. 3Qui3n es?

Todo esto era cierto, casi al cien por cien, cuando mis t3os estaban juntos, por culpa de lo cual su compa3n3a resultaba cada vez m3s inc3moda. Pero mi t3o, al ser quien era, lograba mantener cierta distancia solapada, seguramente para sobrevivir sin volverse loco, guard3ndose un ratito de cada d3a para s3. Al hacerlo, durante ese rato, volv3a a ser Irv y a diferenciarse de Hankeirv.

Este Irving no se quedaba en casa, sino que sal3a a la calle.

Este Irving no aparec3a por la ma3ana o a mediod3a, sino por la tarde o por la noche.

No era un Irving tranquilo o reflexivo, dedicado a la lectura, la escritura o sus pensamientos, sino un hombre activo que necesitaba estar atareado y hacer... pr3cticamente cualquier cosa en la que no interviniera mi t3a.

Este Irving necesitaba ruedas. En la primera etapa de su matrimonio, durante casi veinte a3os, de forma sorprendente mis t3os hab3an compartido un solo coche, en el ca33n, donde a pie solo se pod3a llegar a otra parte del ca33n. Cuando Huffy muri3 en 1969, mi t3o hered3 su Oldsmobile azul oscuro, un armatoste grande y destartalado que no pegaba mucho con su estilo, pero s3 le permit3a salir solo. Al cabo de unos a3os a este veh3culo lo sustituy3 un Thunderbird deportivo y blanco, y despu3s lleg3 un Camaro a3n m3s deportivo de color verde cazador.

Sin embargo, el veh3culo que m3s asocio a mi t3o fue «una gratificaci3n», c3mo 3l lo describ3a content3simo, que formaba parte de un contrato por dos guiones que el agente de ambos, Everett Ziegler, negoci3 a mediados de la d3cada de 1970 con David Bagelman, que por aquel entonces presid3a Columbia Pictures. El veh3culo era un cup3 Mercedes 450SL, biplaza y de color chocolate, que tambi3n ven3a con una capota de lona (que 3l nunca utilizaba) y una preciosa tapicer3a de cuero, de color caramelo y que ol3a fenomenal. Circulaba tan cerca del suelo y con los asientos tan inclinados que

mi tío casi parecía medio tumbado al conducir.

Le encantaba ese coche. En él hacía cosas alocadas, muy poco propias de Irving y de lo más emocionantes, como pisar el acelerador hasta los ciento sesenta kilómetros por hora en la autopista entre Palm Springs y Los Ángeles, o entrar en un aparcamiento vacío y proponer: «Chaval, ¿te apetece conducirlo un rato?». Además, lo tenía impoluto, tan brillante como sus calcetines blancos y el suelo de la cocina, que se empeñaba en fregar todas las noches después de cenar.

En el garaje, lo aparcaba todo lo lejos posible del Buick Riviera de mi tía, para que cuando esta abriera la puerta de su coche no existiera el riesgo de que se lo rayara, y todas las semanas lo llevaba a lavar y a que lo enceraran a mano; no obstante, ese vehículo en tanto que objeto era menos importante para él que como una forma de liberación que lo alejaba de la *maison*. Todos los días, después de que mi tía y él acabaran de escribir, y cuando él ya había mecanografiado de nuevo (y, por tanto, pulido) el trabajo de la mañana, y ya había terminado la comida, que todos los días consistía en fruta fresca, anacardos, un vaso de leche y tres o cuatro galletas integrales, Irving se subía al Mercedes y desaparecía.

—¿Se puede saber adónde vas todas las tardes? —le preguntaba muchas veces mi tía.

—Por ahí.

—Por ahí, ¿dónde?

—A hacer recados.

—¿Qué recados?

—Compro toallitas de papel. Llevo las sábanas a Sol. Cada tres semanas me corto el pelo.

—Qué emocionante.

—¿Quieres acompañarme, cariño?

(Esto lo preguntaba con una voz que claramente anticipaba la respuesta.)

Ella cortaba el aire horizontalmente con un ademán de la mano y decía:

—Corchete, cuando acabo de trabajar me dedico a cosas placenteras. Salgo de anticuarios. Voy a Skilletts a buscar platos nuevos. Deambulo por Pasadena. Al supermercado no voy, eso desde luego.

Entonces, mi tío me miraba y preguntaba:

—¿Y tú, Mike? ¿A ti te apetece venir conmigo esta tarde?

También sabía lo que le iba a responder. Claro que quería ir con él. Me gustaba acompañarlo a cualquier sitio.

Y ¿adónde íbamos? Efectivamente, nos pasábamos por el supermercado a comprar los artículos anodinos que mi tía jamás adquiriría, como las toallitas de papel ya mencionadas, papel higiénico y (cómo no) productos de limpieza, sobre todo los que servían para fregar suelos.

O íbamos a la tintorería, la de Sol, que estaba en Sunset Boulevard justo al lado del *drugstore* Schwab's, a la que Irving se empeñaba en llevar las sábanas para que las planchasen, porque después de haberse hospedado durante años en «el Dorch» de Londres, se había acostumbrado a los placeres de una sábana planchada.

O nos dirigíamos a la biblioteca pública de la esquina entre Hollywood Boulevard e Ivar Avenue o, en ocasiones especiales, nos acercábamos hasta la biblioteca del centro, donde le gustaba enseñarme los murales de la década de 1930 («mi época») en los que se mostraba la historia de California. Esta excursión era de un carácter semiprofesional, porque él siempre andaba buscando material que pudiera convertir en un guion, y una de sus fuentes la constituía aquello que hallaba al azar en la biblioteca local, donde podía recorrer las estanterías y centrar la atención en lo que quisiera.

A veces íbamos a una tabaquería (en los años en que fumaba) de Santa Mónica, un pequeño emporio fragante de una época pasada que estaba en Wilshire Boulevard, donde mi tío reponía las existencias de tabaco para pipa y toda la parafernalia (los puros cubanos, sin embargo, procedían de una fuente secreta que nunca fue revelada).

O también íbamos al banco a que le dieran su cantidad semanal de dinero en efectivo, gruesos fajos de billetes de veinte de los que de vez en cuando sacaba uno y me preguntaba:

—¿Lo quieres, Mike?

El brío con el que Irving abordaba estos recados daba a entender que les concedía una importancia especial en su día, seguramente en su vida. Yo lo notaba por la forma en que se pasaba al yidis al hablar con Sol, o cuando le pedía al peluquero que le hablase de su infancia en la Varsovia de antes de la guerra, o por la forma en que, cuando estaba delante de un estante lleno de productos de limpieza para el suelo, sostenía a contraluz primero una botella y después otra, cómo las evaluaba imitando de forma socarrona el modo en que otros hombres examinan un borgoña espléndido.

Las series de recados acababan a la hora sagrada de las cuatro, cuando mi tío quedaba con su gran amigo (y prácticamente el único) Rubin Carson, que era el Falstaff de Irving si este hubiera sido el príncipe Hal.

Ruby era más bajo que mi tío y a veces casi el doble de corpulento; en general, un espécimen de aspecto poco saludable con una nariz picada por la viruela, una voz extrañamente aguda y una aureola de cabello propia de un científico loco que salía despedida en todas direcciones. Llamaba a mi tío Bub. Mi tío lo llamaba Bub. Ese apodo mutuo era como un abrazo verbal, pero incluso sin él se notaba lo mucho que disfrutaban de la compañía del otro.

Hasta 1969, esa Hora del Café se celebró en el Schwab's de Sunset Boulevard; después de que se completara la *maison*, cuando mis tíos empezaron a hacer más vida en el valle, se reunían en el Du-par's, justo al este del Laurel Canyon, en el Ventura Boulevard de Studio City, donde los dos hombres siempre se presentaban puntuales, siempre ocupaban un reservado grande del centro o de la parte posterior del restaurante y siempre se tomaban dos cafés por barba. A veces compartían una porción de un bizcocho (de frutas), a veces se lo comía mi tío solo.

Que te invitaran a la Hora del Café era como que te admitieran en un mundo de Lewis Carroll en el que dicho café era una poción de propiedades transformadoras, donde un trozo de bizcocho podía cambiar a hombres adultos. Muchas veces me preguntaba qué habría pensado mi tía de la forma en que Irving y su amigo hablaban. Ruby se sentaba en el reservado y, como si estuviera retomando una conversación que había dejado minutos antes, comenzaba con un comentario del tipo de: «¿Sabes cuál creo que es el mayor problema del hombre? Que se pasa la vida tratando de volver a meterse en un agujerito». (Cuya ubicación en concreto tardé un poco en dilucidar.) Añadía: «No hay que engañarse, a las mujeres solo les gusta un hombre divertido si está forrado de pasta».

Cuando estaba con Ruby, mi tío hablaba de un modo en que no lo hacía con nadie más. «Gracias al talento también puedes conseguir sexo, Bub», afirmaba..., lo cual ¿qué revelaba exactamente? Otra reflexión suya empezó del siguiente modo: «Ya sabes lo que pasa cuando estás recién casado y no puedes dejar de follarte a tu mujer continuamente...». En este caso también tuve que pararme a reflexionar: ¿acababa mi tío de pronunciar un «follar» prohibido? ¿Había dicho esa palabra asociándola a mi tía? Se me abrieron tanto los ojos que estaba seguro que los párpados me iban a llegar a lo alto de la cabeza.

Durante casi un año, Ruby, mi tío y también mi tía habían vivido juntos, en una

época de soltería de Ruby entre un matrimonio y otro. En esta época, antes de que yo naciera, se instaló en la casa anterior que mis tíos tenían en Wonderland Park Avenue, en la que había un garaje independiente que habían convertido en estudio, al que siempre denominaron «la casa de la institutriz». En esta vivienda se encontraba uno de los interiores más inquietantes que yo había visto jamás. Un espacio que se había ideado y construido para alguien que nunca lo había habitado, pero que había dejado en cualquier caso su huella fantasmal en él; presentaba un aspecto sólido pero parecía provisional, olía raro y se limpiaba con tanto descuido que al agua del inodoro la cubría una capa beis. Por impensable que fuera algo semejante en el mundo de mi tía, también estaba lleno de muebles que no se habían colocado de forma lógica, sino que se habían apretujado allí de cualquier manera.

Esa casa estaba encantada por el fantasma de un niño cuya existencia (como si aquello fuera una obra de James, Henry..., o de Albee, Edward) se había planeado y esperado, concebido, aunque nunca concebido con éxito. La idea era que mis tíos tuvieran un hijo, seguramente solo uno, que llegase al mismo tiempo que el primogénito de mis padres, es decir yo (aunque mi tía le sacase diez años a mi madre), para que los niños crecieran juntos «casi como si fueran hermanos». Al ser una mujer trabajadora, a Hank le harían falta los servicios de una institutriz, igual que ella había tenido una de pequeña (una dama que era alemana, severa y que estaba gordísima) en los años de antes de que la Gran Depresión se llevara la fortuna de mi abuelo. La institutriz iba a vivir en este cuarto y a cuidar de este pequeño, este primo que yo habría tenido por partida doble, dado que mis tíos también lo eran doblemente; más que eso, incluso, porque esos genes doblemente compartidos se concentrarían en una sola persona. Pero este primo fantasma nunca llegó a existir, porque a mi tía le diagnosticaron endometriosis, una afección para la que por aquella época no había tratamiento, de forma que se quedaron sin hijos.

Mi tía hablaba con frecuencia de este vástago no nacido, del que, curiosamente, se esperaba que fuese niña, y que se habría llamado Agatha.

Lo de que fuera niña mitigaba (un poco) la rivalidad entre Agatha y yo. Ya era bastante complicado ser el hijo suplente, el hijo alternativo que durante muchos años sustituyó a un fantasma, y durante muchos años, hasta que la fantasía se deshizo, estuve oyendo comentarios incisivos como los siguientes:

«Agatha ya habría leído *El molino del Floss* a los siete años; pero ya se sabe que las niñas siempre van más adelantadas que los niños.»

«Agatha habría sido una ayuda maravillosa para su madre, ¿no crees? Nos

imagino preparando *brownies* juntas en una tarde triste de domingo, levantándonos mutuamente el ánimo alicaído.»

«Agatha es nombre de escritora, ¿a que sí? Agatha Frank Ravetch. No, mejor: Agatha Ravetch-Frank. ¡Con guion, claro!»

«Seguro que Agatha habría empezado a escribir poemas en cuanto hubiera podido coger un lápiz. Y buenos, por cierto.»

«Agatha habría sido una niña de lo más artística. Es muy probable que hubiera ilustrado sus propios textos, como hacían las hermanas Brontë. No creo que hubiese perdido el tiempo coleccionando sellos ni piedras, ni con los Simon y Fulanito Funkel esos.»

«Agatha se habría casado con un caballero y un erudito, al que probablemente habrían concedido una beca Rhodes. Bueno, ¡lo más seguro es que se la hubieran dado a ella!»

«Querida Agatha, cuantísimo te habría adorado...»

Ruby escribía, como mi tío. A diferencia de este, también tenía un trabajo más convencional de tapicero. Ayudaba a llevar el negocio de su padre, que era inmigrante y que al morir les legó su taller de Glendale a sus hijos. Su finura a la hora de drapear, poner volantes, ribetear, bastear, orlar y crear fundas le había granjeado un lugar especial en el corazón de mi tía. Mientras sus butacas y sofás estuvieran retapizadas con mano de experto, «rapidito, rapidito» y a buen precio, la Hora del Café no le molestaba gran cosa a Hank. Tampoco le molestó que ambos hombres empezaran a salir a cenar una vez por semana, religiosamente, en la noche de los miércoles (después los jueves), siempre en Musso & Frank, «el restaurante más antiguo de Hollywood», tal como aún se anuncia, donde a Irving le gustaba señalar la barra en la que Faulkner se pillaba unas cogorzas de cuidado después de pasar frustrantes jornadas de trabajo haciendo guiones para los estudios, y donde mi tío mantenía una relación especial con el *maître*, a quien daba uno de sus nuevecitos billetes de veinte para que Ruby y él supieran que siempre iban a tener el mismo reservado grande de al lado de la puerta de entrada, donde cenaban ensalada *chiffonade*, después lenguados moteados fritos, patatas a la lionesa y guisantes con mucha mantequilla. Ruby bebía; mi tío, nunca. Entre uno y otro siempre conocían a varias personas de los demás reservados de la sala, por ejemplo, destacados personajes de Hollywood como Billy Wilder o Pandro Berman; una parte del ritual vespertino consistía en saludar educadamente a esos

colosos venidos a menos antes de ocupar su reservado habitual.

Todavía más infrecuente que una invitación a la Hora del Café era una a Musso, tras lo cual llegaba una hora en la querida librería Pickwick, situada más al oeste en Hollywood Boulevard: dos plantas atestadas de lecturas que valían su peso en oro, entre las que siempre me invitaban a que eligiera un par de tomos para llevármelos a casa.

Todo en esas veladas contribuía a crear una sensación de celebración, desde la relación especial de mi tío con el *maître* (¿cómo y cuándo había aprendido aquello?) hasta los camareros de chaqueta roja y de la vieja escuela, pasando por los menús que se imprimían de nuevo todos los días, o por la posibilidad de ver a esos veteranos de Hollywood.

—Antiguamente ¡era una especie de dios! —dijo mi tío la noche en que se encontró con «el señor» Berman—. Gracias a él, Astaire y Rogers pudieron bailar sus números. Solía pedirle consejo a tu abuela sobre los argumentos de los guiones. Míralo ahora. Está tan delicado que parece que va a partirse en dos. Me pregunto si a mí me pasará lo mismo. ¿Me pasará? ¿Tú qué crees, Mike? ¿Llegaré a tener su edad? ¿Se detendrá la gente en mi reservado si lo hago?

Cosa notable, la Hora del Café y las cenas en Musso siguieron celebrándose durante años, décadas. Fueron el único ejemplo que tuve en mi infancia y adolescencia de cómo se desarrolla una amistad entre hombres. Aunque mi padre seguía siendo amigo de dos hombres a los que había conocido de niño en 1939, cuando con trece años se había marchado de Portland y se había instalado en Los Ángeles, casi siempre se veían con sus mujeres, en cenas de pareja ritualizadas, completamente carentes del vigor o del atrevimiento furtivo de Irving cuando no estaba mi tía. Irónico, cotilla, entregado a la conversación, junto a Ruby mi tío parecía abandonar un papel, o personaje, y encarnar otro. Una cosa estaba clara: era libre, y su libertad era contagiosa, divertidísima.

Desgraciadamente, a lo largo de los años una sombra tenebrosa fue introduciéndose en las reuniones entre los dos hombres. Un tema importante y complejo era la carrera profesional de ambos; la de mi tío despegó de forma impresionante, de la Ruby tuvo muchos más altibajos. Sobre el papel, o en la gran pantalla, las palabras de Ruby podían ser incisivas o hábiles, pero no tenía ni el talento de Irving ni su suerte. Para sobrevivir, Ruby escribía de

todo: columnas, textos para revistas, guías prácticas, guiones de radio y televisión, tratamientos cinematográficos, lo que se llamaba «diálogos adicionales». «Cosas de baja categoría», decía mi tío en tono despectivo, aunque siempre a espaldas de Ruby; pero ¿cómo podías tener esa opinión de un amigo íntimo sin que acabara notándose de alguna manera? Ruby sabía lo que Irving pensaba, y empezó a hablar de forma cáustica del talento y el éxito de mis tíos. Les puso el apodo de «los Ravirricos»; sobre todo cuando el estreno de una nueva película iba bien, podía ser incómodo ver cómo le entraba un pequeño arrebatado de celos, que mostraba en todo caso con sinceridad y en actitud de comedia negra.

Una cuestión mucho más compleja aún, inevitablemente, la planteaba mi tía.

Recuerdo con gran claridad la primera vez que oí cómo Ruby le decía desde el otro lado de un plato de lenguado:

—Bub, la verdad es que esa mujer me detesta.

¿Esa mujer? Aquello fue como si alguien hubiera disparado un cañón en Musso, pero ¿por qué no habían temblado los cristales de las ventanas? ¿Y por qué nadie se ponía a cubierto menos yo?

—Bub, Hank me ha estado mirando otra vez con mala cara —aseguró Ruby en otra ocasión—. No finjas que no te has dado cuenta. No sé qué he hecho para ofenderla, pero ha debido de ser algo horrible. Ha empezado a tratarme como a un perro.

Hacía esos comentarios abiertamente, a veces en tono triste, otras sonriendo, como si supiera que estaba cruzando un límite o infringiendo una regla, pero siempre con la despreocupación de quien lo manda todo a tomar por saco, algo que a mí me resultaba atractivo. No conocía absolutamente a nadie más, absolutamente a nadie, que hablara así de mi tía.

¿Cómo reaccionaba Irving? Eso era lo curioso. Soltaba una risita ahogada. Emitía uno de sus suspiros en seis fases. Hacía un ademán con una mano. Decía: «Bub, que no». O: «Sí, tienes razón, lo hace». O: «Bub, ¿y a nosotros qué nos importa ella?».

Nosotros. Ella.

¿Ella?

Se vieron obligados a que les importase, al final, porque a Ruby le acabó tocando el turno de convertirse en uno de los blancos de mi tía. Hank llevaba mucho tiempo preparando el terreno. La primera señal fue cómo le cambió el nombre; de Ruby pasó a ser Rubin. Ese giro a lo formal nunca indicaba nada

bueno. Después llegaron los comentarios. «Rubin ya no es tan gracioso como antes.» «Rubin se lo tiene tan creído que no sé qué temas de conversación podéis compartir.» Lanzaba una de sus columnas al otro lado de la habitación, se quitaba bruscamente las gafas de leer de cerca y decía: «Rubin tendría que haber seguido siendo tapicero, qué pena que vendiera a su hermano su parte del negocio». «La nueva amiga de Rubin no es *pas du tout comme il faut*. ¡Fabricante de lencería! No sé qué puede verle a esa mujer, ni mucho menos qué ve ella en él.» «Casualmente no tengo planes para el jueves por la noche. ¿Sabes qué? A lo mejor voy con vosotros a Musso. Hace años que no me tomo un buen lenguado moteado.»

Mi tía no se sacó de verdad la flecha del carcaj y la puso en el arco hasta que mi tío llevaba tiempo padeciendo una de sus primeras enfermedades. Durante la operación a corazón abierto de Irving, Hank se fijó muy atentamente en quién iba a visitarlo y con cuánta frecuencia. Ruby desapareció. En realidad, si lo recuerdo bien, estaba de viaje porque había ido a ver a su atribulada hija, pero los hechos daban igual, porque siempre pasaba lo mismo: con independencia de si se había esforzado o no, de si era alguien miedoso, imperfecto o egoísta, acabó siendo una más de todas las personas que no habían estado a la altura, que habían roto las reglas de la amistad tal como las había escrito mi tía, y que «se habían quitado la careta, por fin».

El suyo fue uno de los números de teléfono que mi tía marcó personalmente mientras mi tío seguía en el hospital; buscó en la agenda hasta llegar a la página indicada. Con fría tranquilidad informó a Ruby, amigo de mi tío desde hacía más de cuarenta años, que su presencia junto al lecho de Irving no era bienvenida, ni en aquel momento ni en ningún otro del futuro próximo. «Un amigo de verdad —le espetó— aparece antes de que a un hombre lo llevan al quirófano. No espera ni un día, ni una hora, ni siquiera un instante. Un amigo de verdad viene y se queda.» Ruby no lo había sido en ese episodio de la vida de Irving; ahora que ella podía decir libremente lo que pensaba, también añadió que llevaba varios, muchos años sin ser un amigo de verdad; uno de verdad estaba hecho de una pasta completamente distinta. Uno de verdad tenía integridad, moral, ética; uno de verdad ponía la amistad por encima de todo lo demás. Uno de verdad...

Cómo disfrutaba mi tía al contar estas diatribas y rechazos suyos. Este en particular nos lo narró *en famille*, una noche mientras cenábamos, después de haber pasado un largo día junto a la cama de mi tío. Mientras reproducía estas frases cortantes, el cansancio le desapareció y se le afiló la mirada; apareció

la Hank de las reuniones de guion, la de las sesiones de escritura, la Hank brillante, creativa, enérgica, unida a la Hank intimidadora, crítica, desdeñosa, destructiva. Todo un espectáculo.

Mi padre, desde su sitio en la cabecera de la mesa, escuchó en silencio, mientras la cara se le iba poniendo cada vez más gris conforme más hablaba ella. Mi madre se quedó haciendo cosas en la cocina, algo cada vez más frecuente cuando mi tía venía a cenar; de vez en cuando se paraba a escuchar y movía la cabeza consternada. Los niños clavamos la vista en los platos, con miedo del fuego de su mirada, de la furia de su voz, del placer (pues lo parecía, una forma retorcida de alegría) que le procuraba explicar esta llamada telefónica con todo lujo de horribles detalles.

Cuando se marchó, mi padre dijo:

—Esta vez, mi hermana ha llegado demasiado lejos. Me temo que va a acabar muy sola.

Desde la cocina, mi madre añadió:

—Y ni siquiera era amigo de ella.

¿Y Ruby?

La rabia y el dolor que sintió después de que se deshiciera esa amistad de toda la vida con mi tío casi igualaron a la sensación de traición que tuvo cuando su primera mujer se fugó con su mejor amigo. Intentó llamar a mi tío durante días, semanas, después meses; sin embargo, siempre que pudo Hank se cercioró de que Irving no contestara al teléfono. Cuando al fin hablaron, mi tío puso su salud como excusa para explicar la necesidad de interrumpir la Hora del Café y las comidas en Musso. Lo que equivale a decir que cedió, una vez más, frente a mi tía.

Pasó tiempo, un tiempo muy largo y doloroso, antes de que Ruby convirtiera este rechazo en una de sus largas confesiones tragicómicas, aunque (a diferencia de casi cualquier otro acontecimiento de su vida personal) esta no la narró por televisión ni la publicó, sino que la contó cuando iba a ver a los amigos que compartía con mis tíos; durante años estuvo visitando a mis padres, para despotricar, quejarse y pedir ayuda para entender aquello (como si eso fuera posible), y, a veces, para derramar tremendos y abundantes lagrimones de hombre en nuestro salón, mientras tomaba un café que mi madre había preparado en su fiable cafetera de filtro Melita y que servía solo, evidentemente, pero sin acompañarlo con un bizcocho, aunque de vez en cuando lograba sacar de algún lado un par de galletas con las que aderezar su compasión y su paciencia.

Años después, mi tío y su antiguo amigo se encontraron en Studio City y empezaron a reunirse de nuevo, a veces para cenar, a veces solos, con mayor frecuencia en pareja. O mi tía había experimentado uno de sus aplacamientos temporales, o en esa temporada su agenda social tenía más huecos de los que le habría gustado o quizá se le había olvidado (su mente también funcionaba así) por qué se había enfadado tanto en un primer momento con Rubin, que volvió a ser Ruby, «el pobre y ridículo Ruby, cuya vida es una historia de desdichas casi shakesperianas».

Cuando yo era mucho mayor y un día me encontré a Irving solo, con el pertinente talante reflexivo (unos estados de ánimo que había que evaluar cuidadosamente y recurrir a ellos con sensatez), le pregunté si echaba de menos las reuniones regulares de las cuatro en Du-par's.

—Si te soy sincero, Mike, empezaba a aburrirme de Ruby y de todos sus aspavientos.

Volvió a apoyar la espalda en la butaca de lectura y añadió:

—Además, los médicos me han prohibido la cafeína. ¿Y qué sentido tiene una Hora del Café sin café?

Ruby fue desapareciendo, pero todavía quedaba ese hueco libre en la tarde de mi tío, cuando este se sentía impelido a salir de casa y a bajar la colina. ¿A quién buscaba para estar acompañado en ese momento del día? Muchas veces, regularmente, a mi madre. Mediante un acuerdo que nunca alcancé a entender, sobre las cuatro ella bajaba al piso inferior con las sandalias y las gafas de sol puestas y se quedaba delante de la ventana, como hacía yo de pequeño. El Mercedes de mi tío aparecía en el camino de entrada y él la esperaba, nunca con impaciencia, sin tocar el claxon, mientras ella cogía las llaves y el bolso y salía.

Y ¿adónde iban, estos dos hermanos adultos? Colina abajo. Eso siempre. A la ciudad, al valle. A veces se tomaban un café (ahora invariablemente descafeinado), pero era más habitual, según me enteré después, cuando mi madre se cercioró de que conociera esos detalles (como si los hubiera metido todos en una cuenta de ahorro, sin saber ni cómo, ni quién ni cuándo se volverían a sacar en la vida, pero siendo consciente de que aun así era imprescindible guardarlos), que se limitaran a pasear en coche, a dar vueltas; pasaban delante del Apartamento, subían por Beachwood, donde mi tío había

vivido solo antes de casarse con mi tía; seguían por Wilshire hasta Santa Monica, cuya luz de playa, cuyo olor también de playa les procuraba a ambos una sensación de bienestar, al haberse criado, felizmente, junto al mar en Long Beach.

En esos paseos, más que hablar mi tío se desahogaba. Así fue como me lo describió mi madre cuando acabó hablándome de ellos más adelante: «Tu tío se desahogaba». O: «Aquello no había forma de pararlo; le salía a borbotones». «Merona, ¿te diste cuenta de que Danny no apartó la vista del televisor cuando fuimos a veros la otra noche? ¿Por qué Steve nunca está en casa cuando os visitamos? ¿Por qué no viene él a vernos? Michael —esto con un susurro oscuro y angustiado—, Michael no está leyendo lo suficiente, Merona. Nos preocupa su desarrollo intelectual». En una época posterior: «Merona, Michael se está alejando de nosotros, de Hank. ¿Qué está pasando? ¿Has observado algo que me puedas contar? Hank no duerme por las noches, pensando que el chico se empieza a parecer demasiado a su padre, una persona distante y reservada. Algo no va bien. ¿Me puedes ayudar a entenderlo? Por favor.»

Mi madre respondía con una carcajada; ¿qué iba a hacer si no?

—Irving, te darás cuenta de que es ridículo que te ofenda que unos niños se relajen viendo un poco la tele después del colegio, o que prefieran pasar el rato con otros niños en vez de con sus tíos, o que no se conozcan al dedillo la obra de George Eliot. Vamos, vamos.

—Merona, pero es que no lo entiendes. Hank está muy dolida.

—Claro que lo entiendo, Irving, pero creo que es una tontería. No solo eso, sino algo absurdo. ¿Y los demás? ¿Qué pasa con nuestros sentimientos?

¿Qué pasaba con ellos?

Seguramente, mi tío nunca resultaba más interesante que cuando se ponía a narrar historias. Contaba anécdotas mientras íbamos por ahí en su querido descapotable, en su Hora del Café con Ruby, o cuando, tras el destierro de este, solo estábamos nosotros dos. Las contaba de forma mucho más parca mientras estábamos en la *maison*, porque, si mi tía andaba por allí, lo más frecuente, sobre todo a medida que fui haciéndome mayor, era que interviniese.

«Pero ¿esto no te lo ha contado ya? A mí sí, mil veces por lo menos. ¿Qué

pretendes, escribir un libro?»

«¿Qué es lo que te parece tan interesante del pasado? Vivimos en el presente, que es lo que importa. El pasado solo es polvo.»

O: «¿Y por qué no me preguntas a mí por mi vida? ¿Mi historia personal no te parece tan fascinante como la de tu tío?».

Yo sí que le había preguntado por su vida, con todo lujo de detalles, y sí que me parecía tan fascinante como la de mi tío, eso era indudable; aunque en momentos como aquellos otros adjetivos habrían resultado más pertinentes. Sin embargo, preguntarle a mi tío por el pasado, o escuchar atentamente mientras él explicaba ciertas historias, era una forma de llevar al Irving del armario al mundo exterior. Era una forma de prolongar la existencia de ese otro Irving carismático y jocoso, que en la vida cotidiana de la *maison* muchas veces pasaba desapercibido.

Esto formaba parte de la cuestión, sin duda. Pero había algo más. Muchas de sus narraciones eran pequeños rompecabezas que yo había escuchado de una manera cuando era pequeño, y de otra a medida que fui cumpliendo años. A todas las historias les pasa lo mismo, hasta cierto punto: cambian cuando lo hace el oyente. Sin embargo, las de mi tío constituían un caso especial: al estar tan pulidas, tan escritas, daba la impresión de que exigían una evaluación distante en mayor medida que las demás. Yo las guardaba como si fueran talismanes, o *koanes*, pues no sé muy bien cómo notaba (pero ¿cómo?) que en una etapa posterior querría volver a ellas, seguramente para averiguar si en ellas había alguna clave que desvelase el misterio central que tenía ante mí, es decir, cómo era posible que dos Irvings tan distintos vivieran en el mismo hombre.

Las historias más sencillas de mi tío versaban sobre mi abuelo, Shalom Ravetch, «el mejor ser humano que he conocido en mi vida, Mike. No muchos hijos pueden decir lo mismo de sus padres, ya te darás cuenta».

También me hablaba de David Leon Ravetch, el padre de Shalom, un personaje enérgico y aparentemente odioso que, cuando sus hijos iban lentos al estudiar el Talmud, se sacaba el cinturón de los pantalones y les daba latigazos en el dorso de las manos hasta que las tenía rojas e hinchadas y el hebreo les salía con la misma fluidez que las lágrimas.

Esta anécdota se contraponía con el particular método educativo de Shalom: cuando, pasada una generación, Irving y su hermano Herbert abrían el Talmud, en las páginas aparecían milagrosamente monedas de un centavo.

—Es que a Dios le alegra tanto que estéis aprendiendo lo que tiene que

enseñar —decía Shalom— que os está mandando monedas del cielo.

Irving me habló, varias veces, de la noche en que Shalom y su familia se escondieron en un bosque para huir del pogromo que destruyó su pueblo, situado cerca de Zhytómyr, y también del año tan espantoso que vivieron a continuación, mientras se preparaban para irse de Rusia. David Leon tenía un trabajo en condiciones, uno de los pocos que se les permitían a los judíos: era guarda forestal, y gestionaba una franja de terreno bastante amplia. Después del pogromo se quedó sin empleo, y durante varios meses anduvieron tan escasos de dinero que mis bisabuelos no pudieron quedarse con los cinco niños juntos; a uno, Shalom, lo mandaron a vivir con sus tíos a otro pueblo.

Un día de mercado, con nueve años, Shalom acompañó a su tío a dicho pueblo y vio a su madre comprando patatas. Si ella también lo vio, fingió que no había sido así o apartó la mirada.

En este punto de la historia, mi tío siempre comenzaba a hablar más lento para crear suspense:

—Imagínatelo, Mike. Imagínate a esa buena mujer mientras se sube a un carro y mira hacia delante. No puede dirigir la vista a su hijo, porque eso le partiría el corazón, y el del niño. Sigue mirando hacia delante..., los caballos empiezan a avanzar por la calle..., y tu abuelo ¿a que no sabes qué hace? Echa a correr tras ella, se agarra a la parte posterior del carro y grita: «¡Mamá, mamá!». Se cae, empieza a ser arrastrado por las calles sin pavimentar hasta que tiene las rodillas completamente llenas de sangre y no le queda más remedio que soltarse. Se queda tirado en la calle sollozando, sangrando, dolorido..., y su madre no mira hacia atrás ni una sola vez.

Mi tío relataba esta historia como casi todas las demás, con la clase de sosiego del que solo eres capaz cuando sabes lo que pasó después: la familia se reunió; se alejaron de los pogromos y de quienes odiaban a los judíos; se trasladaron a Estados Unidos; se reinventaron; los niños recibieron una educación; desarrollaron vidas nuevas en un país nuevo, seguro y libre. Eran inteligentes, se marcharon y salieron adelante. Él sabía todo eso, y yo también..., pero no podía quitarme de la cabeza la imagen de mi abuelo, a quien, con la misma edad que tenía yo la primera vez que escuché la historia, habían mandado a vivir a casa de sus tíos, a quien su madre había ignorado mientras él estaba con las rodillas ensangrentadas y el corazón partido.

Un niño entregado a unos tíos, unos padres alternativos, que no eran los auténticos: ¿era ese detalle lo que se me había quedado grabado? Sin duda. Pero había otra cosa que me resultaba evocadora. Este relato reflejaba, o

anticipaba, la historia central de la infancia de mi tío, que este contaba (y volvía a contar) no, como hacía su amigo Ruby, por la posibilidad de venganza que esa narración repetida parecía brindar, sino porque, según creí finalmente, intentaba dilucidar cómo había acabado siendo quien había acabado siendo.

Irving jamás lo habría expresado de ese modo. Su mente no funcionaba así. Habría dicho que contaba aquello por lo cómico que era.

Bueno, tragicómico; eso lo habría podido añadir hasta él.

Dicha narración empezaba con un viaje en tren, en dirección al oeste, que había hecho con su tía Rose. Tenía diez años; más o menos la misma edad que su padre cuando a este lo mandaron al pueblo de al lado. Solo que a Irving lo estaban mandando a un pueblo muy remoto llamado Los Ángeles, también, casualmente, para vivir con sus tíos, que en apariencia eran buenos, y con los cinco hijos de estos, sus primos. Desde los tres años, todos los inviernos Irving había sufrido una neumonía doble causada, según creían sus médicos, por un caso de asma tan grave que lo único que se les ocurrió fue obligarlo a alejarse de los crudos inviernos del este. Shalom estaba terminando sus estudios de rabino mientras trabajaba (un empleo que le disgustaba mucho) de farmacéutico, y, como los medios de la familia no llegaban ni de lejos para mantener dos casas, se tomó la decisión de enviar a Irving a California.

—En cuanto vi el cielo del oeste, Mike, no pude despegar la vista de él — solía decir—. El amplio firmamento, el desierto enorme y llano, los cactus, las flores silvestres... Todo aquello era como haber viajado a otro planeta. Cuando el tren se detuvo durante una hora en Arizona, bajamos, la tía Rose y yo, y respiramos ese aire puro; llevaba años sin poder hacerlo de forma tan profunda y despejada. Fue entonces cuando me di cuenta de que el asma no me iba a matar.

En Los Ángeles, todos los domingos Irving se sentaba ante el escritorio, siguiendo las instrucciones de su tía Rose, y escribía una carta a los suyos mientras ella se quedaba detrás, para cerciorarse de que tocaba todos los puntos fundamentales:

Querida familia:

Hola y ¿cómo estáis? Yo bien. La verdad es que fenomenal.

Estoy bien de salud y me va bien en el colegio.

Me encanta vivir en California. Os quiero

Vuestro hijo (y hermano),

Irving (Dover) Ravetch

De vez en cuando, una fotografía acompañaba a la carta semanal. En las primeras, Irving inflaba la tripa para demostrar cuánta salud tenía.

Una vez al año, Shalom cogía solo el tren que iba al oeste para ver a su hijo. Se quedaba una semana. Esa fue la suma total de todas las vivencias de Irving con su familia nuclear entre los diez y los trece años. Cada vez que lo visitaba, Shalom se cercioraba de quedarse a solas con Irving al menos una vez, y en ese rato siempre le hacía las mismas preguntas, sin saber que su hermana, la tía Rose, ya había adiestrado al niño con anterioridad.

—Hijo, ¿cómo estás?

—Estoy muy bien, padre.

—Eso es lo que pones en tus cartas. Pero quiero saber la verdad de la buena. ¿La tía Rose te trata bien?

—Me trata estupendamente, padre.

—¿De verdad?

—Bueno, me manda a acostarme después del colegio, mientras los otros niños juegan a la pelota.

—Es que quiere que no te pongas malo, como nos pasa a todos.

—Y me obliga a acabarme toda la cena.

—Eso está bien. Tienes que ponerte fuerte. ¿Y qué tal con tus primos?

—Muy bien. Me tratan como si fuera su hermano.

—Entonces, ¿estás bien?

—Sí. Fenomenal.

—¿Crees que puedes aguantar aquí hasta terminar el colegio?

—Sé perfectamente que puedo hacerlo. De verdad, aquí todo va de maravilla.

Irving tenía diez, luego once, después doce años. En cada visita, la misma conversación, precedida por el mismo adiestramiento bienintencionado. Luego llegó el verano en que cumplió los trece. Shalom ofició una *bar mitzvá* familiar para su primogénito, y la tía Rose preparó una comida de celebración. Después, padre e hijo salieron a dar juntos un paseo.

—¿Cómo estás, hijo?

—De maravilla, padre.

—¿De verdad?

Esta vez, un titubeo.

—Irvalah —dijo Shalom mientras bajaba el rostro al nivel del de su hijo y se le acercaba—, ¿de verdad?

Al cabo de cincuenta, sesenta, setenta años, en este momento mi tío siempre

guardaba silencio y enderezaba la espalda. Una pausa dramática larguísima acompañada por un cambio sustancial en el lenguaje corporal; ponía una voz más grave (¿quizá para evitar que se le quebrara?) y, entonces..., entonces esbozaba una amplia sonrisa y decía:

—Entonces me eché a sollozar tan fuerte y tan alto que creí que me iba a ahogar.

—¿Y el abuelo Shalom qué hizo?

—Bueno, primero me abrazó y me tranquilizó. Luego me prometió que todo iba a cambiar. Volvió a casa, mandó a Sylvia, Herbert y Merona que hicieran las maletas y los trasladó aquí al cabo de dos semanas. Dejó su casa, él se instaló en un cuarto amueblado y los siguió un año después. Y así empezó nuestra vida en California.

Todo estaba en el tono y en la cara de mi tío: lo absurdo de que las lágrimas de un muchacho hubieran cambiado el destino de una familia. Lo cómico que resultaba: las respuestas aprendidas de memoria y ensayadas con su tía, habérselas saltado en una ocasión. Que su padre preocupado y arrepentido hubiera endeudado aún más a la familia al alterar apresuradamente su plan de vida.

¿Cuántas veces me contó esta historia? ¿Una docena? ¿Dos docenas?

—Y pensar que si no me hubiera echado a llorar...

—Pero tenías un motivo para hacerlo.

Él negaba con la cabeza.

—Lloré porque supongo que me sentía desgraciado. Ese día.

—¿Y el resto de días?

—Estaba bien —contestaba encogiéndose de hombros—. Como le había dicho las otras veces que mi padre había venido y me había preguntado cómo me encontraba.

—Tus respuestas estaban dirigidas.

—En las cartas también le contaba que estaba bien.

—Pero tus cartas también estaban dirigidas. Tu tía se te sentaba al lado mientras las escribías.

Él hacía una pausa y se encogía de hombros otra vez.

—¿Estás seguro de que en el fondo, de una forma u otra, no eras desgraciado? Quiero decir que desde los diez años estuviste lejos de tus padres, de tus hermanos. Por muy buena que fuera la tía Rose...

Otro gesto de indiferencia. Una sonrisa irónica, quizá algo triste, impregnada de recuerdos. Quizá uno de sus suspiros en seis fases.

Así era Irving. Podías plantearle estas preguntas diez o cien veces, y las contestaba con un gesto de indiferencia, un suspiro o una sonrisa esquiva y ambigua. Le interesaban lo liviano, el contrapunto cómico; lo curioso de una fábula, el estilo cinematográfico. Pero seguía narrando esta anécdota, casi como si fuera una especie de compulsión que surgía de una cámara profunda de su yo interior.

Con el paso del tiempo, empecé a pensar que quizá Irving siempre volvía a esta narración porque era su piedra de Rosetta particular. Mi tío adoptaba un profundo distanciamiento, un aislamiento humano aunado con la capacidad de dividirse en distintas facetas, en personalidades distintas. Estaba el Irving de la *maison* y el Irving del armario. Estaba el Irving incipiente (y enseguida plenamente) hipocondríaco y el Irving que jugaba al tenis. Estaba el Irving que era un guionista consumado y hábil, y el Irving que fregaba el suelo de la cocina, al que le encantaba pasearse por la ciudad dejando sábanas en las tintorerías y comprando papel higiénico en grandes cantidades. Irving el hermano e Irving el tío eran inquietantemente distintos del Irving marido, sometido a su esposa hasta un punto en que casi se anulaba, tanto que a veces parecía ser un hombre completamente distinto.

¿Había empezado todo esto con ese exilio de su infancia? ¿Se originó ese hombre dividido en el niño enfermizo y separado de su familia cuando apenas tenía diez años? Y el niño al que se privó de madre ¿acabó convirtiéndose en el hombre destinado a emparejarse con la megamujer omnipresente que nunca se despejaba de él, con ese marmoto formidable y fracturado, feo y bello, conectivo y destructivo que era mi tía?

No estaba en la naturaleza de Irving cavilar sobre esas cuestiones y, desde luego, tampoco contestarlas. No era así como funcionaba su mente, sino que se dedicaba a contar historias. Se mostraba encantador, burlón, creaba luz. Dejaba pistas, rompecabezas, no hipótesis. Insinuaciones que te llevaban a creer (o igual solo era una esperanza) que había un Irving separado y más razonable, que coexistía con el hombre que empezaba a desaparecer en la fortaleza sobrecogedora y orgullosamente simbiótica que era su matrimonio con mi tía.

«Salir de la colina» implicaba alejarse de lo entremezclado, de lo superpuesto, de lo claustrofóbico. Dos veces al año, para los cinco miembros

de nuestra familia nuclear, aquello también implicaba romper las reglas. Varias reglas. Una vez en invierno y otra vez a principios de primavera, mi madre nos despedía por la mañana con una nota dirigida a la secretaria del colegio, en la que explicaba que sus hijos iban a ausentarse durante la semana siguiente. Siempre alegaba el mismo motivo: íbamos a faltar a clase debido a un «asunto familiar».

Ese asunto familiar era el esquí; nunca en vacaciones, nunca en fines de semana, porque mi padre no aguantaba esperar en las largas colas para subir que le restaban tiempo en las pistas, sino justo en medio del semestre escolar. El domingo por la mañana metíamos en la furgoneta el equipo y los sándwiches, colocábamos los esquíes y los palos en la baca montada en el techo y emprendíamos el interminable trayecto en el que atravesábamos el desierto de Mojave, seguíamos subiendo y llegábamos a la cordillera de Sierra Nevada, que hacía honor a su hombre, donde, al cabo de seis horas, nos deteníamos frente a un apartamento alquilado de la urbanización Mammoth Estates. La sosa alfombra afelpada, los paneles de pino nudoso y la tapicería de color naranja quemado eran de las cosas que mi tía habría despreciado, y que de hecho despreció la única vez en que mi tío y ella se autoinvitaron a acompañarnos. (¿Sería para averiguar qué nos traíamos entre manos cuando estábamos sin ellos? ¿Para incluirse allí donde se sentían excluidos? Desde luego, para esquiar no era.) A mi tía tampoco le entusiasmó especialmente el modo en que vivíamos en ese sitio, al que volvíamos cansados tras un largo día en las pistas para comernos unas hamburguesas en unos platos de cartón o una *pizza* directamente de la caja, helados napolitanos y galletas de las tiendas. Encendíamos la chimenea, jugábamos al póquer, veíamos la televisión, nos reíamos de nada y por todo: nuestra familia de verdad vivía un exilio temporal y eufórico del septeto tan estrechamente unido; aquello parecía un sueño, algo ajeno a la realidad, una mera anécdota al lado de la vida habitual junto a nuestro clan familiar.

En una ocasión inolvidable, mi madre vino a recogernos al colegio y nos anunció muy contenta que esa tarde no volvíamos a casa, sino que íbamos a correr una aventura, solo ella y nosotros. Nos había preparado una bolsa a cada uno, y había hecho una reserva en un hotel de Palm Springs llamado The Spa. Durante unos instantes me planteé la posibilidad de que mi padre y ella se hubieran peleado, hasta que ella me recordó que él se había marchado esa mañana por un viaje de negocios, y que ella había pensado: «¿Por qué no nos vamos de forma improvisada?». Desde luego, por qué no.

The Spa se encontraba en el mismo sitio donde estaban los manantiales de agua caliente por los que Palm Springs era famoso, según nos dijo, y el terreno aún les pertenecía a los indios de una tribu precisamente denominada Agua Caliente; ella ya había estado varias veces, en fines de semana únicamente de chicas o cuando mi padre y ella habían ido solos a «tomar las aguas». Todo aquel lugar era de lo más exótico, con esas aguas que se podían tomar, la historia de los indios y las montañas rojas y rocosas cuya pendiente descendía de forma abrupta casi hasta la enorme piscina, con las palmeras, los cactus y aquel aire excepcionalmente puro, seco e impregnado del olor de los arbustos que le gustaban a mi tío..., que tanto le gustaban, de hecho, que superó a mi madre en lo referente a las sorpresas: apareció en nuestro segundo día de estancia, de improviso, dando esas largas zancadas suyas al subir a la arcada de la entrada, sonriendo con sus característicos pantalones de algodón, una camiseta blanca y una visera de tela de felpa.

Cuando mi madre se dio cuenta de quién estaba delante de ella, bajo esa luz clara y brillante, estuvo a punto de caerse de su diván. «Hay que ver, si es idéntico a Shalom», dijo, mientras daba un brinco de ilusión y lanzaba por los aires el periódico y el bote de crema Sea & Ski.

Mi tío y ella se abrazaron como si no se hubieran visto en la cena del domingo, menos de una semana antes. Aunque también es verdad que no se habían visto así: solos, o a solas con nosotros tres, y no únicamente fuera de la colina sino también de la ciudad.

—Por eso se me ha ocurrido —dijo Irving.

—La vez aquella, en Yosemite...

—Shalom se marchó solo para preparar un sermón —nos explicó Irving—, pero el sitio era tan bonito que decidió dar la vuelta y regresar enseguida.

—¡Un trayecto de cinco horas en cada sentido! Era un hombre increíble. Atravesamos una secuoya; el tronco era tan grande que alguien había excavado un pasadizo dentro de él...

—Era el mejor hombre que he conocido en la vida —añadió mi tío.

—Cuánto lo echo de menos —dijo mi madre.

Mi progenitora tardó un momento en darse cuenta de quién faltaba; ahora miró por detrás del hombro de mi tío.

Eran hermanos; se podían leer el pensamiento.

—Trudy ha venido a pasar la noche en casa, va a estar el fin de semana con Hank. Hay una feria de antigüedades en Pasadena. —Irving respiró muy profundamente, soltó uno de sus suspiros en seis fases y añadió, casi con una

sonrisa de conspirador—: Ya sabes lo que piensa del desierto.

Ah, y tanto que lo sabía mi madre. Igual que todos. «Hombres con panza y zapatos de piel blanca, que van a Palm Springs a jugar al golf o a morirse. ¡Tampoco es que haya gran diferencia entre las dos cosas! Y las mujeres no tienen otro objetivo que no sea estar tiradas al sol y chapotear en piscinas rebosantes de cloro. Y todas esas casas modernas con techos planos y muros de ladrillos de hormigón... No hay tiendas decentes en un radio de varios kilómetros. Sé que tu tío dice que respira mejor en el aire del desierto, pero para mí que eso es un mito. Personalmente, me lo puedo ahorrar.»

Y se lo ahorró. Se quedó en Laurel Canyon, salió de anticuarios o se divirtió en casa con Trudy; Irving prácticamente salió corriendo a la habitación que había reservado y volvió después con el bañador de color mostaza y pertrechado de un *équipe* completo: una tirita de óxido de zinc en la nariz, dos toallas, tres libros, *The New York Review*, un puro cubano y varias cajas de cerillas.

Fuera de la colina, liberado del cañón, liberado en general: mi madre y mi tío se pasaron el fin de semana contándose anécdotas y recuerdos como dos niños que juegan a la pelota. Flotando uno al lado del otro en unas balsas, en la piscina, mientras cenaban platos mexicanos, cuando dejaban de leer unos instantes...

—Cuando nos instalamos en Stanley Avenue, la vecina vio que subían al piso superior tantas cajas de libros que creyó que Shalom iba a abrir una biblioteca de préstamo. Llamó a la policía...

—¿Cuántas bodas ofició durante la guerra? Aquellos soldados de uniforme, aquellas novias temblorosas...

—Syl preparaba su bizcocho...

—¿Y cuando al fin vino al oeste a vivir con nosotros? Tú tenías dos años. Hubo una gran fiesta de bienvenida, y él se pasó todo el rato jugando contigo en el suelo. Después le soltaste: «Señor, ya se puede ir usted a casa».

—¡No reconocí a mi propio padre!

—¡Le pediste a Shalom que se marchara!

Daba la impresión de que estaban viendo, compartiendo, una película privada que solo era de ambos. No: parecía que habían salido de la película en la que todos estábamos encerrados y que se habían convertido en otras personas, en quienes eran de verdad.

—Shalom siempre me besaba en los labios, incluso después de que me casara.

—A mí también.

—A ti te quería más que a nada en el mundo, la verdad.

—Lo sé.

—Tuvimos mucha suerte con nuestros padres, ¿eh?

Una mirada dirigida a lo lejos, después...

—¿Adivinas qué es lo que más lamento?

—Lo de los niños.

—Si el pequeño hubiera vivido, me da la sensación de que las cosas, muchas cosas, serían distintas en esta familia.

Mi tío no era el único que respiraba mejor en el aire del desierto.

Resultó que, al margen del cuarto de los armarios, había dos habitaciones que reflejaban algo de mi tío: las estancias de mentira que se construían (y se decoraban, e iluminaban, y habitaban... también de mentira) en los platós de cine.

La primera vez que Irving me llevó a ver cómo a esas mentiras se les daba aspecto de realidad fue cuando aún era muy pequeño. La película era *Los bribones*, una adaptación de una novela de Faulkner, quien, al igual que mis tíos, estaba creando obras de tono más liviano y folklórico. Fue uno de los pocos largometrajes que hicieron con un director que no fuera Marty Ritt; en esta ocasión, colaboraron con un hombre más joven llamado Mark Rydell.

Poco después de que volvieran de Jackson (Misisipi), donde se había llevado a cabo todo el rodaje en exteriores, mi tío nos invitó a Danny y a mí al plató de Paramount. No se podía confiar en que el «nene» (Steve seguía siendo el nene con seis años) siguiera las normas:

—Tenéis que quedaros muy quietos y muy callados; la cámara capta cada sombra y cada estornudo. Os tenéis que sentar donde yo os diga y hablar solo cuando lo hagan los demás. ¿Vale, chicos? Porque si obedecéis, podréis ver cómo se rueda una película con vuestros propios ojos.

Sabíamos cómo quedarnos quietos, cómo seguir las reglas. Pero nada más. No sabíamos que una historia que parecía tan real e hilvanada cuando la veías en la pantalla era una serie de ilusiones y trucos de magia y engaños y pruebas (y errores). Tampoco que, en un día entero, una escena cuyas palabras no ocupaban ni dos páginas podía repetirse una y otra vez. Tampoco sabíamos que las habitaciones que se decoraban (como las de la *maison*) con papel

pintado, telas, imágenes y candelabros solo tenían un lado; el otro era de contrachapado sin tratar. Tampoco que las ventanas por las que se veía un tupido jardín en realidad daban a una rama con hojas de papel, apoyada en un cubo colocado delante de un fondo de lona, embadurnado de pintura verde e iluminado con una luz blanca exagerada. Tampoco que las escaleras subían a segundos pisos inexistentes, ni que en las copas de vino había agua coloreada, ni que una mujer que llevaba un enorme vestido eduardiano al completo podía levantarse la falda al pasar y dejar al descubierto unas minúsculas bragas de bikini, algo que nunca le habíamos visto a una mujer de carne y hueso, sin contar quizá la playa de Santa Mónica, al aire libre y a plena luz del día, un contexto en el cual aquello no eran unas bragas, sino un traje de baño.

La mujer en cuestión encarnaba a una prostituta, algo que mi tío no nos explicó; la escena era una cena en un prostíbulo de Memphis, algo que tampoco nos explicó, en el que Boon Hogganbeck (Steve McQueen) había llevado al impresionable y joven Lucius (Mitch Vogel) a correrse una juerga de fin de semana, tras haber «cogido prestado» el nuevo coche Winton Flyer que era del abuelo de Lucius (Will Geer). Phoebe (Diane Ladd), la prostituta, había llegado tarde a la cena y el señor Binford (Michael Constantine), jefe del establecimiento, le estaba obligando a pagar una multa.

Al final de la jornada, tras haber observado cómo repetían la escena media docena, una docena de veces, mi hermano y yo ya nos sabíamos de memoria todas las sílabas del diálogo. Nos habían estrechado la mano las actrices cuya ropa interior habíamos atisbado, habíamos conocido a Mitch Vogel, que no era mucho mayor que yo, y habíamos visto trabajar a mi tío, que movía la cabeza cuando le parecía que el momento «fluía», que observaba una educada neutralidad cuando le parecía que no. De vez en cuando se aproximaba a Rydell, que ocupaba una alta silla de director, y le susurraba un par de palabras acercándole la mano al oído.

Cuando volvía, la escena había cambiado. ¿Bastaba con eso? Una idea, un par de palabras de mi tío, y esas personas se comportaban distinto, hablaban distinto, se movían distinto.

Irving era el marionetista, el amo de las palabras, y en esta película también el productor. Aquel día traslucía una seguridad memorable, casi cierta fanfarronería, la de un hombre que era dueño de su vida, que creaba algo que apreciaba y disfrutaba, a quien hechizaba la transformación de las palabras (que ya eran transformaciones de las palabras de Faulkner) en escenas.

También, por una sola vez en toda su vida, colaboró en los interiores de la

maison cuando le pidió al diseñador de decorado, al terminar el rodaje, que le vendiera una parte del terciopelo marrón y con dibujos que colgaba en una pared del prostíbulo, así como la elaborada cama de latón en la que McQueen dormía con su chica.

La película llegó a casa; la película se convirtió en una parte de la casa. Ruby tapizó la silla de lectura de mi tío con esa tela, y la cama de latón se colocó en el cuarto de la criada. A nosotros nos parecía de lo más lógico que mis tíos viviesen con objetos tangibles de sus largometrajes, del mismo modo en que sus diálogos parecían sacados de una película (sobre todo cuando se apasionaban o ella se enfadaba, es decir, con frecuencia) u organizaban escenas que parecían más propias de una vida inventada que de la real. Así era como pasaban el día, así era como vivían, imaginaban y ordenaban el mundo, conformándolo sobre la marcha para que se adaptara a su versión y únicamente a su versión.

Una película posterior resultó mágica de otro modo, aunque la invitación (en esta ocasión para un período mucho más largo: varias semanas en los exteriores del rodaje en vez de un día en el estudio) se produjo en un momento mucho más complicado, después de la muerte de Sylvia. Mis tíos nos llamaron (de forma ostensible, a los tres) para que fuéramos a verlos al rodaje de una cinta que estaban haciendo con Marty Ritt en la isla de Saint Simons, en la costa de Georgia. Basada en el primer libro de Pat Conroy, *Conrack* era una crónica del año que este había pasado dando clase a niños pobres de la isla de Daufuskie, situada en la costa de Carolina del Sur. Jon Voight interpretaba a Conroy, Georgia sustituía a Carolina del Sur y algunos niños de las escuelas primarias de la zona encarnaban a los chicos originales, que vivían tan aislados que hablaban en un dialecto llamado *gullah* y que ni siquiera podían pronunciar el apellido de Conroy; de ahí lo de «Conrack».

Aquí era la viva inteligencia de Ritt lo que animaba ese mundo de ensueño. Este no era un sitio lleno de terciopelo cortado, camas de latón o guapas mujeres que les enseñaban los muslos a chicos preadolescentes, sino uno compuesto por chozas de tablas infestadas de gusanos y un colegio de una sola sala, que debía captar la esencia de una de las zonas más pobres, duras y lejanas del Sur estadounidense.

Ese verano yo estaba a punto de llegar a la adolescencia y mi pelo se había vuelto loco. En aquella época todavía no se hablaba del peinado a lo *jewfro*, o

al menos no en el lenguaje íntimo de nuestra familia, pero la torre de rizos que yo llevaba encima era de lo más incómoda y llamativa, la única parte de mi cuerpo, o de mí, que en la época insinuaba que podría llegar a dejar de ser la criatura callada, observadora y parecida a un espejo que había sido hasta la fecha. Ritt declaró que parecía una peluca sintética y se pasaba el día haciéndome bromas al respecto. A mis catorce años, este hombre me resultaba aterrador y fascinante: autoritario, de fuertes opiniones, no se cortaba a la hora de hablar de política, actores, películas... y sexo. Una tarde, en el rodaje, mientras esperábamos a que iluminasen una escena, recordó la primera vez que había visto a James Dean interpretar algo en el Actors Studio. Declaró: «Yo no sé si aquello podía llamarse actuar, pero a todos los presentes en aquella sala, tanto hombres como mujeres, les entraron ganas de follárselo, eso desde luego».

Mi tía se tapó la boca con la mano antes de farfullar, en una curiosa mezcla de yidis y francés:

—Marty, *red nisht devant l'enfant*.

—*Quel enfant?* —replicó Ritt—. Él también podría estar follándose ya a alguien, Hank. Yo tenía su misma edad.

Cuando me acuerdo de las personas, las experiencias, ¡las palabras!, que me ayudaron a despertar del hechizo que había caído sobre mí en la infancia, ese «follar» de Ritt destaca entre todas ellas, como le pasa a toda la actitud que este hombre traslucía. Muy agudo a la hora de interpretar personas y comportamientos, indicios exteriores de luchas interiores, debió de notar que estaba ante un ser humano que necesitaba que lo ayudasen a liberarse de un embrujo nocivo.

Observaba una actitud más suave con mis hermanos pequeños, «los niños». Un día, cuando la filmación se trasladó a Brunswick, que representaba la localidad de Beaufort, adonde Conroy llevaba a sus alumnos en Halloween para que conociesen la «ciudad» y jugasen a truco o trato, miró a Danny y Steve y les preguntó:

—Chicos, ¿os gustaría salir en la película?

Nadie ha corrido nunca más rápido a la caravana del vestuario que como lo hicieron mis dos hermanos menores, que poco después salieron ataviados con sábanas con unos agujeros en forma de óvalo para ver a través de ellos. Entonces el director, educado en el Group Theater, les dio la única instrucción, meticulosamente expresada: «Ahora, dedicaos a corretear por ahí y que parezca que os estáis divirtiendo».

Marty Ritt era una de las pocas personas (quizá la única) del mundo de mis tíos que era capaz de controlar a Hank. Quizá, del mismo modo en que había intuido mi rebeldía aún incipiente, su experiencia con los actores le había llevado a desarrollar una capacidad de someter a las personalidades díscolas. Era infrecuente que un director tuviese la confianza suficiente para invitar a sus guionistas al rodaje, para tenerlos a mano si había que meter cambios cuando en una escena hacían falta más diálogos, o menos, u otros distintos. Ritt lo hacía y respetaba las indicaciones de mis tíos, pero nunca cabía la menor duda de quién controlaba el rodaje, quién era el responsable del enfoque general, quién daba las órdenes, literalmente..., prácticamente hasta el final de su colaboración. En una película llamada *El romance de Murphy*, una de las últimas que hicieron juntos, mi tía empezó a dar su opinión de forma cada vez más explícita, sobre todo en lo referente a la protagonista, Sally Field, a quien no consideraba a la altura porque no decía las frases tal como mi tío y ella las habían escrito, o como ella las habría pronunciado de haber sido la actriz o (algo que se acercaba más al ámbito de sus competencias y a lo que había ambicionado en cierta época) la directora. Cuando Field se quejó a Ritt y le dijo que ya no estaba claro quién daba las indicaciones, y que le daba la impresión de que empezaba a desorientarse al actuar, a Ritt enseguida se le despertó el famoso mal genio que tenía, que con la misma rapidez sometió a un férreo control, y ese mismo día prohibió a mis tíos que acudieran al plató.

Unos años después, Marty me concedió una entrevista. La conversación formaba parte de la búsqueda que yo había emprendido para desentrañar y diseccionar el peculiar mundo en que me había criado, y a las personas peculiarmente atormentadas que lo dominaban. Lo que me sorprendió ese día fue que parecía que Marty también necesitaba desentrañar algo o vivir una catarsis. Con el mentón canoso apoyado en la palma de la mano, me contó:

—Aún me deja perplejo lo que pasó en esa película. Nunca he visto a nadie transformarse de forma tan radical a lo largo de treinta años. Echarla o echarlos del rodaje fue uno de los peores momentos de mi vida. Pero tu tía no me dejó otra elección.

Incluso en esa etapa, cuando yo ya tenía veintimuchos años, mis tíos aún me inspiraban tanta fascinación y tal miedo persistente que apagué la grabadora, lo cual es una pena, porque Marty estuvo horas hablando sobre esa persona misteriosamente estructurada que era mi tía.

Sin embargo, esta conversación pertenece a un período posterior, cuando me sentí impelido a comparar mi experiencia de los desequilibrios de mi tía

con la de otras personas, para cerciorarme (pero cerciorarme bien) de que no era yo quien estaba loco, tal como mis tíos habían sostenido durante años.

Si le echo un último vistazo a la magia de la fase postrera de mi infancia, un buen episodio sería aquella vez en que me llegó el momento de aparecer en pantalla junto... a mi tía, a quién si no.

Nos habían propuesto que nos sentáramos al fondo de la cafetería de Brunswick (supuestamente, Beaufort) en cuya barra iban a servirles unos batidos a Conrack y los niños. En vez de «Haz como si te estuvieras divirtiendo», lo que oí fue: «Aplastad esa peluca sintética», poco después de lo cual apareció una peluquera con un bote de laca y un cepillo de madera. «Fuera esas gafas, tiene demasiado aspecto de estar en Hollywood»: esas fueron las instrucciones dirigidas en voz atronadora a mi tía, que no solo se las dejó obedientemente en el regazo, sino que además sacó de la cartera un pañuelo con que quitarse el carmín Max Factor, de color Salmon Ice, y el lunar (que aún seguía en su sitio, aunque por poco tiempo) de la esquina superior de la mejilla derecha.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? —pregunté dubitativo, mientras nos ponían delante una hamburguesa tibia y unas lacias patatas fritas.

—Pues come —dijo ella— o finge que comes. Y habla. Eso sí, no mires a cámara.

—Si lo hago, ¿qué pasa?

—Pues que rompes la ilusión de que somos personas normales que toman una comida normal en una cafetería normal, Tesoro —contestó—. Y eso es algo que indudablemente no nos conviene en absoluto.

Cinco lugares, seis escenas

Navidades en la *maison*

La ocasión constituía el momento álgido del año de mi tía y, por tanto, el de nuestra familia. «Unas vacaciones hechas para la decoración», y también para los regalos, dos de los placeres de la vida de Hank.

En el estante alto de un armario, mi tía guardaba una caja lo bastante grande para que un niño pudiera jugar dentro de ella; en el interior había metros y metros de guirnaldas verdes y cuentas de oro, coronas de flores y espumillón, acebo, bayas, lazos rojos, figuras de arcilla de Santa Claus, piñas de pino con un toque de pintura blanca en las puntas, ángeles escandinavos, fundas de almohada de cuadros escoceses, velas de arrayán (después de Rigaud), ramas de canela, pájaros de seda que asomaban en unos nidos de ramitas. Todos los meses de diciembre, en el primer sábado del mes, mi tío bajaba con esfuerzo todo este equipo formidable al salón y a mí me invitaban a que ayudase a crear la Navidad, es decir, a colgar, ordenar y clavar cositas hasta que toda aquella abundancia de belleza quedaba expuesta. Y eran días especiales, días de felicidad, en los que la ciudad de niebla tóxica y palmeras, de monotonía escolar y matones también escolares, se olvidaban, y se evocaba una Inglaterra querida, alegre, victoriana (dickensiana), al tiempo que se engalanaba la casa para las «festividades», porque «no hay ningún interior del mundo que no quede realzado con un toque de verde y una explosión de rojo, y ¡porque todo el mundo necesita un momento del año en que poder relajarse y limitarse a jugar!».

En las semanas anteriores a las Navidades, mi tía compraba y compraba. Montaba un puesto para envolver regalos en el cuarto de invitados y creaba docenas de complicados paquetes, que después colocaba en el salón en torno a un sobrio ángel de madera tallada, antiguo, flamenco, sobre los que cada año echaba más polvillo fino. ¿Importaba que fuésemos judíos? «En mi casa jamás

verás un árbol de Navidad... ¡Si soy nuera de un rabino! Pero ¡todos sabemos que las vacaciones de Navidad están hechas para la decoración!»

Todos estos preparativos culminaban en la anual fiesta de postres que organizaba mi tía en Nochebuena, en la que además de *brownies* con triple ración de mantequilla se servían naranjas al oporto, bizcocho de vainilla con una capa de chocolate, galletas de almendra espolvoreadas de azúcar glas, fresas acompañadas de un enorme cuenco de nata montada y mucho más. La palabra «pantagruélico» se pronunciaba, y con frecuencia. En Navidad era cuando mi tía era más feliz y estaba en su mejor momento: decoraba cosas; compraba y regalaba; cocinaba y complacía; nos tentaba con un sinfín de golosinas; juntaba (cosa que normalmente mi tío y ella apenas hacían) a sus amigos y sus familiares; y lideraba. Lo de liderar era esencial. Es posible que, en el fondo, ese fuera el objetivo. Nadie más contribuía. Nadie más colaboraba. Desde luego, a nadie se le permitía hacer la menor sugerencia: la idea, propuesta en determinado momento por mi madre, de que empezáramos por comer algo más saludable para compensar tanto azúcar la rechazó diciendo que era «una vulgaridad» y «algo propio de un aguafiestas». Cualquier sugerencia de ponerle un límite a los regalos de los niños, reducirlos a unas proporciones sensatas, se recibía con un enérgico (e incontestable): «¡No seas avaro! La Navidad es una época para gastar el dinero y para regalar, regalar, regalar».

Mi tía, que distribuía los paquetes a la hora convenida, ataviada con un jersey rojo y media docena de brillantes cadenas de oro, con un gorro de cuadros escoceses que completaba el conjunto, desempeñaba el papel de Santa Claus..., aunque este también hizo una aparición un año, cuando éramos muy pequeños, porque, lógicamente, Hankie era tan poderosa que tenía acceso directo a él.

En otra ocasión (en unas Navidades posteriores), en el momento en que se pidió atención a todos los presentes para que se pudieran repartir los regalos, la mujer de Ruby, con la que para entonces este ya llevaba tiempo casado y que había estado dándole al Harvey's Bristol Cream, dijo algo borracha: «Y ahora, de nuevo, en el papel de Señora Espléndida, nuestra inimitable Harriet Frank Ravetch». Aquello fue como si una subterránea actividad sísmica hubiera estremecido todos los objetos de decoración de la casa. La gente se quedó callada y contempló a mi tía mientras la mirada de esta se oscurecía. Dudó unos instantes; después, tras mirarnos a los niños, siguió entregando los paquetes.

No nos hizo falta esperar para ver si la mujer de Ruby volvía a recibir una invitación al año siguiente; quedó desterrada antes de Año Nuevo mediante una carta feroz. Pero lo de «Señora Espléndida» fue como lo de la peluca sintética de Ritt y el carácter doblemente follable de James Dean: sirvió para romper el hechizo, muy levemente, del modo en que cualquier observador razonable, crítico y perplejo habría hecho, simplemente al aportar una versión independiente de lo que sucedía en la *maison* y sus alrededores.

Y, de repente, ahí estaba yo, a punto de entrar en la adolescencia. Empezaba a despertar; empezaba. Eso implicaba no limitarme a saber y observar; implicaba comprender las cosas de otra manera. Implicaba aceptar los puntos de vista ajenos y ver si encajaban. No implicaba romper las normas, ni drogarse, ni meterse en líos más convencionales. Implicó (solo una vez, y con titubeos) decirle que no a mi tía.

En el primer mes de diciembre posterior a la muerte de Sylvia, llegó la llamada anual para que acudiera a ayudar a decorar la *maison*... y dije que estaba ocupado.

—¿Demasiado ocupado para la Navidad?

—Demasiado para echar una mano hoy.

—Bueno, ¿y mañana?

—Creo que este año..., si no te importa, paso de ir.

Un silencio.

—Que vas a hacer ¿qué?

—Tomarme... tomarme un descanso. Es que no estoy muy de humor. Tengo un plan con Barrie y Wendy.

Mi tía soltó un bufido.

Noté lo que pensaba al otro lado de la línea telefónica.

—A ver si lo entiendo bien, Michael. ¿De repente no te hacen ilusión las fiestas? ¿De repente esas niñas son más importantes que yo?

Lo gélido de su voz hizo que me echara atrás.

—Igual podrías empezar tú, y... y al cabo de unos días voy yo, y podremos...

—No te molestes —me espetó, y colgó con un fuerte chasquido.

Poco más de una hora después, el Riviera llegó a nuestro camino de entrada, anunciado mediante una serie de fuertes y urgentes pitidos.

Mi madre miró por la ventana y dijo:

—Tus tíos. Parece que vienen a traer algo. Me da la sensación de que te buscan.

El claxon volvió a sonar.

Mi madre me miró y movió la cabeza.

—Yo no pienso salir ahí fuera —declaró—. Y la verdad es que tú tampoco tienes por qué hacerlo.

De nuevo, el claxon. Más fuerte, más incisivo.

—Ellos..., ella puede dejar de tocar el pito y entrar aquí como una persona civilizada.

Se oyeron más pitidos.

Respiré profundamente y salí. El coche estaba con el motor al ralentí, en el camino. Conducía mi tío, aunque era la mano de mi tía, con el brazo extendido, la que tocaba el pito.

Llevaba en el regazo un alto montón de paquetes. Llevaba en lo alto de la nariz las más oscuras de sus gafas de sol.

Bajó la ventanilla.

—Dado que no tienes espíritu navideño, Michael —declaró—, este año he decidido anular las fiestas.

Me entregó las cajas a través de la ventanilla. Las cogí, anonadado.

—Pero no puedes anular las Navidades —aduje.

Ella inclinó la cabeza de tal modo que pude verle los ojos detrás de las gafas. Rebosaban furia.

—¿Ah, no? Ya lo verás.

—¿Y qué pasa con la fiesta?

—Tu tío ha estado toda la mañana al teléfono. Le hemos pedido hasta al último invitado que no venga.

—¿Y qué pasa con los *brownies*? ¿Y con el ángel?

Mi voz sonó como la de un niño perplejo, que era también como me sentía.

—Tendrías que haberlo pensado antes cuando te has negado a venir a ayudar.

—No quería decir que no organizaras la Navidad, solo que...

—Sé perfectamente lo que querías decir.

Le hizo un ademán a mi tío para que arrancara el coche.

—Tío Irving —le pedí—, ¿no puedes hablar tú con ella? ¿Razonar con ella?

Él se quedó mirando hacia delante a través del parabrisas. Ni siquiera me

dirigió la mirada, lo cual era tan malo como la anulación por parte de mi tía. Quizá, en cierto sentido, peor.

—Que no se te olvide decírselo a tus padres y tus hermanos —añadió Hank—. No vaya a ser que se presenten en una casa a oscuras en el día 24.

—Pero ¿y qué les digo?

—La verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Creo que la conoces estupendamente.

Las vacaciones llegaron y acabaron, ojalá pudiera decir que de forma agradable, que todos los de Greenvalley nos dedicamos a comer con moderación, a ver películas antiguas en la tele, pero un ambiente palpable de tristeza, y suspense, flotaba en todo el cañón, como si las propias colinas esperaran que sonase el teléfono, que el edicto se revocase, que la tradición se reinstaurase. Pero a finales de ese mes de diciembre solo hubo silencio, una anodina concatenación de tardes y veladas breves y grises. Yo me sentía abatido y culpable, demasiado poderoso y curiosamente dotado de un poder claramente insuficiente, dado que, por lo visto, era capaz de remover las aguas hasta tal punto que podía provocar que se anulasen unas festividades, pero no podía hacer que mi tía razonase o, más bien, que fuese razonable. Ni mi tía ni tampoco mi tío, que, al fin y al cabo, era el compañero que conducía el coche, que hacía las llamadas, como un perrito faldero, en esta y en tantas otras de sus *folies à deux*.

Entre Navidad y Año Nuevo mi padre decidió, una tarde, ir a la *maison* a hablar con su hermana. Así era como funcionaban las cosas en la familia; así se solucionaban. Antes o después, a una de las fibras del tapiz que urdían hermano, hermana, hermana, hermano, abuela, abuela se le daban un par de tirones hasta que la paz, o para ser más exactos la apariencia de paz, reinaba de nuevo.

Estuvo fuera mucho rato. Incluso mi madre se dedicó a mirar por la ventana de vez en cuando, la misma por la que lo hacía yo cuando esperaba a que viniera mi tía cuando era pequeño.

Finalmente oímos cómo la puerta del garaje se abría y se cerraba. Mi padre entró en casa, con la piel gris, la mirada cansada y distante. Se dejó caer en su butaca y nos congregamos a su alrededor.

—Son personas de lo más ilógicas —declaró—. Si os digo la verdad, no

sé qué hacer con ellos.

Mi padre siempre había transmitido la impresión de que sabía qué hacer en casi todo lo demás, en todo lo demás.

—Pero ¿qué han dicho? —pregunté con el corazón desbocado.

—Dicen... —Titubeó—. Que se les ha ofendido. Que lo has hecho tú, Michael. Pero no solo tú. Ven una trama, una conspiración. Esa es la palabra que han empleado. «Conspiración.» De nosotros contra ellos. Greenvalley Road contra Skyline. Por lo visto, a vuestra madre y a mí, a vuestra madre en particular, nos molesta su presencia, su generosidad. ¡Su amor! Han dado más y más cosas y, a cambio, nosotros hemos creado toda esta, planeado toda esta... resistencia. —Hizo una pausa—. Ha habido mucho histrionismo.

—¿Histrionismo?

—Gritos. Puñetazos. Un cigarrillo aplastado.

—Pero si ella no fuma fuera de las reuniones de guion.

—Bueno, un poco de guion sí que ha habido —dijo mi padre—. Una historia ridícula. Una narración ficticia, una escena. Una de las más absurdas que mi hermana ha escrito en su vida.

—Es que no me apetecía ponerme a decorar la casa, papá. Nada más. Yo...

—No es culpa tuya. Y aquí el tema de fondo no es lo de sacar los objetos navideños. Tienes catorce años. Estás creciendo. Es normal. Tu tía se aferra al pasado y tu tío no entiende por qué necesita hacerlo. —Movi6 la cabeza—. Me alegra que mi madre no esté viva para ver esto.

No fue la primera vez en que se pronunciaron esas palabras, y no sería la última.

Julio en Boulevard Court

Pasó el tiempo; el enfado disminuyó. Así funcionaba nuestra familia. Un día se produjo una llamada y nos invitaron a cenar un domingo en la *maison*, donde nos reunimos en torno a una de las elaboradísimas mesas de mi tía, como siempre. Nadie dijo nada. Nadie mencionó las Navidades anuladas. Y, evidentemente, nadie, menos aún mi tía, pidió disculpas. Ni entonces ni nunca.

Parecía que todos habíamos aceptado sumirnos en una amnesia tácita y colectiva. Nos sentamos a la mesa, nos tomamos la ensalada con el aliño azucarado y los *brownies* con triple ración de mantequilla y fingimos que aquella velada era igual que todas aquellas que la habían precedido.

El verano siguiente viajamos, todos juntos, al Pacífico Noroeste, a la misma península situada en la desembocadura del río Columbia, en el estado de Washington, en la que mi padre y mi tía habían pasado algunas vacaciones de niños. A mi tía se le ocurrió la idea, después de la muerte de Huffy, de que volviéramos a la playa, y aquel era el quinto año consecutivo en que las dos familias alquilábamos un par de bungalós; a veces llegamos a convivir hasta cuatro semanas, mucho más cerca unos de otros que incluso en Laurel Canyon.

En los primeros años, estas también fueron ocasiones alegres y llenas de inspiración, gracias a la acertada intuición que había tenido Hank al organizar ese reencuentro nuestro con la playa, y llenas de alegría gracias a su tremenda energía y a su curiosidad, la suya y la de mi tío. No hablamos de personas que preparasen una cesta para el pícnic y que se quedaran apalancadas con un libro debajo de una sombrilla, sino que investigaban, corrían aventuras y exploraban, enseñándonos así, mediante el ejemplo y la práctica, cómo entregarnos a la experiencia de un sitio nuevo.

Casi todos los días hacíamos una excursión. Visitábamos diminutos museos de historia local y calas remotas en las que habían atracado los barcos. Recorriamos la costa hasta llegar a pueblos fundados por los pioneros y a antiguos asentamientos indios; subíamos cuevas para ver los faros cercanos que aún funcionaban. También visitamos una recreación del fuerte en el que Lewis y Clark, quienes habían «descubierto» aquella zona, habían pasado una parte del infausto invierno entre 1805 y 1806, y nos acercamos en coche a Oysterville a ver los destartados y elegantes restos de aquella ciudad que fue tan próspera, situada en la punta de la península. Muchas veces comimos en el puerto deportivo de Ilwaco, al que los pescadores llevaban salmones que eran casi del tamaño de Jessie, la pescadera bajita y enérgica que los limpiaba, los fileteaba y los cortaba en rodajas (o los enlataba, congelaba o ahumaba) en la choza roja en torno a la cual las gaviotas describían círculos, graznaban y se lanzaban en picado para coger las entrañas que ella tiraba por la ventana.

Los bungalós que alquilábamos eran unas sencillas construcciones de guijarros, copias exactas la una de la otra que compartían una pared común y un porche delantero también común. Eran pequeñas, de dos dormitorios ambas, con un único baño, un salón y una cocina. Como en cada vivienda solo cabían cuatro personas, todos los años Danny o Steve iban siempre a alojarse con nuestros tíos.

—Así tus hermanos también pueden sentir que los elegimos a ellos —me dijo una vez mi tía en tono de conspiración—. Aunque tú sabes perfectamente

con quién me gustaría compartir casa a mí, si me dejaran.

Aunque lo hubieran permitido, yo nunca habría accedido a alojarme con ellos. En la idea de compartir una casa de verdad con ellos, de que solo hubiera una fina pared entre su cuarto y el mío, me parecía que había un exceso de intimidad.

En la playa, mi tía se encargaba de cocinar para las dos familias. Todos los veranos, durante esas semanas, lograba empuñar las riendas de nuestra vida doméstica compartida, dándole así a mi madre (o ese era el argumento) un descanso de las exigencias de alimentar a tres chicos voraces. Cocinaba mejor que mi progenitora, aunque la comida no era lo que contaba, sino ser quien mandaba. Por algún motivo que jamás llegué a entender del todo, mandar hacía que se sintiera plena, cómoda, casi en paz.

También mandaba en lo referente a los interiores, al menos en su bungalow, pues era completamente incapaz de pasar una sola noche en un entorno que no hubiera alterado previamente de una forma u otra. En Londres, decoraba el Dorch con lo que encontraba en los mercadillos de Portobello y Bermondsey; en París, el Plaza Athénée se volvía aún más *raffiné* con la ayuda del *marché aux puces...*; en Long Beach, los humildes bungalós de Boulevard Court se transformaban después de sus frecuentísimas visitas a las diversas tiendas de objetos de segunda mano que había en la península.

Al principio de nuestras visitas estivales, mi tía siempre se abalanzaba sobre las cajas que había guardado por la zona de un verano a otro. Ni siquiera sacaba el cepillo de dientes hasta que había redecorado, o más bien decorado, lo que quería decir que a los niños se nos reclutaba para coger y trasladar cosas, hasta que todas sus cajas se habían metido en casa y descargado. Entonces empezaba el trabajo para ella (para nosotros). En el suelo se ponían unas alfombras de retales; sobre el sofá se extendían fundas o colchas. Se colgaban imágenes o (si no estaban enmarcadas) se clavaban con chinchetas en las paredes de pino nudoso. Los armarios de la cocina se atestaban de platos y más platos. En las camas se ponían sábanas, más colchas, fundas. Las flores se traían y se cambiaban con frecuencia, mientras que en el porche del exterior surgía un verdadero Petit Trianon de jarrones, maceteros, cestas y arriates.

Todo esto era lo que hacíamos, lo que se hacía. Todo esto se llevaba a cabo, siempre que obedeciéramos. Obedecer implicaba acompañar a Hank en sus excursiones por las tiendas de objetos usados mientras ella colmaba su necesidad insaciable de tener más cosas. Implicaba ir corriendo a la ferretería

cuando necesitaba más clavos, chinchetas, cuerda o pegamento. Implicaba ayudarla a cocinar. Implicaba comer lo que ella quería, cuando ella quería que lo hiciésemos. Implicaba elogiar lo que había preparado. Implicaba fregar (y seguir fregando) las montañas de ollas, sartenes, platos, cuencos, fuentes, vasos, cubiertos y utensilios que quedaban después de cada comida.

Como no había ningún teléfono que coger, ningún cañón que cruzar a toda prisa, aquello también implicaba estar continuamente disponible; siempre a su entera disposición. Si Hank decía: «Saltad», saltábamos.

Éramos unos niños buenísimos.

Hasta que dejamos de serlo.

Todos los años, el pueblo organizaba unos espléndidos fuegos artificiales para celebrar el Cuatro de Julio y muchas veces nos los perdíamos porque las cenas, y el consiguiente turno de fregado, duraban hasta tarde. Finalmente llegó el verano en que, mientras lavábamos los cacharros después de la cena del día 3, empecé a planificar el día siguiente y me atreví a proponer lo que era, en el contexto de esta familia especialmente organizada, una idea revolucionaria.

—¿Qué os parece —sugerí— si mañana utilizamos platos de cartón? Así los podremos tirar y bajar pronto a la playa.

Casi nunca era el qué. Ese qué siempre parece una tontería al verlo desde el presente, una mera circunstancia. Incluso una estupidez: la colilla lanzada desde un coche que, casualmente, aterrizaba en un bosque muy seco y muy tupido.

—Yo no ceno ni loca en unos platos de cartón, Michael —me espetó mi tía—. Precisamente tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Pero ¿por qué no? Solo esta vez.

—¿Que por qué no? —Abrió los ojos; alzó la voz—. Porque son una vulgaridad. Porque yo no hago esas cosas. Porque en esta familia no hacemos esas cosas.

Un año antes, un mes antes (quién sabe, quizá incluso una hora antes) habría cedido. Pero ahora insistí.

—Pero ¿no podemos, solo esta vez, hacer una excepción?

—¿Una qué?

—Una excepción.

—No podemos, no. Y no la vamos a hacer.

Proseguí:

—Y ¿por qué lo decides tú sola? ¿Por qué no lo votamos? La familia somos todos, ¿no?

Miré a los otros. Mi tío, como era de esperar, estaba sentado impertérrito al otro lado de la estancia. Mi madre tenía los brazos cruzados sobre el pecho, pero nuestras miradas se cruzaron; todo su semblante y su cuerpo me transmitían un apoyo firme aunque callado.

Mi padre dijo en tono neutro:

—Hankie, razón no le falta al chico.

—Oh, Martin, ni se te ocurra venirme ahora con lo de Hankie. Sabes perfectamente que nosotros...

Danny intervino:

—Yo voto a favor.

Ella se giró lentamente hacia donde estaba mi hermano.

—Me importa un pimiento que estés a favor o en contra, jovencito. Esto no es una democracia. ¡Soy yo quien decide cómo se cena en esta casa! ¡Soy yo quien determina y mantiene las normas!

Envalentonado por el respaldo de mi hermano, envalentonado por mi propia osadía, tiré el paño de cocina y dije:

—Entonces también puedes ser tú quien friegue los platos después.

Danny también tiró su trapo y añadió:

—Lo mismo digo.

No sé dónde, Philip Roth se burla de Henry James por describir momentos en los que se dice que los personajes montan en cólera. ¿Quién, se pregunta, monta en cólera en la vida real?

Roth jamás había visto a mi tía.

Hank, que casi medía uno ochenta, se irguió cuan alta era, respiró profundamente para lubricar su afilada lengua y soltó una diatriba de padre y muy señor mío, toda en mayúsculas:

—CHICOS, ¿SABÉIS LO QUE SOIS? OS LO VOY A DECIR. UNOS DESAGRADECIDOS. LO ÚNICO QUE HACEMOS VUESTRO TÍO Y YO ES DAROS COSAS, VERANO TRAS VERANO, AÑO TRAS AÑO, Y VOSOTROS NO HACÉIS MÁS QUE COGER Y COGER Y COGER. OFREZCO, Y RECHAZÁIS. DOY AMOR, Y CUESTIONÁIS ESE AMOR. ¡SI NI SIQUIERA HABRÍAIS VENIDO AQUÍ SI YO NO OS HUBIERA TRAÍDO! ¿CREÉIS QUE A VUESTROS PADRES SE LES HABRÍA OCURRIDO QUE VOLVIÉSEMOS A ESTA PLAYA? ¿DAROS ESTOS

VERANOS? ¿LLEVAROS A VER EL RODAJE DE UNA PELÍCULA? ¿REGALAROS LIBROS, *OBJETS*, IDEAS? ¿SACAROS DEL LETARGO DE VUESTRA VIDA COTIDIANA? NO ENTIENDO QUÉ ES LO QUE OS ESTÁ PASANDO, EN ESPECIAL A MICHAEL. PRIMERO FUE LO DE NAVIDAD... AHORA ESTO. ¿HASTA CUÁNDO? ¡EXIJO QUE ESTO TERMINE! ES UNA LOCURA, CORCHETE, ESTA AGRESIÓN A QUIENES SOMOS Y A LO QUE SOMOS. ¡UNA LOCURA, TE LO DIGO YO!

El esfuerzo de gritar esa invectiva la obligó a desplomarse en una silla. Se llevó las manos a las mejillas y, en un tono más bajo, añadió:

—Menos mal que mamá no vive para ver en qué nos hemos convertido. ¡Anda que sentir alivio por la idea de que mi madre esté muerta!

Entonces se echó a llorar.

Danny me rozó el hombro y me dijo:

—Vámonos de aquí.

Salimos de las casas y nos dirigimos a la vía de acceso que daba a la playa. Aún quedaba un día, pero la gente ya lanzaba fuegos artificiales, que resonaban como disparos sobre la extensión de las dunas.

—¿Eres consciente de que antes no has hecho nada malo? —me preguntó mi hermano al cabo de unos instantes.

Asentí con la cabeza, pero la verdad es que no era consciente. No dejaba de oír la voz de mi tía, su diatriba, que se me repetía en la cabeza.

—A la que le pasa algo raro es a ella. No a ti, ni a nosotros. A ella. ¿Lo entiendes?

Volví a decir que sí, pero no muy convencido.

—Vaya puto lío.

En la Via della Vigna Vecchia

Empezó a surgir una pauta.

Mi tía estallaba, y las dos familias dejaban de hablarse un tiempo. Estas interrupciones a veces duraban días, otras semanas. De vez en cuando, también meses. Finalmente había cierta comunicación entre bambalinas. Después llegaba una invitación a cenar y volvíamos a reunirnos. El episodio jamás se abordaba abiertamente. Se procuraba no tocar esa cuestión incómoda o, dado que estábamos en la *maison*, ocultarla detrás de un biombo de Zuber o de

Coromandel. No se deshacía una familia de vínculos tan fuertes solo porque uno de los chicos hubiera llegado a la adolescencia y hubiera encontrado su voz, o porque una de los adultos hubiera dejado de ser capaz de controlar su rabia, o porque quizá se hubiera empezado a volver loca, o... a saber qué. Aquello era un rompecabezas. Uno inmenso, intrincado, agotador.

El cambio producido en la personalidad de mi tía lo comentaron y estudiaron ampliamente, a veces de forma obsesiva, casi todas las personas que formaban parte de su círculo al margen de mi tío. Los miembros de nuestra familia nuclear pasamos juntos muchas horas tensas, horrorizados de forma compulsiva e intentando dilucidar qué le había pasado a la maga de nuestra niñez, y no solo de la nuestra, sino también de la juventud de mis padres, antes de nosotros. Nos acompañaban regularmente otros parientes o examigos de mis tíos; Ruby solo era una de las más de doce personas a las que mi madre empezó a llamar los «heridos vivientes», quienes habían sido expulsados del reino encantado y que para quitarse de encima sus historias solo podían acudir al salón de mis padres en Greenvalley Road, donde las paredes absorbieron tanta tristeza y frustración que parecía increíble que el yeso no empezara a deshacerse y caer al suelo justo delante de nosotros.

Sin embargo, tampoco era del todo cierto que mi tío no advirtiera el cambio que sufrió mi tía; lo notó su cuerpo, de una forma cada vez más intensa a medida que fue pasando el tiempo. Irving, el niño asmático y enfermizo, se había convertido en un joven y un adulto robusto; sin embargo, al llegar a la madurez empezó a desarrollar una hipocondría que le duraría décadas. Más de diez veces acabó convencido de que tenía cáncer. Enfisema. Problemas cardíacos. Úlceras de estómago. A veces el autodiagnóstico no era tan grave, padecía únicamente (¡únicamente!) lo que él denominaba agotamiento, una falta de energía tan profunda e irremediable que se pasaba días enteros en la butaca de lectura o incluso en la cama.

Durante un período de más de un año mantuvo lo que acabó siendo una cita semanal y fija con nuestro médico de familia. Cuando el doctor Derwin, al revisar la última serie de análisis de resultado negativo, en determinado momento se exasperó y le propuso a mi tío que se planteara ir a ver a un psiquiatra, mi tía se puso hecha un basilisco. «En esta familia nadie va a ir a ver a un psiquiatra, ¿entendido?» Amenazó con «demandar y desplumar a ese hombre horrible». Evidentemente, todo el mundo sabía que su marido tenía «¡la mente más cuerda, racional y sana que he tenido la oportunidad de conocer en toda mi vida!».

A medida que mi tía fue mostrándose cada vez más inestable, a mi tío empezó a darle más miedo su propia salud. Aparecieron los escáneres, los osciloscopios, las biopsias, las angiografías y los monitores Holter; creó una tabla, juntando todos los datos, tan gruesa como el listín telefónico del condado de Los Ángeles. Abandonó el tenis y después la natación. Cada vez trabajaba menos, lo que implicaba que ella hacía lo mismo, lo que implicaba que les quedaba más tiempo para darle vueltas a todo y desarrollar dramas para la vida real en vez de hacerlos en forma de texto. Se debilitó; perdió varios centímetros de sus ciento ochenta originales y también se replegó en su interior. Ella se dedicaba a atacar y a herir; él recogía los restos del desastre con la misma obediencia con que fregaba el suelo de la cocina. Después se retiraba a su butaca, o se metía en la cama, o acudía corriendo a la consulta del doctor Derwin, en Century City, para dejar que su cuerpo expresara lo que el resto de él no podía.

Entretanto, mi tía empezó a frecuentar la compañía de ciertas personas y después a rechazarlas, un ritmo que acabó pareciendo tan natural, y también tan variable, como las condiciones climatológicas. A mi tía Trudy la trataba como si fuera una amante de quita y pon, con quien interrumpía las relaciones y a la que volvía a llamar (cuando no podía encontrar a un sustituto para las excursiones de los sábados por los anticuarios) con besos y *cadeaux*. Todo el mundo, absolutamente todo, era juzgado de forma despiadada. Trudy, cuando no estaba de buenas con ella, era fría y tacaña. El marido de esta, Pete, el hermano mayor de mi tía y de mi padre, era un progenitor insensible y distante. Sus hijos, mis primos Dee Dee, John y Lisa, habían defraudado las primeras expectativas que habían despertado; los novios o novias que tenían, después sus cónyuges, nunca estaban a la Altura. Los primos del lado de los Ravetch eran serios, poco imaginativos, «no tienen nada que ver con nosotros». Viejos amigos de pronto adquirían un carácter agrio, como la leche; los nuevos eran fascinantes, hasta que de repente dejaban de serlo.

Aquello era enloquecedor y extrañamente magnético. Toda la atención se centraba en mi tía, igual que pasaba con grandes personajes teatrales, como Mary Tyrone, Amanda Wingfield y la voluble Martha de Albee. A veces quizá te tapabas los ojos, pero siempre acababas mirando; mirando y esperando a que volviera a aparecer la Hankie buena, como de vez en cuando, asombrosamente, aún seguía haciendo, porque ¿qué persona racional habría

vuelto a someterse a una nueva dosis de *Sturm und Drang* si esta no hubiera estado intercalada con episodios relativamente benignos? Hank era como una especie de impredecible pieza de contrapunto de música modernista; nunca sabías en qué lugar de la escala iba a sonar la siguiente nota. Mi tía engatusaba y despellejaba; regalaba con generosidad y quitaba con arrogancia; celebraba y denigraba; era un ángel, un demonio; un misterio y una carga, eternos.

Se me hizo evidente que mis padres, a pesar de sus diversos puntos fuertes y de su cordura fundamental, no iban a poder liberarme, ni tampoco librarse ellos, del extraño poder que mi tía tenía sobre nuestra familia. Mi madre había progresado mucho desde que había conocido a Hank y había quedado hechizada por ella con trece años, pero no formaba parte de su carácter plantear una confrontación, un reto o una perturbación; se limitó a apartarse y a mostrarse cada vez más inexpresiva con mi tía. Estaba y no estaba al mismo tiempo. En las excursiones familiares solía llegar tarde («Es una enfermedad muy propia de los Frank»), le declaraba regularmente Hank a todo aquel que la escuchara, aunque lo que quería decir es que era una enfermedad muy propia de Merona); en las cenas familiares, que mi madre siguió frecuentando e incluso organizando, encontraba motivos de toda índole para no sentarse a la mesa prácticamente hasta que la comida se había terminado. En aquel momento, yo pensaba que estaba muy ocupada o que se le daba fatal gestionar la cocina; ahora advierto que esas ausencias tuyas eran una estrategia tan inconsciente como fallida, porque solo servían para convertirla en un blanco fácil de las invectivas de mi tía. Cuanto menos visible estaba mi madre, más fácil le resultaba a mi tía acusarla de ser la celosísima impulsora de mi rebeldía y de la desintegración de la intimidad entre las dos familias: dos interpretaciones profundamente erróneas del carácter humano urdidas por una narradora de verbo diestro.

La situación de mi padre era aún más complicada. De pequeños, su hermana y él se habían querido más que nadie en el mundo. Había una fotografía de ambos en la que yo solía fijarme; traslucía un sentimiento que me parecía tan lejano en el tiempo como la ropa que llevaban o la melena corta de mi tía: las versiones infantiles de ambos aparecían tumbadas, cara a cara, en un jardín en cuesta de Portland, aproximadamente en el verano de 1929; los dos niños se miraban; por la posición de los cuerpos, por la forma en que apoyaban la cabeza en las manos y hundían los codos en el césped y por la

mirada que se dedicaban, yo notaba el profundo amor que había entre ambos.

Durante largos períodos de su infancia, Marty y Hank habían sido inseparables. En invierno compartían un dormitorio, en verano dormían en el mismo porche. Montaban juntos en la bicicleta de la familia, uno sentado detrás del otro; los sábados los pasaban enteros en el cine de Irvington, donde veían dos series cinematográficas y lo último de Mickey Rooney o Laurel y Hardy, en ocasiones tres veces seguidas. En el punto culminante de la Gran Depresión, cuando mi abuela, presa del pánico, se los llevó únicamente a ellos dos a vivir en una pensión de Longview, donde esperaba encontrar empleo gracias a la ayuda de su hermana mayor, Marcia, forjaron un fuerte vínculo entre ellos por la adversidad de esas duras circunstancias, del mismo modo en que lo forjaron cuando poco después cambió su suerte, después de que Huffy fuera a trabajar a Hollywood, momento en que se instalaron en una zona llena de sol y de posibilidades, cuando prácticamente de la noche a la mañana dejaron de ser los tristes Goldstein y se convirtieron en los Fabulosos Frank. Su amistad sobrevivió al conflictivo y poco convencional matrimonio de sus padres, a los dos años de Marty en la Marina, al hecho de que él se casara con la hermana menor del marido de su hermana mayor. Pero no sobrevivió al deterioro causado por las piruetas mentales de mi tía, dado que, según lo entendía mi padre, su hermana nunca llegó a recuperarse de su caída de esa índole especial de gracia protegida que es el amor entre hermanos, ese amor que también encierra una historia compartida de momentos horribles y maravillosos, con su facilidad de comunicación, intensa, en clave y muchas veces sin palabras, con sus suposiciones, su comprensión, su acuerdo. Creo que se puede afirmar que esta experiencia le planteó a mi padre el problema más largo y enredado de su vida, el único verdaderamente importante, a excepción de la enfermedad fatal de su madre, al que este hombre, acostumbrado a resolver todos los problemas, no pudo encontrarle una solución ni siquiera moderadamente satisfactoria.

Dado que mis padres no iban a liberarme, tendría que hacerlo yo, pero... ¿cómo? Cambiar la cantidad de tiempo, o el tipo de ratos que pasaba con mi tía no servía de nada, eso estaba claro, porque limitar mi compromiso con ella solo la convertía en una persona más absorbente e hiriente, y si yo marcaba mi territorio, por pequeño que este fuese, esto provocaba estallidos que no solo me afectaban a mí, sino a nosotros siete. Parecía que estaba claro cuál era la decisión evidente: marcharme.

Marcharse: qué palabras tan bonitas y tan inalcanzables, que representaban

una idea preciosa, llena de inspiración, también de lo más aterradora..., y asimismo una experiencia para la que no estaba en absoluto preparado.

Llevé a cabo ciertos primeros intentos. El primero fue un viaje de verano del que me había hablado en los primeros años de instituto un profesor de Literatura Inglesa empático y casi clarividente: un recorrido en autobús por la costa este de Estados Unidos, patrocinado por la YMCA. Todavía recuerdo la sensación de gozo y miedo (una sensación cuyo sabor notaba) que me invadió al ver el itinerario, en el que un grupo de chavales de mi edad iba a recorrer toda Nueva Inglaterra. Cuando, muy emocionado, le enseñé a mi tía el folleto (sin ninguna referencia religiosa), como no podía dejar de hacer, me soltó: «¿Sabes con qué se corresponde la C de YMCA, ¿verdad? Significa que son cristianos»; esta última palabra la pronunció del mismo modo en que decía «moderno» y «no es uno de los nuestros». Y no hubo más que hablar.

Y ¿por qué no hubo más que hablar? Uno de los efectos de que te digan que eres un espléndido príncipe y que después te aseguren que eres un cabrón y un insensible es que al final no siempre sabes quién eres. Ni lo que necesitas. Ni de dónde puedes sacar el valor o la confianza para salir de la poderosa historia dentro de la cual has nacido.

Con dieciocho años yo ya había adquirido mayor determinación. Estuve varios veranos trabajando en la oficina de mi padre, desde el día en que acababan las clases hasta que volvían a empezar en otoño, para ganar suficiente dinero e ir a Europa en cuanto me graduase en el instituto. Contraviniendo los deseos de mis padres, que sospechaban que todavía no estaba tan preparado para ir solo por ahí, viajé sin nadie que me acompañara, sin contactos, sin estructura, sin otro plan en firme que no fuera llevar a cabo cierta versión del Grand Tour para el que mis tíos (y todas mis lecturas) me habían estado preparando durante toda mi vida. La experiencia, como no podía ser de otro modo, resultó ser un humillante desastre. Al no saber planificarme el tiempo, hacer amigos ni orientarme en sitios desconocidos, me invadieron una nostalgia y una sensación de soledad tan desasosegantes que me tuvo que rescatar, con un improvisado viaje a Europa..., ¿quién si no?

Solo en la versión reconstruida de tu experiencia vivida puedes permitirte la fantasía temporal de poder interpelar, llamar (o gritar) a tu yo más joven y más tonto (por no decir imbécil) y chillarle: «¡No!». No, para, no renuncies a esas lecciones que la soledad aún tiene que enseñarte; no te marches tan deprisa de

ese hostel mugriento de Belgravia, por mucho que la ducha esté llena de bichos y que tengas que meter una moneda en la ranura para encender la calefacción; no cojas ese taxi ni sientas tanto alivio al decirle al taxista que te lleve al Dorch (y no lo llames el Dorch); no bajas del vehículo ni te quedes tan encantado al darte cuenta de que, a pesar de la lluvia torrencial, estás en un oasis de aire tan seco que parece imposible, pero que es posible gracias al portero con librea que te sostiene el paraguas más grande, más negro y más envolvente que has visto en tu vida, y que sigue sosteniendo por encima de ti mientras te acompaña desde el taxi, por la alfombra roja, hasta la puerta giratoria cuyos pomos de latón empuja para que esta se ponga a dar vueltas y tú con ella, para que salgas de un mundo y entres directamente en otro.

En las dos semanas que mi tía y yo pasamos juntos en Londres ese verano, Hank estuvo pletórica, en su versión más animada de la tía Mame, y mi soledad, y lo que era aún peor, la agobiante humillación que había sentido al verme tan poco capaz de valérmelas por mí mismo en un sitio lejano me habían ablandado, convirtiéndome en un obediente y afable Patrick; por primera vez desde hacía años, nos divertimos. Fue como si le hubieran puesto unos paréntesis al vaivén permanente de lo que vivíamos juntos; parecido a eso pero también distinto, dado que, de forma poco sorprendente, había una lista de reglas tácitas que también era necesario seguir en esas circunstancias. Eran una variación de las normas que yo había aprendido de muy pequeño y que sabía cómo acatar, o cómo volver a acatar, tan fácil y maquinalmente como respirar. El precio de esta tregua fue mi regreso al papel del sobrino dócil que iba siguiendo a su tía por museos, al teatro y por los mercadillos de Portobello y Bermondsey; se me activó ese ojo tan afinado con el que confirmaba o me entusiasmaba, evaluaba o animaba, mientras mi tía iba reuniendo tantísimos cuadros, objetos de porcelana y muebles que cuando los transportistas vinieron a buscarlos al Dorchester creyeron que llevaba años ahí instalada, como una desquiciada dama estadounidense de alguna película, cosa que en cierto modo era.

En esas dos semanas hubo un momento que me impresionó, que se me quedó grabado tan profundamente que volví a él varias veces a lo largo de los años siguientes, un interludio de cómo podrían haber sido las cosas si en ese viaje yo hubiera sido otra persona, o me hubiera encontrado en otro punto de mi lentísima trayectoria. Cuando mi tía, que arrastraba un resfriado, decidió pasar una infrecuente mañana sin salir, yo me eché a la calle a dar un paseo. Caminé durante horas bajo la lechosa luz londinense, sin mapa, plan ni

objetivo, hasta que justo antes de las once, en Kensington, en una calle que se extendía por el perímetro de una plaza verde, observé una de esas casas adosadas immaculadas, blancas y brillantes, y vi a una chica apoyada en una ventana del tercer piso, una especie de Julia Margaret Cameron prerrafaelita; llevaba un camisón blanco y se agitaba el cabello largo y dorado. Nuestras miradas se cruzaron y nos quedamos contemplándonos fijamente. Aquello duró un período de tiempo indefinible. Mientras lo hacíamos, de pronto dejé de ser el sobrino que era presa de un hechizo, dejé de ser el acompañante, el espejo, el acólito o la sombra de mi tía, lo que también implicaba ser una sombra de mí mismo, para ser un joven que observaba a una joven con interés, curiosidad y deseo; sobre todo, esto último. Condensada en mi mirada había una peligrosa cantidad de deseo que salió disparada al tercer piso de ese edificio blanco con un chasquido abrasador y casi eléctrico. Esa mirada fue recíproca, tan misteriosa para mí como la mía lo era para ella.

Aquello fue como si la mirada del mundo (de un mundo de posibilidades) se hubiera abierto ante mí y en mi interior. Sin tener la menor idea, en ese momento, de cómo podría materializar esa posibilidad, al menos la había reconocido, la había sentido, en mis entrañas, mi entrepierna, mi alma.

Al cabo de unos minutos, al lado de la chica se situó un niño rubio, que bostezó y después sonrió. Deduje que era su hermano. O lo decidí. El pequeño le tiró de la manga; ella alargó el brazo y le puso la mano en el hombro, como debía de haber hecho ya cientos de veces. Juntos divisaron la calle, la plaza, los árboles, el horizonte. Luego se apartaron de la ventana y retomaron su día, con lo que me di la vuelta y retomé también el mío.

Después de ese viaje, durante mucho tiempo me odié por estar atrapado en mí mismo; sin embargo, al fin y al cabo la única manera en que podía convivir con esta experiencia era transformándola en un episodio cómico (¿tragicómico?) en el que yo era un joven ingenuo en el extranjero, tan torpe e inepto que no me había quedado más remedio que me «rescatase» mi tía excéntrica y extravagante. Y no solo sostuve esta versión, sino que además dejé constancia de ella. Durante varias semanas me encerré en mi cuarto y transformé las anotaciones de mi diario que, tras hacerle caso a Huffy y aplicarme con verdadera disciplina, había ido escribiendo durante el tiempo que había pasado fuera. Había escrito muchas impresiones de los edificios, los cuadros y los sitios que había visto o visitado, de las personas a las que

había observado, y había consignado todos los detalles de la metamorfosis que me había llevado del hostel al Dorch, ninguno de los cuales, me atrevo a decir ahora, habían pasado por el filtro de un ojo que se conociera demasiado bien a sí mismo. De ahí salió un documento de treinta, cuarenta páginas que con paciencia mecanografié y volví a mecanografiar. Lo encuaderné con unas espigas de latón, con tapas azules, y lo llevé (cómo no) a la *maison*.

Esto ocurrió una tarde de viernes. Antes de que hubiera pasado una hora recibí una llamada de mi tía.

—Michael, tengo que hablar contigo ahora mismo —me dijo en tono agudo y animado—. No puedo esperar a que vengas. Te lo voy a contar por teléfono: lo que has escrito me ha dejado absolutamente anonadada. Es el relato de viajes más delicioso que pueda imaginarse. Tan refinado, tan concreto y tan perceptivo. Todo expresado con un lenguaje de lo más evocador y contenido. Y, claro está, ja, ja, con cierta persona conocida que anima el cotarro en torno a la mitad. Debo decir que no sospechaba que tuvieras esta clase de talento. ¡Eres escritor! Uno de verdad. Madre mía, y tanto que lo eres.

Un estallido de puro placer se produjo en mi interior y empezó a esparcir su contenido por todo mi cerebro y mi cuerpo.

—Ahora escúchame. Tienes que prometerme, rapidito, rapidito —prosiguió—, que mañana, a primera hora, te vas a sentar ante tu mesa y vas a escribir más. Más, y más, ¡y más! Porque la única manera de llegar a ser escritor es..., bueno, escribir. Sobre todo, sobre cualquier cosa, que salga de ti a raudales; luego tráemelo y avanzaremos a partir de ahí.

No me paré a pensar hacia dónde íbamos a avanzar. Su reacción ante mis páginas me dejó tan conmocionado que subí al piso superior y, rebosante de ilusión, guardé el cuaderno de dibujo, los lápices de colores, los pasteles, y reorganicé la mesa. Solo lapiceros del número 2; una cajita de gomas de borrar de color rosa; cuadernos de papel pautado y amarillo. (Porque ¿acaso los escritores «de verdad» no hacían siempre un primer borrador a mano? ¿No conseguías así fijarte más en el lenguaje? ¿No había leído en no sé dónde que a Virginia Woolf le procuraba un placer físico el mero acto de trazar su tinta violeta en folios de color crema?) En la mesita de al lado, siguiendo el ejemplo de mi tío, volví a colocar la máquina de escribir eléctrica, de marca Adler, que mis padres me habían regalado al graduarme en el instituto, en teoría portátil, aunque en realidad era un armatoste que zumbaba y que de pronto parecía haber adquirido cualidades de brujo.

«Eres escritor.» ¿Era eso cierto? Me había pasado toda la vida leyendo

(aunque, cuando era más pequeño, no tantísimo como a mis tíos les habría gustado); había escuchado todos los comentarios, los consejos y las reflexiones que ellos habían ido expresando en las conversaciones, a veces entre ellos dos, a veces dirigidos a mí de forma explícita, desde que tenía uso de memoria. Y, dado que no vivía del todo en la burbuja del «alegre septeto», en el instituto había tenido dos mentores importantes que me habían enseñado las nociones básicas, y más que eso, de cómo se construyen una frase, un párrafo, después un ensayo. En tanto que Fabuloso Frank en fase de aprendizaje, tendía a no reconocer que me hacía falta que me enseñasen («Hay escritores que nacen y otros que se hacen —solía decir mi tía—, y yo siempre noto la diferencia»), pero también reconocía que les debía algo a esos dos hombres. Calvo, de voz grave y adusto, George Schoenman (profesor de redacción en el décimo curso) era un existencialista que citaba a Sartre, a quien le encantaba Hemingway y le obsesionaban los Dodgers, que me inculcó las reglas con que se escribe un ensayo explicativo. Su forma de construir la famosa pirámide invertida, rígida, esquemática, de cohesión férrea, me brindó una infraestructura organizativa para mi lenguaje y mi pensamiento, que después no me he llegado a quitar del todo. Richard Battaglia (literatura en los cursos undécimo y duodécimo), con su pelo largo, su tremendo bigote, sus pantalones bajos y de campana, coloridas camisas y andares de pantera cuando estaba en clase, siempre tenía a alguna alumna rubia y delgadísima sentada a su lado y bebiéndose todas sus palabras como si fueran ambrosía, por mucho que tuviera competencia por parte de casi todas las chicas y algunos chicos de la clase. Pero lo que a mí me importaba, lo que me embelesaba, era su amor por la literatura, que manaba de él con un calor visceral. Battaglia tenía a sus preferidos, y logró que los leyéramos y que los apreciáramos tantísimo como él: las Brontë, los románticos, John Donne, Gerald Manley Hopkins, Hardy. Todos los veranos viajaba a Inglaterra, visitaba los Lugares Sagrados (la casa parroquial de Haworth, el Distrito de los Lagos, la vivienda de Carlyle situada en Cheyne Row), y nos traía postales, folletos y fotografías que, tras colgar en su tablón de anuncios, parecían reliquias santas que adornaban el templo que era su aula. Él también logró que pensáramos, que escribiéramos, que habláramos de personajes, historia, trama, subtexto; biografía, psicología, lenguaje; sobre todo, de lenguaje.

El día en que recibí esa llamada de mi tía, me senté tal como me había pedido y, durante los meses siguientes, me dediqué a escribir relatos. Al fin y

al cabo, así era como ella había empezado, haciendo un sinfín de ellos en la primera fase de su carrera en el mundo de las letras, cuando, con esa infinita energía suya, volvía a casa después de pasar el día en el estudio, preparaba la cena, se la tomaba, se sentaba ante una mesa plegable normal y corriente y creaba un relato, a veces dos, por semana. La elección del género no tenía ni que pensármela. ¿El tema? ¿Qué podía incluir en esos relatos un chico de dieciocho años que no se conocía demasiado bien? Nunca había estado enamorado; había demostrado ser incapaz de explorar el mundo yo solo; vivía hechizado, podría decirse que físicamente encarcelado, por una familia de la que todavía no me había independizado. Había perdido a dos abuelas a las que adoraba, había leído mucho, había observado mucho; tenía ciertas ideas y, quizá, un oído no del todo malo; hice todo lo que pude con el material que tenía a mano. Creé tramas, inventé y escribí, redacté y corregí, seis relatos a lo largo de los meses siguientes. Entonces, de nuevo, los mecanografié, los encuaderné y se los entregué a mi tía.

En esta ocasión no hubo una llamada inmediata. Ni tampoco después de una hora, dos o seis. Me quedé mirando tan fijamente el teléfono de la cocina que creí que iba a quedarme ciego. Una vez, después dos, luego diez, levanté el auricular para cerciorarme de que había línea. En toda mi vida nunca me ha dado tanta sensación de que el tiempo avanzaba lentamente. Aguardé en la cocina; en mi cuarto, sin poder concentrarme en nada, aguardé; seguí haciéndolo sin fuerzas en el jardín de atrás, mientras contemplaba cómo se ponía el sol detrás del olmo japonés.

Mi madre, al verme en el jardín, salió a preguntarme si pasaba algo. Dije que no con la cabeza, asegurándome de que no me viera la cara.

Mi tía no llamó hasta la tarde siguiente.

—Michael —dijo—, creo que deberías venir para que tengamos una charla.

Su tono no era del todo de enfado, pero sí inexpresivo y solemne; no revelaba nada..., nada bueno, en cualquier caso. Salí enseguida, subí Greenvalley, crucé Crest View y llegué a Skyline, con el corazón desbocado y notando que me pesaban tanto los pies que los podría haber tenido metidos en hormigón. Subí, crucé, avancé por el camino de la *maison*, subí también los escalones de ladrillo, pasé bajo el toldo de lona cuyas elegantes borlas negras se mecían en la brisa y llegué a la puerta.

Llamé y oí cómo se acercaba mi tía. ¿Cuántas veces había estado en esa puerta, mientras me llegaba el sonido de sus pisadas, que se iban haciendo

más fuertes y se aproximaban? ¡Con qué placer (con frecuencia), con qué miedo (a veces)! En esta ocasión, no esperé con una cosa ni con la otra. Lo único que percibía eran unos latidos tan fuertes que los notaba en la garganta.

Abrió la puerta y bajó la mejilla, como siempre, para que se la besara. Tenía la cara fría, la postura rígida, los hombros encorvados.

Me pidió que entrara y que me sentara junto a la chimenea del salón. Ese sitio estaba reservado para las conversaciones serias, las reuniones del té y para unos sorbos de jerez en invierno. Ese día no había nadie más en casa, ni siquiera mi tío; no se veía ni el carrito del té, solo mis páginas, manoseadas y apiladas de cualquier manera en la mesita baja situada entre los sofás que estaban uno enfrente del otro.

—Siéntate —me dijo.

Lo hice. Ella ocupó el sofá de enfrente.

—Bueno —comenzó, poniendo las manos sobre las rodillas y respirando profundamente—. Voy a ser sincera contigo, Michael. No queda más remedio. Sobre todo al tener en cuenta que la primera muestra de tu trabajo que me enseñaste después de viajar resultó tan prometedora. Esto, en cambio... —Señaló las hojas con un ademán—. Esto no es bueno. No es bueno en absoluto. Es peor que eso. Lo que has hecho aquí es falso. Has descrito emociones que no tienes, que no puedes tener a tu edad, ni por asomo. Ni tampoco entenderlas. Tu lenguaje queda forzado, a veces es incluso incorrecto. Las imágenes son estereotipos. El ritmo es torpe. —Hizo una pausa—. Con toda sinceridad: lo que has creado aquí no es arte, sino artificio.

Cuando éramos pequeños, en la playa, mis hermanos y yo jugábamos a un juego en el que metíamos un imán en la arena y sacábamos pegada una masa de pequeñas limaduras de hierro negro. Eso fue lo que hizo mi mente al oír esa frase; se le quedó pegada y descartó todo lo demás: «No es arte, sino artificio».

—Lo he hecho... lo mejor posible —dije, o traté de decir, mientras el corazón me iba a mil por hora—. Solo son el primer borrador —añadí angustiado—. ¿Qué es lo que... lo que no te ha gustado... de la historia del joven pintor y su abuela, cuando se da cuenta de que se está muriendo? ¿No has sentido...?

Clavó en mí una mirada penetrante.

—Ese es el ejemplo más claro de todos. ¿Que el chico adivina lo que le han impedido saber? Ningún niño deduciría eso. ¡Ningún niño razona así! No me he creído nada. Ni tampoco en los demás cuentos, lamento decir. —¿De

verdad lamentaba decirlo? ¿Por qué hablaba con tanto vigor?—. No, aquí lo único que se puede hacer es guardarlo todo y empezar de cero. Esta vez, quiero que me traigas párrafo a párrafo, una página como mucho; más, no. Hablaremos, lo corregiré, te ayudaré a ver la diferencia entre lo que queda verdadero y falso, lo que queda claro y lo incomprensible. Sí, eso haré por ti.

Empecé a sentirme débil. ¿Cómo lo había hecho tan mal? ¿Tan mal lo había hecho? Tres meses antes, me había mostrado refinado, concreto y perceptivo; ahora no había creado arte, sino un artificio.

Cogió las hojas. Durante unos instantes creí que las iba a tirar a la chimenea, aunque en ese momento no estaba encendida. Pero me las dio.

—Michael, vuévelas a leer. Verás que tengo razón. Y recuerda que todos los escritores, absolutamente todos, deben pasar por una fase de aprendizaje. A veces, bastante larga.

Emprendí el camino a casa, no sé muy bien cómo. Poniendo un pie de hormigón tras otro.

En un punto intermedio del camino entre las dos casas, la *maison* y Greenvalley, llegué a una papelería. Levanté la tapa, rompí las hojas por la mitad, luego otra vez por la mitad, y las tiré.

En casa, me metí en la cama y me hice un ovillo bajo las sábanas, donde me encontró mi madre al cabo de una hora, después de que me llamara varias veces y de que yo no bajara a cenar.

—Michael, ¿te pasa algo?

La miré y me eché a llorar.

—¿Estás enfermo?

Unos sollozos profundos, incontrolables, imparables.

—Por favor, cariño, dime qué te pasa.

No podían salir palabras entre esas lágrimas acompañadas de convulsiones y de hipo. Yo no tenía ni la menor idea de a qué se debían. Tres meses antes iba a ser artista. Lo de ser escritor ni se me había pasado por la cabeza. Entretanto, me había acabado dando cuenta de que ese deseo siempre había estado ahí, encendido desde hacía mucho y en un sitio muy muy profundo. Ni siquiera era una elección, sino mi identidad, eso lo entendía con una claridad perfecta, aunque llena de miedo. Pero quien creaba tendencias en la familia, la persona de talento de la familia, había asegurado que yo era un tremendo fracaso. Entonces ¿qué era? ¿Quién era?

Mi madre me abrazó y me tranquilizó como pudo. Luego me pidió que le contara lo que había sucedido.

Mientras me escuchaba, una sombra le nubló el rostro, una sombra muy oscura, rabiosa y larga, tremendamente larga.

—No parece que tu tía haya conseguido precisamente que te animes a intentarlo de nuevo —dijo.

—No volveré a intentarlo.

—Michael, podría haberse equivocado desde muchos puntos de vista. Tienes dieciocho años. No es razonable que esperes crear una obra acabada al primer intento. ¿Qué crees que escribía tu tía con dieciocho años? ¿O con veinte? Te voy a contar lo que escribía con veintitrés: una novela. Me la dio para que la leyera. Era malísima.

Cuando me contó eso, algo cambió en mi interior.

—¿De qué iba? —pregunté, secándome los ojos.

—De Portland. Tu abuela y ella, y el novio de esta, el rabino. Todo aquello era una fantasía, desprovista de cualquier... de cualquier complicación real. Como tantas otras cosas en la vida de tu tía.

Se quedó cavilando unos instantes y añadió:

—No puedes permitir que te haga esto, ni ella ni nadie. Si tienes algo que contar, y me da la impresión de que es el caso, y de que es algo que te pasará cada vez más a medida que te vayas haciendo mayor, descubre cómo contarlo. Con paciencia y con calma. No puedes dejar que la opinión de una sola persona tenga este efecto sobre ti, menos aún la de tu tía.

Lentamente, demasiado lentamente, empecé a darme cuenta de que tenía que encontrar el modo de marcharme muy lejos, tanto física como mentalmente: era la única posibilidad que tenía de madurar, de descubrir quién era. Aunque durante la época universitaria estuve de intercambio durante dos semestres en la costa este del país, básicamente pasaron cuatro años antes de que volviera a salir al mundo exterior. Pero me marqué un objetivo: guardar todo el dinero que ahorraba con una serie de trabajos de verano y, en cuanto me graduara, irme a vivir (no a viajar) un año a Europa; no en la autorizada y alegre Inglaterra de Shakespeare, Dickens, Trollope y el «querido y divertido» E. F. Benson, ni siquiera en «*la belle France*» de Proust, Balzac y «nuestra» Colette, sino a la *terra incognita* más emocionante que constituía Italia. A pesar de lo mucho que le entusiasmaban a mi tía las filas de cipreses y los muebles venecianos pintados, nadie de la familia tenía ningún vínculo

destacado con ese país. Nadie hablaba ni una palabra del idioma. Nadie supo, ni yo, que al irme a Italia entraba a formar parte de una larga tradición de jóvenes que se desplazaban a ese lugar a despertar, a cambiar; a quitarse de encima alguna limitación (o miles de ellas); a ser liberados o a liberarse.

En esta ocasión estaba decidido a hacerlo todo de otra forma, con mayor inteligencia; o con tanta como fuera capaz de albergar. En Florencia me aseguré de matricularme en una escuela de idiomas, para tener una estructura y una rutina y conocer a compañeros comprensivos, cosa que hice. Cuando adquirí fluidez suficiente en italiano, un idioma en el que acabé sintiéndome abierto y expansivo, por momentos casi como si me hubiera cambiado la mentalidad (por otra más tranquila y relajada), me presenté en una escuela de idiomas estadounidense y conseguí un empleo de profesor de inglés. Después cogí alumnos particulares y acabé dando clase a estudiantes universitarios de Diplomacia. Por primera vez en cuatro años, al recordar lo que me había dicho mi madre sobre la persistencia, volví a escribir. Hice varios amigos y me instalé en mi primer apartamento, situado en el último piso de un *palazzo* renacentista de la Via della Vigna Vecchia, con diferencia la más bella de todas las viviendas temporales por las que fui pasando durante muchísimos años, porque la *maison* y su asfixia me impedían comprometerme con un domicilio propio.

También tuve mi primera relación adulta, con una mujer algo mayor que también veía a otro hombre y que tenía previsto irse de Florencia mucho antes que yo. Un reto doloroso en la primera fase aunado a una escotilla de escape para el momento final: esto inició una pauta que me perseguiría durante años, que me impediría vivir la intimidad, del mismo modo en que esos apartamentos subalquilados o prestados me impedirían establecer una conexión con un sitio fijo. Durante mucho tiempo, demasiado, viví en la angustia de quedar atrapado, una herencia obvia de mi infancia, aunque tardé una eternidad en verlo de este modo.

Sin embargo, mientras duró, esta relación me transmitió una sensación de sencillez y liberación. Lo que percibí la primera vez que nos acostamos fue curiosamente parecido a aquella ocasión en que había vencido a Alfred con la manguera; en este caso, no obstante, estaba imponiéndome a algo todavía más aterrador: el miedo de que lo vivido con mi tía me impidiera para siempre entablar un vínculo físico o emocional con otro ser humano, con cualquier otro ser humano.

En muchos momentos de ese año me vino a la cabeza un «¡caramba!» casi

audible, que me llevaba a observarme desde fuera y a preguntarme si reconocía a la persona que tenía esa otra vida independiente. Estas ideas me solían venir mientras estaba tumbado en la cama elevada desde la que se veía el enorme salón de Via della Vigna Vecchia y, cuantas más dudas sentía, con mayor decisión estudiaba mi entorno, como si tratara de que se me quedara grabado en la conciencia, que se hiciera real, de que yo me hiciera real dentro de él. A diferencia de aquello a lo que jugaba en casa cuando era pequeño, aquí estaba indudablemente dentro de la habitación, y esta se encontraba del lado correcto; en este caso no me paseaba por el techo ni salía al jardín a cambiar la perspectiva. Me fijaba en la pequeña chimenea de la esquina, con su friso de diosas grecorromanas destacadas en oro sobre un fondo aguamarina..., el techo con el fresco, no muy afortunado, en que se veían una cesta de fruta y una botella de vino..., el suelo de terracota, viejo, frío y de un naranja oscurísimo, con sus mellas y fisuras..., el sofá y la butaca de incómoda tela de flores..., la mesa en que comía, daba clase, dibujaba y escribía.

En este entorno me situaba y me observaba tal como miraría a un personaje en una película o una obra de teatro. A veces llegaba a la conclusión de que este yo más libre y más relajado había estado esperando en el interior desde el principio, un pájaro diferente en un cascarón protector al que solo le hacía falta llegar al nido indicado para romperlo; en otras ocasiones pensaba: «¿A quién estás engañando? Esto es solo una tregua. Una vida falsa en una casa falsa en una ciudad a la que falsamente finges pertenecer. Ya verás cuando te despiertes de nuevo en esa otra historia; ya verás cuando te pongan a prueba, colega, y entonces veremos lo libre que eres de veras».

La prueba no tardó en llegar.

En el Hôtel d'Angleterre

Como yo seguía el calendario académico, mi año en Italia acabó en junio. A principios de julio pensaba viajar con mi hermano Danny antes de volver a casa. La primera parada la íbamos a hacer en París. Casualmente (y ahora, echando la vista atrás, me pregunto cómo de casualmente) mi tía también estaba en Europa en ese mes de julio, y también se iba a marchar de Londres para llegar a París más o menos al mismo tiempo que mi hermano y yo. No viajaba con mi tío, que se encontraba demasiado enfermo para emprender un viaje tan ambicioso, sino con su amiga intermitente (y cuñada) la tía Trudy, y

la hija de esta, Diane, que era mi prima mayor y a quien llamábamos Dee Dee.

Antes incluso de que mi hermano pisara Florencia, las cartas de mi tío empezaron a llegar, siempre por correo urgente:

Mike, he pensado que debía avisarte, pero parece que el viaje de tu tía no está transcurriendo precisamente como imaginábamos.

Otra empezaba así:

Te voy a hacer una pregunta. ¿Qué os parecería a tu hermano y a ti adelantar vuestra llegada a París? Os compensaré por ello.

Otra:

Lamento tener que hacer esto, Mike, pero voy a tener que pedirte que ayudes a tu tía. Algo no marcha bien entre ella, Trudy y Diane. Me cuenta que estas no la tratan bien. Da la impresión de que la acosan. Debo confesar que no me sorprende del todo. Avisé a tu tía antes de que accediera a viajar con ellas. Todos los que formamos parte de nuestro grupito sabemos cómo son, ¿verdad? Desde hace años. Para mí sería importantísimo que Dan y tú pudierais llegar a París en el fin de semana del día 18. Estoy dispuesto a pagar el coste adicional de que cambiéis los vuelos. Os debería una, de veras.

A medida que la salida a París fue acercándose, a las cartas las sustituyeron unos telegramas en los que mi tío me pedía que fijásemos una hora para hablar con él desde un *call center*, que en esa época era la única forma económica de comunicarse con el extranjero. Fui, llamé y lo escuché. La situación, según la contaba Irving, era la siguiente: las tres mujeres habían salido juntas a correr una aventura. Como Trudy y Dee Dee, que eran profesoras de colegio, tenían menos recursos que Hank, ella había accedido a viajar con un presupuesto limitado; sin embargo, el alojamiento de Londres le pareció de todo menos fantástico y, muy a su pesar, había transigido y se iban a alojar en el Angleterre de París. Lo mismo pasaba con los restaurantes que preferían sus acompañantes. Y lo de tener que ocupar el entresuelo del teatro, la verdad, le quitaba todo el sentido a ir a una obra, si no podías ver el sudor de los actores. Así que Hank se había ofrecido a pagar la diferencia de las facturas. Lo había hecho por la bondad de su corazón. Daba, como siempre hacía, con

gran generosidad. Pero, en vez de apreciarlo, las señoras habían saltado; se habían producido discusiones; eran tercas, cerradas, inamovibles. De forma inevitable, compartían la habitación doble mientras que Hank tenía que dormir sola. Había días en que incluso una de ellas se empeñaba en irse por ahí por su cuenta, pero ¿para hacer qué, y por qué? ¿El propósito de viajar juntas no consistía precisamente en estar... juntas? «Esto no es nada divertido, como sí son las cosas con los Frank de Martin —le había asegurado a mi tío—; pero que nada divertido.»

El día en que llegamos a París (en la fecha prevista inicialmente), mi hermano y yo nos instalamos en nuestro hotel. Entonces Danny me miró y me dijo:

—Me voy a dar una vuelta. Te veo aquí antes de cenar.

Y así, al menos por el momento, se marchó. Observé cómo lo hacía con un fognazo de rabia mermado por una punzada de admiración. Cuando se fue, empecé a pensar en que la relación de mis dos hermanos con mis tíos también había seguido una trayectoria complicada.

Sin duda, la de Steve era la menos agobiante, quizá resultado de su orden de nacimiento, o una bendición debida a él. Era el tercero, el menos colonizado, el que menos caso les hacía. No le costaba ir entrando y saliendo de la vida de la *maison*, hablar de forma despreocupada de literatura, cine, política, gente. Él también empezaba a escribir y les llevaba a mis tíos sus textos para que los leyeran (a él no le decían nada del arte ni del artificio, sino que lo animaban constantemente), cosa que, después de mi segunda experiencia, yo jamás volví a hacer. Cuando estaban enfermos, se pasaba a visitarlos; cuando les entraba un ataque de pánico (cosa que comenzó a suceder con una frecuencia cada vez mayor a medida que fueron cumpliendo años), se presentaba en su casa y se sentaba con ellos hasta que la crisis que había estallado hubiera disminuido o se hubiera resuelto. Mi hermano pequeño poseía el don de tener una infrecuente mezcla de un sentido del humor oscuro e irónico, y enormes reservas de paciencia, y era generoso con su tiempo..., aunque, como era de esperar, nada de esto le permitía librarse de los cáusticos comentarios de mi tía.

Uno en concreto lo acabó repitiendo mucho, y se convirtió en una mordaz expresión en clave entre los tres hermanos. Steve llevaba a mis tíos a cenar en coche y escuchaba: «Si lo demás no te sale, serías un chófer espléndido». Se le daba muy bien cocinar; los invitaba a unas agradables cenas familiares y le

decían: «Si lo demás no te sale, serías un chef excelente». «Si lo demás no te sale»: aquello era una repetición más molesta del modo en que, en una etapa anterior, lo habían catalogado como el deportista de la familia. Resultó que lo demás sí le salió, desde luego, pero ¿por qué hacer halagos de esa forma hiriente? ¿Por qué desconfiar de muestras de bondad, grandes o pequeñas? «Te darás cuenta de que tu hermano Steve solo viene cuando quiere algo», me susurró un día Hank, de forma memorable y absurda, cuando mi hermano no podía oírla. ¿Qué quería Steve? ¿Intentar mantener este vínculo cada vez más complicado? Anda que sospechar de eso...

Danny, en París, aún estaba recuperándose de una experiencia particularmente mortificante que había tenido con nuestros tíos el año antes, cuando estaba en el primer curso en la UCLA y tenía una novia formal llamada Kathy. Cuando el verano se fue aproximando y la temperatura subiendo, comenzó a llevar a Kathy a la *maison* por las tardes, a bañarse en la piscina. Se sacaban bandejas de refrigerios; la conversación fluía; mis tíos se mostraron interesados (e interesantes), disponibles y curiosos, tan solapadamente curiosos, de hecho, que estudiaron minuciosamente a Kathy, de arriba abajo, de dentro (y después) afuera.

Los guionistas habían llegado a un punto de su carrera en que intentaban renovarse creativamente; en vez de adaptar libros y obras de teatro, como habían hecho desde que habían comenzado a colaborar, empezaron a experimentar con «originales», según los llamaban, un nombre de lo más desafortunado si tenemos en cuenta el guion que se pusieron a escribir ese otoño y que rápido, demasiado rápido, lograron vender: se llamaba *Principiantes*, y en él se narraba la historia de un primer amor entre un fotógrafo joven, delgado y aficionado a la lectura (por aquel entonces Danny tenía un cuarto oscuro) y su novia, encantadora e ingeniosa, que casualmente estaba gorda, como Kathy.

Creo que se puede afirmar con justicia que el día en que mi hermano Danny leyó el guion fue uno de los más aciagos de sus veinte años. Casi como si hubieran previsto lo incendiario que iba a resultar, mis tíos le explicaron que Kathy y él habían inspirado «en líneas muy generales» el texto, y se lo dieron, insistiendo, sin embargo, en que lo leyera en casa de ambos, cosa que hizo, sentado (¿dónde si no?) junto a la piscina. Mientras los cubitos de hielo se iban deshaciendo en la limonada rosa y los helados florentinos de Weby se derretían bajo el calor, él fue pasando las páginas rápidamente y con una repugnancia cada vez mayor.

Al fin terminó. Pasó al interior. Hank estaba estirada en el diván del capitán general Montgomery; Irving, hundido en su butaca de lectura, como siempre. En una voz rebosante de rabia, mi hermano les preguntó a mis tíos si se podía saber qué se les había pasado por la cabeza al coger ese aspecto de los rasgos de su novia y convertirlo en un elemento tan destacado de su guion. ¿No se les había ocurrido, les preguntó, lo dolida que se sentiría? ¿Y por culpa de la familia de su novio?

Mi tía reculó enseguida y negó que la inspiración de la historia fuera la que realmente era.

—Un escritor nunca sabe de dónde saca las cosas —declaró con aire de superioridad, con la cabeza echada hacia atrás.

—Lo que más miedo le da a Kathy es que la gente se fije en ella sin notar nada de sus logros ni de su personalidad, al margen de su tamaño —prosiguió Danny—. ¿Y si os pido que cambiéis eso, solo ese detalle?

Mis tíos, al unísono, le contestaron que no con la cabeza.

—Me temo que no podemos, Dan —respondió mi tía—. Como verás, todo el guion gira en torno a esa idea.

—¿Y si os exijo que lo cambiéis? —añadió mi hermano en un tono más fuerte.

—¿Si nos lo exiges? —intervino mi tío—. Pues eso sería censura.

—Sí, sería justo eso —coincidió mi tía.

Ese día mi hermano se puso furioso; no con una furia encendida, parecida al Mal Genio de los Bergman, sino con una furia fría y profunda que iba más allá del enfado y se convirtió en una nada, porque nuestros tíos, en efecto, pasaron a no ser nada para él. Aquello fue como si hubieran vertido hierro candente en un molde de mi hermano y, al menos cuando estaba con ellos, siempre se mostró duro, metálico; impenetrable. Se cercioró de no estar disponible para ellos en ningún aspecto importante. Nunca les contaba nada, ni les enseñaba nada, de su vida personal. No era de extrañar que pudiera salir a pasear por París mientras yo, como quería cumplir la petición de mi tío de ver por dónde iban los tiros, iba a ver a Hank.

Me dirigí al hotel de mi tía, situado en la Rue Jacob, con cierta aprensión. Era la primera vez desde hacía un año en que íbamos a reunirnos.

La vi antes de que me viera ella a mí. Estaba delante de un espejo alto del vestíbulo, mirando las espléndidas flores que había dispuestas por allí y

metiéndose algunos mechones sueltos bajo el borde de la boina escocesa. Se había puesto una de sus desmesuradas colecciones de joyería, al menos media docena de cadenas de oro, cada una con un grupo de medallones, amuletos o sellos georgianos colgando de ellos, cosa que no había visto antes. También iba más maquillada que de costumbre, se había puesto una gruesa capa de rosa en las mejillas y un pigmento azul intenso en los párpados, debajo de los cuales dos ojos de un brillo poco natural se hallaban inmersos en una extensión de un blanco especialmente eléctrico.

La verdad es que ya había observado y estudiado a mi tía con mayor atención que a ningún otro ser humano, y supe, antes incluso de que me dijera una palabra, que algo fallaba en ella; ese matiz erróneo palpitaba en sus ojos, su cuerpo, su maquillaje y sus adornos regidos por el principio de más es más (es más). Pero aquello se traslucía aún más en la forma en que contemplaba su imagen en el moteado espejo francés: mostraba la misma mirada de satisfacción que lucía cuando había terminado una nueva decoración de la *maison*; parecía que ella misma se había convertido en una de sus *mises en scène*, y resultaba rarísimo. Raro, inquietante y...

—¡Tesoro! —exclamó mirando al espejo, donde me había distinguido. Con un cambio brusco de concentración, se dio la vuelta, dio unos rápidos pasos hacia delante y me estrechó entre sus brazos—. Estoy tan sumamente contenta de verte que casi podría echarme a llorar. Gracias a Dios que al fin estás aquí. Ven, vamos a sentarnos.

Fuimos al vestíbulo y nos sentamos. Ella llevaba un bolso, que me alargó.

—Traigo regalitos. Te voy a decir qué son. Un jersey de cachemira de Berk's; son los mejores de Londres. Sé que el rojo es tu color; y no te preocupes, no tienes que guardarlo hasta las fiestas. El otro es la última biografía de Virginia Woolf. La empecé en el avión. Aunque lo haya dicho ya, lo repito un millón de veces: Leonard fue todo un santo para nuestra Virginia. Esa mujer no habría escrito nada de nada sin él. La base de la historia es fascinante, como no podía ser de otro modo, pero el libro, regular; utiliza uno de esos enfoques en que se baja la estatua del pedestal, cosa que me parece deplorable. Se queda muy lejos de lo de Boswell y el señor Edel, qué duda cabe; pero, bueno, ya me dirás cuál es tu opinión. Aunque, primero, tenemos que hablar. Quiero que me cuentes cuáles son tus planes, nuestros planes.

El corazón empezó a latirme angustiado.

—¿Nuestros planes? —pregunté—. ¿A qué... te refieres?

—Pues lógicamente me refiero a qué vamos a hacer, adónde vamos a ir. Tu

tío me ha asegu...

—Pero es que Danny y yo acabamos de llegar esta tarde a París —le dije con toda la calma que pude.

—¡París! Yo te cuento cómo es París. Seguro que te cansa tanto como a mí. Porque después de haber visto algunos cuadros, de haber rendido homenaje a Colette en el Palais Royale, que reconozco que sigue siendo precioso, te darás cuenta de que la ciudad ya no es *comme il faut*. Las antigüedades son todo un desastre, la comida demasiado fuerte y cara, y los franceses..., ay, tan antipáticos como siempre, creo que la palabra local indicada es *méchant*. Ya verás cómo son, cómo se te quedan mirando en la calle y te desprecian cuando tratas de hablar francés. Son unos esnobs sin paliativos, siempre lo han sido y siempre lo serán. —Varios mechones se le habían vuelto a soltar del gorro; se los volvió a meter en el peinado antes de proseguir—. Tesoro, tu tío ha hablado con nuestros amigos del Dorch, y pueden alojarnos con veinticuatro horas de antelación. Si llegamos el martes, podemos salir de mercadillos; Bermondsey se celebra los viernes, hay que ir al amanecer con una linterna para no cometer errores terribles. Podemos tratar de buscar alguna obra de teatro que no esté mal, aunque por lo que me ha parecido en toda la temporada todo es malísimo, malísimo. Incluso podríamos alquilar un coche con chófer y zascandilear un poco por el campo. Creo que Bath te encantará, y nunca has estado en Oxford, y quién sabe lo que puede pasar, ¿eh? Una licenciatura de nada en Literatura del Siglo XVIII podría estar bien. Piensa en tantas lecturas deliciosas, el nacimiento de la novela..., el doctor Johnson..., la buena de Jane, tan astuta...

Un objeto semejante a una roca se me había formado en el pecho.

—Bueno —le dije—, es que es la primera vez que Danny está en París y...

—Pero Londres le parecerá mucho más agradable, como nos pasó a ti y a mí. —Hizo una pausa llena de significado—. Michael, te acuerdas de ese viaje, ¿no?

Respiré profundamente.

—¿Y qué pasa con Trudy y Dee Dee? No puedes abandonarlas sin más.

—Ah, ¿que no puedo?

—Pero eso no es... lo que habíais decidido, ¿no?

—Cariño, absolutamente nada es lo que había decidido ni lo que esperaba de este viaje. ¿Qué puedo decir? No son malas, exactamente, no es eso. Pero es que no coincidimos en muchas cosas, más de las que habría supuesto. La verdad es que estar con ellas no es tan divertido como que estemos juntos tú y

yo. Falta *esprit*, o entendimiento; ya sabes a qué me refiero, porque eso tú y yo lo hemos compartido desde el mismo principio. —Hizo el ademán de cortar el aire con la mano—. Bueno, de todas formas, ahora que estás aquí, dejaremos atrás todo eso, no nos preocuparemos tanto por ellas. Claro que tampoco queremos que se sientan excluidas, así que esta noche le he pedido a este hombre de aquí que nos reserve una mesa para todos en La Coupole, a las siete. Es la *brasserie* preferida de tu tío. Me da muchísima pena que Irving no esté aquí —añadió mientras se le nublaba la vista—, pero que mucha.

En La Coupole, al igual que en el Angleterre, pude observar antes de ser observado. Desde el otro extremo de la atestada sala vi a mis dos tías y a mi prima sentadas, rígidas y en silencio, en torno a una mesa redonda. Trudy y Dee Dee leían el menú; el de Hank estaba cerrado y ella le daba golpecitos con las gafas. Siempre sorprendía recordar lo mucho que mi prima se parecía físicamente a mi tía; daba mucho más la impresión de que eran madre e hija que Trudy y Dee Dee. Mi prima compartía con Hank la misma cara pequeña y redondeada, los pómulos marcados y el mentón poco prominente, aunque la actitud de Dee Dee era completamente distinta; no se maquillaba, iba con el pelo suelto, vaqueros, un único anillo en un solo dedo.

Mi prima y mi tía Trudy nos saludaron fríamente a Danny y a mí. O con recelo. Seguramente más con recelo. Al principio, todas las frases que pronunciaban eran breves y entrecortadas, y el contacto visual, prácticamente inexistente.

Hank pidió antes que nadie, comió antes que nadie, pidió el postre anticipándose a todos. Siempre había comido deprisa, pero se tragó el *steak frites* a una velocidad que casi parecía peligrosa. Yo no había visto nada semejante hasta el momento. Seguía masticando cuando le hizo un gesto al camarero y pidió a voces *l'addition*.

—Hank —le dijo sosegadamente Trudy—, ¿a qué vienen las prisas? ¿Nos esperan en algún sitio? Michael nos estaba hablando de su año en Florencia...

—Ya, ya, y todo es muy emocionante —contestó—, pero mañana es sábado, y hay que madrugar para el *marché aux puces*.

El camarero trajo la cuenta. Hank lanzó sobre la mesa un fajo de francos.

—Por favor, ¿nos dices cuánto es nuestra parte? —le pidió mi prima.

—Esta noche podemos dejar la calculadora en el bolso, *mesdames* —dijo Hank ásperamente—. Esta es una cena de bienvenida para mis sobrinos. —Le

dio un golpecito en la mano a mi hermano—. Bueno, ¿qué?

—¿Qué ¿qué? —preguntó Danny tras bajar la mano al regazo.

—Que si nos marchamos.

—Hank —contestó él—, a lo mejor no te has dado cuenta, pero seguimos comiendo.

Ella paseó la mirada por la mesa.

—Ah, no me digas —comentó. Cruzó los brazos por encima del pecho—. Pues, entonces, rapidito, rapidito. No tiene ningún sentido pasar más tiempo con estos horribles franceses. —Se echó hacia delante y añadió, no precisamente *sotto voce*—: No me puedo creer que no lo notéis. Cómo nos lanzan esas miradas penetrantes llenas de animosidad y veneno.

Yo me fijé en nuestro entorno. No nos estaba mirando nadie de forma penetrante. Ni siquiera se fijaban en nosotros. Me puse una segunda copa de vino.

Los ojos de Hank siguieron con gran atención cómo la botella se acercaba a mi copa.

—¿Una segunda copa? ¿En serio? ¿Es eso lo que has aprendido en tu año en Florencia?

—Sí —contesté—, he aprendido que es agradable tomar una copa de vino en la cena.

—O dos.

—O dos.

El camarero le trajo el cambio; ella se levantó.

—Damas, el taxi nos espera.

Como ninguna de las dos reaccionó, añadió:

—¿Nadie va a acompañarme?

—Mira una cosa, Hank —contesó Trudy tranquilamente—, creo que nos vamos a quedar a hacerles compañía a los chicos durante un rato.

—Pero es que Corchete me ha dicho que me iba a hacer la llamada de todas las noches a las ocho y media. Casi son las ocho.

Trudy se miró el reloj y comentó:

—Sí, es verdad.

Hank titubeó unos instantes y dijo:

—Muy bien, vosotros mismos.

Y con esas palabras se marchó.

Ninguno de nosotros tenía mucho apetito. Estuvimos revolviendo la comida unos minutos y nos quedamos en silencio. El restaurante estaba lleno de ruido, movimiento y otras personas que cenaban; cenas normales, seguramente. Al fin decidimos irnos.

En el Boulevard Montparnasse les pregunté a Trudy y Dee Dee si querían hacer una parada en algún sitio a tomar una copa.

—O dos —contestó mi prima con socarronería.

En cuanto nos sentamos en el café más próximo, pregunté:

—Bueno, ¿qué está pasando?

Es verdad que conocía a ambas mujeres de toda la vida, pero no de forma muy íntima. Como tantas otras cosas de nuestro mundo, esto también era obra de mi tía, de mis tíos. Preferían no juntar a la gente: ni a sus amigos con la familia, ni a unas ramas familiares con otras. Veían a todos individualmente y a un grupo le hablaban negativamente de otro. Tampoco ayudó que, durante muchos años, lo que nos llegaba de estas parientes nuestras fuera tan incesantemente crítico; aun así, no me quedaba otra. Sentía que al menos tenía que preguntarles qué había pasado.

Mi prima empezó a hablar a borbotones. Nos contó que ese viaje había sido un sueño suyo desde siempre, viajar con su madre a Europa. Llevaba años planeándolo y ahorrando para hacerlo. Cuando Hank les había preguntado si podía acompañarlas, a ninguna se le había ocurrido cómo decirle que no. Trudy le aseguró que Hank atravesaba una fase de estabilidad; creía que sería muy divertido pulular por Europa con mi tía y que, si le dejaban claro cuáles eran sus condiciones económicas, todo funcionaría bien. Bueno, pues no había funcionado. Ni de lejos. Casi desde que habían aterrizado en Londres, Hank les había puesto pegas a todas y cada una de las decisiones que habían tomado. Las había presionado para que gastaran más dinero del que habían presupuestado, y, al asumir ella la diferencia, cosa que se había empeñado en hacer, esperaba que ellas hicieran todo el día lo que Hank quería, lo que básicamente era salir de compras. Igual que un adicto, no estaba satisfecha hasta que no tenía su dosis. En realidad, dos: una antigüedad por la mañana, otra por la tarde. Si no, una joya o una prenda de ropa. En la Tate o la National Gallery, duraba media hora como mucho. Se empeñaba en elegir las obras de teatro que veían, y con gran frecuencia se marchaba en el entreacto. Ni se le ocurría deambular por un barrio solo para explorarlo, ni salir sin un plan, para ver cómo se desarrollaba el día. Ni una sola vez, como ya habíamos visto, hacía la sobremesa. Todo resultaba acelerado e

incómodo...

Todo esto, añadió mi prima, era una tontería al lado del modo en que Hank dedicaba la conversación a despellejar sin piedad a todos los conocidos o parientes de las tres. Mis padres. Los de ella. Su hermana, Lisa; su hermano, John; su marido. Cuando en cierta ocasión Dee Dee cometió el error («un error tonto, ingenuo y terrible; todavía no sé en qué estaba pensando») de contarle a Hank que su matrimonio atravesaba un momento complicado, esta le había aconsejado que siguiera el ejemplo de su abuela, que se soltara la melena y se echara un amante. «Yo le contesté que no me parecía que esa fuera la mejor solución para mí, y que tampoco estaba segura de que lo hubiera sido para Huffy, y ella contestó: “Lo que era bastante bueno para tu abuela lo es también para ti. Era dos veces más mujer que tú, y no creas que se me va a olvidar en la vida cómo acabas de hablar de mamá; de hecho, creo que he medio decidido incluir la historia de tu matrimonio fracasado en mi siguiente guión...”»

Mientras cenaban en Londres, nos contaron las mujeres, se cogía los collares y decía: «¿A quién le dejaré todas mis joyas?». Desde que había llegado a París, estaba convencida de que los niños gitanos trataban de arrancarle esas mismas joyas del cuello, pero, incluso después de que le pidieran que no llevara tantas para salir, ella se empeñaba en ponerse una capa tras otra nada más vestirse, cada día más, casi como si quisiera provocar líos.

Por las noches oían cómo hablaba sola en su habitación, cómo se pasaba horas farfullando sin pies ni cabeza. Y esa misma mañana, más o menos en el momento en que yo me había presentado en el Angleterre, en cuyo vestíbulo la habían dejado antes de salir a pasear, Hank se estaba arreglando el pelo mirándose al espejo cuando le había dicho a Dee Dee:

—Me temo que Michael me va a encontrar muy avejentada. ¿Creéis que lo hará? ¿Le parecerá que ya no soy guapa? ¿Dejará de quererme?

Asimilé aquello..., no estaba muy seguro de cómo asimilarlo. Al principio, con cierta incredulidad. ¿Era posible que mi prima, debido a la frustración que le inspiraba mi tía, estuviera exagerando, poniéndose dramática o (incluso) inventándose cosas?

La parte infantil que quedaba en mi interior esperaba que ese fuera el caso. La parte de detective preguntó:

—¿Dijo literalmente estas palabras, las de delante del espejo?

Dee Dee respiró profundamente, pero fue Trudy quien contestó:

—Lamento decir que fueron justo esas, Michael.

La piedra que tenía en el pecho se me cayó al estómago y se quedó allí alojada, repitiendo una sensación demasiado familiar. Fue entonces cuando me di cuenta de que durante todo el año anterior no me había dolido el estómago.

Después, mientras volvíamos a pie a nuestros respectivos hoteles, mi prima nos ofreció una de las interpretaciones más atinadas que yo había oído hasta entonces del carácter de mi tía, o al menos de un aspecto de su carácter. Nos dijo que, durante toda la vida, Hank había tratado a las personas que nacían en su entorno o que accedían a él con una actitud de divide y vencerás. Así era como continuaba ocupando un lugar central, un sitio de poder (ilusorio). Se interponía entre madres e hijas, padres e hijos, maridos y mujeres, un amigo y otro. Lo había hecho con Irving y Ruby, Irving y Merona, también con Irving y su madre, porque ¿acaso Hank no se había portado fatal con Sylvia, sobre todo después de la muerte de Huffy, cuando le parecía que Sylvia la molestaba por el mero hecho de seguir viviendo? A Trudy le había dicho cosas horribles de Merona, y seguro que al revés también. Incluso, aunque tenía muchas ganas de que los hermanos llegásemos a París, también le había estado contando a Dee Dee cosas detestables de nosotros, y probablemente también habíamos oído hablar de ella con dureza a lo largo de los años. Pero en este viaje, por primera vez, aquello no funcionaba. Por mucho que Hank hubiera intentado crear un distanciamiento entre madre e hija, no lo estaba consiguiendo, y no estaba encontrando su sitio, su seguridad. De ahí los murmullos, la forma en que empleaba el dinero, la necesidad de comprar, su deseo de decidir los movimientos de todos a cada momento del día, su profundo y constante disgusto y la manera continua de expresarlo.

Aquello tenía sentido, según lo estaba contando. Muchas cosas encajaban, menos, quizá, el porqué. En ese momento se nos escapaba el motivo, como siguió pasando después. Aunque ahora que yo ya he cumplido también bastantes años, veo lo que no detecté, lo que mi frustración y mi rabia me hicieron no detectar, hace tantos años: veo el miedo de mi tía; veo cómo la consumía el miedo. Porque no cabe duda de que era un miedo oscuro, hediondo, grasiento, palpitante lo que lo llevaba a dividir para vencer, a abarrotarse cada vez de más cosas; no cabe duda de que era el miedo lo que alimentaba su rabia, porque ¿no es el miedo lo que siempre se oculta, como una serpiente, al fondo de todos los pozos de rabia? El miedo de no controlar

las cosas: la decoración, la comida, el momento, la conversación, las relaciones entre otras personas, la historia; siempre la historia, que tenía que ser como ella la veía (o inventaba, o interpretaba) y como la contaba, si no, se montaba una buena. También estaba su miedo al cambio. Su miedo de perder lo que era valiosísimo para ella. Su miedo de que no la quisieran, seguramente de no merecer amor. El miedo que le causaba no tener hijos (uno de los más profundos, antiguos y duraderos). Su miedo de quedarse sin amigos, hermano, madre, sobrinos y, seguramente, en el fondo también sin marido. Estaba su miedo de quedarse a solas con su yo temeroso, inestable, siempre a punto de deshacerse. ¿El miedo a la muerte? ¿Formaba también parte de todo aquello? Si no, ¿por qué iba un ser humano a esforzarse tanto en destruir su relación con todas las personas que formaban parte de su vida, si no temía que la consumieran la pena y el dolor, como le había pasado con la muerte de su querida madre, hasta el punto de que tenía que destruirlas ella primero, mientras aún vivían?

En aquel momento, no se me ocurrió nada de esto, ni tampoco a los demás. Aunque lo hubiéramos hecho, aunque hubiéramos identificado a la niña pequeña y asustada enterrada en el interior de esa mujer mayor irracional, iracunda y atribulada, seguíamos teniendo que lidiar con esa mujer mayor irracional, iracunda y atribulada en París, muy muy lejos de casa.

Mi prima planteó la pregunta obvia en cuanto salimos del café:

—Ahora la cuestión es qué vamos a hacer con ella.

¿Cómo iba yo a saberlo? Había viajado a diez mil kilómetros de casa porque no sabía qué hacer con mi tía.

A la mañana siguiente volvimos a reunirnos para planificar el día que teníamos por delante y, después de votarlo, decidimos ir a la retrospectiva de Manet que había en el Jeu de Paume, cosa poco sorprendente, en vez de al mercadillo callejero.

Yo había estudiado un poco de Historia del Arte en la universidad y sabía algo de la época, lo que pudo ayudar a aportar algo de energía a la conversación que mantuvimos Trudy, Dee Dee, mi hermano y yo sobre los cuadros, aunque también es posible que esa fuerza procediera del simple hecho de que nos habíamos librado, durante esa mañana, del tema de Hank.

Mi tía vio la exposición a toda prisa, igual que la noche anterior también había cenado a toda prisa, y dejó muy claro por la forma en que se quedó en la

puerta ajustándose los anillos que lamentaba que nos quedásemos tanto rato delante de las obras.

En determinado momento Trudy dijo:

—¿No es esta una de las mañanas más agradables que hemos tenido? Michael está logrando que los cuadros cobren vida ante mis ojos.

—Ha leído algunos libros —dijo mi tía de forma cortante—. Vaya cosa.

—Pero, Hank —insistió Trudy—, ¿no es posible que haya aprendido algo, que tenga algo que enseñar? Parece haber madurado tanto después del año que ha pasado fuera...

—La verdad, a ver si el chico deja de hablar y me lleva de anticuarios. Los cuadros se pueden ver cualquier día de la semana.

Cuando llegó la hora de comer, acudimos a una *brasserie* cercana, en la que nada más sentarnos, y antes incluso de que abriéramos los menús, mi tía soltó:

—Tanto perder el tiempo se está convirtiendo en un obstáculo muy gordo para mí. Creo que tenemos que hablar de nuestros planes, muchachos, ahora mismito.

Nuestros planes, le explicó mi hermano con toda tranquilidad, seguían siendo los mismos. Él y yo íbamos a pasar la semana siguiente en París, como ella sabía.

—Tendríamos que haber previsto todo esto con mayor antelación. Me hace falta que me acompañéis a Londres.

—No podemos —intervine—. Lo siento.

—Pero es imprescindible.

—Tía Hankie, Michael y yo organizamos este viaje hace mucho —dijo mi hermano con toda la suavidad que pudo—, mucho antes incluso de que supiéramos que ibas a estar en Europa.

—¿Y no podéis ser flexibles? ¿De verdad? Vuestro tío...

—Habló sin consultarnos —afirmé— si te dijo que te íbamos a acompañar a Londres.

Ella se apoyó en la silla como si le hubieran dado una bofetada.

—Ya veo —dijo mientras miraba al infinito.

Esos apartes visuales suyos, que evocaban una costumbre de mi abuela, se habían convertido en algo cada vez más frecuente. Parecía que estaba consultando algo que se encontraba fuera del escenario, como una cámara, o mirando a alguien, como mi tío ausente, o quizá incluso a mi abuela muerta.

—Bueno, personalmente ya me he cansado de París y de los franceses. — Su voz era fuerte, atronadora; una tortura—. No olvidemos cómo se portaron durante la guerra, cómo acogieron a los nazis en Maxim's; ¡yo habría preferido quemar el lugar antes que eso! ¡Ahora lo haría, si alguien me diera una cerilla! Son todos de los más fríos y maleducados, sin excepción. Se me quedan mirando, y la verdad es que no sé por qué, vaya donde vaya. Y, en lo que respecta a vosotros... —Paseó la mirada por la mesa y nos miró a los cuatro—, me parecéis... —Abrió aún más los ojos—. Todos y cada uno de vosotros... —Aún más grandes—. Una enorme y tremenda decepción. Mancilláis la palabra «familia». A vuestro lado, Goneril y Regan, incluso Edmund, son encantadores.

Con la mirada encendida, añadió:

—Pero no sé cómo voy a llegar sola a Londres. Tengo varias bolsas muy grandes, maletas de ropa, nuevas adquisiciones para la *maison*. La única solución es que me llevéis las bolsas, chicos. Sí, ahí tenéis la solución.

Aunque noté que todo el cuerpo se me tensaba, en una voz lo más tranquila posible, que al final no resultó nada tranquila, contesté:

—Hank, lamento no poder ayudarte, pero llevo fuera casi un año. Y, como quizá puedas imaginar, yo también llevo un montón de bolsas. Dos de ellas solo de libros...

—Pero es que no te lo he pedido, Michael. Lo vas a hacer, si no, ya verás. Mi corazón había empezado a desbocarse.

—Si no, ¿qué veré?

—Pues las dejaré aquí y los gastos los pagarán tus padres.

—¿Disculpa?

—No me valen las disculpas. ¿Tienes el valor de dudar? ¿Te atreves a no obedecer cuando te pido este único favor? ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

—Yo..., yo no te he pedido que hicieras nada por mí —repuse—, menos ser amable, como mucho.

—Bueno, pues no soy amable. Y qué. Soy dura. Y soy mala. No tengo pelos en la lengua y digo la verdad, igual que hacía mi madre. Así soy, ni más ni menos. —Agarró el borde de la mesa con las manos—. Y, por si sientes curiosidad, e incluso si no la sientes, te voy a decir lo que pienso ahora, y tanto que te lo voy a decir. Esta es la verdad, Michael: has estado años y más años cogiendo cosas de mí, cogiendo y cogiendo. Sí, ya sé que lo he dicho antes. Pero lo voy a repetir. No solo hablo de los temas económicos. Odio

avergonzarte delante de nuestros parientes, pero ¿qué pasó cuando viniste a Europa por primera vez y no pudiste apañártelas solo? ¿Quién vino a rescatarte, quién te invitó a ver algo de mundo, con toda comodidad y elegancia? Y cuando te fuiste a la universidad, ¿quién te escribió todas las semanas unas cartas de lo más afectuosas y divertidas, para animarte y que se te pasaran la tristeza y la nostalgia? ¿Quién te mandaba provisiones, galletas, libros y *objets* que iluminaran tu lóbrega habitación? ¿Y jerséis y guantes? Y en este año en Florencia — añadió mordazmente— en el que tantísimo has madurado, ¿quién te ha mandado dinero todos los meses? ¿Doscientos dólares a través de American Express de la Vía de no sé qué, por correo aéreo desde Los Ángeles el día 21 para que llegara el 1? «Ingratitud, ¡demonio con el corazón de mármol!»

¿Estaba repitiéndome las palabras que Lear le dice a Goneril... a mí?

—Siempre he agradecido la ayuda —dije—. Pero jamás habría aceptado nada de haber sabido que esperabas algo a cambio, que no fuera amor o amistad.

—¡Amor! —exclamó con un resoplido—. Amor ¿es dejar tirada a tu tía en un país extranjero? Amor ¿es tratarme como a una enemiga, una bruja, un monstruo? ¿Es esa tu definición de la amistad?

—He intentado ser tu amigo. Jamás he dicho que seas un monstruo.

—No hace falta, no hay más que verte la cara. Lo das a entender con todo tu comportamiento —aseguró—. Y amigo no eres. Un amigo, cuando se lo llama, se limita a hacer lo que le piden.

—¿Incluso cuando es algo poco razonable?

—¿Tan poco razonable, tan horrible es pasar unos días de diversión en Londres con tu tía, y con todos los gastos pagados?

—Agradezco la invitación, pero me temo que debo rechazarla.

Me escudriñó y dijo:

—¿Sabes qué, Michael? La verdad es que me das pena. Ahora te entiendo mejor, ahora que sé mejor cómo has pasado este año. No puedes mantener una relación conmigo ni con tu tío, eso está claro desde hace cierto tiempo; pero ahora también resulta evidente que tampoco puedes mantenerla con nadie más. Al fin tenemos una prueba de lo que llevamos años sospechando. Una prueba incontestable. Esa mujer de la que le hablaste a tu tío por carta... era poeta, ¿no? Y daba clases en Florencia, subsistía como tú con algunas liras que ganaba aquí y allá. ¿Qué ha pasado con la relación, dónde está ahora esa mujer?

Dirigió una mirada histriónica a todo el restaurante y añadió:

—Por aquí yo no la veo. ¿Vosotras, señoras?

Las damas, mi prima y mi tía, se miraban el regazo, profundamente avergonzadas.

Como no contestaron a Hank, esta se dirigió a mí:

—Tengo que preguntártelo: ¿por qué hay algo tan roto y dañado en tu interior, Michael? ¿Qué hay en ti que hace que la gente se aleje? No dejas de decirme que soy muy poco racional, igual que mi comportamiento, lo exigente que me muestro, qué se yo. ¿Por qué no te miras fijamente al espejo? Si yo fuera tú, sé que lo haría.

Apartó la silla de la mesa con gesto victorioso. Sin pedir nada, sin comer a toda velocidad, sin meternos prisa a nosotros mientras comíamos, se levantó y se marchó. Al día siguiente se fue de París, sola. A Londres, sola. Y después a casa, en Los Ángeles. También sola.

De nuevo en el Boulevard

Ese mes de julio, por extraño que pueda parecer viéndolo desde el presente, volvimos a reunirnos todos en la playa. Fue el último de esos veranos, porque en otoño mi padre puso fin a esas vacaciones conjuntas al comprar una pequeña parcela en un lugar situado más al sur de la península, en Seaview, donde al año siguiente construimos una casa de veraneo propia, mientras que mis tíos adquirieron una casa de campo en un punto más septentrional de la península, al norte de Long Beach, que mi tía podía dedicarse a decorar sin que la estorbaran sus díscolos sobrinos ni ninguna otra voz rebelde.

Pero primero estuvo aquel verano. Viajar tantos kilómetros por todo el mundo después del año que había vivido y de los días en París que mi hermano y yo habíamos pasado con mi tía se parecía a haber leído muchas páginas de un libro largo y complicado para después perder el hilo y tener que empezar de nuevo por uno de los primeros capítulos.

Fue así... y también no lo fue del todo. Cuando llegamos a la playa, mis tíos ya estaban. Hank logró imponerle su estilo al bungalow con la ayuda de un manitas al que contrató en la ferretería local, pero la decoración de ese año transmitía una sensación de improvisación. Los cuadros se habían colgado con descuido y estaban torcidos en los paneles de la pared, y había recurrido a las flores de seda para llenar ciertos huecos; aquello no era obra de una gran

decoradora en su mejor momento estético. Lo fallido del entorno también se extendía a lo fallido del ambiente general, en el que las conversaciones de la hora de la comida tenían la misma espontaneidad de una comida de Estado organizada durante una breve tregua entre dos naciones en guerra. De todas formas, ¿de qué podíamos hablar? ¿De Florencia? ¿De París? ¿De las delicias de Londres? Todas esas ciudades, y lo que había pasado en ellas, eran un tema completamente vedado. ¿La salud de mi tío? Daba la impresión de que la época que había pasado sin mi tía le había devuelto el vigor. Los planes que mi hermano Danny tenía para el otoño sirvieron durante unos cinco minutos; iba a ingresar en la Facultad de Medicina ese mes de septiembre y a internarse en un futuro lejano y distinto. En lo relativo a mi incierto futuro, después de París no tenía la menor gana de contarle a mi tía cuáles eran mis intenciones, ni nada de mí, porque ya había aprendido que era imposible que un hecho o una circunstancia, que un mero episodio de mi vida, podría ser utilizado en una de sus diatribas, así que decidí guardarme para mí los hechos, todos los hechos.

Solo habían transcurrido dos días del extraño y forzado período que pasábamos juntos cuando mi tío me preguntó si quería tomar café con él esa tarde. Aquello no fue una invitación en el sentido antiguo de acompañarlo a la Hora del Café, sino más bien una orden.

Nos vimos en Milton York, uno de los establecimientos más antiguos que aún seguían abiertos de la época en que mi padre y mi tía eran niños. En su época, York era el fabricante de caramelos de la localidad, especializado en caramelos de agua de mar y bombones de menta hechos a mano; a lo largo de los años se había hecho más grande, y también tenía un pequeño restaurante en cuyas paredes había fotografías ampliadas y antiguas de la península en su época dorada. Entre ellas estaba una del ferrocarril de vía estrecha en el que mi padre dejaba centavos para que quedaran aplastados, y otra de los baños de agua de mar a los que mi bisabuela acudía religiosamente todas las tardes, para sumergirse con su amiga la señora Robbins. La asociación de estas imágenes formaba un entorno curiosamente pertinente en el que tener la conversación que se desarrolló entre mi tío y yo.

En cuanto la camarera nos trajo el café, Irving se sacó un sobre del bolsillo. Contempló unos instantes la etiqueta de un rojo intenso en que se leía «*exprès*», y después lo deslizó al otro lado de la mesa.

En el interior estaba la carta que, tras una larga e incómoda conversación con mi hermano, le había escrito a mi tío desde París la noche después de que mi tía se marchara hecha una furia del restaurante. En ella había descrito, con

todo lujo de detalles, la situación tal como me había parecido, como la había vivido, en los días anteriores. Le había ofrecido lo que consideraba una interpretación acertada de los roces entre Hank, Trudy y Dee Dee, y después había añadido:

Soy consciente, Irv, de que seguramente recibirás mi percepción de la situación con cierto escepticismo. Además, no tardarás en empezar a oír que Danny y yo (pero sobre todo yo) hemos tratado a Hank tan mal como lo han hecho Trudy y Dee Dee; que no la hemos rescatado como ella había imaginado que haríamos; sin embargo, quiero apelar a los vestigios de tu claridad e imparcialidad a la hora de abordar las quejas y la ocasional furia de tu mujer. Si su comportamiento de esta semana sirve de indicación, se ha producido un alarmante declive en el contacto de la tía Hankie con la realidad a lo largo de este último año, y, a menos que no hayas notado nada, te ruego que trates de inducir en ella un entendimiento más compasivo de los seres humanos.

¿«Un entendimiento más compasivo de los seres humanos»? Mi ojo se posó en esa frase, y noté que me empezaba a ruborizar.

—¿La leíste? —le pregunté.

—No digas tonterías. Claro que la leí. Más de una vez.

Se recostó en la silla; de pronto, me dio la impresión de que Irving era un anciano. En su mirada había una lejanía apagada, una lejanía desconocida.

Como no añadió nada más, le pregunté:

—¿Y qué te pareció?

—Bueno, Mike, ya que lo preguntas, me pareció una obra de tono surrealista. La podrían haber escrito Salvador Dalí o René Magritte.

—¿Porque crees que no tiene sentido?

—Porque en ella todo está mal. Porque no reconocí a la persona que la había escrito y, desde luego, tampoco a aquella de la que se hablaba.

Unas náuseas incipientes se me empezaron a formar en el estómago, como si fueran las primeras fases de una intoxicación alimentaria, antes de que corras al baño con una explosión en la boca o en las entrañas. Durante toda la vida había pensado, pese a un gran número de pruebas que indicaban lo contrario, que, si las cosas con mi tía llegaban a un punto verdaderamente extremo, mi tío se daría cuenta de lo que pasaba, intervendría y ayudaría. Ahora no cabía duda de que las cosas habían llegado a un punto extremo, e

Irving no solo no estaba ayudando, sino que negaba que hubiera un problema. Completamente.

—Pero eso le ha pasado a Hank —dije con insistencia—, y también a mí, desde luego.

—Siento que me cuentes eso —dijo.

—¿Sientes que te cuente la verdad?

—¿La verdad de quién? ¿Qué verdad?

—La verdad de lo que vi en París. De lo que tu mujer, mi tía, hacía y decía; cómo se comportaba, cómo nos trataba, las cosas horribles...

—Esa es tu verdad. La suya es otra.

—¿En serio? —repuse con un gesto de incredulidad, que me inspiraban tanto él como ella.

—Ella afirma que no ha hecho otra cosa que ser generosa con todos vosotros. Buena y considerada, eso es lo que es, siempre. Abierta. Paciente. Cariñosa.

Costaba no perder los estribos. Oí cómo mi tono de voz subía de volumen cuando pregunté:

—¿Y los demás? ¿Nosotros?

—Todos vosotros la habéis atacado en grupo. La habéis acosado, directamente.

—Pero, tío Irving, eso no es lo que ha pasado.

—Yo no estaba —adujo con semblante de indiferencia.

Ese semblante me llegó al alma: una negación mediante el gesto.

—Pues yo sí que estaba —declaré, con una voz que cobraba aún mayor intensidad—, y te aseguro que su actitud era muy... extrema.

—A lo mejor solo mostraba pasión. ¿Eso no se te ha ocurrido? Tu tía es una mujer apasionada. Está llena de vigor y de ideas. Como ya sabemos, tiene una opinión sobre casi todo.

—Desde luego. Una opinión muy errada. Horrible, errónea, a veces agresiva.

—Pero, Mike, ¿quién puede decir qué es horrible y qué es errado? En cuanto a la agresividad..., las cosas que has escrito aquí, lo que le dijiste a tu tía. ¿No se podría considerar agresivo todo eso? ¿No lo diría cualquier persona razonable?

—¿Agresivo, yo? Me conoces demasiado bien para afirmar eso.

Alzó la mano y repuso:

—Tu tía es una mujer buena. Una mujer espléndida.

—En París —insistí—, esta mujer buena y espléndida no estaba bien de la cabeza.

Él torció el gesto, pero a mí no me importó. No me importaba lo que pensara, lo que sintiera. Yo solo quería que me hiciera caso. Quería sentirme reconocido. Solo esta vez.

—Mike, no puedes afirmar esas cosas sin darme detalles.

—¿Por qué no empezamos por la forma en que trató a Trudy y a Dee Dee?

Hizo un ademán en el aire y respondió:

—Ellas no cuentan. No significan nada dentro de nuestro grupito.

Otra vez esa idea.

—Y ¿qué es lo que cuenta, Irving? ¿Cuento yo?

—Tú, sí. Pero también decepcionas.

—¿Que decepciono?

—No estuviste al lado de tu tía cuando te necesitó. Eso decepciona. A mí, personalmente, mucho.

—Pero su comportamiento... no era racional. Ni cuerdo. La forma en que pensaba que unos perfectos desconocidos la estaban tratando y mirando. Las cosas tan duras que dijo..., bueno, sobre todos los miembros de nuestras familias, y sobre mí, mi año, la chica que..., sobre aquello de lo que soy capaz y de lo que no. Cuando no sabe nada, cuando todo estaba en su cabeza, era una fantasía..., un guion, otro guion. Diálogos, frases, unas frases horribles y llenas de maldad. Es que no entiendo cómo puedes apoyar...

—Es mi mujer —dijo, sin más.

—¿Y eso qué implica?

—Que la creo. Que creo en ella.

—Tu mujer vive en un mundo de fantasía. Siempre lo ha hecho. Pero algo ha cambiado, ha empeorado. Se pasa el día creando fantasías sobre ella, sobre mí. Sobre su madre.

—¿Tu abuela? —preguntó, recostándose—. ¿Qué papel desempeña ella en esto?

—Hank habla de la abuela Huffy como si fuera más perfecta, más brillante de lo que los demás podríamos aspirar a ser. Incluso ha convertido el matrimonio de sus padres en un modelo. ¿En serio? ¿Qué clase de modelo es ese? Todos esos amantes, toda esa infelicidad... Compara a todo el mundo con Huffy, y no estamos a la altura. A ti también te convierte en alguien perfecto en el mismo sentido. Si no somos como Huffy, o como tú, somos inferiores, imperfectos, fracasamos. ¿Dónde está la realidad? ¿La sinceridad? ¿Sabes que

le dijo a Dee Dee que se echara un aman...?

—No tiene nada de malo que albergue una opinión positiva de su madre, que no era perfecta, pero sí una persona extraordinaria. Yo la conocí. Tú no.

—Sí que la conocí, de pequeño.

—Ah, los niños —soltó con un gesto de desdén.

—¿No era que los niños no saben las cosas sino que las perciben?

—Sabes perfectamente que siempre me salto los capítulos de la infancia cuando leo una biografía —dijo.

Noté que mi frustración iba en aumento.

—Llevo muchos años viendo cómo actúa Hank: de forma problemática. Y lo que hace para... perjudicar a la gente, a mucha gente. Yo incluido. Cómo acosa, ataca, despotrica... —Tomé aire—. ¿Y tú no has visto nada de esto?

Negó con la cabeza seriamente.

—¿Y tampoco piensas hacer nada?

Empujó todavía más la carta sobre la mesa.

—Mike, creo que lo mejor es que olvidemos todo esto.

—No es posible. No puedo seguir como si no hubiera pasado nada.

—Pero, en realidad, ¿qué ha pasado? ¿Cómo sabes que no te has imaginado todo esto? ¿O que no es un estado de ánimo, una fase? Eso es lo que tu tía y yo creemos; que es una fase, una especie de rebeldía adolescente retrasada, seguramente de lo más normal, pero también muy difícil para nosotros.

Que me lo imaginaba. Una fase. ¡Difícil!

—Te equivocas —aseguré mientras se me quebraba la voz—. Esto no solo lo pienso yo. ¿Tengo que darte nombres, Irving? La verdad es que no lo entiendo..., no te entiendo a ti. —Me levanté—. Siempre has sido otra persona cuando no estás con Hank. Razonable, lógica. Otro Irv. Pero ahora ya no te reconozco. Toda tu vida... es falsa. Es una mentira.

Se quedó muy quieto unos instantes y repitió:

—Mi vida es una mentira.

Me empezó a arder el estómago. Ese había sido uno de mis mayores miedos en la vida, convertirme en alguien lacerante como mi tía. O en una mezcla entre ella y mi padre, con las llamas de la irracionalidad de Hank avivadas por el Mal Genio de los Bergman.

—Sí —dije—, lo es.

Levantó la taza de café y se quedó mirando detrás de ella, a lo lejos.

—Como ya te he dicho, es mejor que olvidemos este tema, Mike. Sí, desde luego que es lo mejor.

Me costó saber adónde ir después de aquello, en todos los sentidos. La idea de volver a las casas adosadas, hablarles a mis padres y mis hermanos de esta conversación, susurrar (dado que lo más probable era que mi tía estuviera al otro lado de la pared) y desmenuzar, por enésima vez, todas las permutaciones del pensamiento y el comportamiento de mis tíos, me parecía algo tan agotador como lo había sido la propia conversación.

Así que me fui a la playa. Cuando observabas el mar de la península resultaba muy engañoso. Parecía liso y sereno, con unas olas bajas y suaves que parecían los parientes pobres del oleaje enorme y dramático que rompía contra la costa más cerca de casa, en Santa Mónica o Malibú, unas olas en las que habíamos aprendido a nadar y a hacer amigos cuando éramos muy pequeños. Pero el norte del Pacífico no era como el sur; estas olas escondían todo el empuje y la energía debajo de la superficie, donde todos los veranos, año tras año, las aguas revueltas ahogaban a un par de bañistas inocentes y estúpidamente tercios. En nuestros primeros años colocaron un cartel muy explícito en la vía de acceso: «NÚMERO DE BAÑISTAS MIERTOS DEBIDO A LA MAREA HASTA HOY», decía, con el número 456 tachado y sustituido con el 57, luego con el 58. Más adelante lo cambiaron por otro de palabras menos truculentas, pero el mensaje seguía siendo el mismo.

Tenías que estar del humor adecuado para buscar consuelo en ese oleaje concreto. Por lo menos, la playa que se extendía ante él estaba casi siempre vacía, dado que incluso en los días más despejados y calurosos solo algunos bañistas desesperados e intrépidos montaban allí el campamento con una sombrilla azotada por el viento, seis latas de cerveza y una silla de plástico que salía rodando como las plantas corredoras en cuanto alguien se levantaba de ella. En algunos puntos, salpicaban la arena limpiísima y sin gente enormes troncos arrastrados por la marea, que habían bajado flotando por el río Columbia y que habían llegado al mar antes de ser alisados, partidos y llevados de nuevo a tierra firme. En ciertos días había algunos caparazones de bueyes del Pacífico, sin el cangrejo en el interior, y salmones de los que solo quedaba la cabeza, la cola y las espinas, porque la carne de en medio se la habían desayunado las gaviotas vigilantes; de vez en cuando te topabas con un león marino muerto, que de pronto parecía un cachorro en su descanso eterno, de pronto descompuesto, a medida que iba convirtiéndose de nuevo en un amasijo elemental antes de que la marea se lo llevase de nuevo, la misma que lo había arrojado a la orilla en primer lugar.

Yo me conocía esa playa como la palma de la mano; paseaba por ella en

todos los estados de ánimo, cuando buscaba alivio para muchos de ellos. En esta ocasión, acudí para tratar de quitarme caminando la frustración y el agotamiento causados de nuevo, otra vez más, por mis tíos; sin embargo, por mucho que me alejara, por mucho que caminara, parecía que esta historia no tenía fin, como no lo tenía lo que me pasaba con estas personas. Ningún fin, en todo caso, que pudiera distinguir en el horizonte, inmediato o lejano.

Esa misma noche hablé con mis padres y hermanos, y me escucharon con comprensión, también se compadecieron; pero, una vez más, nos daba la impresión de que aquello nos sobrepasaba, de que el peso caía sobre mí, por motivos que se me antojaban a la vez claros y poco claros, justos e injustos. A veces me parecía que no solo estaba expresando mi rebeldía individual, sino que la de mi familia aparecía mezclada en ella. Al fin y al cabo, yo había sido el sobrino favorito, el incomparable sustituto de un hijo que, a expensas de mis hermanos, había sido formado muy desde el principio para que leyera, pensara, formulase y expresase opiniones propias, nuestro Philip Pirrip de Laurel Canyon; sin embargo, cuando esas opiniones se desviaban demasiado del *gestalt* imperante, mi descripción no tardaba en cambiar, y era presentado como una persona agresiva, una decepción, alguien rabioso después de la adolescencia, una manzana podrida de los pies a la cabeza. Alto y bajo, blanco y negro, histórico y moderno, amor y odio: ninguno de nosotros había sido capaz de descubrir un camino intermedio y seguro para atravesar ese matorral de juicios polarizados, yo menos que nadie.

Al día siguiente, a mi madre se le ocurrió la idea de llevarnos a Portland, a pasar unos días para equipar a mi hermano con todo lo necesario para su primer año en la Facultad de Medicina, y aquello nos pareció de lo más indicado, una breve huida del tenso ambiente de Boulevard Court. Reservamos un hotel en el centro, y, mientras mi madre y mis hermanos salían a comprar, yo pasé varias horas en la sociedad histórica local, leyendo cosas de Portland en las décadas de 1920 y 1930, la época y el sitio que formaron a esas personas, a mi padre, mi tía y mis abuelos. Siempre me habían interesado nuestros orígenes, y ahora empezaba una fase en la que me fijaba en los datos, en la historia y el contexto, en todos los documentos familiares que podía conseguir lícitamente o no, para buscar pistas que me ayudasen a desentrañar esas psicologías particulares que me obsesionaban y preocupaban como si fueran unos dioses del hogar que escupieran fuego, a los que yo había nacido

para intentar aplacar, o para ser fulminado por ellos.

Steve, el último en sacarse el carné de conducir de la familia, se ocupó del último trayecto cuando volvimos a la península al cabo de dos noches, y, en cuanto llegamos al camino de entrada de Boulevard Court, supe que pasaba algo malo. Las ventanas de la casa de mis tíos eran agujeros negros, las cortinas estaban echadas y las luces apagadas; en el porche de delante de nuestro lado había un bosque en miniatura de plantas de interior (incluidas las imitaciones de seda) en el que se notaba a gritos el toque de mi tía, ahora la ausencia de toque.

En el interior vimos a mi padre sentado delante del televisor, pálido y sin afeitarse, en realidad ni siquiera vestido, a no ser que se considerase «vestido» estar con una camiseta interior blanca y unos *shorts* de algodón desgastados. A su alrededor, en el salón, había más objetos y enseres de mis tíos, los adornos junto a las mantas, el cepillo de dientes eléctrico, las viseras, la comida enlatada y los libros que habían estado leyendo, con los puntos de lectura todavía colocados en medio. Como pasaba muchas veces con mi tía, o con mis tíos, los objetos comunicaban antes o (como bocadillos de un cómic o subtítulos de una película extranjera) al mismo tiempo que sus acciones. Estas acciones, sin embargo, nos las describió enseguida nuestro padre de rostro ceniciento, que esperó a que todos entrásemos y nos sentásemos antes de contarnos lo que había pasado en nuestra ausencia. En las horas posteriores a nuestra marcha a Portland, a mi tío le había dado un episodio grave de dolor en el pecho provocado, según él, por «la conversación estresante que había mantenido con Michael», que le había dado «muchas ideas desagradables en que pensar», sobre todo la parte de que su vida era una mentira y otros comentarios que tildó de tóxicos. Se había tomado una, después dos pastillas de nitroglicerina para tratar de mitigar el dolor y, como no funcionaron, mi tía y él decidieron que era mejor que volvieran a Los Ángeles para que lo examinara el mismo ejército de médicos que le habían hecho una angiografía apenas un mes antes y que le habían permitido marcharse a esas vacaciones de verano sosegadas, equilibradas y llenas de salud que de pronto se habían convertido en algo desasosegante, desequilibrado y enfermizo. «Si no hubiera sido por la lengua afilada de Michael», declaró mi tío, él podría haber seguido encontrándose bien; pero bien ya no se encontraba.

—Sois conscientes, claro está, de que las personas racionales no piensan así —añadió mi padre, quizá de forma superflua.

—Las arritmias de Irving no tienen nada que ver contigo, Michael —dijo

mi madre, que entonces miró a mi padre—. Hank e Irving están convirtiendo en un problema mucho mayor lo que ninguno de nosotros creía.

—La verdad —dijo mi padre— es que, grande o no, yo ya he tenido bastante para varios años.

Les dirigí un gesto de aprecio a mis padres, pero aquello eran palabras, y en ese momento no parecía que las palabras ayudasen mucho, tal como mis tíos habían entendido claramente. Eran auténticos profesionales: a pesar de todo su pulido manejo de las palabras, trabajaban en un medio eminentemente visual, y reconocían cuándo el espacio negativo, solo una imagen o un escenario, podía resultar todavía más incisivo.

En el Café Madeleine

Aquel día en Milton York fue una de las últimas veces en que mi tío y yo abordamos abiertamente el tema de mi tía. Me di cuenta de que no tenía el menor sentido hablar de forma directa de la cuestión, de ella, de ellos, de nosotros. Así que aprendí a dar rodeos. Me pareció imposible cortar completamente toda relación con ellos, porque hacerlo suponía renunciar también a una parte demasiado grande de mi pasado, también de mi vida tal como la había conocido y del amor que, en un primer momento, la había permeado. Acabé entendiendo que aquello equivalía a renunciar a la terca esperanza de que algún día, contra toda probabilidad, podría de un modo u otro recuperar un ápice de esa ilusión, casi parecida a una droga, que había vivido tantas veces al estar con ella, con ellos, cuando era pequeño.

Así que reduje la frecuencia; el hombre joven, y después no tan joven que visitaba la *maison* era una sombra de mí, reprimida y muy editada. Me mostraba educado pero superficial, atento pero solo hasta un punto seguro. Al igual que Danny, nunca hablaba con mis tíos de mi vida privada o de mi yo interior. Jamás les pedí ningún tipo de ayuda. Muchas veces, al visitarlos me quedaba aletargado o atontado, porque el ambiente mismo de la *maison* presentaba un carácter gelatinoso, parecido al de un lotófago, al que tenía que resistirme para no perder del todo la lucidez mental. Muchas veces volvía a ser quien había sido de pequeño: alguien que observaba y se empapaba, un coleccionista no de *objets* como mi tía, sino de impresiones, señales, historias, hechos, pruebas. Los acumulaba, porque creía (¿o esperaba?) que, algún día, en ellos encontraría la clave del enorme rompecabezas de cómo un

mundo que parecía tan brillante y deslumbrante, lleno de posibilidades, se había convertido en algo tan oscuro, asfixiante y triste. Trágicamente triste, casi podría decirse; yo lo digo.

Viví en Nueva York, después otra vez en Florencia, luego Nueva York. Pasé largas temporadas en Italia.

Muchas veces me obsesionaba esta infancia, y estas personas que se habían torcido. Yo no sabía quién era. Pensé que igual lo descubriría trasladando mi historia al papel. Intenté retratar a mi tía en la ficción. Mis lectores aseguraron que la gente así no existe en la ficción. Este personaje no resulta creíble. Es demasiado extremo. ¿Quién seguiría siendo amigo suyo, quién seguiría casado con ella? ¿Cómo podía seguir siendo así?

Ella lo hacía.

Durante muchos años, en otoño, mis tíos acudían a Nueva York; no para verme, como siempre expresaban claramente, sino para «echarle un vistazo» al teatro, visitar museos y ver a un par de amigos, que casualmente andaban por allí al mismo tiempo, y para ir de tiendas. Claro que podían organizarse para estar libres y disponibles, normalmente seis de siete noches a la semana. Menuda mezcla de grandiosidad y soledad manifestaban, qué penoso era todo aquello, cuando se veía bajo cierta luz de comprensión.

Yo esperaba sus visitas con una mezcla de curiosidad y horror, preocupación y, extrañamente, esperanza. Inevitablemente eran experiencias profundamente contradictorias. Sacaba a cenar con ellos a una versión de mí mismo, falsa, antigua y esquemática. Casi nunca se los presentaba a mis amigos. Las conversaciones eran superficiales, limitadas, lo que mi madre denominaba con sorna «sexo seguro», y muchas veces se nos agotaban a mediados de la segunda velada que pasábamos juntos. De vez en cuando accedía a ir de compras o de anticuarios con mi tía, siempre tratando de recuperar esa deliciosa sensación que había tenido cuando salía con ella de pequeño; pero tendía a sentirme oprimido al estar con tantas cosas de personas muertas, esos enseres procedentes del naufragio de todas esas vidas desgraciadas (estaba convencido de ello) y ahora olvidadas.

El vigor y la convicción de mi tía, tanto en los asuntos estéticos como casi en todo lo demás, seguían completamente intactos. Visitaba el apartamento que yo estuviera alquilando y, como nunca le impresionaba el entorno que yo había encontrado o que me había creado, se lanzaba a una vorágine de decoración. Me decía:

«No voy a aceptar un no por respuesta.»
«Por favor, por una vez sé amable.»
«Michael, me estás chafando el placer...»

Antes que remover aguas delicadas, yo esperaba con paciencia hasta que ella acabase de darle el toque Hank a mi casa y quedase satisfecha; cuando se marchaba, quitaba todo lo que había traído, lo devolvía o lo regalaba. Un año, entre un apartamento y otro, me convenció para que alquilase y amueblase, «rapidito, rapidito», un estudio diminuto de Murray Hill que odié desde que pasé en él la primera noche, pero todavía tardé dos desgraciados años en irme a otro sitio. Cuando lo hice, vendí todo el contenido a excepción de dos lámparas, los cubiertos de mi abuela y mis libros. Fue una liberación tremenda y simbólica, pero aun así una gigantesca pérdida de tiempo y energía.

Finalmente llegó la tarde en la que nuestra *pax familias* dejó de resistir, seguramente porque un ser humano, tres seres humanos, solo podían reprimirse, callarse, sacrificarse y mostrarse abnegados hasta cierto punto.

Íbamos a ir al teatro y habíamos quedado a comer primero en el Café Madeleine, un bistró de estilo francés situado muy al oeste de la calle 43, en el que la comida solo era pasable, al igual que el ambiente, pero que, por algún motivo, se había convertido en uno de los favoritos de mis tíos. ¿Era el nombre del restaurante lo que los atraía? Seguramente no, dado que a medida que fueron cumpliendo años se volvieron las personas de memoria más corta que yo había visto jamás; pero a mí sí me resultaba evocador, y tanto que me lo resultaba; cada vez que quedábamos en el Madeleine, intentaba extraer de todo ese tiempo perdido aquella sensación que había existido tan fuertemente entre nosotros tres, pero que ahora, fuera de mi recuerdo perdurable, tantísimo había cambiado.

En cuanto nos sentamos, como solía hacer, mi tía deslizó uno de sus cheques de viaje, que era la manera en que prefería llevar dinero, al otro lado de la mesa. Ella solo veía generosidad en ese gesto, eso no lo dudo; yo vi a la Señora Espléndida tratando de aplacar cualquier tensión que pudiera haber en el ambiente con el enésimo regalo (una compra, un soborno, una sumisión) para su sobrino, antes un niño y ahora un hombre, y, con toda la suavidad que pude (aun sabiendo que enseguida me soltaría lo de «Por favor, sé bueno por una vez», o algo semejante), le dije que me iba bien, le pedí que guardara el cheque para mi cumpleaños o para las próximas vacaciones y lo volví a deslizar hacia ella.

Esa noche, antes de acostarme, consigné la escena de forma meticulosa en mi diario, que (en parte gracias a esa insistencia de hacía tantos años por parte de mi abuela) he ido llevando durante gran parte de mi vida adulta.

Entre las muchas cosas que ahora me sorprenden y me entristecen, al echarle un vistazo a esa abultada cantidad de páginas, está lo preparada que se encontraba siempre mi tía a enzarzarse en una pelea y lo dispuesto que estaba siempre mi tío a apoyarla. A mi entender, bastó con que le marcara ese límite prudente para que sus ojos empezaran a echar chispas mientras se guardaba el cheque en la cartera con toda clase de aspavientos.

Irving, al notar su disgusto, dijo secamente:

—A ver qué cenita tenemos hoy.

—Una agradable, espero —repuse.

—Mira, no sé por qué pero lo dudo, Michael —dijo mi tía en tono cortante—. Hace ya años que no te interesa pasar una tarde agradable ni conmigo ni con tu tío. Llevas años mostrándote condescendiente con nosotros, dándonos lecciones sobre cada tema y en cada ocasión. No me molesta por mí..., ¡pero sí por tu tío!

De cero a cien en menos de un segundo.

—¿Que os doy lecciones?

—¡La otra noche, en el teatro, nos mandaste callar!

—Durante la obra, solo me refería a eso. Que era de mala educación comentar las malas decisiones del dramaturgo cuando aún no ha bajado el telón.

—Estás de lo más frío y distante. Y maleducado.

Me obligué conscientemente a respirar antes de responder.

—Distante, quizá sí. Pero solo he estado intentando protegerme...

—Protegerte ¿de qué? —intervino mi tío—. No somos monstruos.

—De todo esto —expliqué con un gesto.

—¿Qué es esto? —preguntó Irving.

—Esta misma escena. Las explosiones de Hank. Sus críticas y sus ataques.

Ella se inclinó por encima de la mesa, del modo en que yo imaginaba que lo hacía en sus reuniones de guion.

—Pero, Michael, eres tú quien ha atacado. Llevas diez años sin sentir nada por nosotros. Solo has pensado en ti, has sido egoísta, te has mostrado cortés a duras penas. No has tenido compasión ni cariño humano.

Volví a respirar, a hacer una pausa, que solo cumplió su objetivo a medias. Me tembló la voz cuando dije:

—Esas palabras son muy duras.

—Pero ciertas —insistió ella.

—Incluso vosotros debéis de daros cuenta —proseguí— de que nos ha costado muchísimo hacer el cambio de una relación entre un niño y dos adultos a otra entre tres adultos. No habéis podido soportar el distanciamiento que forma parte natural del proceso de madurar. Jamás habéis podido escuchar mi opinión sobre nada. Solo os habéis dedicado a despellejarme..., como a tantas otras personas.

—Es que no hemos entendido nada, Mike —dijo mi tío, en esa voz suya fría, sosegada—. Lo único que hemos hecho toda la vida es quererte y estar entregados a ti. Junto a Hank, eres la única persona de todo el mundo a la que he querido tan intensamente, que tan inteligente me ha parecido, que he considerado tan especial. Y nos has devuelto este amor diciendo que te odiábamos, que te hemos envenenado. No lo entiendo.

Aquello era como estar atrapado en un laberinto de los espejos, que mi experiencia se reformulara y mis palabras se retorcieran de esta manera. No sabía ni por dónde empezar.

—Yo nunca he utilizado el término «odio», Irv. He dicho que me sentía asfixiado. Anulado.

—¡Anulado! —exclamó Hank—. La verdad es que nos conviertes en villanos. Hemos sido los villanos de tu vida.

—¿Sabes lo que siento, Mike? —me preguntó mi tío—. Me siento traicionado. Esta es la mayor traición de mi vida, haber amado tan profundamente y recibir este trato durante diez años.

Hank asintió enérgicamente con la cabeza.

—Sí, ¡lo que yo me siento es traicionada! Después de todo el amor que te hemos dado, ¿tú qué has hecho? Traicionarlo. Has traicionado nuestro amor.

«Has traicionado nuestro amor.» ¿Adónde iba y qué hacía yo con eso?

—Me parece muy triste que sintáis eso —dije—. Pero a esa historia le falta algo. No os estáis fijando en vuestra participa...

—¿Cómo es posible —me interrumpió mi tía— que seas la única persona de mi vida a la que esto le haya ocurrido, la única relación que ha acabado así?

No era la primera vez que veía cómo mi tía reescribía la historia, pero este fue uno de los ejemplos más flagrantes, quizá de un modo absurdo.

—¿En serio te crees lo que dices? —le pregunté—. Si examinas tu pasado con sinceridad, ¿he sido el único?

—Desde luego.

—Sin esforzarme demasiado —contesté—, se me ocurren once, doce personas. Catorce. —Me detuve—. Pero no voy a hacer una lista. Ese es tu estilo, no el mío.

—Bueno, es que la vida está llena de conflictos, qué duda cabe. Mira tu vida, Michael. Mira tus fracasos.

—Ya sé lo que viene ahora —dije, alzando la mano—. No quiero oír la lista completa de todo lo que me habéis dado y de lo que habéis hecho, ni la de todo lo que yo no he dado ni hecho. Ya hemos pasado por eso, demasiadas veces.

—Yo no recuerdo nada semejante, ni que hayamos hablado del tema.

—Ni yo —coincidió mi tío.

Moví la cabeza con incredulidad.

—Qué poca memoria tenéis los dos. Creo que eso os ha salvado. —Callé unos instantes—. Pero incluso vosotros tenéis que acordaros de lo de París..., de cuando os fuisteis de la playa..., de que dijisteis que los problemas cardíacos que Irving tuvo ese verano eran culpa mía, y, antes de eso, cuando era más pequeño, aquellas Navidades, y...

Mi tía empezó a negar con la cabeza. Mi tío, lo mismo.

—Nada. Nada de eso.

Irving miró a Hank, después a mí, y preguntó:

—¿Será posible que lo que te está pasando, Michael, es que sufres algún tipo de neurosis, que seas un neurótico? ¿No tendrás algún problema, algún desajuste... muy profundo? A lo mejor necesitas ayuda para arreglarlo, para arreglarte tú.

Crucé los brazos por delante del pecho.

—Ya he recibido ayuda —anuncié—. Y mucha.

Mi tía se volvió hacia mi tío y, con una voz que solo podría tildar de satisfecha, le soltó:

—Ya te lo había dicho yo.

—¿El qué le habías dicho?

—No es cosa tuya.

Los miré a los dos, encerrados, siempre encerrados, en su mundo privado, hermético (simbiótico, tan claustrofóbico que era rayano en la perturbación, o que estaba directamente perturbado) y, con toda la tranquilidad que pude, dije:

—Os daréis cuenta de que aquí no es cuestión de arreglar nada.

—Entonces, ¿la cuestión cuál es, Michael? —inquirió Irving.

—La cuestión... es tratar de hacer las paces, hasta cierto punto, con lo que te ha tocado en la vida. De dónde vienes, las personas que te han formado... y que te han supuesto un reto.

—Bueno, ¡pues piensa en la suerte que tienes al haber nacido en una familia tan dramática! —exclamó mi tía.

—¿Suerte?

—Piensa en el material, cariño. El mejor escritor siempre escribe de lo que mejor conoce.

Mi diario no revela cómo fuimos capaces de comer después de aquello. Pero lo hicimos, por mi parte con gran abundancia de vino y una indigestión aún mayor. Mi tía comió, como siempre, con celeridad y apetito; mi tío, que siempre era muy puntilloso ante la comida, de forma más frugal.

Cuando terminamos, Irving preguntó:

—Bueno, ¿vamos al teatro como habíamos previsto?

—Claro —contesté.

La obra era una de A. R. Gurney, *Después la vida*: ¡primero la magdalena y después la vida! En ella había un parlamento sobre la psiquiatría y la generación más joven («Puede que a ellos les sirva..., se manipulan las psiques como si fueran instrumentos musicales»), lo que hizo que mi tía soltara una risa ahogada, mientras se colocaba y recolocaba ruidosamente las pulseras.

—Qué desastre de obra, y qué sosa —declaró antes de que los actores hubieran podido siquiera saludar al público.

Después, en la acera, me miró y, con una voz medio ofendida y medio melodramática, anunció:

—Bueno, esta es la última vez que nos vemos. Nos marchamos el viernes.

Quedaban tres días, y contesté:

—Estoy seguro de que hablaremos mañana.

Mientras los dejaba en un taxi, tuve la impresión de que por un momento mi tío estuvo a punto de darme un abrazo. Pero me alargó la mano, cosa rara porque nunca nos las estrechábamos, aunque yo lo hice en todo caso. Mientras me la daba, me dijo:

—Es que soy un fracasado, es eso, ¿verdad?

Lo soltó, curiosamente, con una sonrisa. ¿Era ese gesto un modo de mitigar la tensión de la despedida? ¿O estaba recurriendo a su ironía habitual para decir: «Vamos, Mike, que las cosas no son tan horribles»? ¿O pensaba que me estaba repitiendo, de forma exagerada, lo que creía que yo le había transmitido

durante la cena? ¿O necesitaba ocultar el hecho de que se sentía mal, nada más? Yo no tenía ni la menor idea, pero, mientras me quedé mirando cómo el taxi se internaba en el tráfico, de pronto me sentí derrotado, abatido, y seguramente lo más cansado que he estado jamás.

A la mañana siguiente llamé a su hotel para ver cómo estaban. «El señor Ravetch ya se ha marchado», me dijo la operadora. Otro número de escapismo: así es como se enfrentaban a las cosas, o no se enfrentaban a ellas, una vez más.

La última estancia

Mi tío y mi tía se hicieron mayores, pero de formas muy distintas.

Durante muchos años, el paso del tiempo fue muy benévolo con mi tía desde el punto de vista físico. Solo unas pocas arrugas perturbaban su piel perfecta. Seguía siendo alta, sin encorvarse. Su energía no disminuyó. La única afección que padecía era un dolor de espalda intermitente. Siguió atrayendo a gente a su lado y luego rechazándola, adorándola y luego devorándola. La pauta era tan conocida que siempre que me presentaba en la cena de los domingos y veía a alguien nuevo sentado a su derecha, que en la infancia era mi sitio fijo en la mesa, podía predecir acertando, casi hasta en el mes, cuánto iba a durar esta persona, que casi siempre era una mujer, normalmente de gran personalidad y cierta fama (lo potente atraía a lo potente) y de constitución recia; una persona triunfadora, locuaz y con problemas, a la que le encantaban, o le acabarían encantando, todos los detalles relacionados con la casa, y que en todo caso no tardaría en ver cómo su propia casa se transformaba gracias al toque de Hank y cómo se llenaba, muchas veces a rebosar, de objetos ya no deseados en la *maison*. Siempre tenía muy pocas amigas íntimas, porque a mi tía no le gustaba la competencia dentro de su categoría. Y, al haber oído lo malísimos que habíamos sido a lo largo de los años, esa amiga tendía a mirarnos con una mezcla de suspicacia y desdén; era imposible que no pasara.

Mi tía acabó quedándose sin caras nuevas y (¿cómo expresar esto sin hacer sangre?) acabó volviendo a acercarse a toda aquella persona que la necesitaba tanto como Hank a ella. Lo que equivalía, por lo general, a personas que necesitaban su dinero. Muchas veces eran familiares, parientes lejanos y antes criticados que ahora eran incluidos porque el hecho de que necesitaran a Hank aportaba a la necesidad que Hank tenía de ellos un equilibrio factible, aunque siempre frágil. Eran los hombres y las mujeres que le decían sí a todo, y creo que se puede afirmar con seguridad que ni uno solo de ellos reprochó nunca a mi tía nada de lo que esta hacía o decía.

A medida que Hank fue cumpliendo años, en la *maison* fue aumentando la densidad de objetos y la oscuridad de la gama cromática. Cuando mi futura esposa la vio por primera vez, la llamó la Barca de la Muerte. Hasta entonces, no me había llegado a percatar de que no solo habían pintado de negro la madera y el borde de las puertas exteriores, sino que habían hecho lo mismo con todas las macetas y las estatuas; a saber dónde había quedado el espíritu brillante y alegre de Palladio. En el interior, mi tía le había pedido a una pintora aficionada, madre de una amiga (que, con el tiempo e inevitablemente, fue rechazada como todos los demás), que oscureciera la ropa de los caballeros y las damas de los retratos del siglo XVIII adquiridos a lo largo de los años, que, en momentos de buen humor, habíamos denominado en broma nuestros antepasados. La misma pintora ennegreció todos los vestigios que quedaban de madera clara; entretanto, el tapicero que sustituyó a Ruby estuvo ocupado con nuevos terciopelos, sedas y linos aún más intensos, densos y oscuros. Estaban las nuevas obsesiones y las de siempre: los obeliscos, Napoleón y el Grand Tour, cuyos recuerdos en bronce (columnas estriadas, modelos del arco de Constantino, Panteones en miniatura y cosas semejantes) se apiñaban en mesas cada vez más atestadas. «Ya no me cabe ni un objeto más en esta casa —declaraba repetidamente—, pero es que no puedo dejar de comprar. Es que no puedo.»

Había muchísimas cosas que no podía dejar de hacer. Siempre habían existido.

Mi tío, por el contrario, finalmente se puso de verdad muy enfermo y también envejeció de verdad, en casi todas las partes de su cuerpo a excepción de la mente. Sus enfermedades imaginarias fueron sustituidas por un sinfín de otras reales. Se sometió a aquella operación a corazón abierto, seguida años después por una angioplastia y la inserción de unos estents. Su enfisema incipiente se desarrolló. Los años que había pasado al aire libre en el sur de California le produjeron docenas de pequeños cánceres de piel en la cara, el cuello y los brazos, que periódicamente le quemaban o congelaban. Le pusieron una cadera nueva (una experiencia que declaró más ardua y dolorosa que la operación a corazón abierto) y después, cuando empezó a caerse, se fracturó los huesos de las piernas y la espalda y se sometió a varios tratamientos u operaciones para arreglárselos. Su mundo se fue haciendo cada vez más pequeño, y mis tíos encontraron a un sustituto que estaba fascinado

por la carrera y el carisma de ambos. Este médico contaba entre sus clientes a varios personajes de Hollywood, con lo que mis tíos pertenecían a su ámbito, o él al suyo; pero fundamentalmente (y a cambio de unos sustanciosos honorarios anuales) estaba disponible día y noche para los momentos en que lo llamaban sumidos en el pánico, lo cual lo convirtió en alguien verdaderamente indispensable.

De vez en cuando se pasaban por allí ciertas personas a hablar con mis tíos sobre su pasado en Hollywood. Durante años habían rechazado la mayoría de las entrevistas, pues lo de las relaciones públicas era algo demasiado vulgar y estaba por debajo de su nivel, pero ahora empezaron a recibir en la *maison* a algún que otro periodista o experto en cine, unos encuentros que podrían haberse sacado de *El crepúsculo de los dioses* y que los animaban brevemente, pero solo brevemente. Cada vez estaban más solos. Cuando alguno de los pocos compañeros que les quedaban y con los que habían conseguido mantener la amistad moría, jamás acudían al funeral ni volvían a decir su nombre. Hasta muy tarde, ninguno de los dos reconoció siquiera lo inevitable de su muerte.

Se produjo un cambio clarísimo entre los tres cuando les presenté a la mujer que acabaría siendo mi mujer, aunque yo ni sospechaba lo que finalmente pasó en la tarde de abril en que la llevé a Skyline, un día que fue tan absurdo e insólito en mi vida que podría considerarlo salido de un sueño. Casualmente, Jo Anne y yo éramos vecinos en la calle 11 Este y, según creía yo, solo amigos... Casualmente, ella estaba en Los Ángeles por trabajo, adonde yo había ido para asistir a la ceremonia de nombramiento de mi sobrino... Casualmente, salimos a hacer una caminata juntos por Runyon Canyon... Y, casualmente, la llevé a que conociera primero a mi querida sobrina, luego a mis tíos, luego a mis padres. ¿Casualmente? ¿Cuando nunca había llevado a ningún amigo a la *maison*? Fue un día fuera de contexto, sin sincronizar, en el cual me dio la impresión de que yo funcionaba con un piloto automático, que era una persona desconocida o nueva (nueva gracias a Jo Anne, según me percaté después). Mis tíos, en cambio, no podrían haber estado más dentro de su contexto ni mejor sincronizados, con una cierta sincronía, al menos. Al cabo de unos instantes apareció el carrito del té, como si lo hubieran preparado unos eficientes duendecillos de la cocina, y aquello fue un no parar (un no parar en absoluto) de encanto y brillantez en todos los aspectos.

Antes siquiera de que nadie se hubiera sentado, mi tío miró a Jo Anne y le

soltó: «Querida, sabrás que somos judíos». Esta era una de las provocadoras frases que a veces decía al inicio de una conversación y venía a significar lo siguiente: «Somos como tú, tú como nosotros, vamos a entendernos desde el principio». El comentario, pensado para que atravesara el aire como un dardo lanzado con astucia, se quedó flotando donde estaba mientras Jo Anne, contemplándolo perpleja, trataba de dilucidar qué demonios quería decir.

—Ah, pues gracias por decírmelo, Irving —contestó en tono neutro.

Jo Anne todavía no había visto nada. Mi tía la declaró, en sus propias narices, «*charmante*» y «sumamente atractiva y elocuente».

—¿Te interesan las casas, por algún casual? Tienes que hacer una visita por esta y decirme lo que te gusta. ¿La porcelana china, quizá?

Noté que se me formaba un nudo en el estómago. Antes de que a Jo Anne le diera tiempo a responder, mi tía añadió:

—¡Lo sabía! Vamos a ver qué tesoro encontramos por aquí para que te lo lleves a tu casa de Nueva York.

Dar un regalo de bienvenida, en aquella tarde un león de Fu del siglo XVIII, de la época de Quianlong, era un gesto clásico en mi tía, y estaba pensado, en cierta medida, para ganarse a la persona desconocida (y, en este caso, no tan fácil de conocer); y en una medida aún mayor para trazar la jerarquía de siempre mediante la cual mi tía, en tanto que dadora, sentía que ejercía cierto control sobre el receptor.

Jo Anne, a quien yo había decidido no preparar en absoluto para este encuentro, me contó después que tuvo que revisar su primera opinión (la Barca de la Muerte; el señor y la señorita Havisham) al experimentar esa bienvenida aparentemente tan acogedora y al ver el sedoso carisma que se exhibía con tanta munificencia. No obstante, en cuanto se cerró la puerta tras esta visita inaugural, me miró y dijo:

—¿Y eso de que son judíos?

—Es su forma de intentar hacer amigos —contesté.

—¿Y esto? —preguntó, mientras señalaba el león de Fu—. ¿A todo el mundo le regalan una antigüedad china?

—Bueno, a todo el mundo exactamente, no.

Ese día se inició una moderada relajación en el ambiente tenso en que vivíamos los tres. ¿Era posible que verme emparejado, como lo estuve al cabo

de poco tiempo, liberara a mis tíos de cierta culpa que en el fondo, en algún recoveco ignoto de su interior, los había atormentado durante muchos años? Vieron cómo yo acogía en mi vida a una mujer a la que no tardaron en considerar dotada de la dosis indicada de intelecto, belleza y estilo que le permitía ser aceptada en las filas de los Fabulosos Frank. «Al final no le han ido tan horriblemente mal las cosas a Michael, ¿eh, Corchete?»

En el mes de diciembre del año siguiente, mis tíos hicieron un infrecuente viaje a Nueva York (que también resultó ser el último) para asistir a nuestra boda, que celebramos en casa. A pesar de que había una ventisca tremenda y paralizadora, consiguieron llegar a mi apartamento y ofrecer, casi por última vez, la versión pública de sí mismos más pulida y educada, mientras yo pronunciaba los votos sin dejar de llorar.

Con el paso del tiempo, entre mi tío y yo se produjo cierta relajación. Estoy seguro de que a esto ayudó que viviéramos en lados opuestos del país; cuando nos reuníamos, era en un punto muy especial y requetebuscado, donde, mediante un acuerdo tácito, lográbamos que lo mejor del pasado se manifestase en lo mejor del presente. Hablamos mucho de la remota infancia de Irving, también de la de su padre en Rusia, de la de su madre en Palestina. Casi cada vez que lo visitaba, me daba algunas de sus espléndidas prendas que aún colgaban en el armario, alguna que otra camisa de Liberty o unos pantalones DAKS; también seguía apartándome libros en el estante en que solía colocar los cartones de las camisas cuando yo era niño. Así, acabábamos en el punto de partida, entrando en su cuarto de los armarios y encontrándonos en él, en ese terreno seguro, neutral y ahora esencialmente cargado de nostalgia.

Con una estructura menos complicada y un pasado menos complicado, habría habido mayor sensación de amplitud en todos los sentidos, podría decirse que toda una casa llena de vínculos en vez de una sola estancia; pero al menos contábamos con esa única habitación pequeña, definida, limitada, y todo lo que eso conllevaba. Se distinguía del resto de la casa como siempre lo había hecho, y mi tía seguía prácticamente sin contemplarla y sin visitarla; en su interior había, según acabé detectando, una indudable bondad y casi medio siglo de sentimiento acumulado que al fin pude permitirme, en dosis pequeñas, encontrar de nuevo, sentir de nuevo, sin que todo lo demás me consternara ni me molestara.

No había sido fácil, pero había aprendido a aceptar que toda la vida de mi tío se había construido en torno a un punto ciego e inabordable. Evidentemente, también ayudaba el hecho de que ya no se planteaban pruebas o retos de importancia, y que Irving ya estaba demasiado delicado para aguantar cualquier prueba o reto, cosa que yo sabía. Todo lo cual había sido una lección, una de tantas que me dio él, que me dieron ellos: había aprendido a convivir con la paradoja, a separar lo bueno de lo malo, a seguir adelante en circunstancias de lo más imperfectas. En cierto sentido, creo que puede que esa sea la lección fundamental que una vida familiar prolongada imparte: aprendes a no detenerte, pase lo que pase, y a no esperar a que los demás se conviertan en algo en lo que no pueden convertirse. O haces eso o te vas a vivir a un sitio muy lejos de tu lugar de origen y no vuelves nunca, jamás.

Justo antes de las festividades judías de septiembre de 2010 tuve una llamada de teléfono de Steve, que me contó que la situación en que estaba nuestro tío, de ochenta y nueve años y que había ingresado en un hospital una semana antes, presentaba un cariz cada vez más preocupante. Estuve varios días siguiendo su evolución desde Nueva York, sin saber muy bien si coger un avión, como ya había hecho en varias ocasiones anteriores. Hablé con mi hermano médico, con mi madre y con mi padre. Nadie podía afirmar con rotundidad si mi tío se estaba acercando al final de su vida. Porque ¿quién puede decir eso con rotundidad? Había vivido varios episodios físicos malos, algunos en realidad muy graves, en los años anteriores, y se había repuesto. También había experimentado episodios mentales complicados, pero se habían acabado de forma tan definitiva que él mismo me había podido contar después:

—Mike, esa última vez que estuve en el hospital, la verdad es que me volví loco. Creía que Napoleón, el amigo de tu tía, estaba llamando a la puerta. Creía que tu tía y todos los médicos conspiraban contra mí. Incluso, aunque parezca increíble, ¡le dije a Hank que era una zorra! Una zorra de mierda. — Dejó esas palabras suspendidas en el aire unos instantes y después añadió—: Lo más raro de todo es que lo recuerdo todo perfectamente, pero no podía hacer nada al respecto. Como si hubiera otro yo en mi interior. Un yo secreto.

Un año antes, después de otro episodio distinto, Irving me dijo que había mirado por un precipicio y había visto un estallido de luz mientras unas

personas lo llamaban, «justo tal como lo cuentan». Él no era de las personas que se fían de lo que le cuentan, y tampoco hablaba de ese modo, pero por su profesión y por su naturaleza sí que era una persona dramática que no renunciaba al efecto teatral; en él, al igual que en mi tía, era esencial buscar las pistas, las confirmaciones que presentaban el aire, la textura, de lo real.

—Todavía no estaba listo —comentó en aquella ocasión, refiriéndose así a su muerte por única vez—. Les dije que se marcharan.

En esta ocasión, no podía llamarlo para preguntarle si estaba listo, así que hablé con Roger, su enfermero personal.

—Noto que hay algo distinto —me contó este—. No sabría decirle qué es exactamente, solo una sensación que tengo. —Luego añadió—: Si usted viene, el señor Irving se enterará.

Cogí un avión a Los Ángeles y llegué al hospital esa tarde. Había visto a mi tío a finales de agosto, apenas un mes antes, pero ahora lo vi con otro aspecto. Los huesos se le marcaban en la cara como los pliegues de una hoja de papel; le circundaban los ojos unas sombras negras como la tinta; y su respiración, incluso con la ayuda de la mascarilla de oxígeno que tenía pegada a la cara, era entrecortada, forzada y débil.

Ni siquiera estaba seguro de que hubiera advertido mi presencia, o de que siendo así me hubiera reconocido. Mi tía, en cambio, se volvió bruscamente hacia la puerta cuando entré, aunque lo único que dijo, en una voz inexpresiva y distante, fue:

—Oh, Michael, ¿de veras que has venido desde tan lejos?

¿Le importaba que hubiera ido o le daba igual? A mí no me importaba; no lo había hecho por ella, sino por mi tío... y por mí.

Había bullicio en la habitación de hospital. Una enfermera del centro estaba colocando los tubos y las vías de mi tío; otra añadía notas en una tabla. Roger recogía su albornoz y sus zapatillas. Mi tía empezó a pasearse por una franja pequeña de linóleo rayado, mientras sus pulseras de oro emitían un tintineo vagamente musical.

De pronto, mi tío cerró el puño. Lo levantó y con él describió unos círculos delante de sus mejillas.

—¿Es la mascarilla de oxígeno, cariño? —le preguntó Hank—. ¿Tu cara? ¿Te molesta algo?

Él repitió el gesto.

—Cariño, no sé qué intentas decirme.

Otra vez.

—Lo siento.

Él volvió a posar la mano en la cama en un ademán de frustración y derrota.

—Eso es, descansa. Todo mejorará si lo haces.

Hank le hablaba con una voz que nunca le había oído hasta entonces cuando Irving había estado enfermo u hospitalizado. Compasiva pero artificial, era de esas voces infantilizadas que empleas con la gente que da muestras de no estar en sus cabales, una voz que iba más allá del miedo y que empezaba a rayar, o eso me pareció, en la indiferencia.

Mi tía volvió a pasearse y yo me quedé ahí, callado, apoyándome en el asa de la maleta. De nuevo, mi tío se llevó la mano a la cara. Mientras lo hacía, una película espontánea empezó a proyectarse en mi cabeza. La formaban unas escenas que yo había visto y que recordaba, y otras que solo me habían contado. Aquello era un lío en lo referente al tiempo y al espacio, un resumen cinematográfico formado por imágenes contrapuestas del ser físico que había sido mi tío. Lo vi con el equipo blanco de jugar al tenis, enjugándose la frente con una toalla de mano mientras salía de la pista después de un partido contra mi padre. Lo vi en un momento anterior a mi nacimiento, jugando al béisbol un lunes por la noche, en el parque cercano a Gilmore Field. Lo vi en la playa, en mis primeros años, llevándonos a los niños por la vía de acceso para que contemplásemos la puesta de sol, un pequeño ritual que le gustaba llevar a cabo casi todas las noches por lo tarde que se ponía el sol en el noroeste y porque atravesaban el firmamento unos colores espectacularmente distintos cada vez. Lo volví a ver, en la playa, como siempre con ese traje de baño tan horrible de color mostaza, internándose en el helado oleaje con nosotros de niños, aunque desde luego con prudencia, es decir, sin que nos cubriera más allá de las rodillas, y lo vi en el pequeño y cercano aeropuerto local de Ilwaco, dirigiéndose a grandes zancadas a la pista, quedándose en medio de la zona de aterrizaje, contemplando el cielo como si lo estuviera retando para que se sacase de la manga un avión que interrumpiese las risas nerviosas y embelesadas que soltábamos los niños. Lo vi cuando él era niño, metido debajo de una toalla en Nueva Jersey, con la cabeza envuelta en una nube de vapor mientras él trataba de respirar, y también lo vi tendido en la cama de la casa de tía Rose, en Los Ángeles, cuando se veía obligado a echarse la siesta mientras los niños del barrio jugaban a la pelota en la calle. Lo vi

levantándose un sinfín de veces de camas de hospital, de sillas de ruedas, de sillas con orinal, soltando los andadores, después de las operaciones, después de enfermedades reales e imaginarias, después de sus «agotamientos», como solía denominar esos períodos de inexplicable letargo que se apoderaron de él con una frecuencia cada vez mayor en una fase tardía de su vida. También lo vi lanzándose desnudo a la piscina de Skyline, nadando bajo el agua de un extremo al otro sin salir a respirar, cosa que de niño me parecía propia de un superhéroe, una muestra inimitable de capacidad pulmonar y de destreza física.

Vi todo eso y también lo vi a él, en tiempo real, utilizando toda su energía para alzar la mano de nuevo.

—¿Te preocupa adónde te van a llevar, cariño? —preguntó mi tía—. ¿Es eso? A una habitación nueva, nada más. En otra planta. Solo una temporada más.

Mi tío negó con la cabeza. Pero repitió lo de la mano, esos círculos de mímica, aunque en esta ocasión con mayor desconcierto, después con mayor urgencia.

—Quiere la navaja —dije.

—¿Cómo que la navaja? —Por el tono y la cara que puso mi tía, parecía que había dicho que quería irse a bailar claqué—. Cariño, eso no puede ser. ¿Es lo que quieres?

El asintió con un ademán.

—Cómo no. Tu navaja de afeitar.

Hank soltó una risa irónica y ronca, quizá por lo absurdo o lo intrascendente de que en un momento así le preocupara la barba.

—Ya está todo guardado, señor Irving —anunció Roger.

El señor Irving cerró los ojos y respiró.

—Solo unos diitas más, cariño —insistió mi tía—. En un abrir y cerrar de ojos estaremos tomándonos una sopa y viendo el concurso *Jeopardy* en la cama. Dentro de poco, cariño, estaremos *chez nous*. En casa.

La habitación del hospital Cedars Sinai a la que trasladaron a mi tío estaba en la tercera planta de la torre sur. Como sucede con todas las estancias de ese complejo enorme e impersonal, la número 3829 formaba parte de un grupo de cuatro habitaciones privadas que daban a una salita a la que se llegaba por un

pasillo común; en esta salita había una mesa, un ordenador y una cómoda silla de oficina que a veces los médicos o los enfermeros ocupaban para actualizar los historiales, o en las que los cansados familiares podían descansar en un sitio en el que el paciente podía llamarlos. En el interior, debajo de una sucia ventana de cristales tintados, quedaba el espacio justo para que todas las noches metieran un camastro para mi tía, que se empeñaba en estar al lado de Irving las veinticuatro horas del día.

Cuando los enfermeros instalaron a mi tío en su nueva habitación y se intercambiaron la información, me enteré con exactitud de lo preocupante que era su estado. Sufrió neumonía en una fase incipiente, le habían salido escaras y había cogido una cepa de estafilococo por estar tan débil y haber pasado tanto tiempo en el hospital. Como le costaba tragar, lo alimentaban por un tubo que le metían por la nariz, por el que discurría un espantoso líquido amarillo; un aparato que él obviamente odiaba. Tenía el oxígeno puesto todo el rato. Le vigilaban las pulsaciones. La circulación en las manos era tan mala, y tenía las yemas de los dedos tan azules, que le habían colocado cada una encima de una bolsa de agua caliente. También tenía un catéter, y llevaba unas medias de compresión en las piernas, que emitían un silbido cada vez que se inflaban; pero todo aquello era una menudencia al lado de los diversos pitidos y alarmas que saltaban cuando movía un brazo y doblaba sin querer una línea intravenosa, cuando el nivel de oxígeno le bajaba, cuando se acababa un antibiótico o cuando el corazón le latía a un ritmo irregular. Aquel ambiente no inducía al descanso, pero, como al final del día Irving apenas estaba ya consciente, accedí a salir a cenar con mi madre y mi hermano, con los que me había reunido en el hospital, y prometí volver a verlo a primera hora de la mañana siguiente.

Antes de marcharme, oí que decía cuatro palabras roncadas en voz baja:

—Quiero... irme... a... casa.

El esfuerzo de expresar esta idea hizo que la cabeza le cayera hacia delante por el agotamiento.

—Pronto, cariño —dijo mi tía muy animada—. Sopa y *Jeopardy*, te lo prometo.

A la mañana siguiente me encontré a otro Irving, recostado en la cama. Roger acababa de afeitarse, de lo que tantas ganas tenía, y le estaba limpiando la cara con un paño caliente, cosa de la que mi tío estaba disfrutando.

—Anoche estuve a punto de morir, Mike —dijo cuando entré; su voz, aún ronca y débil, era muchísimo más clara que el día anterior.

—Pero no ha sido así.

—Me han hecho cosas horribles. Pensé que me marchaba. Pero aquí estoy.

—Aquí estás, Irv, sí.

En un susurro, Roger explicó que se confundía, que hablaba de dos noches antes, no de la pasada.

—Además, tengo hambre. Quiero comer. A lo mejor debería levantarme y sentarme en el borde de la cama.

Empezó a hacer fuerza con los brazos y varias de las alarmas se dispararon a la vez.

Roger y yo lo convencimos para que esperase a que el fisioterapeuta viniera a echarle una mano.

—Vale —accedió—. Voy a cooperar. Imagino que puedo hacerlo.

Volvió a recostarse. Mi tía apareció de nuevo; había estado en la cafetería de la planta baja con mi primo Josh, el hijo mediano de mi tío Herbert, una persona en quien se había apoyado especialmente en los años anteriores. A pesar de que había pasado la noche (en realidad, ya debían de ser siete) en un camastro al lado de la cama de mi tío, presentaba un aspecto extraordinariamente bueno; iba maquillada, con sombrero, joyas, preparada..., aunque, evidentemente, no se sabía muy bien para qué. Llevaba un plato caliente que desprendía un fuerte olor. Mi tío declaró que quería comer lo mismo que ella, pero volvimos a aconsejarle que sería mejor esperar, porque esa mañana le iban a hacer una endoscopia, una prueba gracias a la cual esperaban descubrir por qué le costaba tragar.

Mi tía y mi primo salieron a comer en la sala de espera del final del pasillo. Yo puse una silla al lado de la cama y me senté a contemplarlo de nuevo. Su piel moteada, llena de costras y de un extraño tono amarillo, se extendía sobre una infraestructura de huesos prominentes; le notaba la forma del cráneo, muy cerca, demasiado, de la superficie. Sus ojos se habían convertido en algo muy pequeño y apagado. Unos hongos le cubrían varias uñas, y tenía otra vez las yemas de los dedos azules, por lo visto sin que sirvieran ya de nada las bolsas de agua caliente que emitían borbotos cuando él las agarraba distraído.

Al cabo de un largo silencio y sin venir a cuento, o lo que a mí me pareció que era sin venir a cuento, me soltó:

—Has sido una persona muy importante en nuestras vidas, como un hijo.

Durante unos instantes creí que quizá me había imaginado estas palabras. Que las había soñado, que me las había inventado, que eran obra mía.

Del amor a la decepción, luego otra vez al amor..., del amor a la traición, luego otra vez al amor: ¿qué sucedía con el paso del tiempo, que podía replegarse con tanta facilidad, eliminar las partes discordantes de nuestra experiencia compartida que no encajaban con esta versión, con la buena, la brillante; aquella por la que merecía la pena morir?

Y también estaba ese plural. ¿De verdad quería emplearlo? ¿O hablar en singular le habría resultado demasiado duro, demasiado incómodo?

Mientras todas esas ideas me venían a la cabeza, los ojos se me llenaron de lágrimas con una rapidez sorprendente. Enseguida estas me empezaron a caer sobre la manga de la camisa.

Mi tío no pareció darse cuenta. Daba la sensación de que estaba y no estaba a la vez. Añadió: «No creo que vayamos a poder ir al *bat mitzvá*». Se refería al de mi sobrina, que estaba previsto para el fin de semana siguiente.

—Es probable que no, Irv, pero haremos muchas fotos y las traeremos para que las veas.

—Me gustará.

Transcurrieron varios instantes en silencio.

Le recordé que mi hija había empezado a ir a la guardería esa misma semana. Él asintió con la cabeza, dijo su nombre, y también el de mi sobrina.

—En ellas perdura nuestro espíritu. Ellas avanzan, la vida sigue avanzando.

Verdaderamente dijo aquello, las cosas que crees que quieres oír en un momento así.

—La sonrisa de tu hija... es algo asombroso. Menuda fuerza vital.

—Sí —contesté mientras empezaba a llorar de nuevo—. Sí, así es su sonrisa. Y así es ella.

Me quedé cogiéndole la mano, sintiendo a mi tío, sintiendo su vida o lo que quedaba de ella y su presencia a mi lado, mientras él estaba ahí conmigo, quizá incluso dentro de mí. Las lágrimas siguieron corriéndome por las mejillas y él siguió respirando de forma superficial; después se quedó dormido.

A la mañana siguiente volví pronto al hospital, y también me encontré con otro

Irving. Tenía los ojos de color rosa, resoplaba y tosía de forma lamentable intentando sacarse algo, flema o mucosidades, que le molestaba en el pecho. Estaba agitado, iba confundiendo las palabras, cuyo contenido resultaba cada vez menos coherente.

Me senté al lado de su cama y solo me levanté para ir al baño y para engullir un sándwich durante las ocho horas siguientes, y durante muchas de esas ocho horas mi tío estuvo sentado con la espalda envarada, la cabeza rígidamente alejada de la almohada, agarrando un vaso de poliestireno en el que no dejaba de intentar, sin conseguirlo, echar lo que notaba en la garganta o el pecho.

La situación se prolongó así hora tras hora. Yo jamás había visto un cuerpo humano sufriendo una angustia tan incesante.

De vez en cuando cerraba los ojos. Cuando lo hacía, yo abría el pequeño cuaderno negro con el que había sustituido el bloc de dibujo Académie, y le iba haciendo un retrato.

—No me gusta que hagas eso —protestó mi tía cuando me vio.

Lo cerré, pero en cuanto se marchó lo volví a abrir.

A veces, Irving abría los ojos y hablaba.

—Soy ciudadano de dos países —declaró en más de una ocasión.

Y: «¿Ha llegado ya el embajador?».

Y: «¿Aquí cuál es mi cometido?».

—Tu cometido, Irv —contesté—, consiste en descansar y dormir. Nada más.

—Descansar. Dormir.

A veces lograba quedarse dormido, pero siempre poco rato y nunca con comodidad.

En determinado momento me hizo un gesto y me acerqué aún más a él. Con gran dificultad consiguió articular una frase con la garganta ocluida:

—Estoy listo para irme.

—Irv —le pregunté esperanzado, porque a esas alturas yo ya albergaba la esperanza de que quisiera ir al lugar que yo empezaba a sentir que era el suyo, en el que, en el fondo, él quería estar—, ¿adónde exactamente estás listo para ir?

—Ya sabes dónde —contestó, irritado.

—No, no lo sé. Dímelo.

—Fuera de aquí.

—¿Fuera? ¿A casa? —inquirí.

Contestó que sí; suspiré. Sin darme cuenta, lamenté, por su bien, que no hubiera respondido: «No digas tonterías, Mike. Me refiero a irme de este mundo, ¡a morirme!».

Pero, como no lo había hecho, le expliqué, aunque ya se lo había dicho ese día, que debía quedarse un poco más en el hospital, descansar un poco más.

Otro ademán de asentimiento. Nos quedamos en silencio.

A última hora de la tarde abrió los ojos y en ellos vi, o me pareció ver, una lucidez, una intensidad repentina.

—Pasivo —dijo—, toda la vida he sido demasiado pasivo.

Al principio no supe muy bien si esas palabras se las había dicho a la pared, al cielo o a mí. Al igual que con lo de «como un hijo» del día anterior, ni siquiera estaba seguro de que las hubiera pronunciado. Pensé que a lo mejor también me las había imaginado, que las había creado. Pero no, habían salido de su cuerpo cansado y debilitado; el cuerpo cansado y debilitado de mi tío. Se habían formado en su garganta y se habían dicho con su voz. Se habían pronunciado para mí, se me habían dado a mí.

«Pasivo.»

«Toda la vida he sido demasiado pasivo.»

Más que oírlas, esas palabras las recibí, en el estómago, en el alma. Las había dicho muy quedamente, precisamente las palabras exactas, o una variación de las palabras exactas, que había estado esperando oír de él durante gran parte de mi vida adulta. ¿Eran o no eran... eso? La verdad, al fin: ¿al fin el reconocimiento, al fin la validación de todo lo que yo había sostenido, por lo que había luchado, lo que me había angustiado; y no solo yo, sino muchos de nosotros, tantos que llenaríamos varias habitaciones, una familia, un mundo, lleno de nosotros y al lado de ambos?

Pero no se las dijo ni a los presentes en una habitación ni a una familia. Me las dijo a mí, solo, mientras estaba sentado junto a su cama, cogiéndole la mano y notando cómo él también me la agarraba con una firmeza inesperada.

«Pasivo.»

«Toda la vida he sido demasiado pasivo.»

A lo mejor no se refería a lo que yo creía que se refería, a lo que quería que se refiriese. A lo mejor se refería a que había sido demasiado pasivo en el hospital y durante esta larga enfermedad. Por dejar que le pusieran el catéter, que lo examinaran, que le sacaran cosas del cuerpo y que lo conectaran con ese odioso tubo de alimentación. O que le pusieran esa espantosa bata de lunares. O...

Pero no; no parecía que esa idea fuera acertada; yo no sentía que lo fuera. En aquella habitación, entre los dos, había una quietud extraña, intensamente cargada. Parecía que todo lo que quedaba fuera de esa estancia se había deshecho en polvo y había desaparecido. El largo pasillo, los otros pacientes, el conjunto de lóbregas ventanas de cristales tintados. Aquello presentaba esa deformación del tiempo que se observa en los sueños, en los que no sabes muy bien si ha pasado un minuto o una hora. O una vida entera. En ella, en realidad, parecía que el tiempo no se movía en absoluto, sino que estaba lo más cerca de detenerse que yo había presenciado jamás, sin contar los minutos posteriores al nacimiento de mi hija. Entonces, también, el tiempo embaucador se apoderó de mí y me sostuvo con firmeza. Me sostuvo, y punto. Ahora nos sostenía a los dos. A mi tío y a mí juntos.

El tiempo volvió a discurrir en cuanto vi a mi tía, que llegó después de que mi tío hubiera logrado quedarse dormido. Le pregunté si había comido algo desde el desayuno y contestó que no con la cabeza. La convencí para que me acompañase a la cafetería y le puse delante un sándwich de queso y tomate.

Después de que le diera unos bocados, le pregunté si sabía qué causaba el problema de los pulmones de Irving, si era la neumonía, una insuficiencia cardíaca u otra cosa. Me contestó que lo sabían, pero que en ese momento no quería entrar en detalles.

—Entonces tiene un tumor —dije—. Tiene que ser cáncer, ¿qué si no?

—Han encontrado unas cuantas células —añadió, sin mirarme a los ojos.

—¿«Unas cuantas células» están haciendo que los pulmones se le llenen de líquido? —pregunté con incredulidad—. Eso no me cuadra. No explica la tortura que está padeciendo, el esfuerzo. Llevo todo el día a su lado. Es tremendo.

—Ya sé que es tremendo, Michael —dijo, mirando a lo lejos y cruzando los brazos—. Sé que Irving se está muriendo. No soy tonta, pero pienso llevármelo a casa, y pienso lograr que este último período, dure lo que dure, sea tranquilo.

—Si es que te dejan llevártelo a casa...

—Pues claro que me dejarán. Es ahí donde él quiere estar. Donde yo quiero que esté. Nuestra casa lo es todo para nosotros. Donde hemos compartido una vida absolutamente espléndida. Tu tío ha sido el más magnífico de los

hombres, siempre estaba pendiente de mi felicidad, la anteponía a cualquier otra cosa. Ha sido mi compañero de vida en todos los sentidos; ha aguantado todas mis excentricidades. —Hizo una pausa—. Me daba prioridad a mí, y si eso no da la medida de un buen marido, entonces no sé cuál es esa medida. A ti también te convendría tener eso en cuenta.

Asentí con la cabeza. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Transcurrieron unos minutos de silencio, y entonces dije:

—No sé... si habréis..., me refiero a Irving y a ti..., si habréis tenido la ocasión de hablar entre los dos cómo le gustaría a él, cómo querría que ocurriera... todo.

Contestó que no con la cabeza.

—No veo el menor motivo para obligarlo a enfrentarse a su muerte. Al cabo de tantos años, no es que él no sepa lo que opino al respecto, precisamente.

Aquello me dejó pasmado. Hank conseguía incluso ser la protagonista de la muerte de Irving.

—Pero ¿no crees que no es tan importante..., que no es tan importante tu opinión al respecto sino la suya..., lo que él piensa de su destino..., de cómo y cuándo le gustaría morir?

Lo negó con un ademán.

—Nunca hablamos de esas cosas. Jamás lo hemos hecho y, desde luego, no voy a empezar ahora.

A la mañana siguiente, cuando llegué al hospital mi tía estaba junto a la puerta del cuarto de mi tío, con la vista clavada en el infinito. Al igual que en todos los otros días en que la había visto, había logrado presentar un aspecto sereno, pero noté en su voz un tono algo menos dogmático, mientras me iba informando de cómo había ido la noche. Irving había dormido, lo cual era bueno. Había dejado de toser, lo cual no era tan bueno, porque indicaba que no luchaba tanto por respirar. Tenía otra infección distinta en los pulmones, y seguramente otra más debido a la sonda...

Asimilé lo que me contaba, entré en la habitación y le pregunté a mi tío cómo se encontraba.

—¡Fenomenal! —contestó, con la dosis perfecta de su típico e intenso sarcasmo.

El terapeuta respiratorio acababa de intentar sacarle más mucosidades de los pulmones. «Las tiene demasiado dentro», me dijo mientras se marchaba con un semblante de derrota.

Tanto el enfermero personal de mi tío, Roger, como el del hospital, un tipo inglés al que había conocido el día anterior, trataban de que se sintiera cómodo. No era tarea fácil. Mi tío parecía estar hecho polvo, no hay otra forma de expresarlo. Su cara no era la que yo siempre le había visto, ni en lo referente al color, la palidez ni la forma. Tenía los ojos llenos de legañas, que el enfermero del hospital intentaba quitarle, lo que hacía que Irving gimiera. Parecía que había todavía menos carne entre la piel y el hueso. Cuando el enfermero inglés terminó, le pregunté si la neumonía había avanzado, y me recomendó que hablase con el médico. Ya sabía que eran las normas del hospital, pero aquello constituía una mala señal. Cuando había una buena señal, o una prueba de resultado claro, o una noticia esperanzadora, me había dado cuenta de que a la gente no le importaba quebrantar un poco las reglas; cuando pasaba lo contrario, se escondía tras ellas.

Le pregunté a mi tía si había comido, y volvió a responder que no. Añadió que no quería moverse de donde estaba, pero que le vendría bien un sándwich. Fui a la cafetería del piso inferior a que le preparasen uno. Me dio la sensación de que tardaban una eternidad en poner dos lonchas de queso y una hoja de lechuga entre dos rebanadas de pan.

Al volver, vi a un hombre sentado tras la mesa que estaba delante de la habitación de mi tío. Lo reconocí: era el médico que los atendía tras la jubilación de Derwin.

Le di el sándwich a mi tía y volví al pasillo. El hombre estaba consultando un grueso historial médico. En la pantalla del ordenador que tenía delante aparecía la imagen de un pulmón, el de mi tío. De vez en cuando se fijaba en él, y luego volvía a mirar los documentos de la mesa.

—Ha venido el doctor —dijo mi tía—. Está analizando los resultados de las pruebas.

Al cabo de unos instantes, el hombre se levantó y entró en la habitación. A mí apenas me miró; enseguida se puso a utilizar jerga de médico a toda pastilla. Explicó que Irving tenía una nueva infección que era resistente a los medicamentos, que el pulmón derecho no le funcionaba en absoluto, que también había signos de neumonía en el izquierdo. Que iba a recetar otra tanda de antibióticos, pero no hasta consultar al especialista en enfermedades infecciosas, porque le preocupaban las interacciones entre los medicamentos y

su eficacia.

Luego miró a mi tío.

—¿Nota usted algún malestar, Irving? —le preguntó.

Como mi tío le contestó que no, el médico empezó a dirigirse a la puerta.

Me parecía increíble que aquello acabara así.

—Irv, ¿no quieres preguntarle nada al médico? —le dije.

Mi tío volvió a indicar que no con un gesto.

El doctor regresó a la mesa del saloncito. Empezó a guardar las cosas, dispuesto a pasar al siguiente paciente, a la siguiente tarea. ¿La siguiente muerte? Rocé el hombro de mi tía y le propuse:

—¿Podemos hablar fuera un momento?

Me siguió a la puerta. Me presenté al médico, o lo volví a hacer, ya que nos habíamos conocido algunos años antes, y añadí:

—¿Cuál es la situación? ¿Qué está pasando?

Como si allí no estuviera pasando absolutamente nada, el hombre se volvió hacia mí y me dijo:

—Irving tiene cáncer en fase terminal. El pulmón derecho le ha dejado de funcionar. No absorbe el oxígeno. En general, las cosas no pintan bien.

Procesé esta información todo lo rápido que pude.

—Entonces, ¿por qué va a empezar con otro especialista y con medicamentos nuevos? ¿Por qué prolonga su sufrimiento?

Tan rápida en encenderse como siempre, mi tía estalló:

—No voy a permitir que su vida termine así como así. No pienso hacer de Salomón. Me niego.

—A lo mejor deberías tener en cuenta lo que siente Irving —intervine.

—Yo sabré cuándo está listo. ¡Yo soy la única persona que lo sabrá! Los demás que no se metan en esto, Michael.

Había tardado casi medio siglo, pero ya no me daba miedo esa mujer; ni su ira, ni su veneno, ni sus diatribas, nada de nada. La veía, con toda sencillez y claridad, como una persona que estaba muerta de miedo y era incapaz de pensar con serenidad. Incapaz de pensar, de hecho, al menos de una forma que yo pudiera respetar.

—Creo que deberías preguntarle a Irving qué quiere él —afirmé.

—No pienso hacerlo —replicó en un tono aún más agudo—. No pienso obligarlo a enfrentarse a su muerte. Me niego, y punto.

Miré al médico y le pregunté:

—Si el que estuviera ahí dentro fuera su padre, ¿qué haría usted?

Él dirigió la mirada a mi tía, luego a mí.

—Bueno, tendría que hablar con mi madre, consultárselo primero. Igual que pasa aquí; la decisión la debe tomar Hank. Aunque Irving respondiera ahora, yo no podría hacerle caso, ni legal ni éticamente. A efectos prácticos, no está en su sano juicio. Ahora la decisión le corresponde a su tía, la mujer de Irving.

—Él me acaba de responder dos preguntas que le he hecho —objeté.

—Con un gesto —replicó el doctor con otro gesto, en este caso de desdén.

Lo miré de hito en hito, con una mezcla de asco y consternación.

—Noto, percibo —añadió— que quizá usted no lo haría así; es posible que ni yo mismo lo hiciera así, pero... —Miró a mi tío a través de la puerta, luego a mi tía—. Debe entender usted que aquí estoy tratando con una pareja. Es posible que lo que estoy haciendo no sea lo mejor para Irv en un diez por ciento, ni tampoco para Hank en un treinta. Pero creo que, si hacemos el cálculo total, la cosa no está tan mal, y yo lo veo por el lado positivo.

Sentí que mi conciencia y yo estábamos partidos en dos. En mi fuero interno, para mis adentros, pensé: «Doctor, ha caído en la trampa, como tantas otras personas antes que usted. La trampa, la seducción de mi tía; de mis tíos. Aquí tenemos otra versión de la *folie à deux; à trois*. ¿No se da cuenta de que lo han cegado esta mujer y su personalidad barroca, aún magnética para ciertas personas? Usted no la está tratando a ella, sino a él. Son dos personas. Dos personas distintas. Usted está dispuesto a permitir que el cuerpo de mi tío siga luchando y sufriendo porque quiere proteger a mi tía, lo cual me resulta manifiestamente absurdo, del mismo modo que sus cálculos matemáticos son engañosos».

Mi yo exterior asintió y declaró:

—Sí, entiendo lo que dice.

Esbozó una sonrisa. Cuánto desprecié esa sonrisa. Pero yo hice lo mismo.

Antes de marcharse, añadió que, si la situación cambiaba, se lo podía llamar en cualquier momento, de día y de noche, desde luego.

—Desde luego —dije.

Llevé a mi tía a la sala de espera. Nos sentamos todo lo lejos posible del televisor y la animé a que se tomara el sándwich. Cosa que hizo. Cuando terminó, le dije:

—Creo que sería buena idea que le preguntaras a Irving lo que quería hacer

él, lo que quería que le hicieran. También creo que sería muy importante que le aseguraras que, si es lo que quiere y está listo, que puede decidir morir.

Se lo transmití muy tranquila y claramente.

Empezó a gritarme, cosa nada sorprendente. Empezó a gritarme en la sala de espera del Cedars Sinai, a pleno pulmón con esa voz atronadora y vigorosa. De nuevo lo de Salomón. Que no iba a obligarlo a pensar en su muerte. Se negaba, se negaba y volvía a negarse.

Por si acaso, añadió que nada de aquello era asunto mío, que mis palabras estaban fuera de lugar, que no me metiera donde no me llamaban, etcétera.

Esperé a que respirase, porque hasta la formidable Harriet Frank junior tenía que parar a respirar, y le dije:

—Irving no es precisamente de las personas que soportan el dolor. Mira todo lo que tuvo que aguantar ayer. Míralo hoy. Además, no estoy de acuerdo con tu médico; creo que sí está lo bastante consciente para poder responderte, o al menos escucharte, que puede que sea igual de importante. Más importante. Si no se lo preguntas, no puedes saber qué piensa. Además —añadí—, estoy bastante convencido de que sigue aquí por ti, de que está resistiendo por ti, que tiene que oírte decir que puede marcharse.

—¡Es que no puede! —chilló—. Quiero estar al lado de ese hombre hasta el último momento posible, quiero que muera mientras yo le doy la mano, quiero entrar en la eternidad con él, me niego a aceptar esto, ¡no pienso hacer lo que dices! El poeta tenía razón: «Rabia, rabia contra la agonía de la luz». Estoy llena de rabia, no pienso hacerlo, de eso nada. ¿Lo entiendes, Michael? ¡NO VOY A PERMITIR QUE ESA LUZ DESAPAREZCA DE MI VIDA!

Siguió diciendo cosas parecidas, quizá durante dos minutos, pero también pudieron ser veinte.

Al terminar, hizo una bola con la bolsa en la que le había llevado el sándwich y anunció: «Ya he terminado». Entonces se levantó.

Mientras la acompañaba a la habitación de mi tío vi que estaba llorando. Le pasé el brazo por los hombros; aquello fue como abrazar un tronco.

Cuando llegamos a la habitación, ella entró directamente y se sentó junto a la cama. Yo me quedé en la mesa de fuera, a cierta distancia.

Y entonces sucedió algo absolutamente extraordinario.

Mi tía se inclinó sobre mi tío y le dijo:

—Cariño, quiero que sepas que, si decides seguir luchando, te apoyaré al cien por cien y haremos todo lo posible para seguir peleando. Pero si quieres... acabar, si estás..., si ya estás cansado y quieres descansar, también

estaré a tu lado, todo irá con calma y con tranquilidad, y estaré junto a ti. Debes saber que nadie ha sido más feliz que yo, me has querido toda la vida, yo te he querido toda la vida...

Hablaba con voz clara, firme, cariñosa, tierna... y racional. Hizo precisamente aquello que le había pedido, que le había suplicado, por primera vez. Me dio la impresión de que todos, los tres, quedábamos liberados de un hechizo que había durado toda la vida.

Aunque, si soy sincero, no supe al cien por cien si aquello era un diálogo escrito y recitado, o si Hank hablaba con la mano en el corazón. Con ella nunca podías estar seguro. De todas formas, por una vez le había dado prioridad a Irving.

Se quedó unos instantes junto a mi tío. Luego salió, se dejó caer pesadamente en la silla de enfrente y anunció:

—Bueno, ya he tenido esa conversación.

—Estoy orgulloso de ti —le dije.

—Yo no —contestó en tono inexpresivo.

Esperé un momento antes de preguntar:

—¿Y él qué ha dicho?

—No ha respondido.

—¿Nada? ¿Ni un gesto?

—Nada.

Enseguida llegó mi primo Josh y le preguntó a mi tía si quería sentarse en la sala de espera, a lo que ella accedió. Se marcharon y yo volví al cuarto de mi tío, donde vi algo muy llamativo: por primera vez desde hacía varios días, Irving había apoyado la cabeza en la almohada. Por primera vez desde hacía varios días, parecía descansar en paz.

Salí a llamar por teléfono a mi madre y a mi hermano, que me dijeron que vendrían inmediatamente al hospital. Entonces retomé mi sitio al lado de mi tío. La cabeza cada vez se le hundía más en la almohada. Bajo la mascarilla de oxígeno, respiraba de forma superficial pero sosegada.

El enfermero inglés me susurró que daba la impresión de que aquello estaba empezando. «Aquello.» De la impresora sacó un folleto en que se explicaba qué esperar al final y me lo trajo.

—¿Ella es consciente de lo que está pasando? —me preguntó.

—Creo que es posible que sí, por fin.

Cuando se fue, volví a cogerle la mano a mi tío y le dije:

—No pasa nada, Irv. Puedes irte.

Me quedé en silencio largo rato, observándolo. Su respiración era lenta, tranquila y poco ruidosa. Finalmente le pedí a Roger que buscara a mi tía y que la trajera.

Hank vino con Josh y se sentó. Un gran silencio se apoderó de la habitación. La cabeza de Irving empezaba a inclinarse hacia un lado de la almohada.

El folleto que me había dado el enfermero estaba intacto en mi regazo. Ahora le eché un vistazo. Antes me había fijado en que a mi tío le salían unas manchas en el cuello, y ahora lo vi ahí escrito. Un indicio. La piel, según el texto, podía cambiar de color al final. Sus dedos estaban más azules que nunca: otra señal. No los tenía fríos (al menos, que yo notase), pero eso era porque Roger todavía había dejado la bolsa de agua caliente por debajo. Por lo que se veía en el folleto, la muerte de mi tío parecía un caso de libro: se afirmaba que era muy importante decirle al «ser querido» que podía marcharse, que en los últimos días podía haber comentarios que pareciesen inconexos pero profundos, u otros que no tuvieran sentido, pero que en realidad lo más importante era no corregir a la persona ni llevarla a la realidad sino escuchar, consolar, hacerlo todo lo más fácil y tranquilo posible.

Me pregunté si al final todos acabábamos reducidos a eso, a un folleto con unas cuantas verdades universales, imprimido desde un ordenador de hospital.

La puerta se abrió y entraron mi madre y Steve. Mi madre se sentó al lado de su hermano. Ya tenía setenta y muchos años, pero era la primera muerte que presenciaba. Había llegado al Apartamento cuando ya se llevaban a su madre en una ambulancia; su padre no había querido que ella subiera a su habitación de hospital después del segundo y finalmente letal ataque al corazón, cosa a la que ella después siempre había lamentado acceder. Y ahora veía a su hermano cara a cara; le cogió la mano y contempló sin pestañear lo poco que quedaba de la vida de Irving.

Yo estaba sentado en el camastro de mi tía, que no había llegado a plegarse desde la noche anterior. Le pregunté a Hank si quería sentarse donde estaba yo, delante del rostro de mi tío y no detrás de su cabeza, y contestó que no. También le pregunté si quería quedarse a solas con él, y respondió:

—Necesito que estéis aquí, quiero que lo rodeen las personas que lo aman.

Y mi tío lo estuvo. Y ella le dijo que lo estaba, muchas veces.

Irving seguía respirando, de forma larga y tranquila, con pausas

prolongadas. Vi cómo le latía el pulso en el cuello, persistiendo. Vi cómo le cambiaba el color de la piel, cómo se le formaban manchas y después se le ponía gris. Durante todo el proceso tenía el ojo izquierdo medio abierto, como él siempre había afirmado que le pasaba al dormir.

Me acordé de todos los antifaces amontonados en el cajón superior izquierdo de su armario, que se ponía para tapar ese ojo eternamente abierto.

Vi cómo la baba se le escapaba por la comisura de la boca y caía en la almohada. No sé muy bien por qué, pero hasta eso fue bello. Todo lo fue, al menos a mí me lo pareció, porque hubo paz, porque al fin parecía que mi tío, después de tantos días (semanas, meses) difíciles, descansaba.

Respiró una vez..., otra..., y después se produjo: el último aliento. Un último aliento después de los millones, de los cientos de millones que lo habían precedido. Casi noventa años de respiraciones llegaron a su fin y, con ellas, el cuerpo que había albergado a aquel hombre, a mi tío, Irving Ravetch.

Pareció que mi tía no lo entendía. Le pidió a Roger que le tomara la tensión. No una vez, sino dos. Las dos veces, la aguja describió todo el círculo y se quedó en el cero. El enfermero dijo que no con la cabeza, y ella soltó un único gemido.

Alargué el brazo e intenté cerrarle ese ojo izquierdo, abierto y nublado. Irv tenía razón. El párpado no quería cerrarse, incluso cuando mi tío ya no podía ver.

Adiós al armario

Mi tía no creía en los funerales. Consideraba que la religión y los rituales eran algo propio de bárbaros. Creía que los discursos que daba la gente en estas ocasiones sacaban a la luz lo superficial, lo trillado, lo falso. Se negó a permitir que se le organizase uno a mi tío, igual que hizo con su madre. No le hacía ninguna falta ver cómo lo enterraban y, dado que ella no lo necesitaba, suponía que los demás tampoco. Aseguraba que, una vez que él ya había salido de su cuerpo, la suerte que este corriera a ella ya no le interesaba. Mandó a Josh a que se ocupara de los detalles, y asunto concluido.

Esa tarde le tocó a mi hermano llevarla en coche del hospital al cañón. En el vehículo, ella le dijo:

—Hoy Michael ha hablado con gran firmeza y contundencia, y lo he escuchado. Me alegro de haberlo hecho.

A mí, Hank jamás me dijo nada semejante, ni entonces ni después. Pero eso no importaba. Lo que importaba era que había sido capaz de dejar que mi tío se fuera cuando aún conservaba cierto grado de dignidad.

En casa, abrió la agenda de teléfonos e hizo dos llamadas. «Bueno, pues con esto creo que ya está», le dijo a mi hermano, que entonces la llevó a cenar a nuestra casa. Mi tía estaba callada y exhausta, pero lo bastante entera para poder comer y comentar la forma en que estaba colocada la cerámica en el armario de mi madre.

Esa noche, se fue a casa junto a su asistente de toda la vida, Maria. A la mañana siguiente, me acerqué a la *maison* después del desayuno, y fui testigo de cómo el torbellino vital que fue Harriet Frank Ravetch se preparaba para el siguiente capítulo con una resiliencia que resultaba tan impresionante como sorprendente.

A lo largo de los años, se habían planteado varios escenarios o hipótesis de lo que pasaría tras la muerte de mi tío.

En una de ellas se afirmaba que después de que mi tío muriera, ella no

tardaría en hacer lo mismo; serían como los Durant, sus héroes, que habían fallecido con dos semanas de diferencia. Otra teoría proponía que mi tío fallecería y ella decidiría poner fin a su vida llevada por la desesperación, el dolor y una incapacidad fundamental de estar sola en el mundo. Otra más: mi tío moriría y ella, como poco, se vendría abajo como le había pasado tras la muerte de su madre, se sumiría en un período de tanta histeria y de una negrura tan prolongada que todos temerían que ya no fuera capaz de desenvolverse en el mundo, por lo que quizá habría que «recluírla» en algún sitio, que la cuidaran unos empleados (¿quién, si no, iba a hacerlo?) hasta el fin de sus días...

Pero ese torbellino vital que llevaba en su interior, ese torbellino vital que era ella, se impuso de maneras que nadie esperaba.

Mi tío murió y mi tía experimentó un endurecimiento casi instantáneo; algo de su interior se curtió o se cerró. ¿Fue por la edad? ¿La rabia? ¿Por pragmatismo? ¿Por un descarnado instinto de supervivencia? Quizá se debió al sencillo motivo de que mi tío ya no estaba para ayudarla a recomponerse si se permitía desmoronarse, por lo que ya no podía hacerlo. Contemplé asombrado cómo, tras perder al marido con el que llevaba sesenta y cinco años, mi tía solo lloró dos veces, el día en que ella y yo hablamos en la sala de espera del hospital, y de nuevo esa tarde justo después del momento en sí, cuando mi tío exhaló su último suspiro y ella soltó un gemido. Después de ese día, adónde se había ido su dolor se convirtió, como tantas otras cosas de mi tía, en un misterio.

En cambio, lo que empezó a desarrollarse fue el lenguaje, todo un estallido lingüístico que comenzó a la mañana siguiente.

«Esta unión fue la expresión perfecta de lo que es un matrimonio, que lo sepáis. Todos podríais aprender de mí. De vuestro tío. Mucho, pero que mucho. Sobre todo tú, Michael. Inspírate en mí, en nosotros. El amor debe ser como era el suyo: puro. Debe seguir el principio del placer. Vuestro tío y yo jamás vivimos un momento de conflicto. Irving siempre colmaba todas mis necesidades, su misión en la vida consistía en hacerme feliz. La nuestra fue una verdadera unión intelectual. Porque lo físico no basta, en cualquier caso todo eso desaparece, pero pensar igual, vivir igual, amar igual: de eso se trata. Eso es lo único que importa.»

«Al final hacíamos el amor con las palabras y con la mirada. ¿Sabéis a qué me refiero?»

«Nuestro amor fue lo más bello que jamás ha existido. Él sólo pensaba en

mí. Era él quien guiaba nuestro matrimonio, quien le aportaba diversión, felicidad, generosidad. Fuimos insuperables compañeros de vida.»

«¿Cómo es posible que exista un don tan grande como el amor, que lo experimentes tan plenamente toda tu vida y que luego te lo arrebaten? No hay nada más cruel. Nada.»

Había cierta belleza en el hermetismo con que mi tía hablaba y pensaba. De algún modo, de cierto modo, imagino que me inspiraba envidia. No podía imaginarme sintiendo algo tan puro o tan poco complicado respecto a mi matrimonio, pero seguramente eso se debía al hecho de que tampoco podía eliminar de su valoración una parte tan grande de la realidad de la vida. O, por decirlo de forma más sencilla, contar y creerme esos mitos. Yo no estaba hecho de esa pasta.

Mi tía era un ser distinto. Le consolaba el pensamiento categórico; es más, vivía gracias a él. Creo que le daba la sensación de que controlaba las cosas. Esta última idea categórica era una variación de las jerarquías con que organizaba su visión del mundo: Proust antes que Zola, Woolf antes que Stein, De Sica antes que Fellini, lo histórico antes que lo moderno, ella y mi abuela antes incluso que Sido y Colette, su matrimonio con mi tío antes que cualquier otro, en la historia de la humanidad, por toda la eternidad.

A la mañana siguiente, en Skyline, yo no era el único miembro del público. Mi tía ya había llamado a mi prima Lisa para que se presentara en la *maison*. Lisa era hermana de Dee Dee, la hija menor de la tía Trudy y del tío Pete, que había muerto dos años antes. Entre mi tía y ella había, inevitablemente, una historia larga y tensa. Varios años antes, mi prima había atravesado ciertas dificultades económicas, y mi tía le había comprado una casa en Studio City, que quedaba cerca. Esto había sido un acontecimiento que había cambiado la vida de mi prima y de su familia, sobre todo porque hacía posible que su hijo pequeño fuera a un buen colegio de la zona; sin embargo, de forma muy lamentable, Hank volvió a desaprovechar una vez más la oportunidad de mostrarse pura, o siquiera neutra, en un acto de bondad. Ni por un solo instante dejó que Lisa olvidara que había recibido su generosidad; la llamaba, o también llamaba a su marido, día y noche, cuando necesitaba que le echaran una mano en casa, que le hicieran un recado, cuando quería compañía o estaba alicaída o alterada durante alguno de los sustos de salud de mi tío. Cuando Irving se puso

gravemente enfermo, todo esto ya formaba parte del pasado, y la relación entre ambas había pasado por varias fases, pero debo decir que no estaba en absoluto preparado para la agresividad con que mi tía abordó la conversación de esa mañana.

Estábamos sentados en el salón, en los dos sofás de al lado de la chimenea. En esta visita no se sacó el carrito. Ni té ni galletas; solo estaba mi tía delante de mi prima, al otro lado de la mesita baja y con unos ojos que lanzaban chispas.

—Como sabes perfectamente, Lisa —dijo Hank—, soy incapaz de vivir sola.

Incluso mientras Irving seguía vivo, mi tía le había estado repitiendo esto a cualquiera que quisiera escucharla. Nunca había vivido sola de joven, según explicaba, y mi tío y ella rara vez se habían separado en sus más de seis décadas de matrimonio; pero no sé de dónde sacó la idea de que era «incapaz» de estar sola. No obstante, se consideraba una verdad, su verdad, lo que al final significaba lo mismo.

Si Dee Dee se parecía a Hank, Lisa guardaba un parecido (un parecido asombroso) con Huffy, la abuela en común. Se parecía a ella más que Hank, muchísimo más. Ver cómo se colocaba la melena rizada a un lado de la cabeza mientras escuchaba a mi tía era casi como contemplar a mi abuela, resucitada, escuchar a su hija.

—Hay una cosa que quiero que hagas —prosiguió Hank—. Quiero que vayas a Cheviot Hills y que recojas a tu madre. Quiero que le ayudes a hacer la maleta, con lo suficiente para una semana, dos semanas, y quiero que la traigas para que vea si le gusta vivir conmigo.

Mi prima asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Mira, tu madre y yo vivimos juntas de jóvenes, dos veces. Cuando nos casamos, la guerra acababa de terminar y escaseaban los apartamentos en la ciudad, de modo que las dos parejas jóvenes seguimos viviendo con mamá en Tigertail. Después, ambas nos instalamos en un edificio de Veteran, Irvy y yo en un piso superior, Pete y tu madre en uno inferior. En esa época lo pasamos todos fenomenal.

Mi prima volvió a hacer un gesto de asentimiento.

—Nos conocemos de toda la vida. Nos hemos divertido una barbaridad y hemos viajado juntos, también de forma muy feliz.

Hank hizo una pausa y luego añadió:

—Hemos pasado un sinfín de sábados yendo juntas por anticuarios. Las dos

hemos perdido a nuestros maridos y a las dos, evidentemente, nos quedan muchos años de gran dolor por delante. Aquí tu madre tendrá compañía, cuidados, una comida riquísima y, aunque está feo que lo diga yo, un entorno precioso. No estará tan sola, y ella y yo combatiremos nuestra tristeza y juntas construiremos una vida lo más decente posible. —Calló unos instantes—. Lo único que estoy proponiendo es que lo probemos. Que lo consideremos un experimento. Si cree que no le conviene, basta con que diga: «Hank, esto no es para mí». Y podrá marcharse. Sin preguntas. Lo único que tú tienes que hacer es pasar a recogerla. Hoy.

Al fin mi prima habló:

—Hank, sabes muy bien que a mi madre le encanta su casa, igual que a ti la tuya.

—Solo es un sitio —afirmó Hank—. Cuatro paredes y algunos mueblecillos. Muy bonitos, es verdad; lo sé muy bien porque la mayoría de ellos se los he regalado yo. No obstante, son bienes materiales. Yo hablo de algo mucho más profundo, Lisa.

—Mi padre y ella vivieron ahí más de medio siglo. Le falla la vista y también la memoria, y allí conoce el entorno. Tiene sus rutinas, sus amigos.

—Tu misión consiste en convencerla. Así de sencillo.

—Puedo hablar con ella. Tú también. Pero la decisión la va a tomar ella.

Mi tía se inclinó hacia delante y apoyó las dos manos en las rodillas. Esta postura siempre inspiraba cierta sensación de alarma: las manos en las rodillas, el torso echado hacia delante, el blanco de los ojos que empezaba a lanzar chispas...

—Cariño —dijo en tono severo—, yo os salvé el culo. ¿La casa? ¿Vuestra nueva vida en esta zona? Creo que no hace falta que te recuerde nada de ello.

—No —dijo mi prima—, no hace falta.

—Entonces, te ha llegado el momento de hacer algo por mí.

Trudy llegó a tiempo para tomarse la sopa y ver *Jeopardy*. Pasó la noche en la cama de mi tío y, al día siguiente, mi tía la llevó a comer y de anticuarios. Así de pronto. Hicieron el recorrido por las tiendas de Studio City y volvieron a la *maison* a la hora del té. En esta ocasión apareció el carrito, preparado con un esplendor aún mayor del habitual: sándwiches y pastas y fruta y té y jerez, además en las mejores copas del siglo XVIII, servido en una botella que

reflejaba el ocaso en un caleidoscopio de tonos propios del arco iris que se extendían por las paredes del salón. Había algo exagerado en la suntuosidad con que se había preparado aquello. Parecía que mi tía estaba haciéndole la corte, seduciendo, a mi otra tía.

Esa tarde volví, y observé cómo Hank se lanzaba de lleno a su objetivo, cómo se ponía zalamera con Trudy y hablaba con ella de lo mucho que se iban a divertir (a pesar, evidentemente, de los agujeros negros de sus corazones, que estarían abiertos por siempre jamás), y también le decía que pondrían películas antiguas en las tardes de lluvia, que comerían en el club siempre que no les apeteciera estar en casa, que harían todo lo que se les ocurriera para animarse, porque la vida era muy valiosa y su sentido, al fin y al cabo, era exprimirla hasta la última gota durante todo el tiempo posible.

En medio de este torbellino de seducción, caricias y convencimientos, la tía Trudy, que, al igual que su madre antes que ella, había empezado a perder cierta agudeza mental, se limitó a esbozar una misteriosa sonrisa de Buda, a comerse obedientemente las galletas y a darle sorbos al jerez, como si ya se hubiera instalado en la *maison*, cosa que acabó haciendo.

Antes de que pasara mucho tiempo, mi tía ya decía que Trudy era su compañera de casa, y, a medida que fueron pasando los meses y Trudy perdiendo facultades, Hank también empezó a afirmar cosas como: «Me corresponde a mí ahora recordarle su vida», y «Sé lo que le gustaría a mi compañera, ese pescado a la parrilla, la salsa al lado y mucho azúcar en el aliño de la ensalada, *s'il vous plaît*», y «Su problema no es solo mental, también de sentimientos. Lloro la pérdida de su querido marido como lloro yo la del mío. El dolor acaba consumiendo lo que queda de ti, y tanto que lo hace, pero, aun así, queridos míos, debemos esforzarnos al máximo, porque la vejez es un infierno, os lo digo yo, así que resulta esencial seguir el principio del placer; de hecho, es fundamental».

Todo aquello formaba parte del futuro, del futuro inmediato. Por el momento, la desesperación de mi tía me resultaba tan dolorosamente palpable que fui incapaz de pedirle lo único que quería rogarle antes de volver a Nueva York, que era que esperase a organizar el armario de mi tío hasta que yo volviese a Los Angeles en el fin de semana siguiente, cuando se iba a celebrar el *bat mitzvá* de mi sobrina, o en una fecha posterior, cuando yo anduviera por allí.

Fue solo porque conocía los ritmos de mi tía por lo que se me pasó por la cabeza plantearle algo así tan pronto. No me interesaba quedarme con nada

material del cuarto de los armarios, aunque sí que tenía muchísimas ganas de verlo, verlo y olerlo y recordarlo tal como había sido mientras mi tío vivía y quizá también, sí, participar en su desmontaje, para cerciorarme de que esto se llevaba a cabo de la forma pertinente, porque ¿quién, al margen de mi tío, sabía (o le importaba, o le gustaba) esa habitación especial tan bien como yo?

Volví a Nueva York a primera hora del día siguiente. Fue una especie de locura sobrevolar el país de un extremo a otro para una estancia de tres días y luego regresar a finales de semana, pero mi hija no hacía más que preguntar dónde estaba yo y cuándo iba a verme, y yo también estaba cansado, agotado, después de esos días pasados junto a la cama de mi tío, o en su lecho de muerte como acabó siendo. Necesitaba un descanso, por breve que fuese.

En el avión estuve pensando en la relación de mi tía con la muerte, la pérdida y los vestigios físicos que las personas dejan a su paso, y que esto, como tantas otras cosas, era un elemento particular de su forma de ser. Pensé en cómo, cuando murió su padre, apenas volvió a mencionar su nombre; una vez me dijo que podía contar los recuerdos que tenía de él con una mano (cosa que entonces y siempre me ha suscitado una gran incredulidad, ya que Hank tenía casi treinta años en aquel momento). Pensé en que su madre, en cambio, se convirtió en la persona esencial de su vida después de morir; Hank mencionaba con frecuencia su sagacidad y sus reflexiones, y valoraba mucho hasta el último de los objetos que habían sido suyos, sobre todo el diario que Huffy escribió a lo largo de su vida, que estaba dirigido a sus hijos y nietos, pero que mi tía sostenía que estaba escrito exclusivamente para ella y que por eso (aunque pedí leerlo, como mi abuela me había prometido que algún día haría) se negaba a enseñárselo a nadie, incluido mi padre, y menos aún a mí. También pensé que, tras la muerte de Huffy, mi tía se había negado a entrar en el Apartamento porque le recordaba a su madre de forma demasiado dolorosa y, en cambio, el mismo día de la muerte de Sylvia no había tenido el menor problema en entrar ella sola en el mismo sitio, desmontarlo y tirar las cosas de Sylvia que no significaban nada para ella. Pensé en su hermano Pete, el marido de Trudy, a cuyo funeral decidió no ir porque no creía en ellos o quizá porque tampoco le tenía mucho cariño a él ni, en ese momento, a su mujer e hijos, o (como sostuvo después, cuando no haber acudido no le convenía) porque en ese momento tenía que cuidar a un marido enfermo. También pensé en sus

amigos, tanto los excomulgados, de los que, después de que rompiera con ellos, jamás volvía a hablar y podrían haber estado muertos perfectamente, y de los pocos que siguieron a su lado hasta que ellos sí murieron, pero a los que tampoco volvió a mencionar después, ni con tristeza, alegría, nostalgia, ni ningún atisbo de que hubieran dejado la menor huella en ese formidable ser humano que nació con el nombre de Harriet Louise Goldstein, que luego pasó a llamarse Harriet Frank junior, o Harriet Frank Ravetch, Hank, tía Hankie, tiita, mi atterradoramente poco aterradora tía ya viuda.

Pensé en todo esto y empecé a notar una sensación rara en el estómago, que recordaba los dolores que tenía en mi infancia y adolescencia. Aquello comenzó en el avión, aumentó en el taxi del aeropuerto a la ciudad y siguió después de que llegara a casa. Así pues, después de abrazar a mi mujer y a mi hija, cogí el teléfono para ver cómo estaba mi tía, y después le pedí aquello que me había costado pedirle mientras seguía en Los Ángeles.

No pretendía ofenderla al sacar el tema tan poco después de la muerte de Irving, le dije, pero ¿sería posible que esperase antes de tocar sus armarios? Añadí que para mí significaría mucho poder estar ahí y participar.

Al otro lado de la línea no hubo ni un titubeo.

—Oh, cariño, es que ya me he encargado de eso.

De pronto me dio la sensación de que el teléfono estaba helado.

—¿Ya? ¿Cuándo?

—Esta mañana. Hoy. He pedido a Maria y a su marido que vinieran y que lo tiraran todo.

A mi tío ni siquiera lo habían enterrado todavía.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Y las filacterias de Shalom?

—No, eso no. Tu madre las ha pedido.

—Las fotos...

—Tampoco. Las tiene Merona.

—¿Tu retrato?

—¿Ese garabato horrible? —dijo con un resoplido—. Y también su ropa, y sus cosas.

—Pero ¿por qué?

—Pues es evidente. Necesitaba el espacio para Trudy.

—En esa casa tan grande, ¿no habría otro sitio, otros armarios?

—Ahora son de Trudy. Se va a instalar de forma permanente, ¿no te habías

enterado?

Localicé a Maria al final del día. No fue la llamada más reconfortante que he hecho en mi vida. Ella no quería meterse en líos con mi tía, me dijo, ni conmigo. Le aseguré que eso no le iba a pasar, que solo quería saber qué había sucedido con las cosas de mi tío, solo saberlo. Me contó que su marido se había quedado algunas chaquetas y que lo demás lo habían llevado todo a una tienda de segunda mano de Ventura Boulevard.

—A esa a la que tu tía le gusta ir a comprar. Sabes cuál es, ¿no?

Sabía cuál era, sí.

Colgué el teléfono tan fuerte que se deslizó por la mesa, llegó al borde y cayó al suelo. Increíble, pero al mismo tiempo, evidentemente, creíble del todo. Sumamente creíble.

Enterraron a Irving al domingo siguiente. Steve me llamó desde el cementerio, mientras fingía con su humor negro que estaba saludando a varios parientes nuestros y a miembros del círculo social de mis tíos, del pasado y del presente, vivos y muertos; en realidad, más del pasado que del presente y más muertos que vivos. En realidad, Josh y él fueron los únicos que presenciaron cómo metían bajo tierra el ataúd de Irving.

Dos días después volví a Los Ángeles. En el lunes posterior al *bat mitzvá* de mi sobrina, saqué tiempo para escaparme y acercarme a Ventura Boulevard, en Studio City, donde, en la misma calle que Du-Par's, durante años la sede de la sacrosanta Hora del Café, se acababa de abrir una tienda de segunda mano llamada Jewish Council Thrift Shop, donde, a medida que mi tía había ido haciéndose mayor, había empezado, como había dicho Maria, a ir de compras. Aquello no era precisamente como los mercadillos de Londres y París, pero ella se divertía porque lograba descubrir algún que otro objeto decente; al fin y al cabo, tenía El Ojo.

Me quedé en el coche unos minutos, alternando entre varios pensamientos: «Esto es una locura..., por mucho que encuentre un jersey conocido», y «A Irving le haría gracia», y «Irving se habría puesto furioso», y «La verdad es que no sé qué habría pensado Irving, pero voy a entrar».

Entré.

El sitio era enorme: un estante tras otro, un océano de ropa. No olía mal ni

a suciedad, exactamente, pero sí de forma penetrante, a fibras antiguas, polvo, plástico de tintorería, un rastro de sudor y no sé qué más. A tiempo. El pasado. Los muertos. La persistente vida de ultratumba, salpicada de sudor, de los muertos. Si el olvido tiene un olor, se parecería al individual de un hombre o una mujer, el que se te presenta con toda su singularidad y se te queda grabado en la memoria cuando coges prestada una bufanda en un día de frío o cuelgas un abrigo, o te acercas a que te den un beso, todo eso combinado en una mezcla de aromas que era casi tóxica por su abundancia carente de individualidad.

Revisé un estante, después otro. Después otro. La amplitud de aquello abrumaba: había demasiadas cosas, por mucho que yo hubiera tomado la determinación de hacer de detective. Me empezó a picar la piel de tocar tanta lana seca. Decidí olvidarme de los jerséis, las camisas, los pantalones, los zapatos y todo lo demás, y centrarme solo en una cosa: el cinturón. Buck Ravetch, hecho a medida en un plató de cine de Arizona en 1967; ¿cómo iba a costar encontrar eso? En tres días, ¿quién habría sacado esa franja de cuero seco y viejo de entre las docenas, los cientos, que colgaban en los soportes que tenía delante?

Por lo visto, alguien lo había hecho. Si el cinturón había llegado a ese establecimiento y no lo habían tirado precisamente por ese carácter único que a mí me llevaba a buscarlo. Llegué al último gancho del último estante, y desistí.

Antes de marcharme de Los Ángeles fui a ver a mi tía, ahora a mis tías, a la *maison*. El carrito del té estaba sacado, repleto de cosas. Había un sinfín de sándwiches, cortados en diagonal, cómo no; había galletas, frutos secos, bomboncitos en envoltorios de papel. Estábamos en otoño. Mi tía había puesto los adornos propios de esa estación, las calabazas y las ramas con hojas de seda, los peregrinos de cerámica, el maíz criollo y las manzanas *lady*. Cuánto me gustaban estas manzanas de niño. Para mí eran pequeñas joyas: el tamaño no me gustaba, el sabor sí. La esencia de una manzana, verdes con una pincelada de rojo. ¿Dónde las encontraba Hank, cómo sabía que existían siquiera, cómo sabía que ofrecerían un aspecto tan perfecto en ese plato con peana, cómo intuía que las valoraríamos tanto como lo hacíamos? Artera al principio, artera al final; así era mi tía.

Fui de visita, pero no teníamos nada que decirnos. No nos quedaba nada que decirnos. El nombre de mi tío se sacó a colación, luego se quedó flotando, ingrátido. El té no dejó de servirse, el jerez, de ofrecerse y rechazarse.

En cierto momento me disculpé. Me dirigí al baño (el de mi tío) y abrí el grifo del agua; luego pasé al otro lado del pasillo.

La puerta del cuarto de los armarios estaba cerrada. La abrí y accedí al interior.

La habitación estaba vacía. Solo seguían en su sitio los manuscritos encuadernados en cuero. Todo lo demás (la ropa, los zapatos, los recuerdos, las fotografías, incluso el retrato de mi tía) había desaparecido, se había tirado, donado o, en el caso del retrato, según imaginé, se había cambiado de sitio.

Donde había estado el amplio vestuario de mi tío ahora se veían unas pocas chaquetas y un vestido de estampado de leopardo colgando de un lado. En sus cajones ahora se distinguían etiquetas:

Bragas
Sujetadores
Camisetas
Calcetines
Jerséis
Rebecas
Pañuelos

Estos letreros estaban escritos en la caligrafía enorme y legible de mi prima Lisa, y se habían adherido a la parte central de cada cajón, seguramente para ayudar a mi olvidadiza tía Trudy a vestirse por las mañanas. Al lado de cada uno había una florecilla de papel de vivos colores. «¡Crea belleza en todo momento!»

Si yo hubiera aprendido de mi tío a soltar su suspiro en seis fases, aquel habría sido el momento para hacerlo. Pero exhalé el mío, formado por una única exhalación, y contemplé el cuarto por última vez. Ahora solo era una habitación. Una estancia de estantes vacíos, de espacio para perchas casi sin utilizar, con un suelo marrón y polvoriento.

Una habitación cuadrada de unos tres y medio por cuatro metros, con cuatro paredes que necesitaban una mano de pintura, sin ventanas y una única puerta.

Una habitación de una casa situada en una colina de un cañón ubicado en

una ciudad en la que yo ya no vivía.

Salí de allí y cerré la puerta.

«Eh, Mike, eso con lo que te acabas de chocar es la puerta de mi cuarto de los armarios.»

«Un momento. Mírala. Está abierta.»

«Este cuarto es una habitación especial. La mía, privada.»

«La única de toda la casa que me pertenecerá, seguramente.»

«¿Quieres entrar a verla, Mike? ¿Quieres?»

Claro que quiero, Irv. Enséñame el camino.

Caída y declive

Mi madre se desplomó a las once de la mañana de un miércoles. Se negaba a decir que hubiera sido una caída. Las caídas las sufrían ancianos con poca estabilidad, débiles, venidos a menos, y ella no lo era... todavía. Sostenía que lo que le pasaba era que se había saltado un escalón. Mientras bajaba las escaleras para acudir a su partida de póquer semanal, había visto una luz en el baño, que acababan de pintar; se distrajo, no pisó bien y salió volando. Llamó a mi padre, demasiado sordo para oírla, y a Hilda, la asistenta, que estaba demasiado lejos para que le llegara su voz; entonces se levantó ella sola, se metió una bolsa de hielo en los pantalones y siguió con su día.

Cuando habían jugado un tercio de la partida y tuvo que ir al baño, dio un paso, oyó un chasquido y se volvió a sentar. Al ser madre de un médico, así como un ser humano de ochenta años muy despierto, hizo un diagnóstico instantáneo: cadera derecha fracturada, habría que cambiarla en parte o completamente, una semana en el hospital, rehabilitación externa si podía hacerla en casa, un equipo de esas damas filipinas tan agradables las veinticuatro horas en la primera semana, luego turnos de día durante unas diez jornadas.

Pero qué hacer a continuación presentaba un dilema. Los otros jugadores de cartas, casi todos de la misma edad, no podían ayudarla mucho. Todos coincidieron en que tenían que examinarla, seguramente un profesional de urgencias, así que ella misma llamó una ambulancia.

Antes de que la subieran a la camilla, los jugadores le pidieron que tuviera la bondad de canjear sus fichas, porque esa tarde había estado perdiendo, *bien sûr*. Mientras se alejaba, oyó cómo volvían a barajar las cartas. Ese era el tipo de detalles que a Merona le encantaba contar, después del episodio en sí.

Ver cómo aparecía el número de Steve en el teléfono a mediados de semana y durante el día solía ser una señal tan mala como ver que el nombre de la enfermera del colegio aparecía en el mismo sitio.

Lo cogí al primer timbrado.

—¿Qué ha pasado?

—¿No me vas a saludar?

—Vale. Hola y ¿qué ha pasado?

—Bueno, estoy con mamá en las urgencias del Cedars.

El Cedars Sinai..., otra vez. Nuestra segunda casa, ocupaba un lugar en mis sueños y era un vórtice recurrente que nos sentíamos impelidos a visitar a intervalos regulares aunque impredecibles. Me sabía de memoria el número de la centralita. Sabía en qué pabellones estaban las sillas más cómodas. Podía visualizar las reproducciones de ciertas plantas: Motherwell al lado de Ruscha, al lado de Johns...

Mientras mi hermano seguía contándome los detalles, abrí la página de Expedia en la pantalla del ordenador y empecé a mirar vuelos a Los Ángeles. Al final decidí esperar a la mañana siguiente, para ver si los rayos X confirmaban el autodiagnóstico de mi madre. Lo hicieron.

La pusieron en la planta de las imágenes de Ruscha, una serie de reproducciones en las que se había utilizado la imagen de nuestro planeta. ¿Estaba aquello pensado para atormentar a la gente? Eres un paciente, encerrado en ese complejo enorme y lóbrego, sales a pasear por los pasillos (si es que puedes salir a pasear por los pasillos) y te encuentras con una litografía de los continentes y de los océanos en nítidos tonos azules, el ancho e inalcanzable mundo que volverás a ver, si es que puedes volver a hacerlo, en algún momento de un futuro muy lejano.

—Qué tonta, qué tonta, qué tonta —dijo mi madre cuando entré en su habitación—. Pero qué tonta.

Seguía en la dura fase de estar enfadada. A lo largo de la semana siguiente se producirían varias alteraciones de los estados de ánimo, y también complicaciones, mientras le ponían una prótesis parcial de cadera (en ese aspecto había tenido suerte), después hacía fisioterapia y le reajustaban las dosis de todos los medicamentos que tomaba, cuya lista impresionaba un poco oír cuando los enfermeros daban el informe en los cambios de turno.

Hice todo lo posible por parecerme a la enfermera Ratched, y la insté a que

se levantara de la cama; la ayudé a caminar a pasitos cortos por esos pasillos del Cedars, mientras el epígrafe de un poema de Maxine Kumin, *Recordando el pasado en mi octogésimo primer año* (la edad que cumplió mi madre el día en que la operaron) se me repetía de forma incesante en la cabeza. Kumin le había cogido prestadas esas frases a Hilma Wolitzer:

*¿Cómo es posible que seamos ancianas,
que es lo que era mi abuela cuando
éramos las chicas de piernas largas?*

El cuerpo de mi madre no era de piernas largas (esa era la constitución de mi tía), pero el sentimiento seguía siendo pertinente: no quedaba del todo claro cómo era posible que la pequeña de la familia se hubiera convertido en una octogenaria que se había saltado distraída un escalón y había acabado justo allí.

Yo ya había presenciado un número de operaciones lo bastante elevado para saber que el tercer día suele ser el más complicado. El primero, el paciente está atiborrado de medicamentos y, con todo un subidón de adrenalina posquirúrgica, no deja de moverse, está atontado y se dedica bastante a contar secretos torpemente (un fenómeno que a veces resulta de lo más valioso). Al segundo día, la adrenalina le ayuda a aguantar hasta la hora de comer, más o menos. Esa tarde se produce un bajón, normalmente seguido de una espantosa noche de insomnio. Es al día siguiente cuando las cosas pueden torcerse, que es lo que pasó con mi madre, cuyo corazón decidió latir con una arritmia alarmante cuando salí a dar una vuelta.

—Pero qué tonta, qué tonta —volvía a decir cuando regresé y vi que la habían trasladado a una planta monitorizada.

Entonces llegaron unas horas bastante desagradables que avanzaron muy lentamente, pero a media tarde mi madre ya volvía a ser la de siempre. Salió de la cama y había dado algunos de esos pasitos vacilantes. Empezaba a dictar las respuestas a sus docenas de correos electrónicos cuando, sobre las tres, Steve llamó. Esta vez se lo cogí con un simple «Hola».

—¿No me vas a preguntar qué ha pasado?

—¿Por qué te voy a preguntar qué ha pasado si estoy en la misma

habitación de la persona a la que le ha pasado algo?

—Ah, no me digas —repuso con una carcajada traviesa.

—Acabo de hablar con papá hace cinco minutos —añadí.

—No, no te llamo por papá. —Hizo una pausa dramática; al fin y al cabo, éramos la tercera generación de una familia de reinas, reyes y príncipes del drama—. ¿A que no sabes a quién llevaron a urgencias anoche?

No pudo ver cómo negaba con la cabeza, pero pudo notarlo, imagino.

—A la tiita.

Así era cómo él y yo llamábamos en privado a nuestra tía.

—¿La tiita que no se ha puesto mala ni un solo día en toda su vida?

—La misma. Parece que le ha estado dando demasiado a los sedantes...

Mientras escuchaba a mi hermano, noté cómo se me movía la cabeza por la incredulidad. Yo sabía que en las semanas anteriores nuestra tía se había estado quejando de que le dolía la parte inferior de la espalda; el motivo (a pesar de muchas visitas al médico y de una resonancia magnética) era un completo misterio. También sabía que había decidido, aparentemente porque sí, que ya no podía caminar, y se había encargado una silla de ruedas, desde la que seguía dirigiendo la vida cotidiana de la *maison*. Lo que no sabía, aunque ahora me lo contó mi hermano, era que le había recetado unos analgésicos potentes el mismo médico que, junto al lecho de muerte de mi tío, me había dicho que creía que no solo estaba tratando a un hombre mortalmente enfermo que padecía considerables sufrimientos físicos, sino también a su mujer, y que creía que estaba justificado que ayudase a mi tía haciendo todo lo posible por prolongar la vida de mi tío, aunque a este le causara dolor. Ahora, por lo visto, esa filosofía se había alterado. Ahora parecía que sí que había que aliviar el dolor, dado que le había mandado a mi tía unos medicamentos muy fuertes, cuya dosis ella se había dado permiso para doblarse o triplicarse (esto no quedaba claro), del mismo modo que triplicaba la mantequilla de los *brownies* («¡Más es más!»), o igual que cuando se tomaba otra pastilla de cafeína cuando se notaba atontada, o, en los viejos tiempos, antes de que Derwin se convirtiera en nuestro médico de familia y le pusiera el punto final a estas cosas, se tomaba media Dexedrina para animarse. El resultado de este último ajuste al alza de sus medicamentos implicaba que se había puesto violenta, iracunda, que había cambiado; era otra, e incluso daba miedo; estaba tan distinta, de hecho, que su asistenta y mi primo Josh, que desde la muerte de mi tío había pasado a ser su mayordomo siempre disponible, habían decidido que era necesario llevarla al hospital para que la examinaran, la

desintoxicaran, o las dos cosas.

Parecía casi imposible oír la palabra «desintoxicación» vinculada a mi tía, casi tanto como imaginarse a esta chica de piernas largas en concreto confinada a una cama de hospital en el Cedars. Al margen del día en que había nacido, no había estado ni una sola noche en un hospital como paciente en noventa años.

«A mí la enfermedad no me interesa» era, al fin y al cabo, una de sus frases preferidas.

Al igual que «Yo no creo en el cansancio».

Y «En la tumba ya sobra tiempo para dormir».

O, cuando estaba de un humor más agresivo: «¡Yo no sufro cáncer, yo provoco cáncer!».

Le pregunté a mi hermano en qué habitación estaba, y me lo dijo.

—Eso queda en el ala sur —dije—. Veo su ventana desde aquí.

—¿La ventana de quién? —me preguntó mi madre desde el otro lado de la habitación.

—Esto no te lo vas a creer —le dije después de colgar.

Mi madre sufrió otro bajón esa tarde, así que no pude acercarme a la habitación de mi tía hasta que pasaron varias horas. Cuando al fin llegué, la puerta de la número 4804 estaba cerrada a cal y canto, la única que se veía así de toda la planta. Me acerqué y llamé.

Una voz que reconocí, la de Maria, me dijo que pasara. Dudé unos instantes, respiré hasta el fondo de los pulmones y abrí.

Lo que vi me hizo detenerme en seco. Tumbada y agazapada de costado, como una estatua derribada de su peana, estaba mi tía aún formidable (yo aún la consideraba así), que ya tenía noventa años. Llevaba una bata de hospital y unos calcetines amarillos antideslizantes, y le habían puesto un catéter y una vía intravenosa. Lo primero, según me contó Maria, era por culpa de la infección de vejiga que había desarrollado en los días anteriores, y que quizá le hubiera alterado aún más el pensamiento; la vía le ayudaba a «expulsar» del cuerpo ese imprudente cóctel de medicamentos que se había estado metiendo. Sin embargo, por sorprendente que fuese verla derribada, con bata y conectada a esos infrecuentes aparatos, había algo mucho más sorprendente, tanto que me dio un vuelco el corazón: su aspecto.

Se había transformado. Estaba impresionante. Bella de una forma radiante,

de la manera más pura, luminosa y exquisita. Su palidez, todo su color, brillaba: parecía que Matisse, su querido Matisse, ese hechicero de la luz, le hubiera entrado en el cuerpo y lo hubiera pintado de dentro afuera: una odalisca en una ancianidad avanzada. Ahí tumbada en esa cama de hospital, resplandecía. Se había quitado la peluca castaña que había empezado a ponerse en la década de 1970, después de que el pelo le clareara de forma visible; lo poco que quedaba se había vuelto, en privado y oculto, una plata suave y brillante. No llevaba ni un ápice de maquillaje, y la piel que esos afeites elaborados habían tapado (y también protegido, sin duda) durante toda una vida estaba casi sin una sola arruga, pálida, casi traslúcida. También se había quitado todas las joyas, así que solo estaba mi tía, solo su carne, huesos y piel, acurrucada en una sencilla almohada blanca. Parecía una versión infantil de sí misma; parecía que alguien había llegado, le había roto y le había quitado el cascarón, como a un huevo, para revelar la Hank verdadera y real que había por debajo.

Y, por primera vez en casi un siglo, se mostraba dócil. Con la voz más cariñosa que jamás le había oído emitir, me dijo:

—Ay, qué bien que hayas venido, cielo.

Maria dijo:

—Señora Ravetch, ¿sabe quién es este hombre?

—Pues claro que lo sé. Es Michael, que ha venido a verme desde Nueva York.

—¿Y recuerda por qué está usted en el hospital?

—He tenido un... problema. Evidentemente, nadie viene a un hospital si no tiene algún problema.

¿Un «problema»? ¿Y eso lo decía quien normalmente hablaba con la mayor de las precisiones?

Dirigiéndose a mí, añadió:

—Como ves, he perdido muchísima memoria.

—Pero si te vi hace menos de un mes —aduje—. La verdad es que eso no me parece posible.

—Cariño, que te digo que sí. De repente no estoy... bien.

Se aferró a la almohada para sentir seguridad, como lo haría un niño.

—Pero ¿los médicos qué han dicho? —pregunté—. ¿Haces fisioterapia?

—Cariño, si no me puedo levantar de la cama.

—¿Por qué?

—Porque no puedo caminar.

—¿Por qué no puedes caminar? ¿Qué ha pasado?

—Ojalá te lo pudiera contar.

—Bueno, ¿y cómo te van a tratar?

—Cuántas preguntas, cariño. Demasiadas preguntas...

Maria había estado meneando la cabeza por detrás de mi tía. Ahora le quitó la palabra a mi tía para explicármelo, como se les suele hacer a los pacientes muy muy ancianos. Me dijo que los médicos estaban estupefactos. Le habían hecho dos resonancias magnéticas de la espalda sin ver nada. Le habían mandado fisioterapia, pero me contó que la señora Ravetch se negaba a participar, que se limitaba a decirles a las chicas que se fueran. Lo único que habían hecho desde su llegada al hospital era diagnosticarle y tratarle la infección de vejiga y esperar a que los «otros» medicamentos abandonasen su cuerpo. No comía. Apenas bebía agua. Para levantarla de la cama y sentarla en una silla eran necesarios un enfermero y un camillero.

—Pero esto no puede ser —dije—. ¿Su médico dónde está?

—Haciendo submarinismo en el Caribe.

—Entonces, ¿no hay ningún plan?

Abrió las palmas de las manos y las dejó extendidas.

Me parecía insólito lo que estaba escuchando... y viendo. Me quedé asimilando esta imagen de mi tía, procesándola. Aquello era de lo más irreal. También lo era ella. ¿Que no sea movía? ¿Que no peleaba ni pensaba con claridad? ¿Qué había pasado con lo de «rapidito, rapidito», lo de «en la tumba sobra tiempo para dormir» y todo lo demás?

Apareció una enfermera con una nueva bolsa de líquidos. Mientras la colgaba del soporte de la vía, le pregunté si era recomendable que mi tía pasara tanto tiempo en la cama.

—Desde luego que no —me contestó—, pero la señora Ravetch es muy terca.

—Es famosa por serlo —confirmé.

Me acerqué a la cama y le toqué el pie. Lo tenía helado.

—Tía Hankie —le dije—, ¿no has oído lo que acaba de decir la enfermera? Estar tumbada en la cama no te conviene. La verdad es que te sienta fatal. ¿Lo sabías?

—¿Desde cuándo eres médico, Michael? —me preguntó, con una concentración y una intensidad repentinas—. Que yo sepa, es tu hermano el que tiene el diploma, no tú.

Casi fue un alivio (casi) oír cómo hablaba de una forma más cercana a la

de su personalidad habitual.

—¿No vas ni a intentarlo?

—No voy ni a intentarlo, no.

—Pero esto no puede ser —le supliqué—. No puedes quedarte en esta cama y tirar la toalla.

—¿Y eso quién lo dice?

A la mañana siguiente mi madre se levantó para patrullar los pasillos, aunque con esos pasos vacilantes suyos. Se había hecho amiga de las fisioterapeutas, dos mujeres jóvenes e inteligentes con un despierto sentido del humor que encajaba bien con el de Merona. En la segunda sesión estaban mandando *selfies* a sus respectivos círculos sociales y familiares. Hasta entonces, yo ni sabía lo que era un *selfie*.

—Menudo dinosaurio estás hecho —me soltó mi madre, haciendo un exagerado ademán con su lápiz óptico.

Cuando sus amigas se marcharon, mi madre se acercó a mí y me susurró:

—Prométeme que no vas a decirles que estás emparentado con la otra paciente. La del piso de abajo. No quiero que sepan que somos familia.

—Si les asignan su caso, yo no puedo hacer nada.

—No se lo darán. Ella está en la zona de los chalados, ¿no?

—Madre, creo que no es así como la llaman.

—Ah, pues yo sí —replicó ella—. Ha tardado noventa años, pero al fin está en el sitio que le corresponde. —Se dio un golpecito en la cabeza con dos dedos—. ¿Te imaginas si alguien le tratase a esa mujer el problema que realmente tiene?

Se quedó cavilando unos instantes y luego añadió:

—Esto no sé si lo sabes, pero, justo después de que hicieran juntos *Los bribones*, Mark Rydell les sugirió que se plantearan la posibilidad de psicoanalizarse. Los dos. Les aseguró que pensaba que escribirían con mayor profundidad. Después de eso estuvieron años sin dirigirle la palabra.

—«¡En esta familia nadie va a ir a ver a un psiquiatra!» —dije, repitiendo las palabras de mi tía.

—¿Los Fabulosos Frank? Tu abuela se equivocaba. Los fabulosamente chalados Frank, eso es lo que son, y tu tía, el mejor ejemplo de ello.

Cuando volví a la habitación de mi tía al cabo de un par de horas, la puerta estaba cerrada de nuevo. También llamé de nuevo, y de nuevo Maria me dijo que pasara.

Pero estaba solo ella, sin Hank. Cuando la miré con semblante inquisitivo, me dijo:

—Se la han llevado al quirófano.

—¿Por qué?

—Tiene una cadera rota.

—¿Que qué tiene roto?

Como Hank se había estado quejando de la espalda, me contó Maria, a nadie se le había ocurrido mirarle la cadera; pero, cuando apareció otro fisioterapeuta, se dio cuenta de que una de las piernas de la señora Ravitch estaba un poco más corta que la otra y decidió pedir otra resonancia. En esta ocasión se centraron en la cadera, y encontraron una fractura. Varias semanas antes, siguió explicando Maria, mi tía había estado peleándose con mi prima Lisa. «Ya sabe usted cómo puede ser su tía. Muy fuerte.» En esa pelea, por lo visto Hank se había sentado de golpe. Y muy enfadada. «Debió de pasar entonces», añadió Maria.

¿Una de las diatribas de mi tía le había provocado la fractura de cadera? ¿De verdad? ¿Y la derecha? ¿La misma que mi madre? Aunque no dejaba de tener sentido que, en esta familia, con todas sus duplicidades (un hermano y una hermana que se casaban con un hermano y una hermana, dos abuelas que vivían juntas, las chicas casi emparentadas que vivían al otro lado de la calle y todo lo demás) no pudiera haber solo una caída; tenían que ser dos. O una caída y una no caída. Una caída y un aterrizaje brusco y lleno de rabia en una silla que había producido el mismo tipo de fractura en la misma cadera. La misma fractura, la misma cadera, la misma operación, el mismo hospital: y todo sucediendo prácticamente al mismo tiempo. Al fin y al cabo, todo lo mejor (o, en este caso, todo lo peor) venía en parejas.

Mi madre volvió a casa al cabo de una semana; le enviaron a unas asistentas filipinas, tal como había vaticinado, y llevó a cabo un esfuerzo tremendo, ímprobo, por volver a ser la que era. Pasó algunos días y noches espantosos en Greenvalley Road; noches, sobre todo. A veces, el dolor y los medicamentos que lo aliviaban le impedían dormir y le llevaban el pensamiento por derroteros muy complicados.

—La perspectiva no la obtenemos mientras vivimos la vida —me aseguró durante uno de estos episodios—. Solo después.

En otra ocasión me dijo:

—Tu padre y yo te fallamos. Me pregunto continuamente por qué no estás más enfadado con nosotros, por qué no nos dimos cuenta antes de lo que pasaba con tus tíos.

—Tampoco estuvo tan claro al principio —contesté—. Y yo era un niño muy obstinado. Durante mucho tiempo quise aquello que me ofrecían. Lo quería desesperadamente. Hank era como una droga, en aquella época yo no podía cansarme de ella.

—Sí, pero eras un niño. Tendríamos que haber sido más espabilados. Haber hecho algo más.

—Lo intentasteis. El Castigo. El terapeuta. Y, cuando las cosas se agravaron más, siempre os pusisteis de mi lado. Tanto papá como tú.

—Eso no fue suficiente —declaró—. Yo no era quien soy hoy. Tardé mucho tiempo, demasiado, en encontrar mi voz. Ahora que lo he hecho, no queda nadie, o nadie lo bastante cuerdo, para escuchar lo que tengo que decir.

—Yo sí.

—Y lo más probable es que también lo estés escribiendo todo —añadió con un suspiro ambiguo.

La estancia de mi tía en el hospital se prolongó. Se negó a hacer fisioterapia. Se negó a tratar de andar. La mitad de las veces se negaba incluso a moverse de la cama a la silla.

Yo la visitaba todos los días, y siempre teníamos una versión de la misma conversación. Le decía que había hablado con mi hermano el médico, recalcando así lo cualificado que estaba para que me hiciera caso, y que este me había dicho que tenía que levantarse, que de lo contrario igual nunca volvía a caminar. Mantuve una conversación idéntica con su fisioterapeuta, los enfermeros y el médico de turno al que le asignaron su caso. Todos coincidieron. Cada día, cada hora que pasaba en la cama solo serviría para que le fuese más difícil, quizá imposible, andar de nuevo.

Estaba intratable.

—No me pienso levantar —afirmaba—. Y no hay nada más que discutir.

—¿Qué ha pasado con el principio del placer? —le pregunté.

—A mí ya no me da ningún placer estar de pie.

—Pero ¿qué tipo de placer puedes obtener de una silla de ruedas..., sobre todo cuando no hay ningún motivo médico para que utilices una?

—Hay muchísimos. Ya lo verás. —Señaló a Maria—. Tengo a mis empleados de día. A los de noche. Tengo a Josh, que no podría ser más hijo mío si lo hubiera parido yo. Si pudiera, él respiraría por mí. — Hizo una pausa para extender este momento, como si quisiera subrayar lo espectacularmente que Josh había triunfado allí donde yo había fracasado tan miserablemente—. La única persona con la que ya no cuento —añadió— es tu prima Lisa, que es quien me ha hecho esto. Jamás pienso volver a dirigirle la palabra a esa muchacha mientras viva. De hecho, le he pedido a Josh que pida cita con mi abogado.

Solté un largo suspiro de cansancio.

—Bueno, si utilizaras parte de esta determinación para salir de la cama, habrías avanzado mucho más.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa? ¿Estás sordo? ¿No te has enterado de lo que he estado diciendo? Ya no puedo caminar. Ya no lo haré. *C'est fini!*

Aquello era como un sueño angustioso en tres dimensiones. Me acordé de lo dura que mi tía se había mostrado con su hermano mayor, Pete, quien, al llegar a los ochenta y tantos, había empezado a aceptar que era un anciano, según lo expresaba ella, como si lo hubiera estado esperando toda la vida. «Una actitud censurable y cobarde —había dicho Hank en su momento—. Rendirte al deterioro de tus capacidades no es algo de lo que estar orgulloso. La ancianidad hay que combatirla a cada paso. ¡A cada paso! ¿Me oyes?»

—Pero es que puedes andar —le dije—. Decides no hacerlo.

—Muy bien, pues entonces lo decido.

—No entiendo por qué te rindes —añadí, notando cómo mi voz se volvía más aguda.

¿Cómo era posible que ese gigante hubiera caído? ¿Tan deprisa y tan bajo? Me sorprendió lo mucho que eso me seguía importando.

—Reconozco mis limitaciones —me dijo con una sonrisa extrañamente diabólica.

—¿Limitaciones? ¿Tú?

—Hasta yo tengo derecho a hacerme vieja, Michael.

A diferencia de mi tío, a Hank le dieron el visto bueno para marcharse del

Cedars. Después de subirla al piso superior para la rehabilitación durante diez días, la mandaron a casa con todo un arsenal de material médico. Como se negaba a alterar la estética de la *maison* instalando barras de agarre o una rampa para la silla de ruedas que ahora utilizaba regularmente, tenía que apoyarse literalmente en sus empleados para avanzar por el mundo.

En un primer momento, mostró ciertos indicios de que quería volver a ser la de siempre. Finalmente accedió a que un fisioterapeuta la visitara. Fue subiendo hasta dar cincuenta, ochenta, cien pasos al día. Sus cuidadoras, Maria y un grupo de mujeres que se iban turnando, que ahora pasaban la noche en la *maison*, los iban contando y los anotaban en un cuadernito de cuero negro. Después nos informaban de ellos del mismo modo en que, en el otro extremo de la vida, se habla de los primeros pasos de un niño.

Durante una temporada, una buena temporada, se quedó obsesionada con lo que le había pasado; casi parecía que eso alimentaba su energía. «Os daréis cuenta de que Lisa ha estado a punto de matarme —repetía—. Cabe preguntarse en qué estaría pensando esa muchacha.» Por desgracia, no costaba mucho imaginarlo, dado que lamentablemente ese arreglo de las «compañeras» en la *maison* había acabado como casi todos habíamos vaticinado, aunque con la complicación añadida de que no solo era Trudy quien estaba atrapada allí, sino también Lisa, porque siempre que a mi tía le daba por ahí pedía a Lisa que acudiera a lo alto de la colina; a veces de forma razonable, para que vigilara a su madre, pero otras muchas, demasiadas, para que le echara una mano en proyectos de decoración, o para escuchar su letanía de quejas o solo para que apareciera, «rapidito, rapidito», para rellenar los huecos cada vez más numerosos que había en la mesa de la comida o la cena (pero siempre puesta con gran belleza) con un cuerpo caliente. Al final, mi prima tenía que suplicar que le permitiera llevarse a su madre sola, a su antigua casa, o a la de Lisa, aunque solo fuera para pasar la noche, un rato, o para comer.

—No voy a permitir que Trudy se marche —anunció Hank en determinado momento—. Para ella es demasiado peligroso ir a cualquier sitio sin mí o sin los empleados. Estos vagabundeos suyos suponen un peligro para ella y a mí me matan de preocupación. Se han terminado.

La frustración fue en aumento; se cruzaron palabras; llegaron la pelea, la no caída, la cadera rota; luego aparecieron los medicamentos, la desintoxicación y la operación. Lo irónico (lo trágicamente irónico) era que la cárcel que Hank había erigido para Trudy acabó convirtiéndose también en la suya propia,

porque, a medida que la mente de Trudy se iba desconectando cada vez más del mundo, Hank estaba cada vez más atrapada junto a su cuñada ausente.

—Esto es como vivir con un trozo de madera —se quejaba—. Ya no habla, ya no reacciona. Yo soy lo único que le queda. Sus hijas, esas desagradecidas, con suerte pasan a verla una vez por semana. Me veo obligada a hablarle de su marido, de nuestra amistad, del pasado. Yo soy ahora su memoria.

Inevitablemente, todo esto perdió relevancia después de que Hank volviera del hospital.

—Les he dicho a las chicas que tendrán que cuidar ellas de su madre hasta que yo vuelva a tenerme en pie —anunció mi tía con cansancio, contemplando la cama vacía que estaba al lado de la suya—. Entonces volveremos a calibrar la situación.

Pero no volvió a estar de pie, al menos no durante mucho rato, y tampoco se volvió a calibrar nada. Ahora, cuando yo llamaba, el número de pasos que daba empezaba a ir en la dirección contraria: bajando hasta el cero.

Cuando la vi en mi siguiente visita a Los Ángeles, volví a adoptar esa antigua actitud de insistencia y de incredulidad.

—Sabes perfectamente que no hay ningún motivo para que no camines.

—Sí que lo hay. Me da miedo caerme.

—El cuerpo se te está atrofiando. ¿Vas a quedarte ahí tumbada sin que haya una razón médica?

—Sí, Michael, eso es justo lo que voy a hacer.

—¿Y tu médico? ¿Qué dice?

—Todos los años le pago una elevada cantidad de dinero para que me escuche —contestó sin mucha lógica y, siendo quien era mi tía, al mismo tiempo con toda la lógica del mundo.

—La verdad es que podrías esforzarte más. Sé que eres capaz de ello. Todo esto es una locura...

Hasta tenía las persianas del dormitorio bajadas. Las figuras del papel pintado con dibujos de *toile* de Jouy, las pastores y las pastoras, los niños con los aros, los perros, las cabras y los pájaros seguían retozando y divirtiéndose en una luz que se volvía aún más lúgubre por los indicios del fuerte sol de mediodía, propio del sur de California, que se filtraba por los resquicios que quedaban entre las persianas y la pared. La Hank de antes las habría subido, la luz y el aire habrían entrado a raudales. Los espejos plateados estarían

limpios, y los prismas de cristal de las arañas, lanzando destellos. Habría flores, energía, diversiones, esperanza. Si no esperanza, al menos determinación y ambición; y tenacidad. Eso siempre.

—Bueno, Michael —dijo tras un largo silencio, con una voz infrecuentemente remota—, la verdad es que no te hace falta llevar un caparazón tan duro todo el rato. Lo cierto es que por dentro eres una persona muy blanda.

Contemplé la figura tendida en la cama de hospital, la mujer purificada, blanqueada y debilitada de cuya boca acababan de salir esas palabras. La miré y noté cómo se me iba formando un nudo inesperado en el pecho. Durante unos instantes me costó respirar. De forma repentina vi que durante años, durante décadas, había tenido que ponerme, que crearme una coraza cuando estaba con mi tía; era la única forma que había hallado para hablar con ella, para lidiar con su volatilidad, la única forma en que podía seguir en contacto con ella a una distancia de seguridad; sin embargo, aquello ya no funcionaba tan bien, y no solo eso, sino que ya no importaba; y aún peor, yo ya no me gustaba por ser del tipo de personas que se ponen esa coraza. La estaba hostigando para que se levantara, para que se recuperase, para que fuese ella misma, para que recordase que ya sobraría tiempo para dormir en la tumba (una ocasión que llegaría demasiado temprano, además), pero lo que de veras quería decirle era: no te mueras, por favor. Así no. No mientras la historia sigue estando tan poco resuelta; todavía no.

—Solo intento ayudar —dije quedamente.

—Pues muchas gracias, pero no me hace falta ese tipo de ayuda —contestó.

A medida que mi tía iba viviendo su declive inexorable, a la *maison* le pasó lo mismo, como suele sucederles a las casas.

Este edificio siempre había sido un reflejo de su estado de ánimo, del mismo modo que el lienzo lo es del ánimo del pintor. En el punto culminante de su fase más rabiosa e inestable, en torno a la época del incidente de París, Hank había atravesado un período rojo: tela roja, cuero rojo, *chinoiserie* roja, laca roja, chaquetas rojas en caballeros ingleses de cara roja que posaban sobre cojines rojos en espléndidas casas de campo inglesas (a veces francesas) de paredes rojas: una gama cromática encendida para un lapso de tiempo encendido y enardecido que duró casi una década. Después, en los

años justo anteriores a la enfermedad de mi tío, y mientras esta se desarrolló, llegó el período marrón. Los muebles venecianos pintados se subastaron o se regalaron y los sustituyeron unos buenos muebles ingleses y marrones (a mi entender, sin alma). Las mesas se cubrieron con terciopelo marrón; después pasó lo mismo con las cortinas, los cojines, la tapicería. Tras el marrón vino el negro de la Barca de la Muerte: terciopelo negro, tela negra, pintura negra en las macetas de terracota del exterior; hasta las estatuas se oscurecieron con una pintura oscura que la lluvia, cuando caía, empezó a quitar, de modo que parecía que los bustos de Cupido, de Psique, de emperadores romanos y todos los demás lloraban desde lo alto de sus pedestales (ennegrecidos). A continuación, después de la muerte de mi tío y de que se instalara Trudy, todo empezó a volverse dorado. De repente, a los bronce los sustituyó el oro *vermeil*, el bronce dorado, el latón e incluso, en una fase muy avanzada, la pintura de oro de toda la vida; mi tía sujetaba la lata mientras Maria se subía a una escalera para aplicarla en botones, hebillas de los zapatos y pendientes de los retratos del siglo XVIII. «¡A mi lado Midas no tiene nada que hacer!», exclamaba Hank mientras daba un paso hacia atrás, complacida; más que eso, exaltada.

Fue desgarrador, o casi, ver cómo el Gran Ojo iba perdiendo facultades, pero aún se avecinaba algo más, y peor. Después de que volviera del hospital, cuando cada vez estaba más confinada, por voluntad propia, a la silla de ruedas, en los días buenos mi tía pedía a Maria que la subiera al coche y que la llevara al «pueblo» (Studio City), donde hacía la ronda de las tiendas cercanas de objetos usados o de los mercados de antigüedades; le gustaba especialmente el establecimiento de segunda mano al que había enviado la ropa de mi tío el día después de que este muriera. «Te sorprendería cuántos tesoros se pueden encontrar ahí. ¡Esas señoras judías tan simpáticas no tienen la menor idea de qué entra por su puerta!» Poco a poco, su armario de los platos, antaño una cueva de Alí Babá llena de gemas y tesoros, empezó a llenarse del *kitsch* más incomprensible: vidrio mal cortado, querubines de cerámica barata y los objetos más espantosos y deprimentes que, en sus momentos de plenitud, mi tía habría despreciado. Pero ahora formaban grupos abigarrados que se declaraban «encantadores» o «preciosos» o «*amusant*», «sobre todo si vas a decorar con ellos la mesa». Pero ¿cómo era ahora esa decoración, exactamente? ¿La de una mujer ciega, loca, la antítesis o el opuesto de Hank? Todo estaba colocado del revés o fuera de sitio, la fabulosamente fabulosa Frank se había venido abajo, la mujer y la casa habían

perdido la chispa, la vejez no estaba ardiendo y delirando al final del día sino sumiéndose en el olvido en medio de objetos de segunda mano. Me entraban ganas de gritar: «Todo esto no es “b.”, todo ello es “m.”, joder, todo es “m.”!».

Pero no gritaba, sino que me quedaba estupefacto por lo despiadado del paso del tiempo. Mi tía misma lo decía: «La vejez es un infierno». Aunque me parece que jamás creyó que ella llegaría a ser de las personas que viven ese tipo de vejez. «Al principio vas poniendo parches, parches y más parches, hasta que de repente ya no sabes a qué se los estás poniendo». Aunque era peor que eso: Hank no sabía que se estaba equivocando profundamente con esos parches, ya fueran la compra de esos querubines baratos, el rechazo de los fisioterapeutas o quedarse esperando con pasividad... el qué, ¿la muerte? Nueve décadas de una enérgica aceptación de la vida, una intensa y muchas veces rabiosa acometida a la vida, nueve décadas de lectura, escritura, creación de belleza («¡Crea belleza en todo momento, crea belleza cueste lo que cueste!»), de dar (y recibir), de amar y odiar, de demasiado odio, demasiados cotilleos y críticas y diatribas (demasiadas diatribas), y ahora solo resistes porque el cuerpo y el alma (la voluntad) están programados para resistir, porque el sol sigue saliendo sobre la *maison* y la noche no está lista para acogerte, porque tus cuidadores te alimentan a cucharadas con unas comidas cuyo sabor no percibes, ni siquiera quieres seguir percibiendo, porque con el producto Ensure cada vez te vas alejando más (y más) de la persona que fuiste a medida que pasan los días.

Ahora, cuando visitaba Skyline, ya no sentía ese abrumador cansancio, sino que deambulaba por una casa que ya había ocupado un lugar en el recuerdo, o en mis sueños. A veces me daba la impresión de que había entrado en un escenario o en un plató de cine en un descanso del drama, cuando los protagonistas se han alejado. Igual que en un plató, me llegaban ruidos de fondo: Maria en la cocina, el teléfono que sonaba, el jardinero que aspiraba hojas en el exterior, el televisor (antes despreciado, ahora encendido todo el día como si aquella fuera la casa de una señora cualquiera), un fragmento de una conversación, entre murmullos o en tono incisivo, que venía de la cama de hospital o seguramente de otro sitio. Pero en esos momentos costaba saber si las voces eran reales o si me hablaban desde la imaginación, o desde el pasado, o desde lo que no tardaría en serlo, es decir, desde el futuro inminente. El tiempo describía círculos en aquellas estancias antes hechizadas del mismo modo en que el polvo los describía por el cañón cuando los vientos de Santa Ana cruzaban las montañas, y eso acarrearba la misma sensación de

incomodidad física, un desasosiego que creaba humedad bajo los brazos y entre los dedos de los pies, se me hacía un nudo en el estómago, una variación de los nudos familiares de antaño.

Muchas veces me preguntaba si aquella sería mi última visita, mi última contemplación. ¿Y si Josh, que «no podría ser más hijo mío si lo hubiera parido yo», al habersele asignado un control absoluto y no vigilado de todo lo que Hank decidía actualmente para la época de después de Hank, decidía después de la muerte de esta que había que dejar la *maison* cerrada? ¿Quería yo algo así? Yo no quería nada, no de la casa. Ya no, me decía, y me lo creía firmemente, tampoco quería nada de mi tía. Entonces ¿por qué seguía volviendo? Porque esa era la historia dentro de la cual yo había nacido, porque con cada regreso, en cada visita, se me presentaba la posibilidad de entender un poco más, con un poco más de claridad o precisión, las vidas que se habían desarrollado entre esas paredes y a las personas que habían residido en ellas y que en otra época tanto poder habían tenido sobre mí, sobre tantos de nosotros, y porque imagino que el niño que aún existía en mi interior y que seguirá haciéndolo, sin duda, cuando yo esté lleno de parches, postrado, siendo mi propia versión de alguien sin dientes y sin peluca, seguía esperando una última cosa, la última: no sé el qué; una última reflexión que lo explicara todo. Como si eso sucediera alguna vez en la vida real, o como si resultase convincente en el caso de hacerlo.

Mi tía tenía días buenos y días malos, días mejores y días peores. Resistía y se abandonaba, en un ritmo oscilante que no tenía el menor sentido. Mientras podía sentarse con la espalda erguida, daba órdenes a sus empleados para que recolocasen los *objets* en las estanterías. Tras una visita de Ruby, dijo: «Ruby es un cielo y su mujer, encantadora, la verdad es que debería verlos más». En una infrecuente ocasión en que mi hermano Danny se pasó por allí, se sentó con él en la biblioteca y le preguntó: «Oye, recuérdame qué lugar ocupas en la familia exactamente».

A veces, cuando yo llamaba, me contaba que se había vuelto a caer; después Maria cogía el teléfono y me explicaba que solamente se le había olvidado cuándo había ocurrido la primera caída, que tampoco había sido exactamente una caída.

En cierta ocasión en que fui a verla me soltó, sin venir a cuento: «Cariño,

te quiero». Llevaba sin decirme esas palabras años, décadas. Toda la vida. No creí que fuera a oírlos de nuevo.

Yo visitaba Los Ángeles a intervalos regulares. Allí todo seguía tal cual, intacto. De noche, cuando arropaba a mi hija en la cama de mi antiguo dormitorio, el único de los tres hijos que no se había tocado desde que nos habíamos marchado de Greenvalley Road, muchas veces paseaba la mirada por la estancia y me preguntaba por qué aquí, al cabo de tantas décadas, las estanterías seguían atestadas de libros desgastados de Collete, Virginia Woolf y Henry James, y las obras completas de Balzac, de páginas quebradizas y letra pequeña, de mi bisabuela; por qué en las paredes de mi dormitorio aún colgaban los grabados del siglo XVIII de templos griegos y ruinas romanas. Incluso el plumier, cuya tapa rota había desaparecido hacía muchísimo tiempo, seguía en el cajón del escritorio, lleno de lápices de colores que, una generación después, mi hija usaba de vez en cuando. Casi parecía que la propia casa se empeñaba en aferrarse a las pruebas materiales, del mismo modo en que mi memoria se empeñaba en aferrarse a la experiencia, acumulándola hasta que yo estuviera listo para buscarla y darle sentido, a tratar de dárselo, a todo.

Seguía recordando, recordando y recordando. Rememoré incluso mis sueños, en los que yo despotricaba contra mis tíos, quienes (solo en sueños) escuchaban con paciencia o reconocían que había otra versión, otra verdad. En la vida real, al margen de aquel único momento en la muerte de mi tío, nada semejante había ocurrido jamás. Desde luego, nada relevante cambió nunca en mi tía. Me correspondía únicamente a mí lograr entender la experiencia que todos habíamos vivido juntos. Podía haber estado ausente, como Danny, o haberme retirado a una distancia neutral, como Steve, pero no era así como estaba hecho yo. Yo estaba hecho para volver, para seguir filtrando y buscando, para ver qué pasaba al llevar a mi hija a este mundo, para que ella también pudiera conocerlo y pudiera llegar a conocerme, algún día.

Por las tardes, muchas veces iba paseando con mi hija de Greenvalley a la *maison*. Cuando lo hacía, siempre me detenía en lo alto de la colina a poca distancia del sitio en el que el viejo asfalto gris de Crest View se fundía con el pavimento más nuevo y más oscuro de Skyline, porque allí se extendía una vista desde la que nuestra casa de Greenvalley Road se veía rodeada por un pliegue de ladera exuberante, como una casa de juguete podría quedar rodeada

por una peluda mano del país de Brobdingnag. Me quedaba contemplándola largos ratos ininterrumpidos, fascinado por el dramático cambio de proporciones, por la paz y la solidez con que nuestra casa blanca y negra de estilo Cape Cod se asentaba perfectamente en su rincón del cañón, por lo depurado del tejado y la amplitud del olmo japonés, ahora enorme, cuyas ramas de encaje se extendían sobre el jardín de atrás y lo protegían. Desde arriba, todo en la casa parecía compacto, seguro, bien pensado; contenido y protegido. El jardín. El camino de entrada en el que jugábamos al baloncesto. Las naranjas chinas que a Sylvia le encantaba comer y que seguían proliferando después de tantos años.

Cuando miraba a la izquierda desde la intersección de las dos calles, apenas atisbaba por encima de los tejados el tejado en mansarda alto y oscuro que se elevaba sobre la puerta de entrada de mis tíos. Skyline quedaba a dos manzanas de Greenvalley pero también a un mundo, un universo, de distancia.

Mis padres y mis padres suplentes, mis padres y sus hermanos: cada pareja representaba dos formas distintas de entender el mundo, dos caminos distintos a través de la experiencia que habían confluído de forma intermitente pero que con mayor frecuencia habían chocado, se habían enfrentado o estrellado entre sí, entre lo razonable y lo dramático, lo corriente y lo mágico, lo fundamentalmente cuerdo y lo muchísimo menos (a veces casi nada) cuerdo, desde mucho antes de que yo naciera. Cuando estaba en lo alto de la colina, a medio camino entre esas dos casas, entre esos dos mundos, parecía que estaba en mi ecuador personal. A un lado, la vida, la realidad, se desarrollaba en una dirección; al otro, todo lo contrario. La fuerza gravitatoria de ambos ejes era potente. Lo difícil siempre había sido encontrar un modo de mantener un equilibrio estable entre ellos. Pero no es que hubiera sido difícil, sino más bien imposible.

Mi tía se animaba, muchas veces de forma muy notable, cuando mi hija aparecía en su casa. Maria llevaba la silla de ruedas de Hank al salón, y la dejaba formando un ángulo recto con los sofás que flanqueaban la chimenea. Hank pedía el carrito del té, donde había diminutos sándwiches de pepino y queso para untar sin corteza y cortados en diagonal (a Maria la había enseñado bien), en el que los huevos de chocolate aún abundaban, aunque las galletas eran de Gelson y no de Weby, que había desaparecido hacía mucho tiempo.

—Cariño, ¿por qué coges solo uno? —decía mi tía mientras le acercaba los huevos a la niña de ocho años—. Más es más.

—Creo que uno a esta hora basta —intervine—, después de tantas galletas.

—Michael, ¡no le chafes el placer!

—Eso, papá, ¡no me chafes el placer!

Desapareció otro huevo. Mi hija paseó la mirada por la sala.

—Tienes muchas estatuas del soldado ese que se pone la mano en la tripa.

—Napoleón, te refieres.

—Tiene la mano en la tripa porque le duele —dije— por comer demasiadas golosinas.

—Qué bobada —afirmó mi tía en tono cortante—. Padecía una úlcera. A ti también te habría salido una, Michael, si estuvieras conquistando toda Europa.

—Contempló el salón—. Es verdad que tengo muchos Napoleones. Eso sí, no porque fuese un dictador, sino porque liberó a los judíos del gueto y le escribió unas cartas de amor preciosas a Josefina.

—¿Josefina?

—Su emperatriz.

En la mesita baja situada entre los dos sofás había una bandeja lacada llena de minúsculos libros encuadernados en piel. La niña se inclinó para estudiarlos más de cerca.

—Parecen libros de muñecas —declaró.

—Son las obras completas de William Shakespeare en miniatura —le contó mi tía—. Cada palabra es una expresión de genialidad. Ese hombre cambió el modo en que concebimos la naturaleza humana, la forma en que pensamos el mundo. ¿Me permites que te regale uno?

Lo dijo exactamente en el mismo tono con que a mí me había regalado mis primeros tesoros.

—Sí, por favor —dijo mi hija, con la misma ilusión que había mostrado yo al aceptarlos.

—Coge el que quieras. Coge dos. Como bien sabrás, todo lo bueno viene en pareja.

La niña eligió dos libros tal como le habían propuesto, y derramó una nube de polvo sobre la superficie de la mesa.

De pronto, sentí un mareo. Yo estaba ahí, en esa sala, con mi niña, y también estaba en esa sala siendo yo un niño. ¿Qué había pasado en los años, en las décadas intermedias? En ese momento, parecía que no tenían más forma, ni peso, que el polvo que ella había sacado de esos libros diminutos.

Inclinada en la silla de ruedas, mi tía observó atentamente cómo mi hija iba pasando las páginas del libro que había cogido.

—Serás consciente de que ya tienes edad de sobra para empezar a memorizar a Shakespeare —dijo Hank—, igual que hizo tu padre cuando tenía tu edad. ¿Quieres que te enseñe unas frases?

¿Era aquello una prueba enviada por las Parcas? ¿Debía decirle a mi hija «No pasa nada por decir no»? ¿Debía pensar: «Aquí es donde empieza todo»? Donde empieza ¿el qué? Mi tía se acercaba a los noventa. Su mundo había quedado reducido al tamaño de un sello de correos. Estaba más sola y más desvalida de lo que jamás había estado.

—Oh, sí, por favor.

La taza de té se depositó.

—Veo que has elegido *Noche de Reyes*. Una elección espléndida. «Si la música es el alimento del amor, que siga sonando.»

—«Si la música es el alimento del amor, que siga sonando.»

—Eso es. Ahora: «Atiborradme y así, con tanto exceso...».

—¿Qué es atiborrar?

—Tener demasiado de algo —interrumpí, esforzándome por no señalar el carrito del té, la sala, a mi tía, nuestras vidas, todo lo que nos rodeaba.

—«Atiborradme y así, con tanto exceso —repitió mi tía—, quizá el apetito enferme y muera.»

En los ojos nublados de Hank se encendieron los vestigios de una chispa mientras añadía:

—«Repetid la estrofa. Murió dulcemente. Oh, sonó en mi oído como la dulce brisa que sopla sobre un campo de violetas, hurtando y dando olor...» — Se calló abruptamente—. Maldita sea, no me acuerdo de cómo sigue.

Titubeé, pero las palabras estaban en mi interior. Ella misma me las había enseñado.

—«Cesad, no cantéis. No suena ya tan dulce como antes.»

Con los ojos como platos, la niña de ocho años miró primero a su tía abuela, luego a mí.

—¿Y yo cuánto voy a tardar en poder hacer eso? —preguntó.

—¿Con una cabeza como la tuya? —dijo mi tía—. Minutos..., segundos. Lo harás rapidito, rapidito, te lo prometo.

Me recosté en el sofá. «La verdad —pensé— es que más bien tardarás toda una vida.»

Agradecimientos

El autor ha contraído una gran deuda de gratitud con tres de los lectores más sagaces, exigentes y leales que quepa imaginar: Andrea Chapin, Lindsey Crittenden y Steven Frank; con la tenaz y reflexiva Sally Wofford-Girand, y su asistente Shaun Dolan, de Union Literary; y con la incomparable Ileene Smith y su impecable equipo en FSG; todos ellos son los más fabulosos de los editores.

Además, doy unas efusivas gracias en orden alfabético a Barrie Berg, la difunta Wendy Berg, Sarah Boxer, Harry Cooper, Camuggi Frank, Daniel Frank, Julie Frank, Marty y Merona Frank, Sophie Frank, Alice Gordon, Jane Varkell, al difunto Paul Varkell y al difunto Dino Zanini.

Y, evidentemente, a Jo Anne Schlesinger y a Lucia Frank, sin quienes no existiría una nueva vida y, por tanto, tampoco habría sido posible escribir un libro sobre la anterior.

Título original: *The Mighty Franks. A Memoir by Michael Frank*

Publicado por acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, LLC, Nueva York

Agradecemos el permiso de reproducción del siguiente material:

Fragmento de *Make Your Own Kind of Music*: Letra y música de Barry Mann y Cynthia Weil. Copyright © 1968 Screen Gems-EMI Music Inc. Copyright renovado. Todos los derechos administrados por Sony/ATV Music Publishing LLC, 424 Church Street, Suite 1200, Nashville, Tennessee 37219. Copyright internacional asegurado. Reservados todos los derechos. Reimpreso con permiso de Hal Leonard LLC.

Fragmento de *Our House*: Letra y música de Graham Nash. Copyright © 1970 (renovado). Nash Notes. Todos los derechos de Nash Notes controlados y administrados por Spirit One Music (BMI). Reservados todos los derechos. Reproducido con el permiso de Alfred Music.

Cita del poema de Maxine Kumin *Looking Back in My Eighty-First Year*, de Hilma Wolitzer. Cortesía de Hilma Wolitzer.

Edición en formato digital: 2017

Copyright © 2017 by Michael Frank. All rights reserved
© de la traducción: Ismael Attrache Sánchez, 2017
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.), Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9104-844-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com